
Un minuto antes del amanecer
KAREN DELORBE
VR YA



Kelly murió por primera vez a los diez años. Desde entonces la persiguen las sombras.

No sabe qué quieren de ella ni por qué están ahí. Solo sabe que la aterrorizan y que no debe dejar que se acerquen.

Un día, tras regresar a casa aliviada por haber salvado a su anillo de la suerte de caer de un puente, descubre que su familia ha desaparecido, al igual que todos en su vecindario, incluso su querido pez dorado.

El mundo entero parece haberse detenido en un instante eterno, justo antes de que salga el sol. Atrapada y desesperada en la noche sin fin, es sorprendida por un hombre encapuchado.

Ese es Shaw, quien asegura que está allí para evitar que las sombras devoren a Kelly y mantenerla a salvo, pero ¿puede confiar en la palabra de un hombre sin rostro? ¿De uno cubierto de oscuridad?

¿De un hombre que afirma que está muerta?

DÉJATE LLEVAR AL CIELO Y EL INFIERNO POR ESTE ROMANCE PARANORMAL.

KAREN DELORBE

Nació en Buenos Aires en 1979. Empezó a escribir relatos de terror a los catorce años, inspirada en su gusto por lo sobrenatural y lo siniestro. A los veintiocho escribió su primera novela (un *romantasy* juvenil). Es autora de *El ángel de la oscuridad,* publicado en 2013, la ganadora de los Wattys, *Dhampyr*, y de *Savage & Blue*, entre otras.

Elegir un solo género es imposible para ella, le gusta escribir paranormal, comedia romántica, thriller, fantasía, pero en todos sus libros hay una historia de amor.

Cuando no está escribiendo o estudiando, pasa su tiempo libre leyendo, jugando videojuegos o viendo programas de casas embrujadas, películas de terror y k-dramas.

Un minuto antes del amanecer

KAREN DELORBE

VR YA

I loved her
not for the way
she danced
with my angels,
but for the way
the sound of
her name
could silence
my demons.

CHRISTOPHER POINDEXTER

A los que sueñan.



Playlist

1. *BAD DREAM*, RUELLE
2. *MISSING*, EVANESCENCE
3. *AND THE WORLD WAS GONE*, SNOW GHOSTS
4. *HOLE*, LOVERS AND LIARS
5. *MMM CHICKEN*, TWO STEPS FROM HELL
6. *BRING ME TO LIFE*, EVANESCENCE
7. *BLACK HOLE SUN*, SOUNDGARDEN
8. *THINGS LEFT UNSAID*, DISCIPLE
9. *SEVEN DEVILS*, FLORENCE+THE MACHINE
10. *INTO THE DARK*, ARKADIUSZ REIKOWSKI
11. *WHERE BUTTERFLIES NEVER DIE*, BROKEN IRIS
12. *BITCHES BREW*, ††† (CROSSES)
13. *LOVE YOU TO DEATH*, KAMELOT



Prefacio

El aire helaba mis pulmones. Las manos me dolían, rígidas por el frío, pero soltarme significaría caer a las negras aguas del río que, con furia, bramaba arrastrando pesados bloques de hielo.

Aguanta, me dije en un intento por tranquilizarme.

Tal vez alguien venga a ayudarme.

Si no hubiera atravesado el puente, si ese chico no me hubiese empujado al pasar en su patineta, si mi anillo de la suerte no hubiera salido volando de mis manos… ¿Por qué había tenido que quitármelo?

No había notado la fina capa de hielo que se había formado en el borde del puente.

–¡Ayúdenme! –grité intentando trepar, con la voz amortiguada por el río.

Alguien tenía que oírme; aunque no muchos solían frecuentar ese puente, al que llamaban "el puente de las lágrimas". Se decía que estaba embrujado. En ocasiones, al cruzarlo, uno podía oír los lamentos de una mujer. En especial después de que caía el sol. Y yo, que soñaba con fotografiar un fantasma, siempre lo escogía para llegar a casa. Nadie me molestaba en esos momentos de soledad. Nadie me buscaba. A veces deseaba ser invisible, y allí lo conseguía.

El frío me laceraba las palmas. Además, los músculos de mis manos estaban a punto de ceder debido al peso de mi cuerpo. No resistiría. Un hombro se me acalambró y supe que no tardaría en soltarme. Había dejado de sentir los dedos. Pronto, el entumecimiento se extendería a lo largo de mis brazos y sobrevendría el dolor. Un dolor punzante como el de mil cuchillas afiladas clavándoseme en la piel.

Moriría en ese puente. Sola. En la oscuridad. Apreté los párpados. Tiré la cabeza hacia atrás y solté un último grito que jamás sería escuchado.

Ya me habían abrazado antes las aguas heladas, pero había logrado escapar de ellas. Tal vez las Moiras, tejedoras del destino, habían elegido ese final para mí. Ningún ser vivo escapaba de sus designios. Estos se cumplían tarde o temprano. Según había leído en un libro de mitología griega, incluso Zeus, el rey de los dioses, les temía.

La voz de un hombre hizo que volviera a abrir los ojos:

–Ese anillo no te dio mucha suerte que digamos, ¿eh?

Gracias al cielo. Estoy salvada.

Estiró hacia mí sus manos enguantadas. Me tomó de los antebrazos y jaló. Floté directo a su pecho, más liviana que el aire. Oí que algo cayó al agua, pero ni me inmuté. Fuera lo que fuera, no había sido yo, así que ni se me ocurrió voltear a ver. Me encontraba a salvo y segura entre los protectores brazos de mi salvador.

–Gracias –dije sin aliento.

Reparé, entonces, en la capucha negra que cubría su rostro.

–Fue un placer, Mariposa.



1
Sombras

La primera vez que morí tenía diez años.

Papá me había llevado a patinar a un lago congelado. Quedé fascinada con su inmensidad. No podía esperar para ponerme mis patines y meterme en el hielo, así que, en cuanto detuvo el auto, bajé de un salto y corrí.

–¡Espérame! –gritó papá desde su viejo Chevrolet Opala color crema.

Le había insistido que me llevara durante un mes ¿y pretendía que siguiera esperando? Por supuesto que lo ignoré y me interné en la cristalina superficie del lago sin medir las consecuencias.

Lo último que oí, antes de que el suelo se quebrara bajo mis pies y el frío me atrapara, fue su alarido:

–¡Kelly!

El peso de mi abrigo me tiró hacia abajo.

El dolor, como punzadas de garras invisibles, me impidió nadar.

La desesperación de no poder salir a respirar y ver cómo la nívea superficie se iba oscureciendo más y más, me hizo gritar bajo el agua.



Horas más tarde, abría los ojos en la cama de un hospital.

–¿Cariño, estás bien? –preguntó mi padre, lanzándose sobre mí. Me pinchó con su barba crecida. Olía rancio y llevaba la ropa arrugada.

–No la agobies, Roger. –Mamá apoyó la mano sobre su hombro. Apenas me había dedicado una sonrisa–. Recuerda lo que dijo el doctor.

Me mantuve callada viendo las sombras que poblaban el cuarto, detrás de ellos.

Papá besó mi frente.

–Te dejaremos descansar. Duerme un poco.

No quiero dormir. Quiero ir a casa.

Había descansado suficiente. Sin embargo, no me moví. Mis músculos estaban rígidos y respirar dolía. Además, temía que la aguja clavada en mi brazo me lastimara si intentaba levantarme.

No se vayan, les rogué en silencio, mientras las sombras se congregaban a mi alrededor.

No me dejen con ellas.

Papá sonrió y mamá lo empujó a través de la puerta.

Tengo miedo.

Las sombras rodearon mi cama, y mi corazón se aceleró.

¡Papá!

No me salía la voz. No podía llamarlo. Esperaba que notara mi expresión de pánico y se diera cuenta de que lo necesitaba conmigo.

Sostuvo el picaporte un momento. Pensé que volvería a entrar, pero no lo hizo.

Cerró la puerta y se marchó.



Después, supe que había estado muerta por varios minutos. Mi madre lo mencionó por casualidad hablando por teléfono con una de sus amigas del club *pie*. No se llamaba así, pero me gustaba cómo sonaba. Ella pasaba más tiempo en su club de repostería que en casa. Y, cuando la veía, no hacía más que hornear pasteles. Tal vez, porque me evitaba. Ni que me hubiera convertido en una zombi devoradora de cerebros luego de mi accidente.

A pesar de no ser una zombi, había cambiado. Ya no era la misma que antes de caer al lago: la muerte, aunque fugaz, se había llevado todas mis sonrisas. Papá a veces intentaba hacerme reír con sus chistes, pero apenas me sacaba una mueca. Tal vez, fue eso lo que lo alejó de mí a él también. La verdadera yo había fallecido en ese accidente, y mis padres lo sabían. Mi luz se había apagado.

Lo que soñé mientras me hundía en el agua no dejaba de atormentarme cada vez que cerraba los ojos, cada vez que intentaba dormir. Una presencia se había acercado a mí en esa ignota oscuridad. No vi su rostro, tampoco su cuerpo; solo su mano siniestra tratando de alcanzarme. Apenas me rozó con la yema de los dedos, una corriente eléctrica me atravesó.

La sensación persistía en mi piel aun después de haber despertado. De no ser porque mi padre había logrado reanimarme, ese misterioso ser me hubiera sujetado y arrastrado a las tinieblas.

Nueve años después de mi primera muerte, seguía persiguiéndome en mis pesadillas. Eran tan

vívidas que mi madre debía zamarrearme para que dejase de gritar. Pero también existía otra clase de sueños, de los que despertaba sudada y agitada. Sueños que surgieron en mi adolescencia y que no me atrevía a contarle a nadie porque me parecían demasiado vergonzosos. En ellos, siempre aparecía él. Nunca había dejado de buscarme, de seguirme, de intentar llevarme a la oscuridad.

Aunque no pudiera verlo, ese hombre sombrío siempre estaba conmigo.



2
El hombre del túnel

El tumulto se movía con rapidez. Con los pies cruzados sobre mi asiento de plástico, los seguía con la mirada: hormigas que iban y venían. Hormigas con traje y maletín. Hormigas con auriculares, viendo sus móviles, ensimismadas y sin detenerse; sin notar cómo mis ojos negros se movían de un ser anónimo a otro. Alcé mi cámara y, a través de la lente, reconocí la alegría en unos labios rojos y el enojo de un ceño fruncido que se perdía por las escaleras mecánicas.

De cerca, hasta las hormigas tenían rostro.

El aullido del tren subterráneo me preparó para una nueva oleada de extraños. Guardé la cámara en mi mochila. Todas esas personas eran iguales para mí, excepto si notaba algún detalle que las hiciera únicas: un par de zapatos rotos, una bufanda amarilla, una cabellera alborotada…

El vértigo me mantuvo en mi sitio mientras el tren se detenía frente a mí. Abrió sus puertas por escasos segundos. Jamás venía vacío. No me daban ganas de meterme ahí y perderme en ese bosque de abrigos invernales. Aunque sería mejor que lo tomara o nunca llegaría a casa. Ya había dejado pasar seis.

Me levanté y corrí a alcanzarlo, pero las puertas se cerraron en mi cara antes de que consiguiese subir.

–El próximo será –murmuré, quitando los cabellos empapados de mi cara.

No se habría largado a llover si hubiera llevado el paraguas.

Volví a sentarme y saqué otra vez mi cámara, el último regalo que la abuela me había hecho antes de morir, para tomar una fotografía de la estación atestada. Las siluetas se desdibujaban en colores borrosos y sombras que parecían cobrar vida propia. Se extraviaban en la oscuridad del túnel, del que salía olor a sótano viejo y enmohecido. Este se mezclaba con la empalagosa dulzura de un perfume, con el humo de un cigarro impregnado en la ropa de alguien y con un desagradable vaho rancio que no supe identificar.

Murmullos y pasos retumbaban en mi cabeza, aturdiéndome. Mareándome.

De pronto, quería irme a casa.

Guardé mi cámara de nuevo cuando, bajo la tierra, el ronco aullido vaticinó la llegada de otro tren. Parecía romper la barrera tiempo-espacio y transportarse por el túnel hacia un destino incierto, lejos del entendimiento humano; quizás a otra dimensión, una paralela, donde el sol nunca saliera. A ese mundo oscuro me trasladaba mentalmente cada vez que cerraba los ojos y trataba de dormirme. Sentía que ya había estado allí antes, pero mi mente se nublaba al tratar de recordar.

Alcé la vista al otro lado del andén y el frío paralizó mis extremidades. Un hombre misterioso me observaba con las manos metidas en los bolsillos. Me pregunté si no lo estaría imaginando, ya que una capucha de cuero negro cubría su cabeza y ensombrecía su rostro igual que al hombre que aparecía en mis sueños. A pesar de no ver sus ojos, percibía su mirada fija sobre mí, escrutándome. Su presencia me jalaba hacia él como si estuviéramos unidos por un hilo invisible. Provocaba en mi abdomen una sensación de quemazón que trepaba hasta el centro de mi pecho.

El tren llegó y me apresuré a subir, ignorando a la gente apiñada contra la puerta. Lo único que quería era alejarme de ese hombre que continuaba mirándome en medio de la inquieta multitud. Me ponía nerviosa que esta ni siquiera se percatara de su presencia, como si él no existiera. Froté mis manos heladas y traté de calentarlas con mi aliento. No supe qué hacer con el fuego que se extendía dentro de mí, así que traté de no prestarle atención. Ya desaparecería, igual que mis ganas de acercarme a él. Mientras desaparecía por el túnel oscuro y lo dejaba atrás, me pregunté si volvería a encontrármelo. Seguro que esa noche aparecería en mis sueños.

El vagón fue vaciándose. Me dejé caer en uno de los asientos abrazando mi mochila llena de pines de *Bleach* y *Death Note*, unos mangas que coleccionaba, y evité entrar en contacto visual con el guardia de seguridad que se había sentado frente a mí. Bajé la cabeza y esperé llegar a mi parada, la última del recorrido. No solía escuchar música. Ni siquiera jugaba con mi celular. Prefería sentarme en silencio y vaciar mi mente de todo pensamiento y preocupación.

Minutos después, solo el supuesto guardia y yo quedábamos a bordo. Cerré los ojos para no tener que verlo, porque sonreía de un modo grotesco. El tren se detuvo y me levanté de un salto para bajar en el andén vacío. Sostuve la mochila contra mi pecho y, con los labios apretados, atravesé las puertas sin reparar en el hombre que bajaba también. Caminaría en piloto automático hasta llegar a casa.

La suela blanda de mis borcegos no hacía ruido en las cerámicas del piso. Sin embargo, oía pisadas. Sonaban cada vez más fuertes, más cercanas. No necesitaba mirar atrás para saber que el hombre del tren me seguía. Podía oírlo respirar. Su proximidad aceleraba el ritmo de mis pulsaciones y me impulsaba a llegar a las escaleras mecánicas cuanto antes. Solo me faltaban cinco pasos para abandonar el túnel del subterráneo y salir a la superficie.

Cuatro pasos.

Tres.

Dos.

Un tirón en el brazo me frenó de golpe, y solté la mochila que cayó con violencia contra el piso. Esperaba que la cámara no se hubiera dañado.

–Suélteme –exigí al extraño, intentando recuperar el uso de mi brazo.

Sus dedos gordos me apretaban con fuerza. Pateó mi mochila a un rincón oscuro y me arrastró con él.

–Déjeme –grité, intentando llamar la atención.

Sin embargo, de las dos o tres personas que rondaban el subterráneo, ninguna se molestaba en mirarme.

–¿Por qué la prisa, linda? ¿Te espera tu novio?

–Sí. Allá está. –Señalé a un chico que se había apoyado en la pared, a unos cuantos metros.

–Parece que no se ha dado cuenta de tu llegada –bromeó mientras esbozaba una sonrisa de hiena famélica.

–¿Mi amor? –lo llamé, esperando que el muchacho se diera por aludido y viniera a mi rescate, pero no me oyó.

Llevaba auriculares.

Con la intención de que me viera, solté un grito que se fundió con el aullido de un nuevo tren. El hombre, entonces, atinó a cubrirme la boca mientras mi novio ficticio me abandonaba sin siquiera reparar en mí. No me había oído ni me oiría nunca. Las puertas se cerraron tras él, y me sentí desamparada.

–Caramba –comentó mi captor–. Fue una relación muy corta.

Se reía de mí. Y yo quería llorar.

En ese momento, no supe a quién recurrir; nadie podía ayudarme. Incluso si hubiera tenido la posibilidad de sacar mi teléfono, ¿a quién llamaría? En la oficina, en la universidad, en la calle, a veces fingía que hablaba con un *él* inexistente para que los demás no me consideraran una solitaria patética. Y me creían. Pero este ser repulsivo, no. Olía mi miedo como un depredador y detectaba la verdad sobre mí, esa que ocultaba a los demás para que no se acercaran, para que me dejaran tranquila: estaba completamente sola.

–Entrégame lo que tienes y te dejaré ir –aseguró.

Quise contestarle, pero ninguna palabra salió de mi boca. Recién reaccioné cuando levantó mi mochila.

–Devuélvamela. –La sujeté de una correa.

Me dio un empujón y el frío de las baldosas chocó con mi espalda.

–Quieta ahí –amenazó.

Tuve la oportunidad de salir corriendo, sin embargo, no lo hice. Nunca dejaría que se quedara con la cámara.

–Esto sí vale. –La sacó de la mochila.

–Démela. –Di un paso al frente, con un repentino ataque de valentía.

Agradecí haber guardado el teléfono en el bolsillo interior de mi tapado negro o me lo hubiera arrebatado también.

Volvió a sujetarme del brazo. Se presionó contra mí y gruñó en mi oreja:

–Quítate la ropa.

–¿Qué?

–Que te quites la ropa. Si lo haces, te devuelvo tu juguete. –Sacudió la cámara ante mi cara.

Temí que la arrojara a las vías. Inspiré hondo y, pensando cómo librarme de él, pasé los dedos temblorosos por los botones de mi abrigo.

Ojalá desapareciera, pensé.

–Eres lenta –bufó–. Y la cámara pesa. Se me podría resbalar pronto.

Me quité el tapado y no pude seguir. Evalué mis opciones: ¿me alcanzaría si le arrebataba la cámara y salía corriendo? ¿Qué tal si lo empujaba? Un cuerpo grande como el suyo no sería fácil de tumbar. Si se me ocurría arremeter contra él, quizá terminara atacándome.

Se me puso la mente en blanco cuando sus manos se posaron sobre mis hombros.

Déjeme ir. *Déjeme ir*. *Déjeme ir*, supliqué en silencio.

Me giró de cara a la pared.

–Pensándolo mejor, yo te quito el vestido. No te muevas, muñequita.

–¡Ayuda! –grité cuando mi espalda quedó al descubierto. Me sacudí, traté de patearlo, pero me paralizó con su cuerpo.

–¡Shhh! –Golpeó mi cabeza contra las baldosas–. Silencio.

El dolor me aturdió y mis ojos lagrimeaban. Tal vez sangraba: un calor doloroso perforaba mi sien. Ya no sentía sus pegajosas manos sujetándome ni lo oía murmurar. Ni siquiera me llegaba el ruido del tren que se acercaba a toda velocidad por el túnel. Solo escuchaba un pitido agudo del lado donde había recibido el golpe. Me hubiera gustado desmayarme, no obstante, seguía viendo a ese espantoso guardia. Levantaba la falda de mi vestido.

Si gritaba de nuevo, podía llegar a matarme. Y yo no quería morir. No otra vez. Imaginar qué me esperaba más allá de la vida me provocaba pánico, porque había visto las sombras. Seguro que estaban esperándome.

–No iba a hacer esto, pero me has provocado –dijo.

Ojalá cayera en las vías, mascullé en mi mente al oír cómo abría el cierre de sus pantalones.

–No vayas a gritar. –Me sujetó las caderas–. O sabes lo que haré.

La llegada del tren ahogaría mi llanto, sofocaría mis gritos. De nada serviría luchar; ese hombre era más fuerte que yo. De nada servía seguir buscando un alma que me socorriera. La estación se había vaciado.

Nadie llegaría en ese tren.

Nadie vendría a ayudarme.

El aullido lastimero de los rieles se intensificó, hacía vibrar mi pecho. Esperando lo peor, cerré los ojos y aguanté la respiración con la bilis quemando mi garganta. El tren paró. Lo oí abrir sus puertas, cerrarlas y ponerse de nuevo en movimiento. Y yo seguía con los ojos apretados, sin atreverme a mover un músculo.

Hasta que me di cuenta de que ninguna mano estaba sujetándome. El hombre se había apartado de mí. Abrí los ojos y no lo vi por ninguna parte. Había desaparecido. Por un rato, me quedé apoyada en la pared preguntándome qué habría sucedido con él. Acomodé mi vestido y me puse el tapado que había quedado tirado sobre mi mochila, al lado de mis pies. Levanté la cámara y busqué en todas direcciones. Una persona no podía esfumarse de repente.

Si hubiera mantenido los ojos abiertos, la curiosidad no me habría obligado a quedarme. Me habría mantenido alejada de las vías y jamás habría notado esa fresca mancha roja que salpicaba los rieles.



3
No te detengas

Me colgué la mochila de un hombro y, abrazándome a mí misma, subí por las escaleras mecánicas. Agradecí, con gratificante culpa, a quienquiera que me hubiera ayudado. ¿Me hacía malvada haber deseado ser yo quien lo empujara a los rieles? No podía sacarme de la cabeza su hinchada cara de bola, esos dientes amarillentos, el aliento agrio…

Tuve un escalofrío. A mitad de las escaleras, se me ocurrió voltear para comprobar que nadie me siguiera. Tal vez no debí. Había sido un día largo y estaba cansada. Además, muchas veces empezaba a soñar antes de quedarme dormida. Me pareció ver al encapuchado del andén saludándome mientras lo dejaba atrás. Desapareció en un parpadeo, pero era él.

Enseguida descarté una posible alucinación provocada por estupefacientes. Estaba limpia desde hacía años. Se me ocurrieron otras posibilidades para explicar la visión del hombre misterioso: ¿tendría esquizofrenia? ¿Habría visto un fantasma o a mi ángel guardián, un ángel de negro, encapuchado y sin alas? ¿Y si se trataba de un demonio?

El alivio me invadió cuando llené mis pulmones con el aire del exterior, aunque no duró mucho: el cielo fue iluminado por un relámpago, y un gigantesco rayo se ramificó entre las nubes violáceas encima de mi cabeza. El viento helado hacía bailar mi cabello. Lo ensortijaba.

Detestaba regresar tan tarde del trabajo. Tendría que hablar con mi jefe para que me diera otro horario. Sin embargo, ignoraba si accedería a mi pedido, ya que yo no le caía bien. Fruncía la boca apenas me veía entrar en la oficina y cada vez que le hacía una pregunta, contestaba con monosílabos o se hacía el que no me oía. Lo mismo ocurría con mis compañeros. Bromeaban entre ellos, reían y hablaban todo el día; pero en cuanto me veían aparecer, se callaban automáticamente y fingían que trabajaban en sus computadoras. No era tonta, notaba las miradas poco disimuladas. A nadie le agradaba la chica pálida que todos los días iba vestida de negro.

–¡Lindas piernas! –gritó un joven desde el interior de un auto deportivo rojo cuando crucé el parque, luego de salir del subterráneo.

Odiaba que me gritaran cosas por la calle. Odiaba la incomodidad de sentirme observada

como un pastel en un mostrador. Odiaba que fuera cosa habitual el no saber si llegaría viva a casa porque a alguno de esos hombres se le ocurría que quería algo más conmigo. Y nunca faltaría quien pensara: “es por culpa de la ropa que usa”. Pero ocurría lo mismo cuando llevaba pantalones. Muchas dejaban de arreglarse, de vestirse con lo que les gustaba para que no las molestaran. Muchas dejaban de salir a la calle. Muchas dejaban de *ser* por miedo; ese miedo con el cual nos obligaban a convivir y que nos hacía más fuertes o nos derrotaba.

–¿Qué hace una chica tan linda caminando solita a esta hora? –dijo bajando la velocidad.

Hice una mueca ante la pregunta trillada. Lo ignoré y aceleré el paso. A veces me daban ganas de desaparecer, de ser invisible o de que la gente que me rodeaba se esfumara como por arte de magia. En ocasiones, me costaba sostener la promesa que le había hecho a papá, de que intentaría ser parte del mundo. ¿Cómo se forma parte de algo que te rechaza a pesar de todos tus esfuerzos?

El desconocido tocó bocina.

–Si quieres, puedo llevarte a casa –insistió.

No hagas contacto visual, pensé. *Solo sigue caminando, Kelly. No te detengas.*

–Tal vez tenga suerte, y este se muera también –murmuré.

¿Por qué no me dejaban en paz? Si no me molestaban, me ignoraban. Tal vez era hora de irme a vivir a un convento. Después de todo, llevaba vida de monja. Había pasado diecinueve años sin un novio, porque ningún chico quería salir conmigo. Sí, me había besuqueado con algunos cuando iba a bailar, pero nunca me llamaban al día siguiente. Al parecer, los únicos hombres que atraía eran depravados. Me hacía preguntarme qué había mal en mí para que nadie me quisiera de verdad. ¿Tan rota había quedado después de mi accidente?

–¿Estás sorda? –escuché.

No tengo por qué hablarte. Ni siquiera te conozco.

Seguí caminando.

–¡Frígida! –gritó cuando no le hice caso.

Tuve que morderme la lengua para no contestarle. Si abría la boca empeoraría la situación, así que seguí con la mirada al frente. Quería llegar a casa antes que la tormenta se desatara. Amaba la lluvia y observar los rayos surcando el cielo, pero la última vez que me había mojado había terminado con pulmonía. Papá me dio un sermón de dos horas sobre la existencia de los paraguas.

El hombre del coche rojo pisó el acelerador y se perdió a la vuelta de la esquina, donde un grupo de jóvenes tomaba cerveza. Por tercera vez, deseé volverme invisible. Agaché la cabeza y escondí el rostro con mi pelo. Me moví hacia la parte más oscura de la acera y traté de pasar inadvertida. No los miré, y ellos no parecieron percibir mi presencia.

Los dejé atrás y relajé mi marcha hasta que una sombra llamó mi atención en el muro del

edificio junto al que caminaba: un hombre con las manos en los bolsillos. Parecía llevar una capucha y realizaba los mismos movimientos que yo. Me detuve, él también. Giré la cabeza hacia uno y otro lado… Me imitó. Incluso llevé una mano a mi cabeza para ver si lo hacía, y así fue. Busqué su origen en las cercanías, debía ser alguien jugándome una broma. Pero no encontré a nadie. Habría creído que se trataba de mi propia sombra si esta no se hubiera proyectado en otra dirección.

Una persona normal habría salido corriendo. En cambio, yo saqué mi cámara y le tomé una foto. La oscuridad de la silueta daba la sensación de que quien la proyectaba se encontraba pegada al muro. Ya sin moverse. Ni siquiera parecía respirar. Acerqué la mano y la toqué. Me recordaba a mi visitante nocturno, el apasionado amante que hacía temblar mis sábanas en el mundo onírico.

Di un paso atrás al sentir que algo jalaba de mí en su dirección: una especie de fuerza magnética alojada en el centro de mi pecho.

–¿Quién eres? –susurré.

Temía que la sombra respondiera.

Desde que el sol se había ocultado, me había sentido observada, perseguida. Detestaba salir tarde de la oficina porque, desde mi primera muerte, las noches se habían convertido en una tortura. No por los acosadores callejeros, sino por las sombras: silenciosas presencias que perturbaban mi sueño y, a veces, mi vigilia. Se movían en las tinieblas, sin producir el menor sonido. Mientras más oscuridad hubiera, con mayor intensidad las percibía. Nunca me habían hecho nada, sin embargo, cuando abría los ojos a mitad de la noche y distinguía una figura negra parada a mi lado, quería gritar.

Cada vez que me iba a dormir, me encogía en mi cama y me cubría con las sábanas hasta la cabeza, rezando que no aparecieran. Deseaba dormirme rápido para encontrarme con mi amante secreto, ese hombre sin rostro con el cual fantaseaba.

Solo en mis sueños me sentía segura.



Llegué a casa y me di un baño caliente, me puse una camiseta rota, unos pantalones desteñidos y preparé un sándwich de atún porque no me habían dejado nada para cenar.

–¿Cómo estás, Jamie? –dije al entrar a mi cuarto. Me acerqué a la pecera sobre mi escritorio y dejé caer en ella un poco de alimento para mi pez dorado–. ¿Que cómo estuvo mi día? Complicado.

Me desplomé en la silla.

–El señor Harper nunca se cansará de regañarme. Me envió una nota diciéndome que tiña mi cabello y que es antinatural llevarlo de dos colores. ¡Una nota! ¿Puedes creerlo?

Tomé un peine del primer cajón, fui ante el espejo de pie que adornaba una esquina de mi cuarto y desenredé mi largo pelo mojado. Adoraba las puntas rojas que acababa de hacerme, hacía apenas dos días. No me las quitaría. ¿Qué tenían de malo?

–¿Sabes lo que hice? Entré en su oficina con el papelito en la mano y le dije: "Usted es un viejo aburrido". Nunca me sentí tan bien de decirle la verdad a alguien en la cara.

La pecera burbujeó.

–Lo sé. No debí hacerlo. Pero su actitud es tan… ¡Aghh! –Lo observé nadar con desesperación hasta su alimento para tragárselo de dos bocados. ¿Acaso esperaba que el pez me diera un consejo? Tal vez debía buscar amigos de verdad. Amigos humanos. No unos como Tomy y Muriel. Ellos nunca habían sido mis amigos.

Recordé el agua. El lago congelado. La tina que rebalsaba.

Sacudí esas imágenes de mi cabeza.

–Sé que te prometí conocer gente nueva este año, pero… No sé, es difícil. Nadie me habla, Jamie. Nadie se me acerca. Y no me vengas con que es por culpa de mi estilo, porque ni siquiera lo hacían cuando usaba esos horrorosos vestidos floreados. Debe ser otra cosa.

Volví a pararme frente al espejo.

–Quizá… –La sombra del pececito nadando en el cielorraso me hizo sonreír con una ternura que no se reflejó en mis ojos–. Quizá tengo algo malo.

Mi vida había sido asediada por la soledad; una soledad asfixiante, claustrofóbica. No es que fuera un ser social, pero a menudo caía en las redes del sueño preguntándome por qué nadie me quería. La pregunta, una microscópica partícula en el aire, quedaba flotando sin respuesta.

La pecera volvió a burbujear. Me acurruqué en la cama y, sin darme cuenta, me hundí en las profundidades de la inconciencia.



Nos mecíamos en la oscuridad.

"No te detengas".

Mis palpitaciones resonaban en mis oídos.

Mis gemidos hacían eco en la habitación vacía.

"No te detengas".

El rítmico movimiento de nuestros cuerpos se aceleraba con cada respiración, con cada latido de nuestros corazones.

Me sujetaba con fuerza.

Me besaba como si quisiera devorarme. A medida que el placer crecía, también lo hacía mi desesperación. Sabía que pronto desaparecería.

–Kelly… –jadeó contra mi cuello–. Ya vienen.

Lo aprisioné con mis piernas. Atrapé su labio con una mordida. Cuando despertara, ya no recordaría su rostro, pero sí su modo de amarme.

"No te detengas".

Dejé de sentirlo, de verlo, de tocarlo.

Oí su voz en mi cabeza:

"No te detengas. Si te detienes, te atrapará".

De repente, corría a toda velocidad por una galería.

"Si te atrapa, te matará".

El dolor se extendió por mis piernas, pero tenía que seguir corriendo.

"No te verá si sales de la oscuridad. No te encontrará en la luz".

Me acercaba a la salida. Unos pasos más y estaría afuera.

"Resiste, Mariposa".

Una silueta siniestra corría tras de mí. Trataba de alcanzarme. Estaba a punto de tocarme con sus huesudos dedos.

Estiré el brazo hacia el picaporte, y la puerta se abrió. Salí entonces del corredor infinito y negro de mis pesadillas, para encontrarme bajo una luna resplandeciente en un cielo de oscuridad infinita.

¿Dónde estaba el sol? Se suponía que sería de día.

"No amanecerá", dijo su voz en mi cabeza.

"Nunca amanece en el limbo".



4
El accidente

Los números rojos titilaban a unos centímetros de mis ojos: tres y quince. Di media vuelta y rogué a mi mente que volviera a dormirse. Apreté los párpados porque no quería ver ese espacio vacío del dormitorio que la luz se negaba a tocar. Las pálidas y delgadas líneas penetraban por las rendijas de la persiana y lo esquivaban. Allí, en ese rincón, se arremolinaba el aire que danzaba, invisible, como si tuviera conciencia. Como si viviera.

Algo se movía alrededor de mí.

Vete, pensé mientras el vello de mis brazos se erizaba. *Déjame en paz*.

En ocasiones, a pesar de que no las distinguía con claridad, sabía que allí estaban. El ambiente enrarecía; se impregnaba de una helada calma. Una vez, me había sentido igual mientras caminaba entre las tumbas del cementerio. ¿Acaso me seguía la muerte desde el día que había huido de ella? ¿Acaso habría sido su mano la que había estado a punto de agarrarme cuando me ahogué?

La segunda vez, mi padre me encontró sumergida en la bañera. Había sido un accidente: me había quedado dormida. No volví a inyectarme después de eso. No volví a tener amigos jamás. Los vestigios de mi debilidad, pequeñas marcas blanquecinas sobre el lienzo de mi piel, nunca se borrarían. Me recordarían para siempre lo tonta que había sido.

Abrí los ojos. No conseguía dormir. Las diminutas partículas en el aire se volvieron notorias bajo el pálido rayo de luna que las bañaba. Danzaban sacudidas por un haz de sombra. La cortina se movía; tal vez a causa de la brisa, tal vez porque un ser invisible la rozaba con su cuerpo.

No podía evitarlo. Cuando todo estaba oscuro, percibía presencias. Por eso supe que había alguien en mi habitación.

Me estremecía pensar que la muerte hubiera venido a reclamar mi alma. A lo mejor, mi tiempo había terminado hacía mucho, pero no me había atrevido a cruzar el velo que separaba a los vivos de los muertos. Sin embargo, lo había desgarrado y ahora podía atisbar lo que había en esa otra existencia. Y el otro lado podía verme…, encontrarme.

¿Qué le impediría venir por mí?

–¿Kelly? –Mi madre golpeó la puerta de mi cuarto–. ¿Kelly, estás bien?

Seguro que me había oído hablando dormida.

–Sí. Estoy bien.

Asomó la cabeza.

–Estabas gritando –dijo en tono de reproche.

–Lo siento. No me di cuent...

–Te traje melatonina. –Me alcanzó una píldora y un vaso con agua.

La miré con recelo. Las guardaba en un cajón de su mesa de noche.

–Mamá…

–Tómala, Kelly. No dejas dormir a nadie. –Se cruzó de brazos.

No se fue hasta que obedecí.



La espalda del señor Harper tapaba la fotocopiadora. Aproveché su distracción para escabullirme de puntillas a la oficina cuando llegué la mañana siguiente. Había despertado treinta minutos tarde por culpa de esa maldita píldora de melatonina. Por suerte, mi jefe había aceptado mi cambio de horario. No hubiera soportado seguir regresando tan tarde a casa. Esperaba que no se hubiera percatado de mi ausencia.

Archivé, ordené sus porquerías sin quejarme solo para pasar inadvertida. Todo el día trabajé sin cruzarme con él.

Ya estaba a punto de salir cuando su voz me sobresaltó:

–¿Recuerdas nuestra pequeña charla? –Depositó una pila de notas escritas a mano con su horrorosa letra sobre el escritorio.

–Humm… –Me hice la que pensaba, pero en realidad no tenía idea de qué hablaba.

Señaló los papeles. Uno por uno, los leí: quejas sobre mi vestimenta, quejas sobre el color de mi cabello, quejas sobre mi maquillaje… Quejas, quejas, quejas. Todas suyas, por supuesto. No sobre mi desempeño, sino acerca de mi apariencia. Una corriente de aire entró por la ventana y me levantó la blusa. Descubrió la mariposa negra que llevaba tatuada en el abdomen. Harper puso cara de asco.

Ese moñito le queda ridículo, pensé. *Pero yo no me puedo quejar de eso, ¿verdad?*

Se puso rojo. Parecía que iba a estallarle la cabeza. Tal vez, el moño le apretaba demasiado.

–Estás despedida –dijo.

–No puede despedirme.

–Soy tu jefe y puedo echarte cuando quiera.

–No sin motivo. Es injusto –exclamé airada.

–Mírate.

Me miré. Tal y como él me pedía siempre, según sus estándares de lo que consideraba moralmente aceptable, no tenía un gran escote, no se me veía el tatuaje, la falda me llegaba por debajo de las rodillas. Me había quitado el piercing que llevaba en el labio y ni siquiera me había puesto maquillaje en el apuro por querer llegar temprano. ¿De qué hablaba este tipo? ¿Qué quería que viera?

Sacudió la cabeza de forma reprobatoria. Por un instante me sentí de nuevo en la escuela. La señora Parker solía poner la misma cara cada vez que me pescaba pintando las paredes con aerosol. Nunca la convencí de que hacía arte. “Eso no es arte, señorita. Es vandalismo. A detención”. Su aguda voz aún resonaba en mis tímpanos. Tuve que abandonar la pintura. Sin embargo, mis fotos premiadas terminaron adornando su despacho. Vieja hipócrita.

–No puedo tenerte más aquí –dijo Harper–. No luciendo así. Lo siento, Kelly. Pareces una…

–¿Una qué? –farfullé, creyendo que diría la palabra con “p”.

–Una bruja.

Por unos segundos, no supe cómo reaccionar.

–Sabe en qué siglo estamos, ¿no? –Fue lo primero que se me ocurrió decir. El hombre frunció el ceño.

–Nos preocupa tu actitud.

–Si es porque llegué tarde, échele la culpa a mi madre –expliqué–. Me drogó porque mis gritos no la dejaban dormir.

Eso no había sonado bien. Por las dudas, no le diría que era una adicta en recuperación. Mis padres habían aconsejado que guardara ese dato. Y lo de mi visita al más allá… Eso podía asustar a alguna gente.

Harper caminó de un lado a otro con las manos en la espalda.

–Somos personas de fuertes ideas morales –dijo–. Personas creyentes.

Arrugué las cejas. No entendí a dónde quería llegar.

–¿Quiere echarme porque no le gusta mi color de pelo?

Respiró fuerte y lento. Cuando por fin habló, no supe si reír o llorar.

–No queremos adoradores del diablo entre nosotros.

Se me escapó una carcajada.

–¿Adoradores de qué? –pregunté sin creer lo que acababa de escuchar.

–Sabemos en lo que andas y no queremos involucrarnos. Además, tu madre me contó lo sucedido. Cuando uno ha emprendido un viaje de esa envergadura, raramente vuelve a la buena senda. ¿Comprendes lo que trato de explicarte?

–Trato, pero no lo capto.

No tenía idea de lo que mi madre le habría contado. Ella apenas había hablado conmigo los últimos años.

–La magia negra no te ayudará a solucionar tu vida –explicó–. Solo empeorará las cosas. Las brujas no van al cielo, Kelly.

En vez de hacerle comprender que no era una bruja ni adoradora del diablo como se le había metido en la cabeza, opté por enseñarle mi inoportuno sentido del humor.

–Y yo que quería invitarlo a mi casa esta noche para sacrificar un cabrito. Ya no podrá ser, ¿verdad?

–Fuera –ordenó, sin darse cuenta de que era un chiste.

–¿Disculpe?

–Fuera. –Señaló la puerta–. Sal de aquí, niña.

–Era broma. Si voy a misa todos los domingos con mi familia. Lo veo siempre en la iglesia. A usted y a su esposa… ¿Cómo se llama? ¿Miranda? ¿Mirtha? Empezaba con M.

–No te daré su nombre. –Palideció–. ¿Para que le hagas un maleficio?

–Que no soy bruja. ¡Oiga! ¿Qué hace? –Me empujó en dirección a la salida.

Los empleados que allí trabajaban me veían de reojo. No obstante, cada uno siguió en lo suyo como un día cualquiera. Seis meses en el bufete de abogados y a nadie le importaba lo que ocurriera conmigo. Ninguno de mis compañeros se había preocupado por saber mi nombre: ni los jóvenes que bebían café junto a la máquina ni la chica de la falda escocesa que atendía los teléfonos a tres metros de distancia.

La puerta se cerró y quedé en la calle, con la piel azotada por el viento que olía a lluvia. Aún no tenía ganas de volver a casa y oír los televisores que nadie se molestaba en apagar, las máquinas que papá reparaba en la cochera y los videojuegos de mi hermano a todo volumen, así que fui a comprarme un café. Lo que más quería evitar era el susurro de mamá diciendo “ya no es la misma” a mis espaldas.

En la cafetería, saqué un libro de mitología griega que llevaba en la mochila y perdí la noción del tiempo leyendo historias sobre las Moiras y los gemelos Hipnos y Thánatos. Este último me fascinaba: un joven de alas negras que reclamaría mi alma cuando Átropos, la Moira que cortaba el hilo de la vida, lo enviara a buscarme. La Muerte, para mí, se asemejaba a uno de los personajes de Sherrilyn Kenyon: guapo, misterioso, seductor. A veces imaginaba que él era el amante de mis sueños.

Terminé mi café, cerré el libro, salí de la cafetería y me refugié en el parque. Mis pasos repiqueteaban en los pedruscos grises del camino. *Clap. Clap. Clap*. Las ramas esqueléticas de los árboles eran blandidas por el viento que gemía como una vieja moribunda. Quité una hoja seca de mi pelo y tomé asiento en una banca, dejando que los últimos rayos de luz acariciaran mi

palidez mientras se colaban por entre las nubes. Tal vez, la oscuridad que me rodeaba se disipara con el sol. Tal vez, el mundo me aceptara si volvía a sonreír. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo.

Minutos después de que el sol se ocultara, me incorporé pensando en volver. Me llamó la atención que los faroles no se hubieran encendido. Se suponía que debían iluminarse a las seis y media, pero ya casi eran las siete. Entonces reparé en la inmovilidad de los árboles, en el viento detenido, en el aroma de la lluvia que había dejado de sentir. El aire ya no olía a nada. Busqué a mi alrededor una persona, algún signo de vida. No encontré gente en la calle, aves en el cielo ni insectos en la tierra.

Quedé sola en medio de esa quietud aterradora, hasta que un chirrido metálico crispó mis nervios. Algo estalló. Parecía que miles de trozos de vidrio repiqueteaban contra el cemento. Cerca, muy cerca. Corrí en dirección al estrépito y, con el corazón encogido, abandoné el parque. No tardé en encontrar un coche deportivo rojo hecho pedazos, alrededor del que se congregaba un grupo de personas.

–Llamen una ambulancia –gritó una mujer.

–¿Está muerto? –preguntó un viejo sin acercarse, mientras una luz relampagueaba entre los restos del vehículo que se había estrellado contra un poste de luz.

Ellos se movían en cámara lenta, mientras sus voces sonaban como ecos lejanos, como recuerdos de un sueño que nunca había tenido.

Una nube de vapor salió de mi boca. El frío me carcomía los huesos.

Ve a casa, oí en mi cabeza. Pero yo no quería irme. Necesitaba ver, igual que esos morbosos que se quedaban a esperar que sacaran el cuerpo del interior del coche. Me mantenía a cierta distancia para contemplar la escena cubierta por un manto grisáceo y descolorido. Lo único que resaltaba era el color de las gotas que habían salpicado los pedruscos y los trozos de vidrio. Gotas de un rojo brillante, que debía ser sangre del hombre muerto.

Mi corazón se sacudió al reconocer una silueta que se formó en una pared cercana. Presenciaba la escena con las manos en los bolsillos. Luego, otras sombras menos nítidas fueron formándose en cada muro que rodeaba el accidente. Parecía gente atrapada entre este mundo y otro, a las que nadie más que yo podía notar.

Me aproximé a un sujeto que fumaba apoyado contra un macetero vacío.

–Disculpe, ¿puede ver eso? –Señalé el edificio al otro lado de la calle, una construcción de ladrillos a la vista donde se amontonaba una docena de figuras oscuras e inmóviles.

–¿Qué cosa?

–Las sombras.

–No sé de qué hablas –respondió con el entrecejo fruncido, llevándose el cigarrillo a la boca.

Nos rodeaban. Nos observaban. A cada uno de nosotros. ¿Cómo no las veía, si estaban por

todas partes? Saqué la cámara de mi mochila y las fotografié. Un halo fantasmal rodeaba a los testigos del accidente, pero no a las sombras. Estos seres sin rostro aparecieron ante mí con tanta nitidez que sentí que podría tocarlas si estiraba la mano. De pronto, se habían vuelto más palpables, más tangibles para mí que el mundo real. Me pregunté si no se trataría de una alucinación.

Sus cabezas giraron en una única dirección al mismo tiempo. Y cualquier sonido que hubiese llegado a oír fue ahogado por un gemido estremecedor, un llanto lastimero pronunciado con múltiples voces: de hombres, de mujeres, de niños. Precisar su procedencia resultaba imposible. Surgía del aire, del suelo, de todas partes.

Me oculté tras un árbol al percibir, detrás de la muchedumbre y del coche destruido, un humo alquitranado que salía de una grieta en el asfalto. Se condensaba y convertía en dedos huesudos y alargados. Dedos que se retorcían como las patas de una araña agonizante. Apenas se notaban, cubiertos por un manto tan negro que parecía hecho de sombras, rasgadas y etéreas, y que se movían de la misma forma que el cabello sumergido bajo el agua.

Dejé de respirar. Temía atraer su atención.

Una figura espectral y oscura salió de aquel humo. Se arrastró en dirección al cuerpo sin vida emitiendo un alarido tan agudo que tuve que cubrir mis oídos. Esa cosa en nada se parecía al irresistible Thánatos de mi imaginación. Tampoco a las Moiras de mis libros. En sus cuencas sin ojos brillaba una luz mortecina. De su cráneo salían escasos mechones de pelo apelmazado que se pegaban a su rostro y cuello como sanguijuelas. Dientes afilados asomaban de su boca abierta. Los hundió en la garganta del cadáver sobre el que se inclinó, mientras clavaba las uñas podridas en su carne y le arrancaba la piel.

Di un paso atrás y, sin querer, pisé un trozo de vidrio que crujió al romperse.

Entonces, la cosa alzó la cabeza y se relamió la boca ensangrentada. Profirió otro grito y, a continuación, posó sus ojos inexistentes en mí.



5
Los Krauss

Dudé de que estuviera viéndome. Ni siquiera se movió. Levanté la cámara y, aunque temblaba de miedo, le saqué una foto sin usar el flash.

Igual que un perro hambriento, la criatura se puso a olisquear el aire.

–No deberías estar aquí –susurró alguien en mi oído.

Temblé al oír su voz. ¡Era él!, el amante de mis sueños. No me tocaba, pero mi cuerpo vibraba con su cercanía. Me di vuelta con la cámara apretada contra el pecho, y una sensación fría anidó en lo profundo de mi estómago al percatarme de que no había ninguna persona a mi lado. Todos habían desaparecido, incluso las sombras.

Debí salir corriendo, refugiarme en algún negocio o pedir un taxi. Debí hacer muchas cosas, pero había quedado con la mente en blanco. Los músculos paralizados de mis piernas me mantenían clavada en ese lugar, mientras en vano me esforzaba por descifrar lo ocurrido.

Un relámpago iluminó la calle. Ya no vi más la misteriosa silueta ni al ser que se alimentaba del hombre accidentado. Una sirena de ambulancia sonó a lo lejos, señal de que la vida volvía a ponerse en movimiento. Los faroles de la calle titilaron y se encendieron, todos a la vez. ¿Qué había pasado? Estática en medio de la calle, me pregunté si alguna de las personas que me rodeaban habían visto lo mismo que yo. Los curiosos habían reaparecido. El hombre que fumaba también. Levantó una ceja y me preguntó si estaba bien. Levemente, como pude, asentí.

Guardé la cámara cuando las primeras gotas de lluvia cayeron sobre mi cabeza. Miré la hora en mi teléfono y quedé estupefacta al ver esos números blancos. A pesar de que para mí había transcurrido más de una hora, aún no eran las siete. Tenía que saber si lo que había visto era real o si había estado alucinando. Tal vez, me había desvanecido y recién ahora recobraba la conciencia. Necesitaba revelar las fotos que había tomado. La verdad se encontraba allí.

Un bocinazo me sobresaltó, y salí corriendo hacia el subterráneo. La lluvia torrencial me sorprendió cuando volví a salir a la superficie, después de un rápido viaje. Saqué mi paraguas y una ráfaga de viento lo dio vuelta.

–¡Mierda! –No podía cerrarlo.

Seguí caminando a paso de caracol, con el agua chorreando de mi pelo y de mi ropa. Había guardado la cámara en una bolsa plástica y envolvía la mochila entre mis brazos esperando que no se mojara.

Un Volkswagen Polo azul detuvo su marcha junto a mí. El conductor se asomó por la ventanilla, justo antes de que atravesara el puente sobre el río furioso.

–¿Necesitas que te lleve?

Suspiré aliviada al reconocer, detrás de la cortina de agua, al señor Krauss. Él y su esposa vivían junto a mi casa desde antes de que yo naciera. A veces nos reuníamos todos a comer los domingos. Y, aunque no tenían nada en común con mis padres, yo siempre los había considerado parte de mi familia. Fue Milton Krauss, no mi padre, quien me había enseñado a andar en bicicleta. Era su esposa a quien yo acudía para que me ayudase con las tareas escolares, porque mamá siempre estaba ocupada con sus clases de cocina.

Me refugié en el interior del coche.

–Llueve como si se acabara el mundo –comentó Milton limpiándose los anteojos en el saco de lana–. ¿Qué hacías caminando por la calle?

–Vengo del trabajo –contesté, obviando el hecho de que había sido despedida hacía un par de horas.

–Yo fui al dentista. Quise cancelar el turno por el clima, pero Marta dijo que no me darían uno nuevo hasta dentro de seis meses. –Suspiró–. Además, hay que cancelar veinticuatro horas antes. ¿Cómo iba yo a saber que se vendría el cielo abajo? Walter, el meteorólogo del canal seis, no lo dijo.

Fruncí el ceño y miré el clima en mi teléfono. “Tormentas eléctricas”, leí.

–En Google dice. –Le mostré.

–Es Martita la que anda con la computadora, todo el día con esos jueguitos y recibiendo mensajes de sus amigas en su teléfono nuevo. Esa música de campanitas que puso ya me vuelve loco. Todo el día sonando: tilín, tilín, tilín.

Si existía en el mundo alguien con la capacidad de hacerme reír, ese era Milton.

–Anda, ríete de mí, mocosa insolente. Prefiero perder mi tiempo leyendo.

–Eres un ratón de biblioteca.

–Pero bien que te gusta que te preste libros.

Alcé las manos a modo de rendición. Cuando el profesor tenía razón, tenía razón.

Conocía a ese hombre desde que había nacido. Era como un tío para mí y mi hermano. Él y su esposa no habían tenido hijos, por lo que solían pasar cumpleaños y demás fiestas con nosotros. Me llevaba mejor con Marta que con mamá. Podía hablar con ella de lo que fuera. Tal vez pudiera contarle lo que había visto esa tarde, aunque lamentaba no tener las fotografías de las

sombras reveladas para mostrárselas.

–¿Quieres cenar con nosotros? –inquirió, al estacionar frente a mi casa.

–Iré a cambiarme de ropa primero. –Bajé del auto y subí directo a mi habitación.

Lo primero que hice fue sacar la cámara de la mochila. Solté todo el aire de mis pulmones con alivio al comprobar que no la había mojado una sola gota de agua.



–¿Quién quiere helado con jarabe de chocolate? –preguntó Milton después de cenar, apilando los platos con restos de salsa–. ¿Kelly?

–Por favor –me emocioné.

Él entró en la cocina. Marta tuvo la amabilidad de silenciar su teléfono, cosa que también hice. El suyo no dejaba de vibrar. El mío ni daba señales de vida.

–Es mi grupo de pintura –aclaró con una sonrisa–. Por supuesto, hablan de cualquier cosa menos de óleos y pinceles. Ayer estuvieron enviando fotos de ese futbolista que les gusta a todas. Sin camisa. Después te las envío a ti, querida. Es bueno tener cosas bonitas qué admirar.

–Estoy de acuerdo.

–Te enseñaré algo. –Se levantó y abrió la puerta de un armario que tenía bajo llave–. Aquí guardo lo que no quiero que Peluso rompa. Cuando se enfada conmigo, tiende a robar cosas y dejarlas tiradas en el jardín. Aunque dudo mucho que se robe un lienzo. Pero sí puede arañarlo.

Peluso era su gato persa. Un par de veces lo había descubierto tratando de entrar por mi ventana. Seguro que quería comerse a Jamie. Odiaba a mi pez, pero se portaba bien con la gente. Aunque a veces parecía loco, maullándole al aire y restregándose contra la nada como si lo acariciara alguien invisible.

Marta me entregó una pintura del tamaño de una notebook, con el retrato de un misterioso joven de penetrantes ojos verdes y cabello dorado. Le vi cierto parecido con ella.

–Qué lindo –comenté estudiando sus bellísimos rasgos–. ¿Es alguien que conozcas? Y, de ser así, ¿me lo presentas?

–No es nadie que exista, corazón, sino alguien que alguna vez hubiera podido existir: mi hijo Demian. Él… nos dejó poco antes de nacer. Ya estaba en trabajo de parto.

–Lo siento –musité. Se me estrujó el corazón.

–Los médicos nunca supieron qué le pasó. Su corazón solo dejó de latir. –Acarició la imagen en el lienzo–. Así es como me hubiera gustado que fuera, ¿sabes?: alto como Milton, con sus hermosos ojos verdes y sonrisa encantadora, mi nariz recta y mi tono de pelo. Un chico guapo, cariñoso y con sentido del humor. Así lo sueño siempre. Porque cuando duermo, vive y habla

conmigo. Cumpliría veinte años la semana entrante, el treinta y uno de octubre. En Halloween.

Tendría un año más que yo. Apreté su mano al percibir su tristeza.

–Ya aprendí a vivir con esto –dijo–. Aunque siempre me pregunto la clase de hombre que hubiera sido.

–Con una madre como tú, el mejor –dijo Milton entrando al comedor con nuestros helados–. Aunque tal vez hubiera tenido unos cuantos kilos de más. Es imposible rechazar tu lasaña.

Ese niño hubiera tenido los mejores padres del mundo.

–¿Puedo sacarle una foto?

–Claro que sí –contestó ella con melancolía en la mirada–. Estoy segura de que ustedes hubieran sido muy buenos amigos.

Era lindo pensarlo. Aunque, probablemente, me hubiera tratado igual que los demás: como un bicho raro. Si me dejaba guiar por la pintura de Marta y por lo que ella deseaba para él, tal vez Demian hubiera sido uno de esos chicos populares y exitosos. Todo lo opuesto a mí. Yo hubiera tenido que hacer fila para hablarle. Y odiaría a su novia porque, en mi interior, albergaría la esperanza secreta de que un día se enamorara de mí.

Saqué mi cámara y me enfoqué en esos ojos expresivos y dulces. Era una pena que alguien así no existiera. Tomé la foto, la primera de un rollo nuevo.

Tal vez, en otra vida, podamos conocernos, Demian Krauss.

–Las dejaré solas, chicas –dijo Milton–. Tengo una aventura que terminar en la biblioteca. El héroe quedó atrapado en una tumba egipcia y no sé cómo hará para liberarse.

–¿Y si nunca se libera? –comenté con malicia–. Podría quedar atrapado para siempre.

Su expresión hizo reír a Marta, quien recibió un tierno beso suyo en la frente. Verlos interactuar me hacía creer que el amor existía, no solo en los libros o en las películas. Deseé que mis padres fueran así.

–Marta… –dije cuando Milton se fue. Se había puesto a revisar su teléfono. Sus amigas le habían enviado como doscientos mensajes.

–Dime. –Dejó el aparato a un lado y centró su atención en mí.

–¿Crees en el más allá?

Su comprensión la ubicaba en el número uno de mi ranking de personas favoritas. Luego de ella, por supuesto, venía Milton. No ocupaba el primer lugar porque siempre me *spoileaba* las novelas que leía. Tyler, mi hermanito, estaba en el tercero. Nos llevábamos bien cuando no se le daba por molestarme.

–Creo que existen cosas que no podemos ver y están por encima de nuestro entendimiento –respondió ella revolviendo su helado.

–¿Y si vieras algo que no debería estar allí? –cuestioné.

Me miró expectante. Sabía que pensaba en el alma de su hijo. Él la había convertido en una

creyente. Yo, en cambio, me refería a algo más. Algo siniestro que no tenía nombre.

–Un hombre chocó hoy –dije rememorando los sucesos extraños que habían acompañado el hecho–. Y…

No sabía cómo explicarlo sin parecer una demente. Decidí contarle lo que había visto, sin hacer suposiciones. Comencé desde el principio. Si ella había tenido la valentía de contarme sobre su bebé, yo podía confesarle mi mayor secreto.

–¿Sabías que morí cuando era niña?

Suspiró con evidente incomodidad. Hablar de la muerte no era como hablar del clima. Al menos, no para todos.

–Tu madre me contó lo del lago.

Yo le había contado a esta mujer todo sobre mi vida; incluso cuando había perdido la virginidad con el idiota de Elliot Corvin, y que no quería repetir la experiencia hasta que estuviera enamorada de alguien que me correspondiera. Tal vez, pensaba que me molestaba tocar el tema de mi ahogamiento y que, por eso, nunca se lo había mencionado. En realidad, me daba miedo que reaccionara igual que mamá y me tratara como a una extraña.

–Hay algo que mis padres no saben –confesé–: desde ese día, veo cosas que los demás no.

Se inclinó hacia delante.

–¿Qué tipo de cosas? –preguntó en voz baja.

–Sombras. –Jugué con mis manos nerviosas porque temía que no me creyera y telefoneara urgente a mi madre: “Helena, tu hija necesita ayuda psiquiátrica”. Sin embargo, no sería capaz de hacerme algo así. Ella no–. Las veo de noche cuando estoy sola. En la calle, en mi cuarto…, hasta me persiguen en mis pesadillas. Hoy, cuando ese hombre se accidentó, la calle se llenó de figuras oscuras. Rodeaban al hombre muerto, como si esperaran que se levantara.

–¿Nadie más las vio?

Sacudí la cabeza. Preferí omitir lo de la criatura horrenda que emergió del suelo, porque no quería asustarla más. ¿Y si se trataba de la muerte?

–¿Estoy loca, Marta?

–No, querida. –Palmeó mi mano–. Posees una percepción más grande que cualquiera de nosotros porque estuviste ahí, del otro lado. ¿Presenciaste algo más?

–Hay una sombra que no es como las otras. Aparece con frecuencia dondequiera que yo esté. No viene de ninguna parte y juraría que, en ocasiones, puede salir del muro.

Tomé una cucharada de helado para suavizar mi garganta. Ella apenas probó el suyo. Me escuchaba con atención, esbozando una sonrisa de madre que nunca recibiría en casa.

–¿La has visto salir?

–No, pero cuando caí en el agua, alguien me tendió la mano. No era mi padre. Fue antes de que él me sacara. Estaba hundiéndome en esa helada oscuridad y de pronto apareció alguien

conmigo. Casi tomo su mano para irme con él. ¿Crees que podrá ser la misma cosa que me sigue? ¿Qué tal si, como no pudo llevarse mi alma en aquel entonces, ahora me persigue esperando mi muerte?

–No sé mucho sobre el tema –Suspiró–. Pero conozco a alguien con quien puedes hablar. Se llama Kasinski. Norma Kasinski. Es mi psíquica particular. La conocí en el pueblo de Lily Dale cuando visité a mi hermana. A lo mejor, ella pueda ayudarte con lo de las sombras.

–¿Es tu qué? –pregunté con gracia.

Habló en tono de confidencia:

–La contraté para que contactara a Demian. Me dijo que las almas elegían dónde nacer, y que él pudo haberse arrepentido antes de venir al mundo. Yo solo quería saber por qué.

–¿Logró comunicarse con él?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Apoyé la mano en su hombro deseando que no se echara a llorar, porque era pésima consolando a las personas. ¿Qué podía decirle? ¿Esperaba que la abrazara?, ¿que le dijera algo bonito y motivacional? ¿Debía llamar a Milton e irme a mi casa?

–¿Es confiable? –inquirí, tratando de distraerla.

–Por supuesto. Te enviaré su número para que la contactes. –Escribió algo en el móvil y, en seguida, mi teléfono vibró.

Las psíquicas no ofrecían sus servicios gratis. Sería caro. ¿De dónde sacaría el dinero, si ya no tenía empleo?

–Podría llamarla ahora, si quieres –comentó con un entusiasmo del que yo carecía.

–Antes quisiera revelar las fotos que tomé. Así tendría algo concreto que mostrarle.

–¡¿Las fotografiaste?! –exclamó con el rostro iluminado.

Amaba a esa mujer.



–¿Qué es eso? –preguntó mi entrometido hermano menor, intentando ver por sobre mi hombro mientras revelaba las fotografías de mi último rollo–. No se entiende nada.

Apenas metí una en el revelador, un soplo de aire frío me golpeó en la nuca.

–¡Tyler! ¿Otra vez dejaste la puerta abierta? –lo regañé, agitando el tarro con cuidado–. Ve a cerrarla. Ya mismo.

–Qué mandona –se quejó.

Arrastró los pies por las escaleras.

–Esto es un cuarto oscuro. No tu habitación –dije.

Cerró la puerta y regresó conmigo.

–Es un sótano –replicó.

Hice una mueca. Necesitaba una llave. Papá debía tener una en algún lugar. Después se la pediría.

Ty se acercó a los negativos, con las manos en la espalda. Sabía que tocar mis materiales de fotografía estaba prohibido.

–¿No me vas a decir qué son estas fotos misteriosas? –volvió a preguntar.

–Luego.

Una imagen apareció en el papel fotográfico. Mi hermano no se movió de mi lado. Le encantaba verme revelar. Estaba segura de que ya había aprendido el método, pero ni loca se me ocurriría permitirle que lo hiciera por su cuenta.

–¡Dios mío! ¿Qué es eso, Kelly? –Señaló el papel con el ceño fruncido.



6
El puente de las lágrimas

La puta calle.

–Nada –bufé, buscando con afanosa rabia las sombras en la imagen. Ninguna había sido capturada–. No es nada.

–¿Por qué le sacaste una foto a la calle? ¿Perdiste la inspiración?

Me ahorré la respuesta. Tal vez había apretado el disparador sin querer o me había equivocado con algún químico. Decidí repetir el proceso con las demás fotos. Con un poco de suerte, alguna habría salido bien. Esperaba no haber perdido mi tiempo y mi dinero en vano. Varias de las fotos salieron movidas a causa de mis nervios. Muros y trozos de calle vacíos se fueron revelando ante mis ojos, pero no apareció ninguna sombra.

–Son las fotos más aburridas que he visto en mi vida. –Tyler bostezó–. Ni siquiera mamá las tomaría. Y eso que ella tiene un álbum llamado “mis utensilios de cocina”.

–Cállate.

–En serio, Kelly. ¿En qué pensabas?

–Qué te importa. –Metí la última foto en el líquido revelador, rezando que alguna mísera sombra se manifestara en el maldito papel.

Nunca le diría que quería fotografiar fantasmas. Se reiría de mí. Iría corriendo a contarles a mis padres y después yo tendría que soportar sus comentarios acerca de mi salud mental. O, peor aún, me preguntarían si había vuelto a consumir drogas. Aunque las había dejado, el estigma nunca me abandonaría.

–¿No vas a fijar las fotos? –quiso saber.

–No –murmuré.

–¿Por qué no?

–¿Por qué eres tan molesto?

Se encogió de hombros.

–Todos necesitamos un pasatiempo –dijo con una sonrisa encantadora.

Cuando la imagen apareció, reconocí el ángulo. Era la de la sombra que me seguía a todas

partes. Por un instante, tuve el impulso de romperla, pero la dejé intacta.

–¿Por qué esa cara? –preguntó Ty–. ¿Qué esperabas ver?

–Si te digo, ¿te burlarás de mí?

–Si no lo hiciera, estaría rompiendo el código de conducta de los hermanos menores. –Palmeó mi espalda.

–¿Sabes qué? Olvídalo. –Me quité los guantes y los arrojé a un rincón, sobre una pila de cajas vacías. Subí las escaleras, con la fotografía húmeda en mi mano. No sabía qué haría con ella. Tal vez, la enmarcaría y la colgaría en mi cuarto como un recordatorio de mi locura.

Tyler subió pisándome los talones. Temía quedarse solo en el sótano. Nunca bajaba sin mí.

–¡Espera! –gritó–. Ahora quiero saber qué querías fotografiar. Si no me dices, le contaré a mamá que te besuqueaste con Rudy.

Me di vuelta y chocó conmigo.

–No lo harías.

Rudy era un desagradable chico de dieciséis años que vivía al otro lado de la calle.

–Ella me creerá, aunque sea mentira –amenazó.

–Sígueme. –Lo guie a mi habitación y cerré la puerta. Noté que el pin que se le había caído a mi mochila el día de la tormenta estaba sobre mi mesa de noche. Seguro que mamá o papá lo habían encontrado tirado por ahí–. Siéntate, mocoso. Si repites algo de lo que voy a contarte, meteré tu consola en la pecera de Jamie. ¿Entendido?

–Sí, mi capitana.

Me senté en la cama y crucé las piernas. Tyler me imitó. Apoyó la cabeza sobre los puños y soltó su primera teoría preadolescente.

–Déjame adivinar: cazabas a un fulano escurridizo. Lo viste desde un autobús, él te miró fugazmente y desde entonces crees que es tu alma gemela porque viviste un instante mágico. Pero no es fácil encontrarlo. Así que, para seguirle la pista, fotografías cada lugar donde lo has visto, con el fin de armar un mapa que te guíe a sus musculosos brazos varoniles. Aunque luego no te vas a atrever a hablarle. Solamente lo espiarás en secreto y guardarás celosamente una foto de él desnudo bajo tu almohada.

–¿De dónde sacas esas cosas?

–Soy escritor de novelas eróticas en Wattpad.

Le lancé un almohadón por la cabeza. Aquella era una plataforma donde podían subirse escritos, y los demás opinaban y votaban. Yo misma la usaba para publicar poesía oscura y deprimente. No tenía idea de que él escribiese ese tipo de cosas. ¿Y si lo leía sin saberlo?

–¡Tienes once años! –exclamé.

–Y tú ocho más que yo. A tu edad, no deberías ser tan mojigata.

–No perseguía a ninguno –gruñí.

–Eso dices, pero…

–Buscaba fantasmas.

La risotada de mi hermano me obligó a lanzarle otro almohadón. Esta vez, en su impertinente cara. Se escudó con los brazos.

–¡Los vi! –grité para que se callara de una vez.

Continuaba riéndose.

–Las drogas producen ese efecto. Y antes de que me preguntes cómo lo sé, investigué para mi novela. Se llama: *Mi niñero es un vampiro playboy*.

Meneando la cabeza, posé los ojos sobre la foto del muro vacío que había dejado en la cama. Se suponía que en ella debía haber una sombra.

–No estaba drogada –insistí–. Y eres un niño. No deberías escribir ese tipo de historias.

–No debería hacer muchas cosas. Igual las hago. ¿Sabes por qué?

–¿Porque te importa una mierda lo que piensen los demás?

–¿Sabes, Kel? A veces estoy a punto de creer que eres adoptada y entonces te sales con esos comentarios –dijo con seriedad.

–Vete al cuerno. –Reí, mientras lo abrazaba.



La tarde siguiente me puse mi anillo de la suerte y salí a repartir currículums. Lo usaba solo en ocasiones especiales porque no quería perderlo. Me lo había regalado mi abuela Elsa. “Tu destino está atado a este anillo. Llévalo contigo y atraerás lo que es para ti”, había dicho. Falleció dos días después. Atesoré ese regalo como ningún otro. Incluso más que mi cámara de fotos. De haber sabido que deliraba, no habría tomado sus palabras como un designio.

Caía la noche cuando llegué al puente Cook, camino obligado para llegar a casa. Se llamaba así por una mujer llamada Whilemina Cook, que se había lanzado al río hacía unos cien años. El puente de las lágrimas, lo llamábamos. Medía cerca de diez metros de altura y unos cincuenta de largo. Papá decía que era una maravilla arquitectónica, aunque a mí me daba igual. Siempre que lo cruzaba, alzaba la cabeza para evitar fijarme en la corriente que bramaba debajo. Mi mayor temor era caer y ser arrastrada por el agua.

Nunca debí sacarme el anillo, pero mi dedo se había hinchado y dolía. Además, pensaba que estaba segura caminando por el centro del puente. Nadie me seguía, nadie me observaba. Ni la más tenue de las sombras se había hecho presente. No se me ocurrió sospechar que ese chico en patineta saldría de la nada y me empujaría, y menos que el anillo saldría volando de mis manos antes de que consiguiera guardarlo en mi bolsillo.

–¡Ey! –grité–. Fíjate por dónde vas.

Él siguió su camino como si nada. Estaba segura de que se había reído.

Me arrodillé y busqué el anillo entre las ranuras de la madera negra. El brillo lo delataría. No debía haber caído lejos. Esperaba que el río no se lo hubiera tragado. Por un segundo, tuve el impulso de telefonear a casa para que vinieran a ayudarme, pero, probablemente, me hubieran dicho que lo dejara y comprara otro.

Saqué mi teléfono y encendí la linterna.

–¿Por qué tenías que caerte aquí? –rezongué, tratando de no mirar al otro lado de la barandilla, donde sobresalía un borde de varios centímetros. Sería el último lugar en el que buscaría.

El viento frío, una bestia invisible de garras afiladas, trepaba por mi cuerpo y me sacudía en repetidos espasmos que no era capaz de detener. Mis dientes castañeaban y, a cada rato, debía calentar mi nariz entre las palmas de mis manos.

–¿Dónde estás, anillo? ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde? –Alcé la voz.

Recorría el puente iluminando los tablones, una y otra vez. Tenía que aparecer. No volvería a casa sin él.

Luego de veinte minutos, mi atención se posó en un resplandor blanquecino que provenía de uno de los costados del puente, justo del lado externo del barandal. Llevé la luz hacia allí, con la esperanza de que no fuese nada.

La cosa volvió a brillar.

–Dime que no… –Me aproximé sin dejar de apuntarle con la luz.

Cuando estuve junto a la barandilla, me apoyé en ella y volví la vista hacia abajo. No pude evitar soltar un gemido al reconocer el facetado brillo del anillo de mi abuela.

–Carajo.

Lo había encontrado.



7
Desaparecidos

***Por fin en casa,* pensé apoyándome contra la puerta.**

Tanteé mi bolsillo. No recordaba haber recuperado el anillo, pero ahí estaba. Mejor lo guardaba en un lugar seguro, antes de perderlo de nuevo. Me quité los zapatos, aunque mis pies no dolían, y caminé de puntillas por las escaleras sin encender la luz para no despertar a mi familia. Había perdido la noción del tiempo. Al parecer, era tarde. Romper el silencio que me rodeaba pisando los escalones que crujían me ponía nerviosa, como si cualquier sonido, por insignificante que fuera, atrajera lo que se escondía en la oscuridad.

Mientras subía a mi cuarto, me estremecí al darme cuenta de que no solo había olvidado el momento en el que había recogido el anillo, sino también mi vuelta a casa. Recordaba haberme sujetado de la baranda del puente. No alcanzaba el anillo estirando el brazo, así que tuve que cruzarla. Recordaba lo acelerado de mi corazón al levantar una pierna para pasar al otro lado. También recordaba el frío del viento y del metal del que me sostenía, cuando pasé la otra pierna. ¿Y después? Después, nada. Una niebla negra enturbiaba mi memoria.

El episodio en el puente me había alterado y, ahora que bajaba la adrenalina, experimentaba los efectos del cansancio: no podía pensar con claridad. Quizá, después de dormir recordaría. Quizá, también desapareciera la sensación de inquietud que crecía en mi interior. Una inquietud siniestra e inexplicable que comprimía mi pecho desde el instante en el que había atravesado la puerta.

En cuanto entré a mi habitación, aturdida por la extraña situación en la que me encontraba, me derrumbé en la cama. Solo desabroché el botón de mis pantalones para que no se me clavara en la panza y dejé el anillo sobre la mesita de noche. No tenía ganas de quitarme la ropa y buscar un pijama y ponérmelo y quitarme el maquillaje. Ni siquiera tenía ganas de cenar. Mis párpados eran dos bloques de piedra. Los cerré y me uní al silencio absoluto. Sin pesadillas. Sin sombras que me persiguieran. Sin nadie que me amara en sueños. Sola.

Abrí los ojos en la lobreguez de mi cuarto. No habría pasado mucho tiempo desde que había llegado a casa, así que traté de volver a dormir. Daba vuelta para un lado y para el otro. Cuanto

más deseaba quedarme dormida, más despertaba. La ausencia de sonido era inquietante. El viento se había callado. Ningún coche pasaba por la calle. No ladraban perros ni maullaban gatos. Incluso el aireador de la pecera de Jamie se había apagado.

Mi entorno no había cambiado, pero se sentía diferente. Como si hubiera despertado en el interior de un sueño y no supiera cómo regresar a mi realidad, en la que mi familia se quedaba despierta y haciendo ruido hasta tarde, y en la que el único sonido que oía no fuese mi propia respiración.

Me mantuve en la misma posición durante lo que parecieron horas. A pesar de mi cansancio, no lograba perder la conciencia. Metí la mano en la mochila, que había dejado junto a la cama, y busqué mi celular para ver la hora. La pantalla estaba negra. Se le había agotado la batería. Lo dejé sobre la mesita y me tapé hasta la cabeza. Todavía no había amanecido, por lo que me quedaban unas horas más de sueño. Quería dormirme antes de que aparecieran las sombras. Sin embargo, el insomnio me había atacado.

Sacudí las piernas. Golpeé la almohada. Apoyé mi cara en ella y grité. Con los ojos cerrados, giré a la derecha, a la izquierda, me coloqué boca abajo. No tardé en acostarme boca arriba y posar la mirada en la cortina morada que cubría la ventana. Me levanté sin ganas a descorrerla, y no vislumbré estrella alguna ni luna ni sol. Apenas adornado con una sutil claridad, el cielo exhibía un profundo azul con tintes rosados. Amanecería pronto. Me quedé contemplándolo hasta que los segundos se volvieron minutos; y los minutos, horas. Y así, seguí junto a la ventana con la vista hacia arriba, contemplando un horizonte que, como una foto, permanecía inalterable.

No amanecía.

Paseé la vista por las siluetas de las casas apagadas y los faroles dormidos. El tiempo parecía haberse detenido en ese brevísimo instante anterior al amanecer, en ese minuto en el que la luz y la oscuridad se entremezclan. La extrañeza creció en mí cuando noté que el silencio absoluto continuaba. Volteé a ver a Jamie. En ningún momento, desde mi llegada, había visto su sombra nadar en el cielorraso o percibido el sonido relajante de las burbujas de su pecera.

Examiné el agua estática y turbia.

–¿Jamie? –Di unos suaves golpes en el vidrio.

El pez dorado no aparecía. Busqué el frasco de alimento deshidratado y tiré unas hojuelas en la superficie del agua. Se fueron hundiendo, una por una, hasta tocar las piedritas del fondo. Y ahí quedaron, intactas. Tragué saliva al pensar que, tal vez, Jamie se hubiera quedado atrapado en el interior del aireador, y que por eso había dejado de funcionar. Metí la mano y removí el aparato, una pequeña cajita azul de la que salía un tubo transparente. Me senté ante el escritorio para abrirla y presioné el botón del velador porque apenas podía ver.

La luz no funcionaba. Me levanté a encender el interruptor principal, pero la habitación permaneció a oscuras. Debía haberse cortado la electricidad. Ya entendía por qué no andaba el

aireador y que los faroles de la calle no se hubieran encendido. Había un apagón. Aunque eso no explicaba dónde se había metido mi pez. Volví a sentarme ante el escritorio y tomé la resbalosa cajita entre mis manos. Había preparado un pañuelo de papel para envolver al pescadito. Lo enterraría en el jardín. Me daba pena tirarlo por el inodoro.

Abrí la cajita sin dificultad y la hallé vacía.

–El gato –solté de pronto.

Peluso pudo haber entrado por la ventana y comérselo en mi ausencia. Ese pequeño criminal peludo.

Aún no sentía deseos de ir al baño, así que salí al pasillo en penumbras y bajé las escaleras. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas, igual que todas las ventanas. Pasé junto al reloj de pared que papá había colgado al lado de la entrada. Las agujas se habían detenido a las seis y cincuenta y cinco. El aparato no funcionaba con electricidad, sino con baterías. ¿Se le habrían acabado? Entré en la cocina y se me ocurrió abrir el grifo: no salía una gota de agua. En ese instante, también me percaté de que las aves, que a veces me despertaban con su barullo antes de que saliera el sol, no trinaban.

–¿Qué está pasando?

La luz, el agua, las aves, mi pez… ¿Qué más habría desaparecido en esta especie de vigilia onírica en la que parecía haber quedado atrapada?

–¡Mamá! –grité.

Mi voz hizo eco en la cocina. Tal vez, no me había oído. Corrí escaleras arriba con el corazón oprimido por la incertidumbre. Me detuve ante la puerta del cuarto de mis padres y la abrí.

Encontré una cama vacía.

–¿Tyler? –exclamé sobresaltada, temiendo que algo horrible hubiera sucedido durante mi ausencia.

Mi hermanito tenía que estar en casa.

–¿Ty? –Atravesé el pasillo y entré en su habitación. Entonces todo giró alrededor de mí en un torbellino de solitaria locura–. ¡Tyler! ¡Tyler, dónde estás!

Abrí el armario y descolgué la ropa, arrojándola al piso en una pila. Tal vez, él se había ocultado detrás. En ocasiones me hacía ese tipo de bromas. Ojalá estuviera jugando conmigo. Abrí las cortinas y me asomé bajo la cama, donde no vi más que juguetes rotos, medias sucias y bollitos de papel. Pero no a mi hermanito.

¿Dónde se habían metido todos? Ni siquiera habían dejado una nota.

Regresé al dormitorio de mis padres y miré por la ventana que daba al garaje. No se habían llevado el auto.

Despierta, Kelly. Abre los malditos ojos.

Me mordí el antebrazo. Si soñaba, el dolor me despertaría. Apreté los dientes contra mi piel

hasta que dejé una marca profunda. Me detuve antes de sangrar.

No pasó nada.

Si telefoneaba a mamá, tal vez respondiera. Y si no atendía ella, papá lo haría. Así que volví a mi cuarto a buscar el teléfono que había dejado en la mesita de noche. Pero había desaparecido. ¿O lo había dejado en otro lugar sin darme cuenta? Revisé la mesita de arriba abajo. Vacié cada cajón, también la mochila. Tanteé la cama y arranqué las mantas. No lo había metido debajo de la almohada ni en uno de mis bolsillos. Quizá, se había caído. Me arrodillé y metí la mano bajo la cama. Mis dedos se deslizaron por la polvorienta madera, recorriendo cada centímetro de parqué. Necesitaba ese teléfono o no podría contactar a mis padres.

Algo peludo entró en contacto con mi piel.

–¿Peluso? –Lo arrastré fuera.

No se trataba del gato, sino de un perrito de peluche.

–Hola, origen de mis alergias. –Lo arrojé lejos y volví a meter la mano.

Si el celular no estaba ahí, entonces, alguien me lo había robado. Por consiguiente, no estaba sola en casa.

Tranquila, Kelly. Aparecerá. No te preocupes. Si hubiera alguien contigo, lo habrías notado. Las puertas son ruidosas. Incluso oirías la caída de un alfiler con este silencio.

No encontré el teléfono, sino algo más: la foto que le había tomado a la pared de un edificio cuando aquel tipo se había accidentado con su auto. Iba a tirarla al cesto de basura, pero en ella apareció algo que antes no había visto. La sombra. Apenas se percibía. No obstante, fui capaz de distinguir la figura masculina con las manos en los bolsillos, que miraba hacia la cámara. Cobraba nitidez con cada segundo. Incluso parecía que iba inclinando lentamente la cabeza hacia un costado.

No, no parecía. La imagen en la foto se estaba moviendo.

La solté y me precipité a la puerta, que cerré y trabé con una silla con forma de oso panda que había sacado del dormitorio de mi hermano.

–¿Qué fue eso?

Espié por la cerradura porque, si bien me había llevado un susto de muerte, quería saber. Temía que un ojo se asomara del otro lado, pero no ocurrió. Apenas divisé una pequeña porción del cuarto: la pared y un trozo de cortina. Aguardé un rato y entreabrí.

El teléfono estaba en la mesita.

En este punto, ya no sabía si el problema era mío o alguien intentaba volverme loca. Apreté los labios. Tendría que ir por él para llamar a la policía, los bomberos o a alguien que me explicara qué estaba pasando. Alguien debía saber. ¿Y si mamá me había medicado? ¿Si alucinaba y me habían atado en la camilla de un hospital? Por momentos, en mi cabeza sonaba un pitido. ¿Acaso olía a desinfectante?

No, me estaba sugestionando. Inspiré hondo y solté el aire despacio, esperando que la sombra se manifestara. Si llegaba a materializarse, saldría corriendo. Sin embargo, todo siguió tranquilo. No hubo movimientos raros ni ruidos. Solo mi paranoia y yo.

Contaría hasta tres y entraría a buscar mi teléfono. Ignoraría la foto, aunque la sombra en ella se pusiera a bailar.

Uno.

Dos.

¡Tres!

Empujé la puerta y se abrió con un rechinido que, en un día normal, pasaba desapercibido. Pero el silencio lo convertía en un chillido perturbador. Delataría mi presencia a quien anduviera cerca.

Paranoica, me dije por dentro.

Era solo una puerta común en un cuarto común de mi propia casa. ¿Por qué no podía, simplemente, entrar?

Porque la figura de la foto se había movido. Por eso. Y la foto había quedado tirada en el piso, al lado de mi cama.

Di un paso adelante. Después, retrocedí como una cobarde. Me metí en la habitación de Tyler y tomé su bate de béisbol. Nunca había probado amedrentar a las sombras con un arma contundente. Aunque dudaba que sirviera para enfrentar a los fantasmas que solían acecharme, me infundía seguridad.

¿Y si mejor salía a pedir ayuda a Marta y Milton? No lo pensé dos veces. Busqué un juego de llaves en el cuenco de la mesita de la entrada y salí de casa con el bate al hombro. Lo primero que hice al cruzar el umbral fue alzar la cabeza al cielo. El sol no había salido aún. Una fina escarcha cubría el pasto que crujía bajo mis pies. Sin embargo, no hacía frío. Me sorprendió que ninguna brisa me sacudiera el pelo; que los árboles, alineados con la calle, se mantuvieran estáticos como en una fotografía; que el aire a mi alrededor se viera igual que el agua turbia. Nada lucía real. ¿Sería mi vecindario objeto de algún raro experimento científico?

Atravesé el jardín carente de color, de flores, convencida de que debía haber amanecido hacía horas.

–¿Marta? ¿Milton? ¿Están en casa? –Golpeé con insistencia la puerta de los Krauss. Mi pulso se aceleró cuando no respondieron–. Por favor, abran.

Me asomé por la ventana para ver hacia adentro. Apenas vislumbré las escaleras más allá del oscuro comedor. Di unos golpes en el vidrio.

–Soy yo, Kelly. ¿Están ahí?

Me mordí las uñas esperando oír sus voces. Rodeé la casa y me asomé por otra de las ventanas: la de su habitación. Lo que más temía no era que hubieran desaparecido, sino

encontrarlos muertos.

Lo único que hallé fue silencio.



8
Shaw

En el reflejo del vidrio de la ventana vi que algo se movió detrás de mí. Alguien había pasado corriendo.

Me di vuelta.

–¿Hola? –Sospechaba que podría tratarse del chico que vivía al otro lado de la calle–. ¿Rudy, eres tú?

Dejé la casa de los Krauss y caminé en dirección a la suya. No me agradaba ir por él. Vivía espiándome con sus binoculares, por eso casi siempre cerraba mis cortinas.

No toqué el timbre. Preferí ir directo a la ventana del pervertido.

–Rudy, soy Kelly. Abre la ventana. –Golpeé–. ¡Rudy! Acabo de verte. Déjame entrar. Algo muy raro está pasando. Si me abres… Si me abres, te dejaré besarme.

Me encontraba al límite de la desesperación. Espié por la rendija entre las cortinas y volví a golpear. El vidrio temblaba contra mis nudillos enrojecidos. Consideraba romperlo con el bate, pero mi descaro no llegaba tan lejos. No era a mi vecino mirón a quien tenía que recurrir, sino a la policía.

Observé la calle vacía con un escalofrío. Desde que había salido de casa, no había pasado ningún coche, ninguna persona. Nadie había encendido una sola luz. El paisaje se mantenía estático, muerto, como si el mundo hubiera dejado de funcionar. Un velo traslúcido y descolorido lo cubría todo y volvía al aire denso, casi palpable. No pude evitar que un terrible pensamiento cruzara por mi mente: quizás, el mundo siguiera siendo el mismo. ¿Y si era yo la que había cambiado?

Emprendí el regreso a casa.

¿Dónde estoy?, me pregunté con la sensación de que millones de diminutas hormigas invisibles recorrían mis piernas, brazos y el centro de mi pecho. Solo necesitaba despertar. Cuando despertara, terminaría toda esta locura.

Entré a casa, cerré la puerta con llave y me di una cachetada que me hizo arder la piel. Si

estaba soñando, el dolor me haría despertar. No obstante, al igual que cuando me había mordido, nada pasó. A lo mejor, necesitaba otro tipo de incentivo para abrir los ojos, así que fui a la cocina. Dejé el bate en un rincón e intenté encender una hornalla. Al no conseguirlo, abrí el primer cajón del aparador y lo revolví hasta que di con un encendedor.

–Esto tiene que funcionar –dije extendiendo la mano y colocando el pequeño artefacto debajo de mi palma. Respiré hondo y giré la rueda de encendido–. ¡Mierda!

El encendedor funcionaba. Lo dejé caer y repiqueteó fuera de mi vista. No había sido el hecho de haberme quemado lo que me irritó, sino que seguía allí, despierta en esa realidad alterada…, en ese mundo que era el mío pero que, en cierto modo, no lo era.

Abrí el refrigerador y saqué una botella de agua. Llené un recipiente con el líquido frío a pesar de la falta de luz y metí la mano adentro. El alivio fue inmediato. Busqué la caja de primeros auxilios en el último cajón del aparador y la vacié en la mesa. Por suerte, encontré una pomada para quemaduras. Me unté un poco y cubrí mi mano con una venda. Había sido una tontería lo del encendedor.

Tenía ganas de gritar de la impotencia. Si no lo hacía era por temor a que las sombras me descubrieran. En este mundo inerte, oscuro y vacío donde no existía nadie más que yo, las imaginaba ocultas y al acecho, aguardando el momento oportuno para aparecer. Se acercarían y yo no podría huir o esconderme de ellas, porque solamente en la luz encontraba refugio. Y aquí no salía el sol.

Intenté hacer memoria para recordar cómo había llegado a este lugar. Todo había empezado en el puente, después de que se me cayera el anillo. De alguna forma lo recuperé y caminé a casa, pero había olvidado cómo. Me pregunté qué hice después de pasar sobre la barandilla. Sin embargo, el dolor me atacó con un pitido agudo que resonó en mis oídos. Mientras más me esforzaba por recordar, más me aturdía. Tuve que parar. Necesité un momento para recomponerme.

¿Y si estaba muerta?

Suponía que uno debía darse cuenta de cuándo dejaba de vivir, de cuándo ya no respiraba. Lo descarté porque nada había cambiado en mí. Seguía siendo la misma. Además, deseaba mantener la esperanza intacta. Si no estaba muerta, alguien podía ayudarme. Pero para pedir ayuda necesitaba mi teléfono.

Antes de volver a mi cuarto, fui por una cuchilla a la cocina. Serviría para defenderme. ¿De qué? Aún no lo sabía. Atravesé la cocina y la sala, hasta llegar al reloj de papá. Creía que se había detenido, pero al aproximarme y observarlo con mayor atención, descubrí que las agujas temblaban en su sitio. Su mecanismo se había atascado.

Con la mano cerrada con fuerza alrededor del mango de la cuchilla, seguí mi camino al piso superior. Entré a mi habitación sin notar nada raro y recogí el teléfono. No demoré en apretar el

botón de encendido, una, dos, tres veces antes de recordar que la batería se había agotado. La pantalla seguiría negra. No había forma de cargarlo sin electricidad. Lo revoleé por el aire en un acceso de ira y caí sentada en la cama.

Incomunicada del mundo, recluida sin estar encerrada y asustada porque no sabía qué podía ocurrir, más que nunca deseé que esto fuera un sueño. Tal vez, si me dormía, pudiera despertar en mi propia realidad. ¿Qué tal si la manera de arreglar todo consistía en perder la conciencia? Lo intentaría. Enloquecería si me quedaba de brazos cruzados. Mamá guardaba píldoras de melatonina en su cajón, así que fui por ellas y tomé una. Me acurruqué en su cama y esperé que surtiera efecto.

Lentamente, el espacio alrededor de mí dejó de existir y me vi envuelta en una marea de luz negra que trataba de ahogarme y hundirme en el vacío. El tiempo dejó de ser tiempo. Y los sonidos, que habían sido despojados por el silencio, mitigaron mi angustia creciente volviendo como las voces de mi padre y mi hermano. No entendía lo que decían. Tampoco lograba localizarlos. Ni siquiera comprendía dónde me encontraba yo. Sin embargo, me alegraba que estuvieran vivos.

La oscuridad me envolvía y, a pesar de que trataba de avanzar hacia las voces, me arrastraba cada vez más lejos de ellas.

–¡Papá! ¡Tyler! –grité, siendo tragada por un abismo que se abrió a mis pies–. ¡Aquí estoy! Ayúdenme. Ayú…

Me quedé sin voz. Los sonidos se apagaron y la oscuridad en la que caía se convirtió en agua. Agua oscura y helada en la que aparecí sumergida. Una hilera de diminutas burbujas salía de mi boca y se perdía en la superficie a la que me resultaba imposible subir por mucho que nadara. Cansada de luchar, dejé de moverme. Sin respirar. Sin esperar salvarme. Había quedado suspendida entre la vigilia y el sueño, detenida entre la muerte y la vida.

La madera de las escaleras crujió, y desperté, pero no pude abrir los ojos; mucho menos, levantarme. Había quedado paralizada. Mi corazón dio un salto cuando se abrió una puerta y unos pasos atravesaron el pasillo. Alguien se acercaba y pronto llegaría al cuarto de mis padres. Si al menos pudiera rodar bajo la cama…

Apenas conseguía doblar los dedos de los pies.

Los minutos siguientes fueron una tortura. Los ruidos pararon y yo no tenía modo de saber si esta persona se había ido, seguía merodeando o se había detenido a observarme desde los pies de la cama. Los segundos escapaban y yo seguía aprisionada en mi propio cuerpo, del mismo modo que el tiempo había sido atrapado en las agujas del reloj de mi padre. Recuperar el movimiento me tomó un buen rato. Cuando por fin logré incorporarme, me asomé al pasillo. Trastabillando, me escabullí a mi cuarto para buscar la cuchilla que había dejado tirada en alguna parte. Jamás creí que encontraría al extraño recostado en mi cama leyendo una revista de moda.

–Por fin despertaste. Comenzaba a aburrirme –dijo.

Iba vestido de negro con una capucha que ocultaba su rostro. Reparé en el largo tapado gótico de cuero, en los guantes, en las botas. No había parte de él que fuese visible. Me recordaba a aquel hombre en el subterráneo que me había estado mirando desde el andén.

Se esfumó y apareció detrás de mí, sobresaltándome. Me di vuelta y ya no estaba. Había vuelto a desaparecer. Rápido, tomé la cuchilla del piso y cerré la puerta de mi dormitorio. Sin embargo, algo me decía que no se había ido. Seguía aquí.

–¿Quién es usted? –pregunté girando la cabeza en todas direcciones–. ¿Qué quiere de mí? ¿Qué está pasando?

Noté un ligero movimiento en el espejo. Al aproximarme, no me vi reflejada en él. Como si yo no existiera. Y mientras que por fuera del espejo la opacidad del aire parecía desteñir todo lo que tocaba, adentro, donde yo no estaba, el ambiente rebosaba de colores vibrantes en una habitación llena de luz.

–Kelly… –susurró una voz seductora que me puso la piel de gallina–. Kelly, Kelly, Kelly… Te extrañé.

El encapuchado se materializó ante mí, en el interior de ese reflejo, y me eché hacia atrás por instinto con una sensación de frío en mis entrañas. Siempre había estado convencida de que en una situación de peligro lucharía por mi vida en vez de huir, pero apenas si recordaba respirar. Tenía que calmarme. Ese desconocido era el único ser vivo con el que me había cruzado. El único que podía explicarme qué ocurría. Que se hubiera metido en el espejo o hubiera desaparecido ante mis ojos no debía hacerme perder la calma.

Torció la cabeza y, sin decir nada, apoyó la mano enguantada en el cristal sin aparente intención de salir. Yo retrocedí abrazando la cuchilla como si de ella dependiese mi vida. Temblaba de la cabeza a los pies, aguardando que dijera algo o, al menos, intentara atacarme para defenderme.

–No te daré mis botas, si es lo que estás pensando –comentó.

–¿Eh?

–¿O acaso me deseas como en tus sueños?

La cuchilla se me resbaló. ¿Él? ¿En mis sueños? Imposible. No podía ser. ¿O sí? Me pregunté qué tan real sería este hombre frente a mí. No parecía de carne y hueso. Entonces se agachó y sacó el brazo fuera del espejo para cerrar la mano alrededor del mango de la cuchilla. Volvió a enderezarse y, dando un paso adelante, atravesó la dura superficie reflectante como si estuviera hecha de agua.

Iba a matarme. Y yo, como una tonta, le había proporcionado el arma asesina y me había ofrecido como el cordero del sacrificio en vez de largarme de ahí. Su oscura figura encapuchada evocaba al Thánatos que una vez había imaginado. Por más que corriera y me ocultara en

cualquier rincón de la casa, si se trataba de él, me atraparía. Nadie escapaba de la muerte.

Sostuvo la cuchilla por la hoja y la extendió hacia mí.

–Si te tranquiliza, tómala.

¿Me la entregaba? ¿Por qué?

–¿No va a matarme? –pregunté desconcertada.

Dejó escapar una sonora carcajada. Meneó la cabeza y empujó la cuchilla al otro extremo de la habitación, lo cual no mermó mi temor en absoluto.

–No, mi corazón –dijo con ternura–. No estoy aquí por eso.

–¿Y por qué está aquí?

Se pasó una mano enguantada por la cabeza. Por un segundo, pensé que se quitaría la capucha. No fue así. Me resultaba imposible siquiera encontrar el brillo de sus ojos, por más que tratara de descubrir sus rasgos. Donde debía estar su rostro no había más que un espacio negro y vacío.

En vez de responder mi pregunta, paseó por el cuarto y encontró mi perro de peluche en un rincón. Lo tomó entre sus manos.

La gente no sale de los espejos.

Me acerqué despacio al armario, tratando de no llamar la atención.

La gente tiene cara.

Entré y cerré la puerta.

¿Qué es esa cosa?

Me acurruqué en el fondo y apreté fuerte los párpados deseando que desapareciera.

¿Qué quiere de mí?

Quizá lo más astuto hubiera sido salir corriendo de la casa, pero ¿a dónde? ¿Con quién? Si se trataba de una sombra, escapar rumbo a la noche eterna no serviría de nada. Tal vez, si lo ignoraba, se fuera.

–Que te ocultes no me hará desaparecer, preciosa –advirtió–. Hasta que salgas, me quedaré aquí jugando con tu perrito.

Lo espié por una rendija. Se había acostado en mi cama, con los pies cruzados. Los movía mientras tarareaba y abrazaba el peluche como un niño pequeño.

–¿Quién es? –pregunté desde mi escondite.

–Shaw.

–¿Shaw? –Hice una mueca–. ¿Qué clase de nombre es ese?

Se levantó, acostó al perrito con la cabeza sobre la almohada y caminó hacia el armario con las manos en la espalda, sigiloso y elegante.

–No tengas miedo, Kelly Wagner. –Su voz hizo eco en la habitación y en el interior de mi pecho–. No me interesa hacerte daño.

–¿Cómo sabe mi nombre? –Me asomé.

–Sé mucho sobre ti –contestó, haciéndose a un lado para que yo saliera–. Más de lo que imaginas.

No me moví de mi sitio. Un flash de mi último sueño con mi amante secreto acudió a mi mente, y mis mejillas ardieron.

–¿Quién… –Tragué saliva–… es? –volví a preguntar.

Y él volvió a decir:

–Shaw.

Parecía querer provocarme. Y yo me encontraba de pésimo humor, así que salí del armario con la intención de confrontarlo.

–Señor Shaw, ¿sabe lo qué está pasando? –inquirí de brazos cruzados, pasando por alto su extraña apariencia–. ¿Adónde fueron mis padres? ¿Qué le pasó a mi pez? ¿Dónde se ha metido todo el mundo? ¿Y la electricidad? ¿Por qué no hay agua? Todo es igual pero tan diferente. Nada funciona como debería. Afuera, ni siquiera sopla el viento. Y el aire tiene esa densidad rara… ¡Por Dios! Hace horas que estoy despierta y… y… ¡¿dónde está el maldito sol?!

–Tranquila. –Intentó frenar mi ímpetu con un gesto de sus manos enguantadas–. Sabrás todo a su debido tiempo. No te inquietes.

–¿Cómo pretende que me tranquilice? –grité–. No entiendo lo que pasa y quiero que me lo diga ahora. ¿Hubo una catástrofe nuclear de la que no me enteré? ¿Somos los únicos sobrevivientes? –Hice una pausa–. ¿Es usted alguna clase de mutante víctima de la radiación o un terrorista?

Su risa no me calmó. Al contrario.

–Lo siento –respondió–. Entiendo tu confusión. Todo está bien. No te alarmes. No ha ocurrido nada de eso.

–¿Qué quiere decir con que *todo está bien*? ¡Nada está bien! –me exalté–. ¿No ha visto a su alrededor? ¿Está ciego?

–Claro que lo vi. –Se encogió de hombros.

–¿Qué pasó con mis padres y mi hermano? Dígame.

–Nada –aseguró, apoyando una de sus manos en mi hombro y presionándolo con suavidad. Quise apartarme, pero me retuvo; aunque no con fuerza física. Algo en ese hombre no me permitía alejarme–. Se encuentran sanos y salvos en casa.

–¿Es una especie de broma retorcida? –espeté.

–Que no puedas verlos, no significa que no estén aquí, corazón. –Me soltó.

No comprendía y, al parecer, él no pretendía explicarme. Lo que más me inquietaba, además de su falta de colaboración, era su rostro entre sombras. Lo miré fijo, intentando descifrarlo.

–Estoy alucinando, soñando o me volví loca ¿verdad? Y usted no es más que un producto de mi mente. –Mis manos y piernas temblaban. Mi voz también. Si seguía así, pronto sufriría un

ataque de pánico (si es que ya no lo tenía).

Caí sentada en la cama y el perrito rodó al suelo. Shaw lo levantó y volvió a colocarlo donde estaba. Luego se acomodó a mi lado.

–Soy tan real como tú. Y por favor, ya deja de tratarme de usted.

Real o no, sospechaba que no se trataba de un ser humano.

–¿Qué eres? –se me ocurrió preguntar, aunque dudaba que la respuesta fuera de mi agrado.

Emitió un prolongado suspiro que hizo vibrar mi cuerpo. Su presencia me resultaba tan reconfortante como perturbadora.

–Prometo decírtelo cuando estés lista.

–¿Acaso eres Thánat…

Tapó mi boca y un escalofrío me recorrió entera.

–No lo llames –susurró–. Te prometo que no soy él.

Su cercanía me transmitía espasmos de electricidad. Su mano sobre mis labios provocaba en mí un repentino anhelo de que, en verdad, fuera el hombre de mis sueños. Me aparté. Rogando despertar de esa pesadilla interminable, corrí por la cuchilla y la sujeté contra mi estómago en un último intento desesperado por volver a casa.

–No despertarás si te lastimas –dijo–. Esta es tu realidad ahora.

–¿Qué quieres decir?

–¿Todavía no te has dado cuenta? –Vino conmigo.

–Necesito que me lo digas, Shaw –murmuré, con el filo de la cuchilla aún contra mi piel.

–¿Cómo decírtelo sin que enloquezcas? –Adoptó una posición pensativa. Su dedo índice golpeando una barbilla inexistente me alteraba los nervios.

–Suéltalo de una vez –farfullé frustrada–. ¿Qué es todo esto?

–¿Por qué no bajas esa cuchilla?

–No me digas lo que tengo que hacer. –Odiaba enfadarme, pero su actitud me sacaba de mis casillas. Si no me daba la información que le pedía, se la arrancaría por la fuerza. No obstante, solté la cuchilla porque no pensaba usarla ni conmigo ni con él–. ¿Y bien? ¿Por qué tanto misterio? Ni que estuviéramos en otra dimensión.

Shaw torció la cabeza.

–Es una manera de decirlo, Mariposa.

Mariposa.

Alguien me había llamado así alguna vez, pero no recordaba quién ni dónde.

–¿Una manera de decir qué?

–Que estás muerta, Kelly.



9
Muerta

–No puede ser –protesté.

–Es.

–No, no estoy muerta. Así no puede ser la muerte.

–¿Así cómo?

–Tan… ¡No sé! –Me llevé las manos a la cabeza–. Estoy confundida. Necesito pensar.

–¿Por qué no me crees, Kelly? Si siguieras con vida, no estarías aquí hablando conmigo. A menos que alucinaras o tuvieras uno de esos sueños tuyos. En ese caso, te advierto que estás desperdiciándome.

–Cállate –mascullé, sin atreverme a preguntarle cómo sabía sobre esos sueños.

–Sí, señora.

No me quedaba la menor duda de que, debajo de su capucha, se reía.

El silencio que se generó a continuación no me resultó para nada incómodo. Shaw me dejó reflexionar sin interrumpirme y sin molestar. Solo permaneció a mi lado como si siempre hubiera estado conmigo. ¿Debía confiar en él? Apenas lo conocía. Además, ni siquiera me había dicho lo que era o qué hacía en mi casa. Me pregunté si habría mentido. ¿Qué tal si seguía viva?

–Si estuviera muerta, yo… –murmuré desde la cama, donde me había recostado a hacer mis reflexiones.

–Lo estás.

–Pero… –Arrugué las cejas.

–Sigues pensando que aún vives, porque quienes fallecen rara vez notan que su realidad ha cambiado –agregó, sentado en el suelo con la espalda contra la pared–. Pero tú te diste cuenta de la ausencia de tus padres, de la de tu pez, de la de todo el mundo. Y que no había electricidad. Ni agua. Dijiste que todo era igual pero diferente. Que nada funcionaba como debería. Y lo más importante de todo: ¿dónde se fue el sol, Kelly?

Quise gritar.

–¿Por qué no querías decirme que estoy muerta? –Me senté, tomé mi almohada y la apretujé

contra mi pecho. Esperaba que alguna lágrima saliera de mis ojos, pero seguían secos–. Mierda, ni siquiera puedo llorar.

Si existía un buen momento para derramar lágrimas, supuse que sería este.

–Tal vez seas una insensible.

Le tiré con la almohada.

–Disculpa –dijo–. Fue un error de mi parte no haberme presentado así: "Hola, soy Shaw. No te asustes, pero estás muerta. A propósito, ¿te gustan mis botas?". En vez de una almohada, me habrías tirado un cuchillazo.

–¿Sabes cómo pasó? –pregunté en voz baja–. ¿Cómo morí?

–¿No lo recuerdas?

Sacudí la cabeza.

Él hizo a un lado las bromas:

–Caíste en el río.

Había dejado escapar de mi memoria el segmento temporal que abarcaba desde que había encontrado el anillo hasta que aparecí en casa, más tarde. Al parecer, en ese lapso, mi vida se había terminado. Quizás, el trauma había borrado la experiencia de mi mente. Lo agradecí.

–¿Estuviste ahí? –quise saber.

–Intenté ayudarte cuando resbalaste.

Las reminiscencias de un momento extraviado me golpearon con fuerza: el aire helado. El dolor en mis manos. Yo aferrada al borde del puente. Más abajo, el río. Y una voz masculina tranquilizadora que me decía: "Aguanta".

No recordaba haberme soltado. Alguien me había ayudado a subir. La figura del hombre que me tendió la mano acudió de inmediato a mi cabeza.

–Me salvaste.

Él se mantuvo en silencio.

–Entonces, no eres Thána… –me interrumpí–. La muerte.

–No lo soy.

Lástima. La idea de conocerlo se me hacía romántica.

–¿Eres un fantasma?

–¿Qué te hace pensar eso? –preguntó riendo.

¿Acaso encontrarnos en el más allá no era razón suficiente para suponerlo?

–No lo soy –volvió a decir.

–¿Y qué eres?

Se encogió de hombros.

–Solo Shaw. –Me tendió la mano, pero no la tomé–. Salgamos de aquí. Una de ellas vendrá en cualquier momento. No debe encontrarnos.

–¿Quién?

–Una de las Keres: espíritus de la muerte violenta. Les encanta beber sangre y sembrar el pánico. Suelen rondar los campos de batalla en busca de cadáveres. Se lanzan sobre ellos como bestias hambrientas y nunca quedan satisfechas. Siempre desean más. –Se detuvo al percatarse de mi expresión sorprendida–. Conozco un poco de mitología.

–¿Es real lo de los libros?

Se acercó a mí y se arrodilló junto a la cama.

–Depende de qué libro hayas leído –respondió–. Hay muchas entidades habitando diferentes planos de la existencia. Estos planos se superponen, pero no se tocan. Y hay personas capaces de percibirlos.

Pensé en mi experiencia con las sombras y la muerte.

–¿Thánatos existe? –pregunté sin poder evitarlo.

–No es el tipo más amigable del mundo.

–¿Crees que pueda conocerlo?

No me interesaba que fuera poco amigable. Si poseía una mínima chance de verlo, cumpliría una de las fantasías que creía imposibles.

Mi pregunta pareció ofender a Shaw.

–¿Para qué lo quieres? Me tienes a mí. –Tomó mi mano y me llevó al pasillo, y luego escaleras abajo.

Lo hubiera seguido, aunque no me hubiese llevado. Una especie de magnetismo me hacía querer estar con él. Bajé la mirada a nuestras manos unidas. Era la primera vez que alguien me sujetaba así. Se sentía bien, pero no debía olvidar que seguía siendo un extraño.

Salimos al jardín y caminamos a la casa de junto. Él abrió la puerta sin problema.

–Si ya morimos, ¿por qué escapamos? ¿A qué le tememos? Quiero decir… No es que vayamos a morirnos de nuevo, ¿cierto?

–¿Cuándo te dije que yo estaba muerto? –Se asomó por una ventana y me hizo un gesto para que me agachara. Él también lo hizo–. Abajo. Que no te vea.

–Espera. ¿Cómo que *no estás* muerto? –susurré, sentándome a su lado, en el piso–. Y ¿por qué no deben vernos?

–No querrás que la Ker nos encuentre.

–¿Por qué, Shaw? –volví a preguntar, sin apartar mis ojos de él.

–Robé una vida, y eso es imperdonable –explicó con un dejo de amargura en su voz.

–¿Una vida?

–La tuya, Kelly.

–Pero no me mataste. Dijiste que caí en el río.

Mi muerte se debía a mi propia torpeza y a la mala suerte. Él me había tendido la mano. Me

había ayudado a subir al puente.

Un momento. Si Shaw me había subido, ¿cuándo caí al agua?

Agachó la cabeza, y de pronto fui devorada por la incertidumbre. El silencio que guardaba me asustaba más que su rostro entre sombras. No cabía duda de que me ocultaba algo importante. Y yo empezaba a considerar la posibilidad de que él me hubiera asesinado.

–¿Shaw? –pregunté tratando de no dejarme dominar por el miedo y la angustiosa sensación de que este ser, cuya compañía me había hecho sentir menos sola, albergaba malas intenciones.

–Ya podemos regresar a tu casa –dijo levantándose.

Salió con rapidez.

–¿Siempre será así? –pregunté al alcanzarlo, a mitad del jardín.

–Depende de ti. –No dejó de caminar.

–¿Qué significa eso?

–Hay muchas muertes en la muerte, preciosa –contestó de forma enigmática.

–No entiendo.

–Ven conmigo. –Volvió a sujetar mi mano–. Te lo mostraré.



Decía que no era un fantasma. Sin embargo, se movía por esa tierra muerta como si a ella perteneciera. Afirmaba conocerme, pero yo no tenía idea de quién era él. ¿Qué ocultaba bajo su capucha? Por un segundo pensé en arrancársela. Enseguida, me arrepentí. ¿Qué tal si no me gustaba lo que encontraba?

Lo seguí por la calle desierta y en penumbras.

–¿A dónde vamos?

–Justo aquí. –Señaló el puente de las lágrimas, que había sido cubierto por una espesa niebla.

Supuse que me enseñaría algo relacionado con mi fallecimiento, hasta que oí un sollozo proveniente del borde y quise acercarme a ver. Shaw me frenó tomándome de la cintura. En tanto siguiera tocándome, no me movería. Prefería saborear aquel roce, antes que ponerme en peligro yendo al lugar de donde me había caído.

–Mira –pidió, señalando a una mujer que se encogía sobre sí misma, con las manos sobre el rostro.

Traté de concentrarme, aunque me costaba registrar algo más que su mano deteniéndome.

–Parece que estuviera a punto de saltar. ¿No vamos a ayudarla?

–Descríbemela.

¿Describirla? ¿No sería mejor intervenir?

–Es una mujer que llora. Sus pies cuelgan sobre el río. Lleva el pelo corto y rizado. Su vestido… –Bufé fastidiada–. ¿En serio no la ayudarás?

–Continúa –pidió con calma.

–Su vestido es como de otra época. Suelto, largo. Blanco.

–¿Qué más ves?

–Lleva algo en sus muñecas. ¿Cadenas? –Entorné los ojos porque no alcanzaba a distinguirlas.

Me alarmé cuando se sujetó de la barandilla para ponerse de pie y se quedó observando el río. ¿Iba a saltar? Si Shaw no me lo hubiera impedido, habría corrido a detenerla.

–No intervengas –indicó, leyendo mis pensamientos.

–¿Qué? ¿Por qué no?

–No se puede borrar lo que ya está hecho.

La mujer dio un paso adelante y se precipitó a las aguas. ¡Se había lanzado al río! Empujé a Shaw para que me soltara y corrí al borde del puente. No me atreví a asomarme.

–¡¿Cómo dejaste que sucediera?! –grité.

Un escalofrío me recorrió la piel. Yo también había muerto allí. Ella podría haber sido yo. ¿Acaso había ocurrido lo mismo conmigo? ¿Y él se había quedado mirando sin hacer nada?

–Me hiciste presenciar un suicidio –lo acusé, temblando.

–Vámonos –dijo apoyando la mano en mi hombro.

–No iré a ninguna otra parte contigo. –Me quité su mano de encima y retrocedí–. Eres un… psicópata.

–Kelly...

–Déjame en paz, Shaw. –Le di la espalda, preguntándome con qué finalidad me había hecho atestiguar la muerte de esa desconocida.

Seguro disfrutaba con el sufrimiento de los demás, con su desesperación. ¿Cuántas muertes habría presenciado? No volvería a seguirlo a ninguna parte. Regresaría a casa sola y cerraría la puerta con llave.

Me alejé unos metros y algo me inmovilizó: algo que sonaba como un llanto.

Giré la cabeza con una horrible sensación de vértigo recorriendo mi cuerpo.

–No puede ser –murmuré.

La mujer que se había lanzado hacía unos segundos lloraba sentada en el borde del puente. Busqué a Shaw con la mirada. No lo encontré. Me había dejado sola. Hice de cuenta que no me importaba y me dirigí a la mujer:

–¿Hola?

No pareció escucharme.

–¿Por qué llora?

Me ignoró.

–Oiga… –Estiré el brazo e intenté tocarla.

Mis dedos la traspasaron.

Un fantasma. Shaw me había traído a presenciar la muerte de un fantasma.

Ignoraba que la gente muerta pudiera morir, pensé recordando un nombre que de inmediato pronuncié: el de la mujer que le había dado nombre a ese puente después de lanzarse al río.

–¿Whilemina Cook?

Levantó la cabeza. Apenas me miró por una fracción de segundo, tiempo suficiente para saber que se trataba de ella. Como si nunca se hubiese percatado de mi presencia, volvió a llorar. Y yo no pude evitar –de nuevo– que se arrojara.

–¿Sigues enojada conmigo? –preguntó una voz detrás de mí.

–Debiste decirme que estaba muerta. –Retomé el camino a casa y Shaw me siguió.

–La próxima vez que nos crucemos con un no vivo, te lo haré saber. Aunque deberías haberte dado cuenta de que por estos lares no encontrarías a nadie con pulso.

Gruñí. No le dirigiría la palabra por un buen rato. Ya en casa, me dediqué a limpiar y traté de ignorarlo. Barrer me relajaba, aunque pasara la escoba por el piso limpio una y otra vez. Sin embargo, no detenía mis pensamientos.

–¿Por qué se mató si era un fantasma? –tuve que preguntar, deteniéndome al lado de Shaw. Se había echado en el sillón a leer un libro que había encontrado en la biblioteca. Les di un golpecito a sus pies para que los bajara de la mesita de café.

–No seas absurda, Kelly. –Los bajó–. Los fantasmas no pueden matarse.

–¿Y qué vimos?

–Energía residual. –Cerró *La vida es sueño* y me invitó con la mano a sentarme a su lado–. Cuando alguien muere de forma traumática, a veces esa muerte queda grabada en el lugar de los hechos y se reproduce en un bucle infinito. Las personas vivas que lo presencian creen que están ante un fantasma, pero no es así. Solo es una pequeña parte de la energía de esa persona que quedó atrapada.

–Ella me vio a los ojos cuando dije su nombre.

–Entonces sí, era su fantasma. –Abrió de nuevo el libro y continuó leyendo.

–¿No podemos hacer nada para ayudarla?

–¿Me viste cara de cazafantasmas? –bromeó.

–No he visto tu cara –contesté de mala gana.

–Cierto.

No podía evitar preguntarme cómo sería debajo de todo ese cuero. Me levanté antes de ponerme a imaginar nada y fui a la cocina porque quedarme con él me ponía nerviosa. Primero, por su actitud. Y segundo, porque no quería que se me acercara demasiado y me tocara sin querer.

Vino detrás de mí.

–No podemos hacer nada por ella –dijo, creyendo que yo me había ido por su negativa a ayudarla. Pegó un salto y se sentó sobre la encimera–. Probablemente, su alma haya quedado atorada entre planos. Está aquí y no al mismo tiempo. Por eso tu mano la traspasó cuando intentaste tocarla.

–O sea que no es como yo –sugerí sin comprender por qué.

¿Acaso no todos los muertos éramos iguales?

–Nadie es como tú. Quiero decir… –Carraspeó–. Para cada persona, la muerte es diferente.

Y yo que comenzaba a sentirme especial. Tal vez no lo fuera. No obstante, él seguía conmigo, a pesar de toda la gente muerta que debía haber por ahí. Se había quedado sin ser un fantasma.

–¿Por qué estás aquí, Shaw? –Trepé a la encimera también.

Necesitaba comprender qué hacía él en esta especie de limbo, si nunca había muerto.

–¿Sonaría muy cursi si te dijera que quería estar contigo? –Empujó mi hombro con el suyo.

–Supercursi. –Reí y, en lugar de seguir preguntando, me arrimé a él.

Era un hecho confirmado: Shaw me atraía como un imán. Sin embargo, ignoraba si le ocurría lo mismo, ya que no dijo nada más. Tampoco se movió. Tal vez, solo le gustaba bromear conmigo. Jugar. No es que yo le interesara en realidad. Además, ni siquiera entendía por qué me atraía, ya que carecía de un cuerpo físico. Quizá, este mundo fuera como el de los sueños. ¿Podían los muertos experimentar lo mismo que los vivos?

Estaba a punto de bajar de la encimera cuando Shaw pasó un brazo alrededor de mi hombro. Sin decir nada para no arruinar el momento, apoyé mi cabeza en el suyo.

Y así nos quedamos, hasta que en mi mente salió el sol.



10
Tren fantasma

–¿Cómo es estar vivo?

La pregunta de Shaw me tomó por sorpresa. Si nunca había muerto, ¿quería decir que nunca había vivido? Y, si nunca había vivido, ¿dónde habría estado siempre? ¿Qué clase de existencia llevaba?

–Vivir es como estar aquí, pero diferente.

–Qué específica –dijo decepcionado.

¿Cómo explicarle a alguien que vivía como un fantasma lo que era disfrutar de un chocolate caliente una noche fría de invierno, dormir en una cama mullida y abrigada mientras afuera se desata una tormenta, bañarse en el mar un día de verano o leer hasta tarde con los auriculares puestos, oyendo a tu banda favorita?

–Hay más ruido, más color…, no es como si estuvieras en el interior de una fotografía. Incluso el aire parece tener alma. –Si me hubiera dado un mínimo dato de su identidad o una pista siquiera, habría sido más sencillo para mí elegir qué describirle y qué no–. ¿Eres un ángel?

Le encontraría mayor sentido al hecho de que se hubiera quedado conmigo si su tarea consistía en protegerme. ¿Por qué otra razón lo haría?

–Sigue intentándolo. Algún día adivinarás y tendré que darte un premio.

–¿Qué me darías?

–Dime qué deseas. –Su tono sugerente hizo que me atragantara.

–¡Demonio! –Lo señalé–. Eres un demonio, ¿verdad? Como ese del K-drama.

–Los ángeles y demonios no habitan por estas latitudes. Solo los que estamos atrap… –Dejó de hablar.

Pero ya lo había oído.

–"Atrap"… ¿ados?

Se alejó. Subió corriendo las escaleras y se encerró en mi habitación.

–¡Ey! –Lo seguí. Golpeé la puerta varias veces con el puño–. Abre.

–No quiero.

–Es mi casa y te digo que abras. ¿Cómo es eso de que estamos atrapados? –Seguí golpeando–. ¡Shaw! Contesta.

–No quiero –repitió.

¿Qué clase de hombre era, comportándose como niño? Si actuaba como tal, tendría que tratarlo de la misma manera.

–Abrirás a la cuenta de tres –le advertí en el mismo tono que utilizaba mi madre para regañarme–. Uno…

No hizo nada.

–Dos…

No me haría caso.

–Tres.

La puerta se abrió sola.

–¿Shaw? –Entré en el cuarto vacío–. ¿Dónde te escondiste?

Revisé cada rincón. Me asomé dentro del armario, bajo la cama y detrás de la cortina. Y me di cuenta de algo: ya no tenía miedo. La horrible sensación de que me observaban desde la oscuridad, surgida después de mi primera muerte, había desaparecido. De un momento a otro. Ese misterioso hombre encapuchado que se había presentado en mi casa y había decidido quedarse conmigo lo había desterrado. Incluso me había hecho olvidar a las sombras que siempre me acechaban. Tal vez ya no me perseguían. ¿Sabría Shaw sobre ellas? ¿Las habría visto?

–¡Shaaaw! –grité.

Al no obtener respuesta, salí de mi cuarto y de la casa. Atravesé la calle sin pensar, sin fijarme por dónde iba. Si no lo encontraba, al menos podía cruzarme con otro fantasma. Pero nadie se cruzó en mi camino. Ni una sola alma.

–¿Acaso soy la única muerta del mundo?

Llegué a una calle que reconocía. La había fotografiado antes de fallecer. Solo que en esta ocasión no se congregaban sombras en las paredes ni surgían del suelo presencias siniestras. El coche rojo que se había estrellado contra el poste tampoco estaba. Me pregunté a dónde habría ido el alma del hombre que murió en el accidente; a dónde lo habría llevado ese ser al que Shaw había llamado *Ker*.

Ya no seguía aquí.

Seguí mi camino hacia el parque, donde me recibió un paisaje invernal detenido en el tiempo. Parecía que nevaría pronto, pero la nieve jamás iba a caer.

Con Shaw desaparecido, la soledad pesaba en cada uno de mis pasos. Sin embargo, mis pies no dejaban huellas en la tierra. Y la tenue neblina que mi hálito solía formar al ser exhalado había dejado de formarse. Me prometí no volver a casa hasta encontrar otra alma perdida que, como yo, buscara respuestas. Supuse que en el subterráneo podría ver alguna, así que allí me

dirigí. Aunque sospechaba que abajo sería lo mismo que arriba.

Bajé las escaleras y me detuve en el andén, como un día cualquiera. Esperaba, en cualquier momento, ver llegar el tren; que sus puertas se abrieran y una muchedumbre me atropellara. Esperaba vida, color, ruido. Esperaba despertar de la pesadilla.

Por supuesto, no ocurrió.

–Debería irme –dije al cabo de un rato.

El túnel me devolvió el eco de mi voz. Al silenciarse, un susurro ronco retumbó en la oscuridad.

–¿Hola? ¿Hay alguien ahí? –pregunté mirando el túnel.

No era tan intrépida como para meterme. Tampoco gritaría. Tenía ganas de regresar con Shaw a casa. Si tan solo supiera dónde había ido.

El susurro se repitió. Provenía de los rieles. Con la certeza de que el tren no aparecería, bajé a inspeccionarlos. Ya me había adaptado a la ausencia de luz, pero no a la que gobernaba más allá del túnel. Aunque sonaba absurdo que les temiera a los fantasmas siendo yo una, me asustaba lo que el subterráneo pudiera albergar. Quería irme.

Un suspiro prolongado me incentivó a irme. No me quedaría a averiguar qué era. Trepé al andén. No obstante, un ligero movimiento captó mi atención antes de que consiguiera alejarme.

–¿Qué es eso? –pregunté detenida por la curiosidad.

Una mano.

Asomada desde donde se suponía que debía pasar el tren, intentaba trepar al andén como una araña. Volví sobre mis pasos convencida de que encontraría una persona extraviada. Quizás, había sido más valiente que yo y se había aventurado en el túnel. Tal vez, al comprender que nadie vendría en su ayuda, se había acostado a aguardar el tren.

Bajé de nuevo a los rieles y mi estómago se estrujó como un acordeón. El ronco susurro que había oído antes se volvió un gemido que imbuía de dolor cada una de mis terminaciones nerviosas. Encontré un brazo. Sin cuerpo. Arrancado. Divisé una pierna arrastrándose a lo lejos. Un gusano clavado en un anzuelo. El horror se apoderó de mí cuando, a medio metro de distancia, apareció un torso sacudiéndose sin control.

El brazo y la pierna reptaron dejando un camino sanguinolento sobre las piedras, y se unieron a él. Otra pierna y otro brazo se materializaron a partir de diminutas gotas oscuras esparcidas por los rieles. Con movimientos torpes y entrecortados, igual que si estuviese reproduciéndose una película al revés, el cuerpo se puso de rodillas y se levantó.

Algo llegó rodando desde el túnel. No logré distinguirlo hasta que lo tuve lo suficientemente cerca. Mi boca se llenó de bilis al reconocer la cabeza del guardia que había intentado violentarme. Sus facciones estaban rígidas. Los párpados, pegados. Y su boca, abierta en una mueca desfigurada, profería un grito mudo que nadie jamás oiría. La cabeza siguió rodando

sobre sus piernas y tronco, y se colocó sola encima de sus hombros.

Las vías vibraron y fui incapaz de moverme. Una luz brillaba al final del túnel.

–¡Kelly! –gritó alguien. No supe quién.

Una figura oscura me jaló del brazo para sacarme de allí.

–¿Estás bien? –preguntó, palpándome el rostro.

Asentí sin dejar de ver el tren, que había pasado sobre el cuerpo que acababa de armarse. Lo había despedazado.

–Lo siento. No debí dejarte sola.

Shaw había venido a buscarme. Algo en mi pecho se encendió al pensar que se preocupaba por mí. Traté de sonreír, pero no pude.

–Pensé que el tren no pasaba –dije con voz trémula.

Él miró las vías, de nuevo vacías. Una mancha de sangre las adornaba.

–Lo que sucede aquí es diferente. A propósito, aquel tipo está muerto –señaló.

–¿En serio? Nunca lo habría notado si no me lo hubieras dicho.

–Será mejor que nos vayamos. –Entrelazó sus dedos con los míos en un gesto tan familiar como extraño.

Tiró de mí, pero me negué a caminar.

–¿Por qué no me explicas lo que acaba de pasar?

Suspiró.

–¿Recuerdas a la mujer del puente?

–Como si pudiera olvidarla.

–¿Qué viste en las vías? ¿No te recuerda a lo que ocurrió hace poco con cierto *guardia*?

–El desmembrado es el hombre que me atacó –farfullé, viendo cómo su despreciable figura volvía a armarse en los rieles–. Dime que quedó atrapado para siempre.

–Así es. Átropos nunca envió por él, porque cruzó el velo antes de tiempo. Igual que con la mujer del puente. Pero… él no es como Whilemina Cook. Será mejor que te mantengas alejada.

–¿Es tan peligroso como asqueroso?

–Por lo general, las personas con muertes violentas se vuelven espíritus agresivos. Más si fueron asesinados.

–Pero si cayó a las vías, nadie lo empujó.

–¿Estás segura?

–Ay, no. –Me cubrí la boca–. No me digas que tú…

–Lo maté –se regodeó con inocencia.

Quedé atónita.

El fantasma, ya con la cabeza puesta, señaló a Shaw. Abrió la boca y soltó un alarido que retumbó por los túneles. Su pierna se movió de un modo antinatural hacia delante. Dio un paso.

Luego otro. Hacia nosotros.

–Tenemos que irnos. –Shaw me llevó en dirección a las escaleras mecánicas detenidas.

Las luces se encendían a nuestro paso.

–Creí que estaba atrapado –jadeé.

–Me equivoqué. Perdona.

Subimos a toda velocidad mientras una neblina negra se esparcía por el túnel devorándolo todo.

–¡Corre! –gritó sujetándome con fuerza.

Íbamos a la única salida, pero Shaw frenó de golpe antes de que consiguiéramos llegar al último tramo del corredor.

–¿Por qué paras?

–No podemos salir por ahí. –Señaló la niebla negra. Cubría la salida, las paredes y las escaleras por las que debíamos subir.

Dedos largos y huesudos con garras asomaron de aquella.

–¿Eso es una…?

–Ker –confirmó Shaw.

No quería quedarme a ver cómo tomaba la forma de la muerte, envuelta con su etéreo manto de sombra. Al parecer, mi compañero tampoco. Tiró de mí hacia el lado contrario y regresamos por donde habíamos venido, a riesgo de que el desmembrado nos encontrara. Según entendía, revivía su muerte una y otra vez en esos rieles. Por eso el tren seguía pasando. No era real, sino que formaba parte del bucle temporal en el que el fantasma había quedado atrapado.

–Solo tenemos una alternativa para salir de aquí –dijo Shaw en el andén, cuando el subterráneo aulló de nuevo–: Entrar al tren.

–Pero… –Si solamente se materializaba para atropellar a ese tipo, ¿no desaparecería al meterse por el túnel? Y a todo esto, ¿dónde se había metido el susodicho? Los rieles habían quedado vacíos.

La negra figura encapuchada apareció por las escaleras. Se movía con dificultad, como si caminara en reversa igual que el desmembrado. Su cuerpo bajo la túnica sombría se sacudía en un horrible espasmo con cada paso que daba. A su lado, Shaw parecía un príncipe de cuento de hadas. Y eso que carecía de rostro.

Entró conmigo cuando el tren fantasma se detuvo y abrió sus puertas, justo en el momento en que el desmembrado apareció en el camino de la Ker que seguía arrastrándose tras nosotros. Entonces Shaw me abrazó con fuerza contra su pecho. Tal vez, para que no viera lo que estaba a punto de pasar.

Me aferré a él tratando de ignorar el aullido agudo que perforaba mis tímpanos.

El tren se puso en marcha, pero no lo solté.

–¿Por qué? –pregunté confundida.

–¿Por qué lo maté? ¿Por qué nos persiguen? ¿Por qué estamos atrapados? ¿Por qué qué, Mariposa? –susurró en mi oído.

–Por qué todo.

–Este mundo es una mierda. Por eso. Y yo formo parte de él, así que no te ilusiones conmigo. Puedo parecer amable, pero soy una mierda también. –Me soltó y tomó asiento frente a mí–. De la peor.

–Si fueras tan malo, me habrías abandonado.

Se limitó a bajar la cabeza, y yo aproveché para examinarlo. No llevaba al descubierto ningún centímetro de su piel. ¿Cómo serían sus manos si se quitaba los guantes? ¿Qué tipo de cuerpo escondía su largo tapado de cuero? Y lo más importante de todo: ¿qué había bajo su capucha?

–¿Y tu rostro? –quise saber.

–No tengo.

–¿Por qué?

–No soy nadie. –Se levantó–. Ya debemos estar lo suficientemente lejos. Vamos. Bajemos de este tren infernal.

–Aún no se detiene.

–Y no lo hará. En unos minutos, llegará al mismo punto de donde partimos. Solo allí se detendrá. Es la única parada en este viaje. Tenemos que saltar ahora.

–¡¿Estás loco?! –Me levanté de golpe–. ¿Saltar de un tren en movimiento?

–¿No confías en mí? –Hubiera jurado que sonreía.

–Vas a hacer que nos matemos.

–Te diré algo que te tranquilizará: ya estás muerta, corazón.

Saberlo no me tranquilizaba. En lo absoluto. Todo era tan real que sentía que seguía respirando. Incluso percibía cómo el miedo me paralizaba cuando pateó las puertas y estas se abrieron de golpe. El viento generado por la velocidad me hizo un nudo en la garganta. No saltaría, aunque me obligara.

Shaw se pegó a mi espalda y me abrazó con fuerza, generó electricidad entre nosotros.

–No dejaré que nada malo te pase. Ten fe –pidió, acercándose conmigo al borde de la puerta.

Él conocía las reglas de este mundo. Me había mantenido a salvo. Yo no tenía fe, pero decidí confiarle mi existencia. Si ambos estábamos atrapados en el limbo, quizá pudiésemos buscar juntos una salida. No me alejaría de él.

Apenas me asomé, vi el círculo de oscuridad infinita. Por nada del mundo hubiera saltado sola. Shaw me infundió fuerzas para ir en contra de mis impulsos. Apreté los párpados y no percibí más que el calor generado por el contacto de nuestros cuerpos. Ese calor que se extendía por mi estómago y por mi vientre. Deseaba permanecer en sus brazos y no tener que saltar de ese tren.

Deseaba que continuara abrazándome. Deseaba que mi urgencia fuera la suya, porque su cercanía me enloquecía.

Pero saltamos y colisionamos contra los rieles y rodamos hasta que, por fin, nos detuvimos en medio de una oscuridad infinita.

–¿Shaw? –Podía sentir su cuerpo bajo el mío, pero no su respiración o su corazón latiendo. Por un segundo, me asusté de que no reaccionara. Sin embargo, no podía morir lo que nunca había estado vivo–. Por favor, despierta.

No se movía. Lo sacudí por los hombros, pero seguía sin reaccionar. ¿Qué debía hacer? ¿Y si el tren volvía? Peor aún, ¿si la Ker nos encontraba? Preguntándome si los seres como él podían recibir RCP, tomé los bordes de su capucha para tirar de ella y descubrirlo.

Sus manos se cerraron en mis muñecas, y dejé de respirar al hacerme consciente de nuestra cercanía.

–¿Pensabas aprovecharte de mí? –preguntó con una voz ronca que casi hace estallar mi corazón fantasmal.

–¿Qué? ¡No! Yo nunca… –Con una de sus piernas rozó la parte interna de uno de mis muslos, y mi mente se volvió gelatina. Seguro que se trataba de alguna mierda residual de cuando estaba viva–. Nunca…

–¿Por qué no? –Me atrajo con un leve tirón y rodó sobre mí.

No supe cómo reaccionar. Por suerte, no se quedó esperando una respuesta de mi parte. Se levantó de un salto y me ayudó a ponerme de pie.

–Hora de partir –dijo, señalando dos pequeños y lejanos ojos de luz.

El tren regresaba.

–No moriríamos si nos atropellara, ¿cierto? –pregunté en mi ignorancia, buscando a los costados de los rieles una plataforma a la cual subir para resguardarnos.

No existía.

Me tomó de la mano y me obligó a acelerar el paso.

–Di algo –exigí, desesperada por su silencio.

El túnel parecía no acabar. Pronto me di cuenta de que terminaba en una única estación: aquella en la que el espíritu de la muerte violenta acechaba.

–¿Recuerdas lo que dije? ¿Eso de que había muchas muertes en la muerte?

–Ajá.

El aullido del tren resonó en mis huesos. Sus luces delanteras, blancos ojos muertos, crecían a gran velocidad. En un segundo pasaría sobre nosotros.

No había dónde esconderse. Ni cómo huir.

Shaw me empujó contra la pared de cemento.

–No fue en sentido figurado –dijo aplastándome con su cuerpo.

El tren pasó junto a nosotros, casi rozándonos. Y yo pude advertir, por la forma en la que me protegía, su miedo a quedarse solo.

–No podemos quedarnos aquí, corazoncito –dijo al apartarse–. El túnel se estrecha. La próxima vez que pase el tren, nos arrollará.

–¿Qué sucederá entonces?

–Una de ellas vendrá por nosotros.

Supuse que se refería a las Keres, así que formulé la próxima pregunta:

–¿Cómo salimos?

–Al parecer, del mismo modo en que entramos.



11
Almas perdidas

Corrimos pocos metros antes de toparnos con el desmembrado, que ya había empezado a reconstruirse.

–Rápido, antes de que nos detecte. –Shaw trepó al andén. Me tendió la mano para subirme y nos escabullimos a las escaleras. En ningún momento me soltó. Lo agradecía. Sin él a mi lado, las Keres ya se habrían alimentado de mí.

Conseguimos salir del subterráneo en una sola pieza y fuimos al parque, donde nos instalamos en una banca. Era la primera vez que me sentaba allí acompañada. Me había acostumbrado a ir siempre sola y pasar el tiempo observando las hojas de los árboles ser arrastradas por el viento. La quietud del paisaje me habría aturdido de no haber sido por Shaw.

–¿Qué pasaría si la Ker nos atrapara? –pregunté, tratando de no pensar en esa figura de manto negro y raído que tanto me había asustado.

–No lo hará. Solo intenta que no te toque. Y evita que Thánatos te bese. En cuanto a Átropos… –Sacudió la cabeza con un quejido–. Ay, ¿por dónde empiezo? Resulta que hay tres hermanas llamadas las Moiras…

–Las conozco. Me gusta la mitología. ¿Dijiste un beso de Thán…? –pregunté interesada, pero me cubrió la boca con un dedo.

–¿Es lo único que escuchaste? –murmuró con cierta frustración–. Más importante que el beso de ese ser grotesco, es que recuerdes no mencionar su nombre en voz alta. No queremos que te escuche y venga por ti. Ninguno de ellos.

–No iba a hacerlo –dije, liberando mis labios.

–Claro que no. El nombre de cada entidad es algo especial dentro de los mundos inmateriales. Jamás se debe utilizar a la ligera.

–¿Por eso no me das el tuyo? Porque *Shaw* parece, más bien, un nombre artístico.

Su silencio no fue igual al resto de los silencios que habíamos compartido. Me provocó una sensación amarga, como si me hubiera equivocado al formular esa pregunta.

–No, Mariposa –dijo con voz queda–. No te lo doy porque no tengo uno. “Shaw” es como decidí llamarme a mí mismo. Te dije que no era nadie.

Imposible. Todos éramos alguien.

Se levantó y buscó un pedrusco. Luego, en la calle, se arrodilló sobre el pavimento.

–¿Qué haces?

–Ya verás. –Se puso a dibujar–. Hay que matar el tiempo de alguna manera. ¿No crees?

Trazó unas cuantas líneas que en poco tiempo fueron tomando forma. Dibujó tres figuras muy diferentes entre sí: la primera, una anciana, llevaba un manto que la cubría de la cabeza a los pies. Sostenía unas tijeras. Debajo, escribió “Átropos”. Junto a esta, una mujer con una túnica de estilo romano tomaba de la mano a una niña pequeña.

–¿Son las Moiras?

Asintió sin levantar la piedra del asfalto. Escribió sus nombres: “Láquesis” y “Cloto” con una caligrafía mucho más bella que la mía. Agregó caritas sonrientes en las “o”.

–Lamento no poder usar colores. –Señaló a Láquesis–. Ella viste de un blanco radiante, a diferencia de su hermana mayor, que prefiere las tonalidades opacas y oscuras. Mientras que Átropos parece consumida por la edad, Láquesis luce joven y absolutamente hermosa.

Fruncí el ceño ante su apreciación. Ni siquiera me atreví a preguntarme cómo me describiría a mí.

–La que me asusta es la niña –continuó–. Mejor ni preguntes sobre ella.

Cloto, repetí en silencio. Él le temía a Cloto. Lamentaba no recordar qué hacía.

–Tienes talento para el dibujo –observé mientras, arrodillado, esbozaba una mariposa rodeada por líneas que se entrecruzaban–. A mí me gusta… Me *gustaba*…

–La fotografía. Lo sé –dijo trazando una línea recta desde el centro de la mariposa a un espacio vacío.

–Es algo que no puedo hacer aquí –lamenté, notando que había comenzado a dibujar a una persona en ese espacio, pero enseguida lo tachó de forma caótica–. Voy a tener que encontrar otro pasatiempo.

–Yo podría ayudarte con eso –sugirió, soltando el pedrusco.

Sabía que indagar en su existencia era como cavar en busca de fósiles de dinosaurios con una cucharita de café. No obstante, a pesar de lo frustrante de dicha tarea, había algo emocionante en ello. Así que pregunté:

–¿Hace cuánto estás en este lugar?

Su imprecisión no me sorprendió:

–Bastante.

–¿Cuánto es bastante? ¿Meses? ¿Años? ¿Décadas?

–Es imposible sacar cuentas donde el tiempo no existe –respondió animado por mi curiosidad.

Tenía razón. ¿Cómo medir el tiempo si los relojes no funcionaban y no había diferencia entre el día y la noche? Nos encontrábamos atorados en ese minuto interminable justo antes del amanecer. No imaginaba tener que pasar la eternidad en una ciudad vacía, oscura, silenciosa. Olvidaría incluso hasta mi propio nombre.

–Desde aquí, la vida parece insignificante –comentó, antes de que la pena se hiciera visible en mi rostro–. He llegado a sentir lástima por quienes sufren creyendo que ese momento fugaz de experimentación en el plano físico es su entera existencia. Si se dieran cuenta de que la vida es solo una circunstancia pasajera del alma…

–¿Y esto es pasajero? ¿El limbo?

–Tal vez para uno de los dos sí. –Suspiró con desencanto alejándose de sus dibujos–. Pero para el otro siempre será un hogar o una prisión.

–¿Es porque no eres humano? –Lo seguí.

–Soy un alma igual que tú. Aunque no percibimos la realidad de la misma manera, Mariposa.

–Porque estuve viva –reflexioné caminando con él a la par–. Y tú no.

–Y eres más lista que yo, además de valiente, claro –añadió–. No imaginas el coraje que hace falta para enfrentar la vida.

–Acabas de decir que es insignificante. –Me detuve.

Él también. Me costaba adivinar lo que pensaba.

–Parece, pero no lo es. –Con las manos en la espalda, se puso a caminar alrededor de mí–. Aquí el dolor no existe. Tampoco el hambre o la sed, ni siquiera el sueño. La única limitación es tu propio pensamiento. Si quieres algo, no hay nada físico que te lo impida porque no posees un cuerpo.

–Me quemé con un encendedor. –Le enseñé mi mano. La marca de la quemadura seguía ardiendo en mi piel.

–Si crees que estás cansada, necesitarás dormir, y si piensas que debes comer para no morirte de hambre, tu estómago rugirá como cuando estabas viva. Lo mismo ocurre con esta quemadura. –Acarició la palma de mi mano, y tanto la marca como el ardor se desvanecieron–. Cualquier cosa que sientas aquí, no será más que un reflejo de algo que ya no es, pero que una vez fue.

–¿Qué hay del mundo, Shaw? –pregunté con un estremecimiento.

–¿Qué hay con él?

–¿Por qué luce como una foto?

–A lo mejor, así lo recuerdas, señorita fotógrafa.

Para no haber nacido nunca, el sujeto había pensado bien las cosas.

–Pero tú… –Lo señalé.

–Yo nunca fui nada –replicó.

Si nunca había sido nada, ¿de dónde había sacado aquella apariencia? ¿De su imaginación? De

ser así, ¿por qué no se imaginaba un rostro?

–¿Cómo es que vas vestido así? ¿Hay alguna clase de tienda para almas en pena o algo así?

Se metió las manos en los bolsillos y torció la cabeza.

–¿Por qué crees que llevas puesto eso? –sugirió mirándome–. No moriste usándolo.

Contemplé mis pantalones de pijama y la sudadera vieja que me ponía para andar en casa. También llevaba puestas mis balerinas. Ni siquiera había pensado en lo ridícula que me veía hasta ese momento.

–¿Quieres decir que puedo usar lo que sea?

–Puedo acompañarte a una tienda, si prefieres la experiencia humana. La ropa no será real, pero allí estará porque todo lo que ves es un reflejo del mundo que conoces…, que conocemos.

–Por favor. –Uní mis manos–. Llévame de compras.

–Solo prométeme una cosa. –Apoyó una mano en mi cabeza–. Pase lo que pase, no olvidarás quién eres.



Lo que había dicho seguía rondando mi cabeza al momento de atravesar la gran entrada del centro comercial desierto. ¿Por qué olvidaría quién era? Me había cansado de interrogarlo, así que guardé esa pregunta y otras en mi interior por un rato. No creía necesario que me explicara lo que podía descubrir por mí misma, así que me propuse investigar, observar, tratar de entender el funcionamiento de ese extraño mundo tan similar al que conocía.

Recorrí uno de los pasillos vacíos, que tantas veces había visitado con mi hermano, y miré los escaparates de las tiendas. Ropa, accesorios, maquillaje…

–¿Puedo tomar lo que quiera? –pregunté entrando a una tienda de perfumes.

–Por supuesto.

Abrí un frasco de un nuevo perfume que aún no conocía y lo rocié en mi muñeca. Acerqué mi nariz.

–No huele a nada. –Hice una mueca con desilusión.

–Por supuesto que no.

–Pero pensé…

–¿Creíste que olerías un perfume que no conoces? Ya no posees cuerpo, Kelly. No puedes sentir cosas nuevas. Lo que experimentas es únicamente una huella de lo que has vivido. Sería lo mismo si intentaras probar una comida por primera vez.

La revelación me dejó perpleja. Ya no conocería nuevos aromas, nuevos sabores. Mi cuerpo ya no existía. O sí, pero yo ya no me encontraba en él. Nunca volvería a tenerlo.

–No te preocupes. –Shaw tocó mi hombro, y me provocó un cosquilleo que se extendió por mis terminaciones nerviosas–. Hay sensaciones que no dependen de tus cinco sentidos.

Sus palabras no me consolaban. Nada me haría sentir mejor. Estaba muerta.

–Me cuesta asimilarlo.

Abrí otro frasco de perfume desconocido. Igual que el anterior, no olía a nada.

–Es natural. Hay fantasmas que continúan creyendo que están vivos y siguen con sus vidas normales. Hasta que un día se dan cuenta de que han estado haciendo lo mismo, una y otra vez, durante cientos de años. Es triste.

–¿Por qué no he visto ninguno?

–No suelen vagar por las calles –explicó–. Cada uno habita en su propio mundo.

–Yo estoy vagando.

–Eres diferente.

–¿Porque estoy contigo? –La compañía de Shaw era lo único que me diferenciaba de los otros–. Seguro que debería haber quedado atascada en ese puente como aquella mujer que llora. Aunque ella quedó atrapada porque murió a destiempo. ¿Y yo? ¿Era mi momento de morir?

No contestó.

–Ni siquiera sé por qué te pregunto –mascullé.

Salí de la tienda. Buscaría algo de ropa que me gustara.

–Hay cosas que no estás lista para saber aún –alzó la voz.

¿Y cuándo lo estaría?, ¿cuando estuviera más muerta?

–No me sigas –le advertí cuando hizo el ademán de venir conmigo–. Necesito un tiempo para mí.

Entré a una tienda de ropa *dark* y lo primero que hice fue sentarme en el piso, en un rincón, detrás de los abrigos. Él no me vería desde afuera. Cerré los ojos y apoyé mi cabeza contra la pared.

–Esto no es real. Shaw no existe. Es un sueño. Despierta, Kelly. –Palmeé mis mejillas con fuerza–. ¡Despierta! No estás muerta.

Mis oídos pitaron y me retorcí del dolor.

–Quiero ir a casa –lloré.

Shaw se dejó caer a mi lado sin pronunciar palabra. Más que nunca necesitaba un abrazo, pero no se lo hice saber. Apenas me conformé con que nuestros brazos entraran en contacto.

–¿Por qué me acompañas? –pregunté.

–Porque puedo. Y porque quiero.

–Habiendo tantas casas, ¿por qué entraste en la mía? ¿Sabías que estaba ahí?

No podía ser casualidad. Las casualidades no existían. Él me había buscado. ¿Por qué?

–Eres diferente porque irradias luz –dijo–. Tienes suerte de que te encontrara primero. Hay

seres casi tan peligrosos como las Keres dando vueltas por ahí. Deberías cuidarte de ellos más que de ningún otro.

–¿Qué seres?

–Sombras.

Eso me produjo un escalofrío. Me arrimé a él y, de forma automática, pasó un brazo alrededor de mis hombros. Nada podía lastimarme si estaba junto a mí.

–Las sombras devoran la luz –expresó con calma–. La extinguen. Se sienten atraídos hacia ella como los insectos.

Me habían seguido y acechado mientras vivía. Moraban en el mundo de los muertos y yo en el de los vivos, así que me bastaba con salir a la luz del día para que desaparecieran. Pero en el limbo las reglas cambiaban. ¿Qué me separaba de ellas ahora?

–¿Qué son? –inquirí.

–Almas perdidas. Olvidaron sus nombres, sus familias, lo olvidaron todo. Andan errantes por el mundo, en busca de la luz que ya no tienen. Lo más triste es que no saben lo que son. Si ves una, Kelly, corre lo más lejos que puedas.

No bromeaba. Lo supe por el tono grave de su voz.

–Quisiera abrir los ojos y que todo esto acabe –murmuré.

–Ojalá pudiera ayudarte. –Acarició mi cabello, suelto y desordenado.

–No me dejarás sola, ¿verdad?

–Ni en un millón de años. –Me contuvo entre sus brazos.

Se sentía tan real como un ser humano vivo. Y yo, por un segundo, pensé que mi corazón volvía a latir de nuevo.

Hundí mi rostro en su cuello. Su perfume me gustaba. Aspiré el aroma dulzón con los ojos cerrados y presioné mis labios en el cuero de su chaqueta, anhelando que fuera su piel. Dejé que mis dedos se deslizaran despacio por su espalda, en espera de una reacción de su parte.

Acarició mi nuca, mis hombros. Sus manos enguantadas me despertaban sensaciones que creía perdidas para siempre. Alguien me había acariciado así en un sueño.

Alcé la cabeza y me acerqué a la oscuridad que reemplazaba su rostro. Esta me llamaba de una forma irresistible y aterradora. Yo solo quería un beso. Nada más. Pero cuando él sujetó mi barbilla y apenas rozó con su dedo mi labio inferior, supe que no me daría lo que esperaba.

–No puedo –lamentó con una pena abrumadora.

Se alejó de mí y desapareció en la sección masculina.

Con el rechazo a flor de piel, revisé las prendas tratando de ignorar el nudo en mi estómago. Tomé unas cuantas y las llevé al probador. Encontrarme frente a un espejo que no reflejaba nada no ayudaba. Por fin había desaparecido como tantas veces le había pedido al universo. Sin embargo, la idea no me hacía feliz. Tenía ganas de llorar.

Me quité la ropa que llevaba y me puse un vestido negro corto con el cuello cerrado de color blanco. Siempre había querido comprarme uno. También encontré unos zapatos que me gustaban: *babies* bajos de terciopelo negro.

–¿Shaw? –Salí a mostrarle mi atuendo a la única persona del mundo, para demostrarle que todo seguía bien entre nosotros.

La última vez que lo había visto andaba jugando con los maniquíes. Había acomodado uno para que pareciera que le palmeaba el trasero a otro.

Tal vez había salido de paseo.

Algo se movió detrás de un perchero. Supuse que sería él, aunque me parecía raro que no hablara. Tal vez se había enfadado conmigo.

–Lo siento, ¿está bien? No volveré a tratar de besarte si eso te molesta. Creí que te gustaba. –Me quedé en el medio de la tienda, prestando atención al silencio–. ¿Shaw?

Una especie de susurro erizó los vellos de mis brazos. Por un segundo, creí que trataba de asustarme.

–No es gracioso –le dije a una sombra estática en la pared que se parecía a él.

Al acercarme, me di cuenta de que era la de un maniquí con una capucha. Le di un empujón por engañarme, y cayó al piso al igual que su sombra. Se le salieron los brazos y la cabeza, que no me molestaría en levantar. En lugar de eso, le pasé por encima y me alejé. Siempre me habían dado impresión los maniquíes. Tenía la sensación de que se moverían. En especial, cuando nadie los miraba.

Decidí revisar otro local, pero un leve movimiento en la pared llamó mi atención antes de que me fuera, así que decidí volver atrás a revisar.

–Shaw, si te estás escondiendo de mí… –advertí.

No se trataba de él. Lo que se movía en la pared de ese local era la sombra de una cabeza que miraba hacia uno y otro lado. Un brazo que se estiraba arriba y abajo. Una figura rígida que se levantaba lentamente del suelo y sola volvía a su sitio, con su cabeza girada hacia mí.

–El maniquí –susurré.

Se estaba moviendo.



12
Solo tocarte

Di un paso atrás y, sin querer, pateé una mano de plástico. Salió despedida contra un perchero metálico y produjo una campanada infernal. Las cabezas de los maniquís desperdigados por la tienda giraron hacia mí una por una. Detrás de ellos, sus sombras parecieron adquirir vida propia: abandonaron sus posiciones y se unieron a la primera, que seguía estática, observándome.

–Mira lo que encontré. –Shaw entró en la tienda con un helado cubierto de salsa de chocolate–. Seguro que recuerdas el sabor de esto.

Lo soltó al advertir las sombras reunidas al fondo de la tienda.

–Kelly, ven aquí –dijo en voz baja–. Despacio.

No aparté los ojos de ellas mientras iba con él. Pasó uno de sus brazos por mi cintura y me sacó del local con la calma que a mí me faltaba.

–Ahora sí, ¡corre! –exclamó, tirando de mí al llegar al pasillo.

Buscamos las escaleras mecánicas que no funcionaban. Subí dando traspiés.

–Se quedaron en el muro –dije viendo hacia atrás.

–No por mucho. –Me llevó al interior de un baño.

–¿No deberíamos salir? –El pánico se apoderó de mí al percatarme de que nos encerrábamos.

Sacudió la cabeza. Se metió conmigo en un cubículo y cerró la puerta. Apenas cabíamos los dos.

–Nos verían. –Me hizo un gesto para que no hablara–. Shh.

Me dejé caer sobre la tapa del sanitario y levanté los pies para que no se vieran. Sus botas nos delatarían si llegaban a espiar bajo la puerta, así que me puse de pie sobre el inodoro y lo invité a unírseme con un gesto de mi mano.

Sacudió la cabeza, tal vez temiendo que se rompiera bajo nuestro peso.

–Sube –insistí, moviendo los labios.

Tal vez debí pensarlo dos veces antes de invitarlo a compartir el inodoro conmigo. Cuando trepó, se acercó tanto a mí que estuve a punto de caerme. No le quedó más opción que

abrazarme, en un movimiento que atentó contra mis defensas. Yo no supe si abrazarlo también. Después de todo, me había rechazado hacía un rato. No obstante, si pretendía mantener el equilibrio, tenía que sujetarme de él. Levanté los brazos y rodeé su cuello. Me apreté contra su cuerpo y comprobé entonces que, a pesar de no tener rostro, poseía un cuerpo debajo de todo ese cuero. Un cuerpo que no me desagradaba tocar.

El chirrido de la puerta puso mi mente en blanco. No oímos pasos. No oímos nada. Las vaporosas siluetas negras se deslizaban sin hacer ruido, moviéndose como el humo. De mi boca salía un vaho blanquecino al respirar; no necesitaba hacerlo, pero era un acto reflejo remanente de mi vida. Lo observaba para distraerme, mas no conseguía calmarme.

–No te muevas. –La voz suave de Shaw en mi oído me produjo un escalofrío.

Me aferré a él con fuerza, temiendo que nos encontraran.

La traba del cubículo se movió.

Cerré los ojos cuando la puerta se abría, pero alcancé a ver los dedos negros apuntando hacia mí. Habría salido corriendo si los brazos de Shaw no me hubiesen contenido. No me permitiría a mí misma gritar. Debía demostrarle que podía ser valiente, aunque por dentro, mi corazón temblara.

No supe cuánto tiempo pasamos abrazados. Para mí fueron horas. El tiempo sin tiempo confundía.

–Ya puedes abrir los ojos, preciosa. Se ha marchado –dijo sin dejar de abrazarme.

Yo tampoco lo solté. Deseaba besar su oscuridad, descubrir lo que ocultaba. Pero el peligro nos rondaba, y no entendía cómo podía darme el lujo de fantasear. Eso pensaba hasta que él pasó los dedos por el borde inferior de mi corto vestido y acarició mi muslo.

Crack. Algo hizo ruido.

El sonido se repitió, y miramos abajo.

La loza del sanitario se partía.

Tuvimos que saltar al piso antes de que sufriéramos un accidente desagradable.

–¿Cómo saldremos, Shaw? Seguro que siguen buscándonos.

–No te preocupes. Mientras más cerca estemos el uno del otro, menos visible serás para ellos.

–¿O sea que tú y yo no podremos separarnos nunca?

–Claro que podemos. Pero te encontrarían. A menos que… –Dejó la frase inconclusa.

–¿A menos que qué?

–A menos que hicieras el amor conmigo –explicó con naturalidad–. Eso mezclaría nuestras energías, y pasarías inadvertida para ellos.

Me atraganté.

–No sabía que se podía hacer eso aquí.

–¿Por qué no? Puedes hacer lo que quieras.

El ambiente se cargó de electricidad en el interior del cubículo. Lo tenía tan cerca, que la idea se me hacía cada vez más tentadora.

–¿Y no me verían?

–Lo estás considerando, ¿eh?

–Solo contesta –exigí.

–Es un poco más complicado de lograr de lo que parece –dijo desanimado–. No te librarías de ellos si se nos ocurriera hacerlo aquí, ahora mismo.

–¿Por qué no?

–Porque no me amas. No hablo de estar juntos de una forma ocasional y salvaje, sino de realizar una conexión profunda entre nuestras almas. De eso se trata realmente hacer el amor, Kelly. Es el intercambio de energía más poderoso que existe. Y el más sagrado.

En ese momento, la desanimada fui yo. ¿Amar a Shaw? Esas cosas ocurrían durante la vida, no después de morir.

–Procura que no te toquen, Mariposa. Si lo hacen, su oscuridad se meterá en ti y te carcomerá desde adentro. Lo perderás todo.

–Ya lo he perdido todo.

Sostuvo mi rostro entre sus manos.

–Lo importante aún lo llevas contigo. Por favor –su voz sonaba desesperada–, no dejes que te lo arrebaten. No los dejes convertirte en ellos.

–¿Hicieron eso contigo? –se me ocurrió preguntar con una punzada de temor dentro de mí.

–No. –Se apartó y me dio la espalda–. Nadie me ha tocado.

Salió del cubículo. Lo seguí con el eco de una pregunta sin respuesta resonando en mi cabeza: *¿Quién eres?*

–Te llevaré a casa. Mantente cerca de mí –dijo–. Te ocultaré.

Shaw no era fantasma ni muerte ni mi ángel guardián. Me había encontrado antes que la Ker y se había quedado conmigo en un mundo vacío, protegiéndome. ¿Por qué?

Tal vez, nunca conociera la respuesta. Sin embargo, algo sabía: su sombría presencia me volvía loca.

Atravesamos el centro comercial envueltos por un halo de oscuridad que salía de él. Antes de salir, pasamos ante una heladería y me detuve en la puerta de vidrio, viendo el interior del local cerrado.

–Shaw, ¿de verdad pude haber tomado ese helado? ¿El que me llevaste?

–¿Quieres probar?

Asentí y me tomó la mano. Caminó directo a la gran vidriera y la atravesó. Me solté antes de chocar con el cristal.

–¡Lo traspasaste! –exclamé, tocando la superficie.

–¿Por qué me soltaste? –me regañó.

–Pensé que me golpearía la cara. ¿Puedes venir por mí?

–En un momento. Necesito reponerme. Ocultarte drenó mis energías. No vayas a alejarte –advirtió con la mano apoyada en el cristal.

Sacudí la cabeza.

–Y… no te des vuelta –añadió, viendo algo detrás de mí.

–¿Qué? ¿Por qué? –Volteé.

El final de la galería por la cual acabábamos de circular había sido tragado por las tinieblas.

–Te dije que no te dieras vuelta.

La oscuridad más negra avanzaba eliminando todo rastro de luz en su camino.

–Apártate –pidió Shaw, con una silla en la mano–. Romperé el cristal. No puedo traspasarlo de nuevo.

Retrocedí, y golpeó el vidrio con fuerza, pero ni siquiera le hizo una marca.

Volvió a golpearlo, una y otra vez.

–¡Maldita sea! –gritó, tirando la silla de metal a un costado.

¿Por qué había tenido que detenerme por un helado? ¿A quién se le ocurría? Las sombras no se habían marchado. Seguían buscándome, acechándome desde el interior de esa negrura infinita. Nada se veía al otro lado, solo vacío.

Shaw se lanzó contra el vidrio. No podía atravesarlo. Dio un paso atrás y le pegó con la suela de su bota como si su propia vida dependiera de ello. Había quedado atrapado, y yo afuera.

Me replegué sobre mí misma.

–No te asustes –pidió.

Venían por mí. Me tocarían. Me harían como ellos. Devorarían mi luz hasta matarme, hasta que no fuera nada. ¡Cómo me pedía que no me asustara!

–Kelly, mírame –dijo Shaw desde el otro lado del grueso vidrio.

–No puedo.

Tenía miedo de levantar la cabeza. Me rodeaban. Susurraban palabras que no entendía. Hablaban entre ellas. Una se inclinó sobre mí. Tuve que cubrir mis oídos para no escucharlas.

Mientras tanto, oía la voz lejana de Shaw gritando mi nombre. Seguía golpeando el vidrio, intentando romperlo o atravesarlo para llegar a mí.

Él tampoco podía hacer nada.

Había imaginado que, a último momento, se liberaría y me salvaría de la oscuridad, como sucedía en las películas. En el último segundo, me abrazaría y diría: “Ya estoy aquí, preciosa. Estás a salvo”.

Pero fue incapaz de salir de su encierro.

–Shaw –musité.

No quería despedirme de él aún ni convertirme en una sombra sin rostro ni memoria.

–Mariposa. –Se le quebró la voz, a punto de ver cómo las sombras devoraban mi alma desde su prisión de cristal.

Volvería a quedarse solo en ese limbo de noche eterna.

Miles de brazos muertos se extendían hacia mí. Inmovilizaban mis piernas y brazos y me levantaban en el aire. Me atravesaban el pecho, el torso, el vientre como agujas a un muñeco vudú, desde todas las direcciones. Extirpaban algo de mí. Drenaban la luz de mi cuerpo como vampiros sedientos. Cada nuevo brazo que se clavaba en mi cuerpo me hacía gritar de dolor, sacudirme en un espasmo incontrolable y terrible. ¿Era normal sentir que me moría? ¿Cuánta luz se podía extraer de alguien cuya vida se había extinguido? ¿Por cuánto tiempo más me someterían a esa tortura?

–Basta.

Algo se rompió. Estalló. Y yo caí, ya sin dolor y con una sensación de calidez cubriéndome. ¿Era una sombra? ¿Por qué seguía recordando mi nombre?

Una negra y borrosa figura me levantó en brazos.

–Lamento haber tardado. –Me sostuvo contra su pecho.

Las sombras se apartaron, como si le temieran. Se arremolinaban a nuestro alrededor, agitadas igual que el océano en plena tormenta. Miles de susurros entremezclados, gemidos de desesperación y angustia me aturdían. Quería tapar mis oídos, pero no tenía fuerzas para levantar los brazos.

–No dejaré que te lleven –prometió Shaw–. Ni ahora ni nunca.

El centro comercial se puso de cabeza. El mundo giraba, daba tantas vueltas que tuve que cerrar los ojos para no marearme y vomitar. Luchaba para mantenerme despierta. Las almas no necesitaban dormir. ¿Por qué, entonces, me sentía tan cansada? Mis ojos se cerraban. Los gemidos de las sombras se perdían en la lejanía.

La voz de Shaw me acarició:

–Descansa.

Sus brazos no me soltaron.



Abrí los ojos en mi cama. Él estaba conmigo. Me abrazaba como si temiera perderme, como si le importara, como si me amara. Tal vez, en otro tiempo y lugar, así podría haber sido.

–Al fin despertaste –dijo con alivio.

Carecía de fuerzas para moverme, mas no para hablar:

–Creí que los fantasmas no dormían.

Acarició mi mejilla y suspiró.

–¿Qué me hicieron? –quise saber.

–Se alimentaron de ti. Casi extinguen tu luz.

–¿Dormí mucho?

–Una eternidad –bromeó.

Me pregunté qué habría hecho mientras esperaba. Dudaba que se hubiera quedado conmigo todo el tiempo.

–Quisiera probar algo. ¿Puedo? –preguntó.

–Depende de lo que vayas a hacer.

Tiró de los dedos de su guante y se lo quitó. Una mano perfecta se reveló ante mis asombrados ojos.

–Creí que…

–¿Que no tenía manos? –comentó con gracia.

Asentí.

–Pues te equivocaste. Si tengo, y unas hermosas como podrás apreciar. Combinan con el resto de mi cuerpo.

Mi pulso se aceleró al imaginarlo. Mi pulso inexistente de mi cuerpo aún más inexistente. Entendía que mis reacciones fisiológicas se debían a los recuerdos de mis experiencias pasadas. Pero yo nunca había reaccionado así ante nadie. Cuando él me tocaba, aunque se tratara de un mínimo roce, me estremecía hasta el tuétano.

Acercó su mano a la mía. Apoyó un dedo en el dorso de mi mano y lo deslizó con suavidad por mi piel. El cosquilleo se extendió a otras áreas de mi cuerpo. Me mantuve inmutable mientras sus caricias me desarmaban.

–¿Lo sientes? –preguntó entrelazando nuestros dedos–. Por favor, dime que no estoy loco.

–No estás loco –admití, deseando ver más de él y que hubiera un rostro detrás de la oscuridad tras la cual se ocultaba; pero tal vez deseaba demasiado.

Apoyó su cabeza encapuchada contra la mía.

–¿Puedes caminar?

–No sé.

Se quitó el otro guante y lo arrojó al piso. Tomó mis manos y tiró de ellas.

–Ven. –Me levantó.

Apenas lograba mantenerme en pie. Me sujetó contra su cuerpo.

–Me gusta tocarte –susurró en mi oído.

Me levantó en brazos y atravesó la puerta.

–¿A dónde me llevas?

–A la cocina. No puedo verte así. Te prepararé algo de comer.

–Pero los fantasmas no comen –reí.

–No dirás lo mismo en un rato –afirmó.



13
Cosas de vivos

Bajó las escaleras, entró en la cocina cargándome como si no pesara nada y me acomodó en una silla.

–¿Qué te gusta? –Abrió el refrigerador. Funcionaba.

–Shaw…

Lo cerró y se volvió hacia mí.

–Tengo una hipótesis –dijo. Buscó un plato, cubiertos y un vaso para mí. Luego volvió a abrir el refrigerador.

–¿Desde cuándo funciona la luz?

–Desde ahora –respondió–. ¿Qué deseas?

Saber quién eres.

Conocer tu verdadero rostro.

Vivir.

–Un omelet –dije con voz queda–. ¿Qué hipótesis?

–Si haces cosas de vivos, te repondrás más rápido. Dormir, comer, bañarte…

El silencio invadió la cocina. Sacó huevos, jamón, queso, cebolla y morrón. Lavó las verduras bajo un chorro de agua fría.

–No entiendo. Nada funcionaba. No había comida ni agua.

Tomó un cuchillo grande del taco de madera que reposaba en la encimera. Me dio la espalda. El cuchillo golpeó contra la tabla de picar.

–Siempre he querido hacer esto –comentó divertido–. He visto a tu madre haciéndolo, pero nunca tuve la oportunidad. También a ma…

–¿A quién?

–Marta. Tu vecina. –Encendió la hornalla y colocó una sartén encima. Le echó un chorro de aceite y colocó los vegetales–. No te preocupes. Las he visto cientos de veces. No lo echaré a perder.

Entorné los ojos.

–¿Cómo has podido verlas si no están aquí? –El aroma de la cebolla frita hizo gruñir mi estómago.

Cortó un par de cubos de queso y me ofreció uno. Abrí la boca y lo empujó por entre mis labios. Sin querer le chupé un dedo, pero no se quejó.

–Supongo que es tiempo de que lo sepas: podemos interactuar con los vivos. –Rompió unos huevos y los echó en la sartén.

–¡¿Cómo?! –Me levanté sin hacerle caso al mareo.

Volví a sentarme porque las piernas me temblaron, mientras él terminaba de cocinarme.

–Te mostraré luego de que comas. –Apagó el fuego y puso un plato humeante frente a mí–. Prueba. Quiero ver si tengo razón.

El omelet no lucía mal. Olía como los dioses. Tomé el tenedor y me metí un trozo en la boca. Había olvidado lo bien que se sentía comer.

Shaw se sentó a mi lado.

–Le falta sal, pero está rico. ¿Quieres probar? –Acerqué el tenedor a su oscuridad.

–Me encantaría, pero lo haré cuando tenga una boca. Estoy haciendo una lista mental con todas las cosas que quiero hacer con ella. ¿Te las enumero? Algunas te incluyen.

–¿Tendrás boca? –pregunté masticando.

–Solo si encuentro una que te guste, corazón.

–Explícate.

Ya lo imaginaba arrancándole la cara a alguien y poniéndosela como una especie de máscara siniestra. ¿Sería capaz?

–No tengo rostro porque nunca me vi a mí mismo –dijo.

–¿Y cómo harías para verte?

–Ese es el punto. ¿Cómo contemplar algo que no existe?

Me molestaba sobremanera que afirmara eso porque, para mí, había sido más real que todas las personas con las que había convivido.

–Tú existes –espeté, cortando el último bocado.

–No como quisiera. –Torció la cabeza.

–¿Nunca me dirás lo que eres?

–Ya lo hice. Soy un alma común y corriente. No hay nada especial en mí. Nada mágico o divino. De hecho, estoy aquí porque soy un cobarde y un egoísta. Es mi castigo.

–No te creo.

Se había interpuesto entre las sombras y yo. Me había ayudado a huir de la Ker, en vez de irse y dejarme sola. ¿Qué tenía eso de cobarde y egoísta?

–Si supieras las cosas que he hecho, cambiarías de opinión.

–Claro que no –disentí.

No me importaba el pasado. Lo que contaba era el presente. Sin él, estaba perdida.

–Kelly, es mejor el misterio. Me hace lucir sexy.

–¿Fue tan malo lo que hiciste?

–Tan malo *es* –repuso.

No seguimos hablando del tema. Prefirió explicarme que las cosas funcionaban en casa porque yo así lo quería. La comida no existía de verdad. Ni la electricidad. Era nuestra conciencia la que creaba la realidad que nos rodeaba. "Según es arriba, es abajo", dijo. Todo era un reflejo de algo. Las cosas no salían de la nada. Sin conciencias que lo habitaran, el limbo sería un enorme vacío negro y sin forma. Igual que el mundo de los sueños, explicó.

Shaw había habitado tanto tiempo ese vacío, que se había fundido con él. Pero, a diferencia de las sombras, él sí tenía una identidad.

–¿Por qué no eres como ellos? –indagué.

–No sé. ¿Suerte?

¿Qué había averiguado sobre él? Poco. Sabía que era un alma atrapada como yo. Había hecho algo malo. No tenía rostro. Guardaba secretos. Me gustaba mucho. Y sabía cocinar.

–¿Te gustaría tomar un baño?

¿Juntos? Mi mente sucia había entrado en acción.

–Seguro.

Me tomó de la mano y me llevó arriba. Vigilaba cada uno de mis pasos, porque seguía débil. Aun así, le dije que podía caminar. No necesitaba que me cargara en brazos a todos lados.

–Mientras más viva te sientas, más te fortalecerás –aseguró, sacando una toalla del armario.

–Pero ¿si soy un fantasma, no debería ser al revés?

–Ya te dije que no eres como las demás personas.

Se fue antes de que pudiera seguir cuestionándolo. ¿Qué me hacía diferente? ¿Tal vez, mi forma de morir? Me quité el vestido y la ropa interior que seguían impecables. Abrí el agua caliente y una nube de vapor se levantó a alrededor de mí. Puse la mano bajo el chorro de agua y disfruté la sensación. No recordaba la última vez que había tomado una ducha. Me metí y dejé que las gotas me golpearan.

Por unos minutos, olvidé que estaba muerta.

Tomé el shampoo y lavé mi cabello, me enjaboné y entoné una canción:

–Frozen inside without your touch, without your love, darling. Only you are the life among the dead… –Oí que la puerta se abría, justo cuando iba por la mejor parte–. ¿Shaw, eres tú?

–¿Por qué dejaste de cantar?

–¿Qué haces en el baño? –Me cubrí con las manos, aunque no pudiese verme.

–Me aburría.

Se acercó.

–No te atrevas a abrir la cortina –advertí.

–Estás a salvo, cariño. Me portaré bien, aunque me duela. –Su sombra se proyectaba en la cortina. Con las manos en los bolsillos, se me hizo tan familiar que dejé escapar un gemido.

–¡Eres tú! Esa sombra.

La que me había seguido antes de morir. La que había fotografiado. La que todas las noches aparecía ante mi cama.

Rio con ganas.

–¿Y hasta ahora te das cuenta?

–Supongo que no. Pero trataba de no recordarlo. –Me abracé a mí misma.

El agua salía helada. La cerré.

–Supongo que debería pedirte perdón por haberte asustado. No fue mi intención.

–¿Me alcanzas la toalla? –Saqué la mano fuera.

Me la dio sin siquiera entrar en contacto conmigo.

–¿Por qué me seguías? –refunfuñé, envolviéndome.

Como siempre, no respondió. Aunque seguía parado frente a la ducha. Demasiado cerca de mí como para no turbarme.

–¿Me dejarás salir o tendré que pasar por encima de ti?

–La segunda alternativa no suena mal.

Se hizo a un lado y pasé de largo. Sería difícil no dejarme llevar por mis bajos instintos con él haciendo ese tipo de insinuaciones a cada rato.

Fui a mi cuarto y me quedé helada junto a mi cama.

–¿Qué es eso? –Señalé lo que había arriba del edredón.

–Ropa –dijo desde la puerta–. Para ti.

Había dejado una pila de vestidos. Tomé uno negro y rojo con corsé de encaje y falda en capas asimétricas. Una vez, había soñado que usaba uno así.

–Esto es… –Me había quedado sin palabras.

–Si no te gusta puedo devolverlo. O desaparecerlo. ¿Prefieres otra cosa?

–¡No! –Abracé el vestido–. Es hermoso. Gracias.

Le regalé una sonrisa.

Me dejó sola para que me vistiera. No tardé mucho. El vestidito me calzaba como un guante. Acentuaba cada una de mis curvas y me hacía una cintura diminuta. Lo amaba. Pasaría con él la eternidad. Además, me había tomado mi tiempo para maquillarme y arreglar mi cabello, una cascada negra y roja que me llegaba a la cintura.

En cuanto bajé las escaleras, percibí la mirada de Shaw. No dijo nada. Se aproximó, tomó mi mano y me hizo girar sobre mis talones. Su tacto me hacía cosquillear los dedos. No había vuelto

a ponerse los guantes desde que habíamos entrado en contacto, piel con piel.

–¿Quieres bailar? –Apoyó una mano en mi cintura y me estrechó contra su cuerpo.

–No hay música.

–El sonido de tu voz es la única música que necesito. –Se movió por la sala y lo seguí.

–No digas esas cosas. Podría terminar enamorándome –bromeé.

–¿Sería tan malo? –preguntó dejando de bailar.

¿Qué clase de amor podría surgir después de la muerte? ¿Sería real? ¿Cuál sería el sentido de enamorarme de alguien en estas circunstancias? Jamás podría casarme, tener hijos y verlos crecer. No había ningún futuro qué planear ni nada qué esperar.

–No lo digas. –Me soltó–. No digas lo que estás pensando, porque ya lo sé. Y tienes razón. Aunque fue lindo imaginar, por un instante, que yo era como tú.

–¿De qué hablas?

–Sé que no soy la clase de chico con el que habías soñado. –Se sentó en el horrible sofá floreado de mamá–. Nunca me había arrepentido de mi decisión, hasta hoy. ¡Me he perdido de tanto! Soy un idiota.

–¿Qué decisión?

Se levantó.

–Te lo diré. Lo prometo. Pero antes, quiero enseñarte algo. Sígueme.

Subió las escaleras y se metió en mi dormitorio.

Tragué saliva. Apoyé la mano en el barandal de madera y lo seguí, prestando atención a los crujidos de los escalones.

–¿*Kelly*?

Una voz me llamó desde alguna parte. Una voz femenina. Me detuve a mitad de las escaleras, sin saber de dónde provenía.

–*Kelly Wagner, ¿estás ahí? Responde*.

–¿Hola? Eh… sí. Aquí estoy.

Las luces titilaron.

Alejarme de él me hacía sentir mal. ¿Qué tal si las sombras me encontraban? ¿Y si una de las Keres volvía a aparecer? Quedarme sola en una habitación me generaba una angustiante sensación en el pecho, porque me hacía tomar conciencia de que no había nadie más.

La casa quedó en penumbras, en silencio, como si la hubieran abandonado. Alguien me tocó el hombro y salí corriendo escaleras arriba.

–Me tocaron el hombro –dije al verlo.

Permaneció impasible.

–Dijeron mi nombre –añadí.

–Oh.

–¡¿Oh?! ¿Es lo único que dirás?

–Tranquila, Mariposa. –Acarició mi pelo.

–¿Por una vez podrías decirme lo que pasa? –me exasperé.

Él sabía. Sabía lo que ocurría. Conocía cada rincón, cada suceso, cada secreto de este maldito lugar.

–Mi egoísmo no me lo permite.

Di media vuelta, dispuesta a volver a la sala.

–Espera. –Me tomó del brazo–. Lo siento.

–¿Por qué me ocultas tantas cosas?

–Tengo miedo.

–¿Miedo? ¿Tú? –No le creía una sola palabra.

–Estoy aterrado, Kelly. Por primera vez conozco a alguien que me gusta y temo que me deje solo cuando descubra lo que no me atrevo a decirle. Dame tiempo. Te lo suplico.

–Tiempo es lo que más tenemos, ¿no?

Bajó la cabeza. Hubiera matado por conocer su expresión, por saber lo que pensaba. Concentré toda mi atención en su oscuro e inexistente semblante. Imaginaba que había un rostro allí. Me acerqué a él lo más que pude y acaricié su capucha. Intenté abrazarlo, pero no me lo permitió. Una mano en mi pecho, sobre mi corazón, fue lo único que pude obtener de él.

–Gracias –musitó con voz queda–. Pero no tienes que hacer esto. Estoy bien.

–Tú también me gustas, Shaw. Quiero demostrártelo.

–No necesitas demostrarme nada.

–Me da miedo que te vayas –dije bajando la voz.

–Estaría haciéndote un favor.

–Cierra la boca y abrázame.

Me hundí en él. Nada físico nos unía, lo tenía claro. Ninguno de los dos poseía un cuerpo. Tal vez por eso me resultaba tan real. Mis ojos lagrimearon y no supe por qué. Quizá, me asustaba conocer esas verdades que escondía. Decidí callar, dejar de indagar, de preocuparme.

Solo siente, me pedí.

Su pecho se hinchó y soltó el aire muy despacio. Vivíamos en la muerte. Respirábamos. Comíamos. Dormíamos. No lo necesitábamos, pero nos hacía sentir bien. En especial, a mí. Él me trataba como si realmente siguiera viva. Me hacía olvidar el accidente del puente, la ausencia de mis padres, el vacío del mundo.

Habría deseado conocerlo antes. Si hubiera estado vivo, si hubiera sido alguien, sin duda alguna me habría enamorado de él.



14
Seremos fantasmas

–Vamos a ver a tus padres.

Mi cuerpo se petrificó. Shaw se echó a reír por mi reacción. Esa voz suya, grave y suave, me sacudía por dentro. Todo en él tenía ese efecto sobre mí.

–Dije verlos, no comerlos –agregó con gracia.

–¿Cómo lo haremos?

Se frotó las manos y me llevó delante del espejo. Me sostuvo de los hombros para que no saliera corriendo, pero no podía obligarme a mirar. Me resistía a pararme ante él desde que había descubierto mi ausencia de reflejo.

–Por la puerta –dijo–. El espejo es la entrada al mundo de los vivos.

–¿O sea, que cada vez que quiera ir, solo debo meterme por ahí? –Lo señalé.

Dijo que sí.

–Pero debes tener cuidado. Aquí podemos hacer lo que sea. Es nuestro mundo. Allá somos intrusos. No nos verán, no nos tocarán, no nos oirán; a menos que hablemos fuerte. Y no todos serán capaces de escucharnos.

–Seremos fantasmas como los de la televisión. –Esbocé una maliciosa sonrisa–. ¿Puedo asustar a alguien antes de ver a mis padres?

–¿A quién asustaremos? –La idea parecía entusiasmarlo. Qué suerte que no era ningún ángel.

–¿En serio vas a ayudarme?

–No sería un caballero si no lo hiciera, señorita Wagner. –Tomó mi mano y simuló besarla.

Esperaba que algún día pudiera hacerlo de verdad.



El señor Harper roncaba con la boca abierta sentado frente a su escritorio repleto de papeles sin firmar. Se había quitado los zapatos y desabrochado los pantalones. Estos habían dejado una

marca roja en su panza. Además, le sudaba la frente. Debía hacer calor. Ninguno de los empleados había notado nuestra presencia. Él no sería la excepción.

–Esto es tan genial –exclamé, pasando la mano ante los ojos de mi exjefe.

Shaw se paró detrás de él y se quedó mirando con atención la pantalla de la laptop abierta. La cerró cuando me acerqué.

–¿Cómo hiciste eso?

Intenté volver a abrirla, pero no pude. Mis dedos inexpertos la traspasaban.

–Práctica –respondió cruzándose de brazos contra el escritorio.

–Ábrela de nuevo –pedí.

–Tu jefe es un ser repugnante y grotesco. No quiero que veas eso.

–¿Estás protegiéndome? –me sorprendí mientras recorría la oficina buscando qué mover.

–Siempre. Aunque a veces, no parezca.

Ya no tenía corazón, pero sus palabras lo aceleraron.

–Quiero tirar esto. –Señalé una cruz de madera en la pared.

–Hazlo. –Shaw se limitó a verme.

Traté de moverla. Empezaba a impacientarme que mis manos traspasaran la pared. Por más que intentara, no la tocaba.

–Un hombre religioso con un alma oscura –comentó mi compañero aproximándose a mí por detrás.

–¿Cómo la tuya?

–Mi alma no es oscura, Kelly. Si así fuera, no estaría aquí contigo.

–Lo siento. –Me sentía mal por sugerirlo–. ¿Y dónde estarías?

Tomó mi mano y la acercó a la cruz.

–Muy lejos –susurró, haciendo que mis dedos acariciaran la madera.

Con un sonido sordo, la cruz cayó a la alfombra. El hombre que me había despedido injustamente por creerme una bruja se sobresaltó.

–¿Dónde? –volví a preguntar, viendo cómo Harper se levantaba, recogía el símbolo de su religión y lo colgaba de nuevo.

–A donde él irá pronto –respondió mi acompañante, acercando mi mano de nuevo a la cruz que se precipitó a los pies del hombre vivo.

–Madre de Dios santísima –murmuró este, colgando la cruz por tercera vez.

–Enfoca tu atención –dijo Shaw soltándome–. No pienses demasiado. Solo hazlo.

Con la huella de su toque sobre mi piel, no me sería fácil concentrarme.

–No me sale.

–Tal vez si dejaras de verme como si desearas que te besuqueara sobre ese escritorio, funcionaría.

Di un respingo.

–No te estoy viendo así –protesté, llevando mi mirada al montón de papeles apilados. Quería tirarlos al piso.

Enfoqué toda mi atención en ellos, pero él me distraía.

–Ah, ¿no? –Lucía sexy con las manos en los bolsillos y esa pose de "todo me importa un rábano"–. Qué pena.

–Sin rostro no hay paraíso. –Sonreí de forma maliciosa–. ¿Me ayudas?

–Solo dime lo que quieres que haga, y lo haré –replicó.

Minutos más tarde, el señor Harper se puso del color de la manteca. Abrió la puerta de su oficina y salió corriendo sin haberse colocado los zapatos. Se llevó un par de empleados por delante; no se molestó en disculparse. Esos lo vieron salir a la calle sin entender qué le había pasado. Se asomaron a su oficina y no encontraron nada raro allí, excepto la cruz caída. La sombra siniestra en el muro era invisible para ellos.

–Casi le provoco un infarto –dijo Shaw, tal vez, arrepentido.

–También me asustabas a mí. –Lo seguí afuera–. Cada noche rezaba para que la sombra no apareciera en mi cuarto. Despertaba aterrada a la madrugada, sintiendo que no estaba sola, que alguien me observaba.

–No me alcanzará la eternidad para pedirte perdón.

–Ya pasó.

Después de asustar a mi jefe, necesitaba la luz del sol sobre mi piel, mezclarme con la gente viva por un rato y olvidar que no formaba parte de ellos. Regresar al limbo me costaría.

Caminábamos en silencio por la calle. Él, detrás de mí. Los recuerdos de mi vida cobraban nitidez desde que habíamos atravesado el espejo. Estar en el limbo era como soñar.

–¿Qué te pasa, Pippin? ¿Te volviste loco? –Un hombre con un pastor alemán pasó junto a nosotros. El perro quería abalanzarse sobre mí.

–Pobre animal. –Shaw meneó la cabeza–. Qué nombre más feo.

–Es de un personaje del *Señor de los anillos*.

–¿Qué es eso? –quiso saber. El perro seguía ladrándonos.

–¿No conoces a Tolkien? –me asombré.

–Me he perdido de mucho –murmuró.

Supuse que, hasta mi llegada, ni siquiera había tenido la oportunidad de conversar con alguien. Nadie lo había abrazado, dado un beso o dicho, jamás, "te quiero".

–¿Sabes lo que es una película? –pregunté intrigada.

–Me he colado en el cine alguna que otra vez. Para explorar.

–¿Dónde más te has colado?

–A un club nocturno, pero me aburrí y salí a perseguir gatos.

No estaba vivo, tampoco muerto. Shaw era un acertijo.

–¿Te gustaría ir conmigo? A un club. A bailar. No a perseguir gatos –aclaré–. Conozco uno muy bueno. Se llama *Edén*.

–Tal vez. Si estuviéramos vivos, te invitaría a tomar un café –dijo, viendo una pareja en el interior de una cafetería. Comían galletas y reían juntos. Él le quitó un mechón de pelo de los ojos a la chica, y sus mejillas se pusieron rojas. La tomó de la mano.

Shaw no tardó en entrelazar sus dedos con los míos. Una corriente eléctrica me atravesó la palma y subió por mi brazo.

–Puedo hacer eso también. –Se arrimó a mí, tomó un mechón de mi cabello y lo acomodó detrás de mi oreja, imitando al chico.

Seguimos observándolos. Él la besó. Tanta ternura me rompía el corazón. Ni una sola vez había estado así con alguien. Que me mirasen con tanto amor era algo que no sucedería.

Una sensación amarga se asentó en la base de mi estómago.

Pero eso no lo puedes hacer, ¿cierto?, lo interrogué con los ojos.

Meneó la cabeza.

–Está bien. Te lo diré –dijo.

–¿Disculpa? –Levanté una ceja, sin entenderlo.

–Ven conmigo. –Tiró de mí hacia algún lugar.

No me resistí. Lo seguí con la curiosidad carcomiéndome las tripas.

–¿A dónde me llevas?

La ruta que tomamos se me hizo familiar. Cruzamos el puente por el cual había caído. Una etérea Whilemina nos contemplaba desde el borde, antes de lanzarse al río. Seguimos de largo, sin detenernos. Cuando pasamos por mi jardín, supuse que entraríamos a mi casa, pero siguió de largo. Paró frente a la casa de los Krauss, mis vecinos de toda la vida. Una música de piano se colaba por la ventana abierta del estudio de Milton. Seguro que leía alguna de sus novelas. ¿A quién se las prestaría, ahora que yo ya no estaba? ¿Con quién comentaría sus nuevas lecturas?

La angustia me cerró la garganta. No había pensado en ellos, en lo solos que debían sentirse luego de mi partida.

–Kelly –Shaw hizo que lo mirara–, sígueme.

–¿Por qué tanto misterio?

Me llevó al umbral de la casa y abrió la puerta. Marta apareció corriendo a cerrarla.

–Milton, hay que revisar el picaporte otra vez –gritó.

–Primero déjame terminar este capítulo –respondió él–. El asesino está a punto de matar a alguien.

Ella regresó a la mesa, donde pintaba. Los ojos se me humedecieron al ver a la joven de vestido negro y cabello largo recostada en un campo de amapolas. Las manos de Shaw se

posaron sobre mis hombros.

–Eres más bella en persona.

–¿Por qué me trajiste? –inquirí sin dejar de contemplar mi retrato.

–Estoy cansado del silencio. –Tomó mis manos y me condujo al piso superior. Se detuvo ante una puerta cerrada–. Necesito que sepas.

Apoyó la mano en el picaporte y la abrió.

–Necesito decirte quién soy. –Su voz me estremeció.

El corazón me dio un vuelco al ver el interior del cuarto.



15
La luz en mi mundo de tinieblas

Entramos al dormitorio y cerró la puerta. Empujó con suavidad un móvil con pequeños osos alados. Estos bailaron en círculo encima de una vieja cuna sin usar. Mi atención cayó sobre el nombre bordado en un almohadón. No pude evitar acariciar las letras, sumidas en el olvido. Mis dedos las traspasaron.

–Demian –leí en voz baja con un escalofrío.

Recordé la pintura de ese chico apuesto que Marta me había enseñado y su dolor al contarme que su bebé nunca había llegado a nacer. El pecho me dolía, pero no me atreví a decir nada. ¿Qué tal si me equivocaba? No podía ser él. Shaw no podía ser aquel niño. ¿O sí?

–Ahora sabes –dijo detrás de mí–. Te dije que no estaba muerto. Te dije que no era nadie. Eso es porque nunca llegué a nacer. De haberlo hecho, me hubiera llamado Demian Krauss.

Lo abracé. ¿Qué más podía hacer ante la tristeza de sus palabras? Él me apretó contra su pecho.

–¿Puedo llamarte así? –pregunté.

–Puedes decirme como quieras.

Tomé su rostro en sombras entre mis manos.

–No llegaste a vivir, pero sí eres alguien. Siempre fuiste alguien. Tu nombre *es* Demian. Esta es *tu* casa. Y Milton y Marta *son* tus padres.

–Deben odiarme –musitó con la cabeza gacha–. No les di la oportunidad de conocerme. Ni me di la oportunidad de conocerlos. Hui como el cobarde que soy, antes de ver la luz.

Lo habría conocido. Hubiésemos tenido casi la misma edad. ¿Hubiéramos sido amigos? Ya nunca lo sabría.

–Te aman –aseguré.

–¿Cómo lo sabes?

–Mira este cuarto. –Señalé los animales de peluche sobre la cuna y cajonera, la lámpara con forma de nube, la biblioteca llena de cuentos infantiles. Los Krauss no habían tocado nada en

veinte años.

–Son cosas materiales. Ya se olvidaron de mí.

De haber visto el brillo en los ojos de su madre al hablar de él, se habría dado cuenta de que un sentimiento como el amor no se extinguía de un día para el otro. El tiempo solo curaba el amor que no debía ser, ese amor no correspondido o enfermizo; el amor que no era amor. Ni un millón de años bastarían para hacer desaparecer el sentimiento que se alojaba en el alma, porque las almas jamás morían.

–¿Quieres saber lo que Marta dijo sobre su hijo?

–¿Te habló de mí? –preguntó con asombro–. ¿Qué dijo?

–Que te imagina guapo, cariñoso y con sentido del humor.

–No le erró. En especial con lo de guapo.

Intentaba restarle seriedad al asunto, pero yo percibía el dolor detrás de su máscara burlona.

–Todavía piensa en ti, Demian.

Se estremeció al escuchar su nombre.

–Te sigue amando –continué–. ¿Cómo podría no hacerlo?

Me dio la espalda.

–¿Qué hay de ti? –preguntó–. ¿Me odias ahora que conoces mi identidad?

–¿Por qué te odiaría?

Arrastró los pies hacia la ventana. Los aspersores se habían encendido. Contempló la caída del agua sobre los rosales. Las gotas se adherían a los pétalos, se deslizaban por las hojas y seguían su camino hasta precipitarse al pasto.

No había rosas en el limbo.

–Por mi culpa estabas sola –se lamentó.

–¿Cómo podría ser culpa tuya si ni siquiera llegamos a conocernos?

–Láquesis, la Moira del destino, nos hizo algo antes de que decidiéramos nacer.

La idea de que una de las Moiras nos hubiese hecho algo me alarmaba. Desconocía sus intenciones.

–¿Qué nos hizo?

–Nos ató. Se suponía que debíamos conocernos. –Tocó su pecho y de él sacó un hilo del color de la sangre, tan delgado que apenas resultaba visible–. Láquesis unió nuestras almas con esto.

Me acerqué para examinarlo.

–Pensé que eso del hilo rojo era un mito.

Sacudió la cabeza.

–Es real. –Tiró de él con fuerza y me sobresalté al percibir que algo me jalaba–. ¿Quieres tocarlo?

–¿Por qué, viniendo de tu boca, todo suena sucio?

–Tengo ese don maravilloso.

Lo sostuve con cuidado. En mis dedos se volvía un hilo de luz. Demian se alejó unos pasos. El hilo se estiró. Lo solté y desapareció.

–Nunca se romperá –me hizo saber–. Solo las tijeras de Átropos y la hoz de Thánatos pueden cortarlo. O sea, nada de este mundo.

–¿Dónde termina el hilo?

–Ya lo sabes.

Llevé una mano a mi pecho.

–Una vez me preguntaste cómo te encontré. Bastaba con seguirlo. El hilo nos atrae el uno al otro. –Puso una mano en mi cuello y se colocó detrás de mí.

Me apoyé en su pecho y mi corazón cosquilleó. Cerré los ojos para sumergirme en aquella agradable sensación.

–Estoy en el limbo porque tú también. ¿No? –pregunté.

–No.

Me quedé esperando una explicación que no llegaba.

–Eres frustrante, ¿lo sabías?

Rio.

–El hilo puede extenderse hasta el infinito. No es necesario que estemos en el mismo lugar –dijo con calma, soltándome y dando un paso atrás. Sentía la necesidad de volver a apoyarme en él–. Aunque, como habrás notado, nuestra atracción es inevitable.

–¿Por eso me seguías? ¿Porque no podías evitarlo? –lo interrogué.

–Nunca quise evitarlo.

–No sé qué decir.

–Solo perdóname. –Sujetó mi mano–. Lo arruiné. Arruiné tu destino por mi egoísmo. Nos maté a los dos porque me asustaba vivir. No sabes cuánto me arrepiento.

–No digas eso.

–Si yo hubiera nacido, las cosas habrían sido diferentes.

–¿Cómo lo sabes?

–Láquesis me permitió ver el futuro, antes de… encarnar –reveló.

Lo superficial no me satisfacía. Necesitaba la verdad. *Su* verdad. Bajamos las escaleras y nos acomodamos en el sofá. Marta continuaba pintando. La potente voz de Luciano Pavarotti atravesaba las paredes y la puerta cerrada del estudio de Milton.

–¿Puedo preguntarte algo?

–Kelly, te lo pasas preguntándome cosas –manifestó con una diversión de la que yo carecía.

–¿Cómo es posible que nos sentemos en el sofá, si no podemos tocar nada?

–¿Quién dice que estamos sentados en este sofá?

Le encantaba confundirme.

–Lo digo yo. Estamos sentados –respondí.

–¿Segura?

–¿No?

El maldito me tenía en vilo.

–Este sofá existe en el limbo. Nosotros creamos ese mundo y lo usamos. No este. Ambas realidades se superponen. Ni yo mismo estoy seguro de comprender cómo funciona todo.

Un vapor blanco salió de mi boca. Desapareció a los pocos segundos. Él no lo notó, así que decidí ignorarlo.

–¡Milton! ¿Te has tomado la medicina? –Marta se levantó.

Él no respondió.

–Milton. –Golpeó la puerta del estudio.

Su esposo asomó la cabeza.

–Lo olvidé. ¿Me traes un vaso de agua?

–No te olvidas de comer porque yo cocino. Si me fuera unos días, cuando volviera serías piel fofa y huesos.

–Existe el *delivery*, querida.

Demian había dejado de hablarme para mirarlos como un niño.

–Si estuviéramos vivos, estaríamos sentados aquí… –Apretó mi mano–. Solo que mejor.

–¿Hay un modo mejor de hacer esto? –Apoyé mi cabeza en su hombro.

–Absolutamente. Incluye una película y ese pastel de chocolate. –Señaló el plato que Marta había dejado sobre la mesa, junto con una taza de té.

–¿No podemos comer aquí?

–Recuerda que no tenemos cuerpo físico.

Hubiera sido lindo que Marta supiera que estábamos sentados en su sofá.

–Quiero saber qué te mostró Láquesis acerca de nosotros –pedí.

–Nos hubiéramos conocido de niños. Habríamos crecido juntos. Primero, hubiésemos sido mejores amigos. Hasta que un chico te hubiera dejado plantada en tu cumpleaños número dieciséis.

–Fue la peor cita de mi vida –comenté con mal sabor de boca.

–¿Qué pasó?

–¿La bola de cristal no te lo mostró? –bromeé.

–No conozco tu parte de la historia.

–Quiso más que un beso, y le dije que no –resumí–. Me gritó que lo había hecho perder el tiempo.

–Ese idiota.

–Me dejó tirada en medio de la nada. Yo solo quería pasar un buen rato. Distraerme. Salir a comer, ver una película. Quería celebrar mi cumpleaños con alguien. A mis padres no les importaba. No hubo pastel. No hubo regalos. Estuve a punto de matarme esa noche, ¿sabes? Me quedé parada en medio de la carretera con los ojos cerrados, pero ningún auto pasó.

–Maldición –murmuró.

–Se echó a llover torrencialmente y entré en el primer lugar que vi: un bar de motociclistas. Me senté en un rincón a llorar.

–Sola.

–¿A quién iba a llamar?

–A mí.

–Pero ¿cómo no se me ocurrió? –contesté con sarcasmo.

Suspiró.

–Si yo hubiera estado vivo, habrías salido con ese idiota de todas formas, pero luego me habrías pedido que fuese por ti.

Dejé escapar el aire de mis pulmones con pesadez. Ojalá hubiera sido así.

Él no había estado ahí para consolarme. Lo había afrontado sola, porque la que había sido mi mejor amiga en ese momento prefirió juntarse con chicas más populares que yo y dejarme de lado. Hubiera recurrido a Milton y Marta, pero me daba vergüenza. De veras me había hecho falta un Demian en mi vida que me sostuviera en la tempestad. Habría sido mi bote salvavidas cuando la pena amenazaba con ahogarme. No me habría hundido si hubiese tendido una mano hacia mí, para sacarme de mi propia oscuridad.

Él habría sido la luz en mi mundo de tinieblas.

–¿Qué hubiera pasado entre nosotros?

Necesitaba saber qué tan diferente hubiera sido mi vida con él a mi lado.

–Te habría encontrado llorando a un lado del camino.

Tocó mi brazo y lo vi como si hubiese estado allí; como si lo hubiera vivido. Inventé nuevos recuerdos con el fin de borrar cada momento amargo creado por su ausencia:

El Volkswagen Polo azul de Milton Krauss se detuvo. Su hijo, al volante, abrió la puerta y tomé asiento a su lado.

–No me mires, parezco un mapache. –Me tapé el rostro.

–Como si eso me importara –rio–. ¿Quieres contarme lo que pasó?

–Elliot me dejó tirada –murmuré.

–¿Vas a decirme por qué o tendré que adivinar? –Me esculcó con sus grandes ojos verdes.

–Aparentemente, solo sirvo para una cosa –susurré, limpiando mis lágrimas.

Me dio un paquete de pañuelos.

–Si el tonto no fue capaz de ver lo hermosa que eres, que se joda. No te merece. Olvídate de él.

–Lo intentaré, galán.

Me tendió una bolsa negra de plástico.

–¿Y eso? –No esperaba nada de su parte.

–Tu regalo.

–No tenías que comprarme nada. –Saqué la caja y la abrí con las manos temblorosas. Dentro, descubrí la cámara que quería–. ¡¿Me compraste una Canon EOS?!

Quería besarlo, pero me controlé.

–¿Cuánto te costó? –pregunté, examinándola. Seguro que había gastado sus ahorros.

–No voy a decirte. –Arrugó las cejas, casi ofendido.

–No debiste haberla comprado.

Ser tan generoso conmigo lo dejaría en la ruina.

–¿Por qué no?

–Es… demasiado.

–¿Por qué? –preguntó sin entender mi punto.

–Porque…

Porque no eres millonario.

Porque no lo merezco.

Porque solo somos amigos.

Se me ocurrían muchas respuestas para esa pregunta. Tomó mis manos. Cada vez que me tocaba, cada vez que se fijaba en mí, el mundo entero desaparecía.

–Quiero que seas feliz –dijo.

–Debiste guardar el dinero.

–¿Para qué?

–Comprarte cosas, salir con chicas…

Todas las semanas cenaba con alguien diferente. Y a él le gustaba invitar siempre. Sus padres lo habían educado así.

–Me gusta gastar mi dinero en ti. Te regalaría el mundo si pudiera –confesó.

–Demian, ¿qué dices? –Sonreí con cosquillas en el pecho.

–No lo sé. –Pisó el acelerador–. Será mejor que te lleve a casa o seguiré diciendo tonterías que no deseas escuchar de mí, porque no soy Elliot Corvin.

–No quiero ir a casa. –Encendí el estéreo y puse música suave–. Mamá me preguntará sobre mi cita.

–Puedes quedarte conmigo.

Me llevó a su casa. Diluviaba. Abrió la puerta de la cochera con el control remoto y estacionó

dentro.

–Mamá te hizo un pastel –comentó antes de bajar del coche–. Seguro que nos espera en la cocina. Ya sabes cómo es. Decoró la casa con globos de colores y guirnaldas.

–¿Para mí? –Me atraganté.

–¿A quién más le organizaría una fiesta sorpresa? –Abrió su puerta y sacó un pie–. ¿Lista para celebrar tu cumpleaños?

–Estoy horrible. –Examiné mi cara en el espejo retrovisor y froté el maquillaje corrido bajo mis ojos. Lo esparcí, en lugar de quitarlo–. No puedo dejar que me vea así. ¿Qué le voy a decir?

Volvió a meter el pie en el auto y cerró la puerta.

–No tienes que decirle nada. Te ves preciosa.

–¿Acaso me has visto? –Tenía el cabello apelmazado, el rímel borroneado alrededor de mis ojos, el vestido arrugado.

–Kelly, seguirías siendo hermosa aunque te bañaras con lodo.

Acarició mi pelo con una expresión que no fui capaz de descifrar. Se había puesto más serio que de costumbre. Sus pupilas se dilataron, y mi pulso se disparó.

Jugueteó con un mechón entre sus dedos, sin decir nada.

–¿Sucede algo?

Se aclaró la garganta y se mordió el labio, como si quisiera alguna cosa y no se atreviera a decirla.

¿Demian, tímido? *Reí por dentro ante lo improbable de ese pensamiento. Era más probable que el infierno se congelara.*

–Hay algo que he querido hacer desde hace un tiempo, pero temo que no vuelvas a hablarme –confesó con su voz grave.

–¿Es tan malo?

–Yo me sentiría en el jodido paraíso.

–Si metes "jodido" al lado de "paraíso" en la misma oración, debe tratarse de algo importante –bromeé.

–No sabes cuánto. –Se aproximó hasta que entre nosotros no quedaron más de dos o tres centímetros de distancia. Sus dedos calientes se pasearon por mi nuca y se enredaron en mi pelo.

Me hizo temblar. Nunca, jamás en la vida se había atrevido a tocarme así. Solo una vez, cuando teníamos trece años, fingió que me besaba para darle celos a otra chica y tuvo que abrazarme. La situación me confundió. Sentí que me había enamorado. Dejé de hablarle, de ir a su casa... Envió a su madre a hablar con la mía para que le preguntara qué me ocurría. Yo no salía de mi cuarto. Entonces, una buena mañana, llegó un chico nuevo a nuestro salón de clases y me enamoré de él. Lo que sentí por Demian quedó en el olvido. Con el tiempo, volvimos a ser

los mejores amigos, pero me prometí que no volvería a confundirme con él.

Esta vez, temía que la situación fuese peor. ¿Qué tal si arruinábamos nuestra amistad por una atracción momentánea? No soportaría perderlo. Moriría sin él.

–Espera. –Mi mano en su pecho no funcionó como esperaba. Percibí la fuerza de sus latidos en mi palma–. ¿Qué tal si no funciona?

–¿Sientes lo mismo que yo?

Asentí sin dudar. ¿Para qué negarlo?

–Entonces, haremos que funcione –aseguró.

–Te conozco, Demian. Eres un casanova.

–No tengas miedo –dijo contra mi boca–. Jamás te haría daño. No a ti, Mariposa.

Aspiré su aliento. Su cercanía debilitaba mi voluntad.

–Eso dices ahora. Pero cuando alguna de tus chicas aparezc…

–Tú eres la única chica que quiero, que siempre quise. Por favor, no me rechaces. Te amo. Lo he hecho toda mi vida.

Antes de que cayese en la cuenta de lo que acababa de decir, sus labios atraparon los míos. Sus manos subieron por mis muslos. Mientras él contenía sus ansias, yo devoraba su aliento. No lo dejé ir despacio. Lo empujé contra el asiento, me le coloqué encima y, con urgencia, me llené de él.

–Te amo, Demian Krauss. Te amaré siempre.

Sus besos marcaron mi piel como hierro candente.

Juntos fuimos pasión desmedida y fuego.



16
La casa de al lado

–¿Estás bien? –parecía preocupado.

–No. No lo estoy.

¿Qué haría con el nudo que se había formado en mi corazón al saber que aquello que acababa de ver no había ocurrido ni ocurriría porque ambos estábamos muertos? Quería vivirlo, no imaginarlo. Sentirlo en la piel, en los huesos. Ir a ese coche y besar de verdad a ese chico perfecto. No solo palpar una sombra de lo que pudo haber sido.

–No debí compartir eso contigo. Se supone que cuando uno nace, lo olvida.

–¿Qué más te mostró la Moira?

–Cada día, cada hora, cada minuto contigo. Lo único que no me mostró fue mi rostro.

Yo sí lo había visto en mi cabeza. ¿Por qué él no? Tal vez, nunca había visto la pintura que su madre había hecho de él.

Peluso se restregó en las piernas de Demian. Él lo acarició.

–¿Qué haces, Peluso? –preguntó Marta, dejando a un lado el pincel.

El gato ronroneaba.

–¿Puede verte? –pregunté.

–Claro. Somos amigos.

La voz temblorosa de su madre me conmovió:

–¿Hijo, eres tú? ¿Estás aquí?

–Sí, mamá, soy yo –dijo él, sabiendo que no podría oírlo. Aún así, fue a tocar su mejilla.

Ella cerró los ojos y posó su mano donde Demian la había tocado.

–Mi bebé.

Una corriente gélida golpeó mi nuca. Busqué una ventana abierta, pero no la encontré. Marta encendió la luz y reparé en la falta de claridad. Se hacía de noche. Recogió el teléfono de la mesa y llamó a un número.

–¿Hola, Norma? Lo he sentido. –Entró en la cocina y cerró la puerta, quizá para que Milton no la oyera.

–¿Nos marchamos? –preguntó Demian.

–Espera. –Me paré frente al armario cerrado, donde Marta guardaba sus elementos de pintura–. ¿Te gustaría verte?

–Es broma, ¿cierto? –preguntó con cautela.

–¿Tengo cara de estar bromeando? –Me señalé–. Tu madre te pintó.

Se echó hacia atrás como si fuese a darle un golpe. Lo que quería hacer, en realidad, era abrazarlo.

–Me mostró el retrato –añadí–. ¿Quieres verlo?

–¿Me hizo guapo?

–No puedo creer que preguntes eso.

Se encogió de hombros como si no le importara, como si no quisiera saber. Tal vez, me interesaba más que a él. Se había acostumbrado a vagar por las sombras sin identidad; a no ser nadie. Eso me dolía. Que no quisiera ver la pintura que su madre había hecho de él me daba ganas de llorar.

–¿Por qué esa cara? ¿Se murió alguien? –Quiso hacerse el gracioso.

Le di la espalda y centré mi atención en mi casa. Nadie había encendido las luces.

–¿Por qué? –pregunté.

–¿Por qué qué?

–¿Por qué no quieres verte?

–¿Cuándo dije eso?

–No necesitas decirlo –manifesté con decepción–. En tu lugar, yo hubiera mostrado algo de entusiasmo. En cambio, tú…

–No es lo que piensas.

–¿Y qué es, entonces? –Lo enfrenté.

–Tengo miedo –confesó–. Miedo de ver lo que mi madre esperaba que yo fuera, y que luego nada pase.

–Peor sería vivir con la duda. –Lo frené con mi mano en alto–. Ya sé, no vivimos. Fue un modo de decir. No me corrijas.

–No iba a corregirte. Me gusta pensar que esto es una especie de vida. –Sonaba desilusionado. Como si ya hubiese visto la pintura muchas veces y, a pesar de ello, siguiera envuelto por la oscuridad.

–Suenas como si te hubieras rendido –repliqué de mala gana.

–Tal vez así sea.

–Si te pido que hagas algo, ¿lo harías?

–¿Involucra un *catsuit* de látex?

–¿Un qué? No, lo que quiero es que abras ese armario. –Lo señalé.

–Por mi bien.

–Sí. Por tu bien.

–Quieres que abra ese armario. –Lo señaló.

–¿Por qué repites lo que digo? –Le encantaba desafiar mi paciencia. Pronto descubriría que no era mi mejor cualidad.

–Eres graciosa cuando te enojas.

Tal vez no me estaba poniendo en su lugar. Él nunca había estado vivo. Lo único que conocía era la fría soledad de una celda atemporal, perdida más allá de los espejos. Un mundo plagado de sombras y muerte. Me desafié a mí misma a mostrarle que vivir no era tan malo como había imaginado. Aunque ya no hubiera oportunidad de regresar, le enseñaría en carne propia lo que se había perdido.

Marta regresó. Seguía hablando por teléfono.

–De acuerdo, te espero a las once. No, Milton no molestará. Suele acostarse temprano.

–La psíquica –susurró Demian apretándome el brazo.

–¿Norma Kasinski?

–¿La conoces?

–Me habló de ella. ¿Nunca escuchaste nuestras conversaciones?

–Nah. Prefería ponerme a jugar con el gato. –Peluso volvió a restregarse en sus piernas, y él se agachó para acariciarlo–. Deberías ir a visitar a tus padres.

–¿Tratas de deshacerte de mí?

–Creí que los extrañabas.

–No como a los tuyos –repliqué–. Aunque sí me gustaría ver cómo está mi hermano.

–Ve. Prometo buscar esa pintura.

Sospeché que no lo haría, pero accedí a su petición.

–¿Crees que habrá peligro de que las Keres nos encuentren aquí?

–Hay demasiada luz, demasiadas almas. Es más fácil pasar inadvertidos en el mundo de los vivos que en el de los muertos.

–¿Por qué no nos quedamos, entonces?

–No pertenecemos a este lugar. Tarde o temprano, tendremos que regresar por el espejo. Lo más prudente sería no tener contacto con los vivos que dejamos atrás. Es doloroso. Es peligroso. Y no es real. Solo parece que vivimos, pero no es así. No podemos cambiar lo que somos.

–Déjame ser feliz un momento. ¿Sí?

Me hacía desear lanzarme al río. De nuevo.

–Oh, por Dios –exclamé, al darme cuenta de algo–. Mis padres deben haber pensado que me suicidé.

¿Quién se caía de un puente por buscar un anillo? Demian había evitado que sufriera dolor al

morir, sacándome de mi cuerpo antes de tiempo. Pero ellos no lo sabían. Y no podía contárselos, a menos que se lo informara a la psíquica.

–Te acompaño. –Avanzó conmigo hacia la puerta.

–Quédate. Prometo regresar pronto. Y dijiste que no había peligro.

–Dije que las sombras no nos encontrarían, pero existen otros riesgos.

–Si noto algo raro, saldré corriendo –aseguré.

Tomé la perilla de la puerta. No lograría abrirla en el mundo de los vivos porque no podía tocarla, pero sí a la otra. Según había entendido, ambas dimensiones se superponían. Tal vez por eso, a veces, algunas personas oían puertas cerrándose a mitad de la noche, a pesar de que ninguna puerta se abriera en realidad. Eran los fantasmas.

Demian se acercó a mí.

–¿Este es el momento en que nos despedimos con un beso dulce, porque no sabemos si volveremos a vernos? –preguntó.

–No estamos en una película. Pero sí. Te besaría si tuvieras rostro.

–Hazlo igual. –Me arrinconó contra la puerta, sin llegar a tocarme–. Quiero saber qué se siente.

Besé la oscuridad bajo su capucha. Mis labios se adormecieron.

–Esto está mal. –Retrocedió–. Tu…, yo… No debería ser así. Miraré el retrato.

Lo seguí hasta el armario. Revisaba sus puertas cerradas como si condujesen al averno.

–Acabaré con esto de una vez o me volveré loco. Será mejor que te despidas de Shaw. Desde ahora, solo seré Demian, un chico de los suburbios amante de los gatos y los pasteles, al que le encanta dibujar.

–Me gusta cómo suena.

Metió la cabeza en el armario, sin abrirlo.

–Interesante –dijo desde adentro.

–¿Te gusta?

–No sabría decirte. –Se enderezó–. La pintura no está.

Mi cara se desfiguró.

–¿Qué quieres decir con que no está? –Me asomé también.

Había perdido la oportunidad de verlo como un ser humano. Ya no sabría lo que era mirarlo a los ojos o besar sus labios.

–Tal vez, mamá la haya cambiado de lugar –reflexionó.

–¿La buscamos?

Él se cruzó de brazos y se apoyó contra el armario.

–Había pensado en preguntarle, pero si quieres perder toda la noche revisando cada rincón de la casa, ¿quién soy yo para detenerte?

–¿Cómo le preguntarías? Es obvio que no nos ve ni nos oye.

–¿Conoces una cosita llamada *mediumnidad*? Hay gente que puede vernos y oírnos. Casualmente, una médium vendrá hoy. Sugiero que aprovechemos la oportunidad para dar a conocer nuestra presencia.

–Le preguntarás a la psíquica –concluí.

Norma Kasinski llegaría en un rato.

–Y saludaré a mi madre. Quiero que sepa que no me he ido.

Sospechaba que Marta sería una de las razones por las cuales Demian se había quedado atrapado en el limbo. Tal vez, en su deseo de no perderlo, de mantenerlo cerca, lo había encadenado a ella. A veces los vivos, sin darse cuenta, ataban a los suyos y les impedían seguir adelante.

–¿Ya te habías comunicado antes con ella?

–Nunca hablamos. No directamente. Un par de veces le hice notar a la psíquica que estaba aquí, y ella se lo informó a mamá. Quiero que me prometas algo –dijo con una seriedad preocupante–: No intervendrás en la sesión.

–¿Por qué? –Arrugué el entrecejo.

Quería que Marta supiera de mi presencia también. Tenía ganas de saludarla, de decirle que estaba bien. Y, por sobre todas las cosas, que les hiciera saber a mis padres que no me había arrojado del puente. Sería difícil que no lo pensaran, considerando mis antecedentes.

–Comunicarse con entidades que se encuentran en otro plano supone un gran gasto de energía. No es como hablar por teléfono. Hablar con dos espíritus podría hacerle daño a esta pobre mujer. Déjame hablar a mí esta vez. ¿De acuerdo? Ya en otra ocasión te cederé el turno.

–Como quieras –dije sin ganas–. Pero dile a tu madre que no me lancé. Que caí.

Accedió.

–Son las diez en punto –anunció.

–Gracias, *Ding Dong*. No lo hubiera adivinado sin ti. –Señalé el reloj cucú que Milton había traído de Alemania, cuando fue a visitar a sus sobrinos hacía un par de años.

–¿Qué es un Ding Dong?

A ese muchacho le faltaba cultura televisiva.

–Olvídalo. ¿Qué hacemos ahora? Falta un rato para que llegue la mujer. Te propondría que fuéramos a besuquearnos, pero estás imposibilitado: así, sin labios… –bromeé.

–No estoy imposibilitado para otras cosas. –Se me acercó.

–Quieto ahí. –Lo apunté con mi dedo como si fuese una pistola.

Dejó de moverse y levantó las manos, siguiéndome el juego.

–Iba a sugerir que visitáramos la casa de al lado –dijo–. ¿Qué pensaste?

–Nada.

Seguro que se me notaba de aquí a la China lo que había pensado. Y seguro que, por dentro, él se estaba riendo de mí. Su manera de hablarme, de moverse, de tocarme, evidenciaban una atracción que no se molestaba en disimular. Cada palabra que pronunciaba me seducía, incluso cuando no se lo propusiera. Había dicho que la luz atraía a las almas, pero, en nuestro caso, él era la llama y yo la mariposa nocturna.

Lo primero que noté al entrar a casa fue la ausencia de mi familia. Fui a la sala y posé los ojos en el papel tapiz, que ya no era azul, sino rosado. No reconocí el sofá. Caminé escaleras arriba buscando otros detalles de los que no me había percatado cuando llegué con Shaw a través del espejo. Habían colgado un cuadro de un barco en el pasillo. Descubrí una planta nueva en un rincón. La casa que habitaba en el limbo no era esta. O sí, pero diferente. No quería atravesar la puerta de mi cuarto, por temor a lo que pudiera encontrar del otro lado. ¿Qué tal si mis cosas ya no estaban?

–¿Por qué todo está cambiado?

–No sé cómo decírtelo sin que te enfades conmigo por no habértelo comentado antes.

–Dilo.

–Es veinte de junio.

Mi último día de vida había sido el veinticinco de octubre. Habían transcurrido casi ocho meses desde que yo había aparecido en el limbo. ¡Ocho! Empujé la puerta de mi dormitorio con un nudo en el estómago. ¿Qué habrían hecho mis padres con mis pertenencias? ¿Las habrían regalado? ¿Para qué usarían el cuarto? ¿Gimnasio? ¿Biblioteca? ¿Un cuarto de costura? Exhalé todo el aire contenido en mis pulmones al encontrarlo igual que cuando estaba viva. No habían movido nada. Incluso Jamie seguía nadando en su pecera.

Me dejé caer en la silla del escritorio, con la mirada perdida en el dorado de sus escamas. La sombra de Demian cubrió la mía. Sus manos se apoyaron sobre mis hombros.

–Quería verlos una vez más –lamenté.

–Podemos volver otro día.

Me levanté. No tenía caso. El tiempo seguiría pasando, los años escaparían de mí. Cuando regresara, cabía la posibilidad de que mi familia ya no estuviera.

–Ya es tarde. Mejor vámonos. –Tiré de su brazo en dirección a la salida.

–¿Al limbo?

–A casa de tus padres. Hay una psíquica con la que debemos hablar.



17
Kasinski

Norma Kasinski parecía una mujer común y corriente. Llevaba el rubio cabello bien corto y vestía un suéter de lana tejido a mano, de color verde manzana. Le calculaba unos sesenta años, aunque trataba de ocultarlos bajo una espesa capa de maquillaje. Saludó a Marta con un abrazo y se sentó ante la mesa sin mantel. Demian se le arrimó. Yo me quedé junto a la anfitriona que servía el té en dos tazas pintadas por ella misma con bellos motivos florales.

–Hiciste bien en llamarme –fue lo primero que dijo la mujer, con voz ronca–. Tu hijo está aquí.

La tetera de porcelana tembló en la mano de Marta. La apoyó con cuidado.

–¿Demian? –Su madre miró el cielorraso–. ¿Cómo estás, bebé?

Él se inclinó hacia Norma y le habló al oído. Interactuaban con demasiada familiaridad. Yo era la única sorprendida en el cuarto.

–Quiere que te diga que bien. –Calló un momento y luego añadió con seriedad–: No es un bebé, Marta. Lo percibo como un joven confundido.

–No estoy confundido –exclamó él.

–Y no está solo –dijo ella. Su cabeza giró enseguida hacia mí. Su mirada fría se posó en la mía.

Demian se interpuso entre ambas con ademán protector.

–¿A qué le temes, muchacho? –preguntó la médium.

Marta parecía alterada. No entendía lo que sucedía.

–¿Quién lo tiene? ¿Qué le han hecho a mi hijo?

Norma apoyó las manos en las de su amiga.

–Tranquila. Hay un alma acompañando a tu hijo, pero no es malvada. –Se volvió hacia mí–. ¿Quién eres, querida? ¿Por qué estás con él?

–Hoy hablará conmigo –le dijo Demian–. No con ella.

–Deberías dejarla expresarse. ¿Acaso la has…?

–Ni se le ocurra decirlo –amenazó.

Actuaba como perro guardián. No me pareció que ella fuese peligrosa. Si era amiga de Marta, podíamos confiar.

–Pregunta por el retrato –susurré en su oído.

–¿Cuál retrato? –inquirió Norma. Y le comunicó a Marta–. La chica quiere saber algo sobre una pintura.

Demian se había quedado de brazos cruzados. Marta se levantó y fue por la pintura que había pintado de mí.

–¿Este retrato? ¿Kelly, eres tú quien está con mi bebé? –Lo apoyó sobre la mesa.

–Si no deja de llamarme bebé, armaré un berrinche –comentó Demian.

Norma señaló la pintura.

–Es ella. Marta, hay algo que debes saber: tu hijo la tiene en su poder. No la deja entablar comunicación con nosotras.

–Pero, ¿qué dice? –masculló él–. No le mienta.

La psíquica lo ignoró.

–Hay que tener cuidado –comentó en voz baja–. Su espíritu está enfadado. Quién sabe lo que sea capaz de hacer ahora que lo he descubierto. Sabía que algo como esto podía llegar a pasar. No es bueno retener a los muertos.

–Por Dios. –Marta se cubrió la boca.

–Demian, debes dejar ir a Kelly –ordenó.

Él me envolvió con sus brazos.

–Esto es lo que quería evitar –murmuró en mi oído–. Ahora tratará de separarnos.

–¿Puede hacer eso?

–No te preocupes, Mariposa. Seguiremos juntos.

–¿Demian? –La voz de Marta resonó por la habitación–. ¿Qué haces con ella, bebé? ¿Querías alguien que te cuidara?

A riesgo de complicar las cosas, contesté:

–Estoy con él porque quiero.

Un incómodo silencio se apropió del comedor. El semblante de Kasinski se mantuvo rígido, como si no me hubiera escuchado.

–¿Dónde está la pintura de Demian? –pregunté.

–Al parecer, ella está con él por propia voluntad –señaló Norma–. Pregunta sobre el cuadro de tu hijo.

–¿Para qué lo quieren?

–No tengo rostro, mamá –dijo él–. Soy una sombra del hombre que debería haber sido. Necesito verme, ver cómo me habías imaginado.

–Ve a buscar el retrato –indicó Norma.

Marta abandonó la habitación.

–¿Nos tienen miedo? –pregunté.

–Las sombras son peligrosas, Kelly –respondió Norma.

–Él no es una sombra. Es el hijo de Marta.

–Hay mucho que desconoces del purgatorio. No deberías estar con él.

Las luces parpadearon.

–¿No se lo has dicho, Shaw? –La médium sonrió de un modo que no me agradó. Sonaba como si en cualquier momento fuese a decir algo terrible, algo que yo no deseaba saber.

–Nos vamos. –Demian apretó mi mano y tiró de mí hacia la puerta.

–¿Qué hay de tu rostro?

–Que se lo queden –farfulló.

–No iré a ninguna parte. –Me solté de su agarre–. Y tú tampoco. Estoy cansada de correr. Desde que te conozco no hemos hecho otra cosa. ¿Podemos, al menos, enfrentar esto?

–Somos vulnerables aquí. Ella lo sabe.

–Por favor.

Norma sacó una bolsita negra y una botella de su cartera. De la bolsa sacó una rama y, con el encendedor, le prendió fuego a una de sus puntas.

–¿Qué hace? –pregunté.

Se levantó con la rama echando humo.

–Expulso a toda energía, espíritus negativos y maldad de esta casa. Váyanse ahora y no regresen –dijo, recorriendo la sala.

Demian tosió. Cuando lo hizo, hubo una especie de interferencia entre nosotros, como cuando una imagen dejaba de verse en la televisión. A mí no me había sucedido nada. Solo a él.

–Déjelo en paz. Esta es su casa. Tiene derecho de estar aquí.

La psíquica sacó un puñado de sal de la bolsa y lo colocó en el alféizar de una de las ventanas. Demian quedó petrificado, mirándola. Las luces volvieron a parpadear.

Norma caminó hacia nosotros con la rama encendida en alto.

–Te liberaré de sus garras, niña. Luego podrás agradecerme. Y liberaré esta casa de su presencia maligna.

Me interpuse entre ella y Demian.

–No lo lastime.

–Expulso a toda energía, espíritus negativos y maldad de esta casa. Váyanse ahora y no regresen –repitió con voz potente.

Él volvió a toser. Cayó de rodillas, tratando de respirar.

–¡Basta! Lo está lastimando –grité.

¿Dónde había ido Marta? ¿Por qué no la detenía? Demian tosió de nuevo. El piso se manchó con un líquido negruzco, similar a la sangre.

La psíquica nos rodeó con esa cosa apestosa y roció otro puñado de sal en el marco de otra ventana.

–Expulso a toda…

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Milton desde lo alto de las escaleras, en bata, pantuflas y con expresión severa.

Norma se quedó callada.

–H-hola, Milton. ¿Cómo estás? –Parecía contrariada.

–No contestaste mi pregunta. ¿Qué haces?

–Nada importante. Un pequeño ritual para que el alma de tu hijo esté en paz.

Él se acercó con las manos en los bolsillos y le arrebató la rama. La apagó dentro de una de las tazas de té.

–No creo que mi esposa te haya autorizado a limpiar la casa.

–¿Limpiar? Pero qué tonterías dices. –Rio la mujer.

–Quiero que salgas de aquí.

Marta bajaba las escaleras, abrazando la pintura contra su pecho.

–¿Qué ocurre, cariño? ¿Te despertamos?

–Pregúntale a tu *amiga* qué pasa –respondió él de mala gana.

Norma metió sus cositas de nuevo en la cartera.

–Solo limpiaba la casa, Marta. Nada de qué preocuparse –explicó–. Me llevaré eso, si no te molesta.

Tomó el retrato, envuelto en una sábana vieja.

–¿Para qué lo necesitas?

–Un ritual de protección. –La mujer besó su mejilla–. Me voy. Te llamaré mañana. Fue un placer verte, Milton. Espero que estés bien.

Abrió la puerta. Antes de irse, se volvió hacia nosotros.

–Los veré pronto. –Derramó un poco de sal en la entrada de la casa y se marchó.

–Se lleva la pintura –musitó Demian.

Corrí tras ella, pero choqué con una fuerza invisible que me lanzó hacia atrás. No pude traspasar la puerta.

–¿Por qué no puedo salir? –Hice contacto con la barrera. Me repelía.

–Bloqueó la entrada –respondió él, ya repuesto–. No te preocupes, podemos salir por la ventana.

Las revisó. Cada una había sido sellada con una delgada línea salina.

–O, quizá, no –agregó–. Si cada salida de la casa fue bloqueada, tampoco podremos traspasar

los muros.

–¿Tus padres no pueden quitar la sal?

–Diles que lo hagan –dijo con ironía.

Me dejé caer en el sofá con un bufido de frustración. Al menos, no nos había dejado encerrados en el sótano. Agradecía la oportuna aparición de Milton. Había salvado a su hijo sin darse cuenta.

–¿Qué te habría pasado si esa mujer hubiera terminado su ritual? –quise saber.

–No sé a dónde van las almas cuando se hace una limpieza de este tipo –dijo–. Tampoco cuando las exorcizan. Me encantaría conocer todas las respuestas, pero a veces lo mejor es quedarse con la duda.

Yo prefería saber. Necesitaba respuestas. Lamentaba que Norma fuera la única que pudiera dármelas.

–¿Qué hará la psíquica con el cuadro?

–Lo más probable es que lo queme. De ser por ella, quemaría mi habitación entera, para eliminar todo lo que me une a este mundo. Esa mujer podrá comunicarse con nosotros, pero tiene una idea errónea de lo que somos. De lo que soy. –Se sentó a mi lado, derrotado.

–Tenemos que ir con ella.

–Nos descubrirá. –Agachó la cabeza.

–¿Y te quedarás así, tan tranquilo? Tiene que haber un modo de seguirla sin que nos detecte.

–Lo hay, pero...

–Hazlo. No importa lo que sea. Es tu pintura. No tiene ningún derecho a destruirla.

Peluso apareció relamiéndose. Maulló. Demian lo observó con interés y se arrodilló a su lado.

–No creo que sea el mejor momento para ponerte a jugar con el gato.

–No voy a jugar. Voy a poseerlo. Es eso o poseer a uno de mis padres –explicó–. Y no me arriesgaré a lastimarlos.

–Ah. En ese caso… –Carraspeé–, ten cuidado. Que no vaya a morderte un perro.

–Cariño, son los perros los que deberán huir de mí. Te prometo que volveré en cuanto pueda. Por favor, no te alejes. Y no vayas a buscarme.

–¿Y si no regresas? ¿Qué se supone que haré?

–Llama a Láquesis.

–Estás loco. Yo nunc… –Me cubrió la boca con un dedo.

–La Moira del destino te ayudará si algo malo llegara a pasarme. Es la única de las tres que podría escucharte. Ahora, si me disculpas, tengo que meterme en un gato para rastrear a la médium que se ha robado mi rostro.

Sonaba gracioso, pero no me reí. Él tampoco. Se desvaneció ante mí.

–¿Demian? –Me arrodillé ante el gato–. ¿Estás ahí?

Se sentó y apoyó la cabeza en una de mis rodillas. ¡Podía tocarlo! Pasé la mano por su denso pelaje. Ronroneaba.

–Eres adorable.

Maulló como si dijera “lo sé, humana”. Lamió mi mano y corrió a la puerta. Con su patita corrió la sal.

–¿Qué haces, Peluso? –Marta lo interrumpió–. Ven con mamá. Es hora de ir a la cama.

Su cara tierna se sacudió de un modo aterrador, como si intentase liberarse del espíritu que lo poseía. Supuse que Marta no lo había notado. Estiró los brazos y se agachó a levantarlo. Demian no pudo escapar.

–¿Querías escabullirte? –Lo abrazó y se lo llevó al piso superior.

–No funcionó mi astuto plan –dijo Demian detrás de mí, ya de nuevo en su forma humana.

–¡Me asustaste!

–Es más difícil escapar de esta casa siendo gato que fantasma. –Abrió la puerta. Por suerte, había quitado la sal con su tierna patita–. ¿Nos vamos?

Hizo un gesto con la cabeza para que yo saliera primero. Por un lado, me había aliviado que no se marchara solo. Quién sabía lo que podía ocurrirle. ¿Qué tal si lo atropellaba un auto? Él no estaba acostumbrado a mirar a ambos lados antes de cruzar la calle. Los fantasmas no lo necesitaban. También me había inquietado la posibilidad de que Norma lo descubriera y le hiciera daño.

–¿Ahora qué?

–Ahora, vamos al departamento de Kasinski –informó.

–¿Y cómo la encontraremos?

–Sé dónde vive.



18
Lo que ves

Viajamos en subterráneo. Al principio, esperaba que nos topáramos con el hombre que se desarmaba y volvía a armarse, pero ni siquiera noté su presencia. Tampoco nos persiguió una Ker. Me sentía normal. De nuevo. Demian tomó mi mano y no me soltó en ningún momento. Supuse que él también lo disfrutaba.

–No tendremos que saltar del tren en movimiento, ¿cierto? –pregunté cuando se puso en marcha.

–Eso solo es para trenes fantasmas.

Una niñita de uno o dos años posó la mirada en nosotros.

–Puede vernos. –Le sonreí.

Parecía fascinada de ver cómo las personas nos traspasaban. Demian la saludó con la mano y ella se apretó contra su madre.

–Creo que la asusté.

Suspiró con desencanto y, cuando el tren se detuvo, me guio a la salida. Yo no dejaba de mirar hacia todas partes, con la tensión pellizcándome las tripas. A cada paso temía que nos encontráramos con algún ser indeseable.

–Relájate –pidió, al notar mi paranoia–. Lo bueno de este mundo es que pasamos inadvertidos para los seres del submundo. Ninguna muerte nos encontrará, a menos que nos paremos frente a ella.

–¿Qué hay de las sombras? –indagué, sobresaltándome ante cada sombra que aparecía en los muros.

–Somos un par de luciérnagas volando entre fuegos artificiales.

La multitud de cuerpos que se movía por el túnel me mareaba. Se llevaban por delante, se ignoraban unos a otros como si fuesen entidades fantasmales. No notaba en ellos la luz que Demian mencionaba. Tal vez, distinguir las luminiscencias de las almas requería práctica.

–Déjame regocijarte con este bello poema para pasar el rato. –Se aclaró la garganta–: Mientras

estés conmigo, mariposa soñada, nadie se atreverá a tocarte. Mi oscuridad te envuelve, te oculta, te protege. Mientras me des la mano, estarás a salvo. No te alcanzarán. No te harán daño. Soy el guardián que mora en tu sombra, vigilando que ningún mal te aceche. Soy aquel que te ama más allá de la vida y quien siempre te ha esperado al otro lado de la muerte.

–¿Lo escribiste tú?

–Tú –aclaró.

–¿Yo? ¿Cuándo?

Recordaría si lo hubiera escrito.

–Nunca llegaste a escribirlo. Lo memoricé en aquella realidad alterna en la que hubiéramos estado juntos.

–¿O sea que lo escribí yo sin haberlo escrito nunca? –concluí.

–Exacto.

–Estoy confundida.

–Más confundida estarás cuando te cuente esto: en aquella realidad escribías un libro. ¿Sabes de qué se trataba?

Siguió hablando ante mi meneo leve de cabeza:

–Una chica se moría y aparecía en el limbo. Somos los personajes de tu historia escrita en una realidad alterna, en la que llevas una vida felizmente casada conmigo. Al parecer, basaste el personaje de Shaw en mí.

–Esto es demasiado raro. –Me senté en una banca.

–No te agobies. –Se sentó conmigo–. Así como hay miles de muertes en la muerte, hay miles de realidades distintas en el mundo y miles de mundos desconocidos en el universo. Cada persona experimenta una realidad diferente, según su grado de conciencia. No podemos abarcar cada una con nuestro limitado pensamiento. Nos volveríamos locos.

–Supongo que tienes razón. ¿Por qué me cuentas esto?

–Quería que entendieras que no todas las sombras son peligrosas. –Señaló las sombras de las personas que pasaban por el andén–. No siempre lo que ves es lo que es.

Ya empezaba a ponerse enigmático. Se levantó y me tendió la mano. Antes de tomarla, pregunté:

–¿Tú eres lo que veo?

–¿Qué ves?

Prefería guardar silencio, antes que responder “no sé”. No tenía idea de lo que veía cada vez que lo miraba. No sabía lo que era o lo que aparentaba ser. Una sombra, un hombre, un fantasma… Quizá, ni él mismo estaba seguro.

–Pensé que teníamos prisa –dije, poniéndome en marcha.

Si tú evades mis preguntas, yo evado las tuyas.

A mitad de camino, un dóberman trató de comernos y nos atropelló un autobús. Hubiésemos muerto un par de veces, de no ser porque ya lo estábamos. Ya no me preocupaba cruzarme con hombres sospechosos ni me importaba pasar bajo un farol apagado. Nadie oía nuestros pasos contra el pavimento. Nadie nos veía. No dejábamos huella al caminar ni proyectábamos sombra alguna. Éramos dos almas errando en una noche eterna.

Llegamos al edificio de la médium a las tres de la mañana. Entramos tras una parejita que se tambaleaba y reía a carcajadas.

–Esos pudimos ser nosotros –comentó Demian con las manos en los bolsillos.

El chico se inclinó en una maceta y vomitó. Ella llamó al elevador y se quedó dormida esperándolo en el piso. Le faltaba un zapato y las pestañas postizas se le salían.

–Lindos –comenté.

–Me retracto.

Nos metimos en el ascensor. Él presionó el número cuatro y las puertas se cerraron.

–Has venido antes –observé.

–Una vez. Quería saber a dónde iba mi madre cuando papá trabajaba. Creí que tenía una aventura.

Lo seguí hasta la puerta que decía cuatro B.

–No sé lo que pueda haber ahí adentro. ¿Me esperas aquí? –preguntó–. Podría ser peligroso.

–De ninguna manera.

–No me gustaría que corrieras un riesgo innecesario.

–¿Y tú sí te pones en peligro? –repliqué molesta.

–Llámame imprudente.

–Iré contigo –insistí–. No me convencerás de lo contrario.

–Está bien –suspiró con resignación–, pero ten cuidado. No dejes que la médium perciba tu presencia. Pensándolo bien, ni siquiera te le acerques. Si llega a despertar, nos vamos. ¿Entendido?

–Entendido. –Entramos al departamento. Me desilusionó encontrar una casa normal, con mantelitos tejidos y fotos familiares por todas partes. Nada de bolas de cristal o estatuillas raras. Nada de velas, ni un solo indicio de su relación con el más allá. ¿Nos habríamos equivocado de dirección? Demian fue a inspeccionar el cuarto principal. Yo me quedé revisando la biblioteca de la sala. Solo había novelas de Sidney Sheldon y Lisa Kleypas.

–Conoces a alguien revisando su biblioteca.

Entré en la cocina. No era nada del otro mundo. Lo único que resaltaba era la bolsa negra anudada en un rincón.

–Demian –lo llamé. Enseguida tapé mi boca al recordar que la señora podía escucharnos.

Me pareció raro que no contestara, así que fui por él.

–¿Demian? –Me asomé a la habitación.

–¡Vete, Kelly! –exclamó, arrodillado en el piso.

Su imagen desaparecía de forma intermitente.

Me quedé dura en la puerta. Habíamos pensado que Norma dormía. Nos equivocamos.

Ella sonrió al verme, con una ramita humeante en su mano.

–Sabía que vendrían por mí –dijo, apoyándola en el interior de un cenicero.

–¿Por qué hace esto?

–Están invadiendo mi casa.

Demian tosió sangre.

–Déjelo –mascullé.

La psíquica caminó hacia mí.

–Si supieras lo que ha hecho, no me hablarías así. Trato de ayudarte, niña.

–No me importa lo que haya hecho. Usted le ha robado algo que le pertenece. Devuélvale su rostro. –Apreté los puños.

–No puedo devolverle algo que nunca ha tenido –contestó–. Él no es humano, Kelly. Es una criatura del inframundo. Es mi deber enviarlo lejos. Por tu propio bien y el de Marta.

Metió la mano en una bolsita. Iba a lanzarle algo a Demian. No lo enviaría lejos, lo destruiría.

–Yo te expulso, espíritu del mal.

–Basta –grité, colocándome entre ambos. No dejaría que lo lastimara.

–Vete ahora y para siempre. –Alzó el puño para lanzarle algo, y yo se lo sujeté.

–¡Basta! –grité de nuevo. No supe qué pasó. En un momento, la veía delante de mí. Después no la vi más. Un centelleo blanco la había hecho desaparecer. Demian seguía agachado en el piso. Y yo sostenía algo en mi puño. Lo abrí. Era un manojo de sal.

La piel de mis manos se había arrugado. ¿Qué había hecho esa mujer conmigo?

Mis párpados pesaban. La espalda me dolía. Tenía sed, hambre. ¿Cómo podía ser?

Corrí a mirarme en el espejo del baño y grité.

Yo era Norma Kasinski.

–No puede estar pasando esto. –Toqué mi rostro y enseguida regresé con Demian–. ¿Estás bien?

–Por favor, apaga esa cosa. –No paraba de toser.

Arrojé la ramita que humeaba al inodoro, junto con la sal, y tiré la cadena. Quise ayudarlo a levantarse, pero no fui capaz de tocarlo.

–Tenemos que sacarte de ahí. Mientras más tiempo estés dentro de un cuerpo ajeno, más difícil será para ti dejarlo.

–Antes, tienes que ver algo.

Fui por la bolsa negra a la cocina y la dejé sobre la cama. La pintura estaba dentro. Desaté el

nudo y la abrí. Lágrimas de impotencia se acumularon en mis ojos.

–¿Tan malo es? –quiso saber él.

Saqué el lienzo. Ni un solo trazo quedaba del retrato. Solo una superficie negra, y completamente quemada.

–Lo siento –dije con una piedra en el pecho.

Necesitaba quitármela. Necesitaba salir de ese traje de carne cruel.

De verdad había deseado que se viera a sí mismo. Merecía una identidad. Cada vez que decía que no era nadie, me daban ganas de zamarrearlo y abrazarlo fuerte.

–Las cosas no siempre salen como queremos. –Se encogió de hombros con resignación–. Me alegra que tú lo hayas visto. Tal vez, así puedas imaginarme de ahora en más.

Me eché a llorar. No podía evitarlo. Se me tapó la nariz y tuve que respirar por la boca.

–Todo estará bien. Lo prometo. –Posó una mano en mi mejilla.

No lo sentí.

Sacudí la cabeza. Respirar dolía. Moverme dolía. Necesitaba descansar, morir de nuevo.

–No sé cómo salir –lloriqueé.

–Solo sal como entraste.

Me concentré. La había tocado. ¿Qué más había hecho? Nada.

–No puedo –admití.

–¿Cómo que no puedes?

Cerré los ojos y me esforcé por salir. Solo logré sacudir la cabeza y marearme.

–Tal vez, si pierdes la conciencia… –sugirió.

Había visto una botella de whisky en la cocina. Fui por ella, la destapé y me llevé el contenido a la boca. La bebí toda.

–Iba a sugerirte que durmieras. No que te emborracharas –dijo.

–Ups. –Le mostré la botella vacía y me reí.

–Me alegra ver que te haga gracia, aunque no sea divertido. Si te quedas mucho tiempo ahí dentro, corres el riesgo de quedar atrapada. Tendríamos que matar a la vieja para sacarte.

La idea sonaba tentadora. Miré por la ventana. Si saltaba, quedaría libre.

–No –exclamó Demian–. Será mejor que ella te saque de su propio cuerpo.

–¿Tengo que hacer algo?

–Cosas que ella no haría. Provócala.

No la conocía. ¿Cómo saber qué la hacía enojar?

–Llamaré a tu madre. –Levanté el teléfono de línea y me acomodé en el sofá. Marqué el número. No solo haría enojar a Norma, sino también a Marta por llamarla tan tarde. Si la psíquica quería mantener la amistad, me echaría de su cuerpo. Aunque sería bueno que Marta supiera con quién estaba tratando.

–*¿Hola?*

–Marta, necesito decirte algo.

–*¿Norma? ¿Estás bien? Son las tres de la mañana.*

–Estoy ebria –confesé, hablando con dificultad. La lengua se me trababa, pero eso no me impidió seguir–: le quemé la carita a tu bebé.

Así, con dramatismo, me dije.

–*¡¿Qué?!*

–La pintura que me diste. La destruí. Para que tu hijo se fuera de tu casa. –Algo me empujó del sofá y terminé sentada en el piso.

–Por fin apareció –dijo Demian–. Kelly, no te resistas.

–¡Me está empujando! –me quejé.

–*¿Quién te empuja?* –inquirió Marta del otro lado de la línea.

–Norma. Digo, un fantasma –corregí. Me sentía atrapada en un espacio muy pequeño–. ¡Me salgo!

–*¿Norma? ¿Qué ocurre? ¡Norma!*

Demian se colocó delante de mí.

–Cuando te lo diga, corre lo más rápido que puedas –indicó.

–¿Eh? –La presión no me dejaba respirar. La habitación daba vueltas–. Creo que voy a vomitar.

–Bien, eso nos dará tiempo. En cuanto ella recupere el uso de su cuerpo, querrá sacarnos de aquí.

Marta seguía hablando, preguntando qué pasaba. Demian le colgó.

El mundo se puso negro. Caí de espaldas. Algo tironeó de mí con fuerza y de inmediato estuve fuera del cuerpo de la mujer. La mano de Demian se cerró en la mía. Me arrastró por los pasillos del edificio hasta que llegamos a la calle.

–Con un poco de suerte, pensará que todo fue producto de la borrachera –dijo, una vez que paramos junto a una casa de fotografía.

Allí enviaba a revelar mis fotos antes de aprender a hacerlo yo misma.

–Recuérdame que jamás vuelva a meterme dentro de nadie. Es horrible. –Busqué nuestro reflejo en el vidrio del escaparate. No lo encontraría–. Gracias, Demian. Me salvaste.

Él también contemplaba el vidrio. No creía que buscara reflejos. Sin embargo, parecía como si esperase verme. Habló con una triste añoranza:

–Mira. Esa es la cámara que te hubiera regalado.

¿Por qué seguía torturándose con algo que nunca pasaría? Ya había decidido no nacer. No podía regresar el tiempo atrás para cambiarlo.

–Hubieras sacado tan hermosas fotos –continuó–. Tenías buen ojo.

Algo hizo *click* en mi cerebro.

La foto.

Me vi a mí misma frente a Marta. Yo tenía mi cámara en la mano. Apreté el botón de disparo.

Una epifanía golpeó mi mente con la potencia de un rayo.

Demian torció la cabeza.

–Le saqué una foto –murmuré.

–¿A qué?

–A ti. Acabo de recordarlo. Cuando tu madre me mostró la pintura, la fotografié –le conté con entusiasmo–. No perdiste tu rostro. Se encuentra en…

–¿En…?

–El rollo, en el interior de mi cámara.



19
Mi niñero vampiro playboy

Con suerte, alguien habría revelado el rollo. El único que se me ocurría era mi hermanito. Si bien me había cansado de rogarle que no tocara mis cosas, esperaba que después de mi muerte se hubiera apoderado de mi cámara. Nadie más en casa hubiese sabido cómo usar los químicos que guardaba en el sótano.

Lo primero que hice en casa fue bajar a mi cuarto oscuro. Algunas de mis fotos seguían colgadas de la soga, secas desde hacía meses. La puerta estaba cerrada, tal vez, con llave. Nadie había puesto un pie allí desde quién sabía cuándo. Al menos, mamá no había tirado mis pertenencias a la basura.

–A lo mejor, tu hermano la tiene –dijo Demian al notar mi desánimo.

–Lo dudo.

Me acompañó a su habitación. Tyler dormía. Me incliné a darle un beso, aunque mis labios no llegaran a tocarlo. Lo había extrañado. Esperaba volver a hablar con él algún día. Revisamos cada cajón, cada caja llena de historietas, cada rincón. La única fotografía que encontramos fue una mía junto a él, en una convención de cómics.

Al parecer, la cámara de fotos con el rollo seguía en mi mochila. No la habían tocado desde mi accidente. Continuaba donde la había dejado.

–¿Qué hacemos? –pregunté completamente perdida.

Habíamos llegado tan cerca, pero tan lejos.

Demian se encogió de hombros.

–Podría poseer a tu padre. Aunque tendrás que indicarme cómo se revelan las fotos. No tengo idea de cómo se hace.

–¿Poseer a mi padre? –Me asustaba que siquiera lo considerara. La experiencia había sido traumática para mí–. ¿No es peligroso?

–No te mentiré. Sería tan peligroso para él como para mí. Primero, porque, como dije antes, yo correría el riesgo de quedar atrapado. Segundo, porque… ¿cómo te lo digo? Puede matarlo. Una

vez, el alma de un tipo al que le robé el cuerpo se alejó demasiado y el hilo de plata que lo mantenía unido a su cuerpo se cortó –contó con gracia–. Cuando salí de él, cayó como piedra. Tuve la delicadeza de dejarlo en la puerta de una morgue.

–¡Demian! No es gracioso –lo regañé.

–Pensándolo bien, no es una buena idea poseer a tu padre –comentó.

Me senté a los pies de la cama de mi hermano.

–Ojalá pudiera decirle lo que sucede a Ty. Él me ayudaría.

–Hay una forma. Y no es mortal para nadie.

–Te oigo.

–Podemos meternos en sus sueños. Sería divertido. La gente sueña cada cosa… –se interrumpió al ver mi expresión–. A veces apareces en medio de una pesadilla. Me pasó contigo muchas veces.

–Espera, espera. –Mi corazón se aceleró–. ¿Qué quieres decir con “muchas veces”?

–Dejaré que imagines la respuesta. Después de todo, eres muy creativa cuando de sueños se trata.

Me atraganté con mi vergüenza.

–¿Lista, Mariposa? –preguntó tomándome de la mano. Tocó la cabeza de Tyler.

–¿Hay que hacer algo especial?

–Tú, nada.

Pestañeé y, de repente, ya no nos encontrábamos en casa, sino en un elegante cuarto iluminado por velas. Una gran cama con dosel y sábanas rojas ocupaba el centro. Cientos de pétalos blancos regaban el piso de madera oscura.

–Esto parece uno de tus sueños. –Demian se recostó en la cama–. ¿Me acompañas?

Descorrí las cortinas. No había ventanas. Me acerqué a la puerta, pero temí lo que encontraría del otro lado. Tal vez, debíamos esperar a que algo pasara. Quizá Tyler apareciera en cualquier momento. Me senté a los pies de la cama.

–Te ves tensa. –Las manos de Demian presionaron mis hombros.

–Mmm… Eso es lindo. –Cerré los ojos.

Sus dedos mágicos bajaron a lo largo de mi espalda y desabrocharon mi vestido.

–¿Qué crees que haces?

–Tranquila –susurró en mi oído–. Siempre te gusta lo que te hago.

–¿De veras eras tú?

–Siempre he sido yo. –Descubrió mi espalda y pasó las manos por mi piel desnuda–. En cada uno de tus sueños.

No lo dudaba ni por un segundo. Aunque el amante de mis sueños tenía rostro. Yo se lo había visto.

–Demian, no creo que esto sea buena idea. Esta es la mente de mi hermano.

–Solo es un masaje. –Sus dedos bajaron por mi columna.

No se trataba de un masaje inocente. Me tocaba de una forma que me hacía querer más. Ansiaba que terminara de bajar mi vestido. Cada segundo a su lado aumentaba la atracción que sentía por él. Cada sonido que emitía su voz, cada toque suyo me hacía vibrar en lo más íntimo.

Lo empujé y me senté sobre él.

–No hay nada que quiera más en este universo que estar contigo, Kelly, pero no deberíamos hacer esto aquí –dijo acariciándome–. No ahora.

–Lo sé. Ty podría vernos –lamenté.

–Y mereces algo mejor.

–¿A qué te refieres? –No existía nadie mejor para mí, en este mundo ni en otro.

–Quiero ser capaz de besarte. –Me abrazó–. Quiero que me veas a los ojos y me reconozcas.

–Entiendo.

La oscuridad parecía cobrar densidad bajo su capucha. No soportaba que esa cosa negra ocupara el lugar de su rostro. ¿Por qué tenía que ser así? La toqué y quedó impregnada en mi piel, vaporosa y líquida a la vez. Me quedé viéndola escurrirse por entre mis dedos.

–No vuelvas a hacerlo –dijo con un tono de infinita tristeza–. Es peligroso para ti. La sombra es una enfermedad para el alma que la toca. Tu luz impedía que te hiciera daño, pero ya no brillas con la misma intensidad. Prometo que todo se solucionará pronto.

–¿Cómo?

–Tienes que olvidar que moriste.

El picaporte se movió. Oímos unas risitas, y apenas atinamos escondernos bajo la cama antes de que una apasionada pareja irrumpiera en la habitación.

–*Oh, ¡mon amour!* –gimió uno de ellos.

¿Tyler soñaba en francés?

La cama se sacudió sobre nosotros. Una larga y ondulada cabellera roja cayó fuera del colchón, junto a mi cara. Desprendía aroma a rosas.

–Quítate eso –dijo otra voz, también masculina.

–¿Por qué no me lo quitas tú?

¿Qué soñaba mi hermano? Abrí la boca. La mano de Demian la cubrió antes que dejase escapar algún sonido que nos delatara. Señaló la puerta. Pretendía que nos arrastráramos por debajo de los fogosos amantes. Los gemidos de esos hombres no daban lugar a la imaginación. Moría por mirar, pero mi acompañante insistía en huir de la escena. Así que nos escabullimos.

Un bulto movedizo estuvo a punto de aplastarme. Al parecer, rodaban por el colchón. Demian se asomó por el otro lado y me ayudó a salir. Solo debíamos gatear hasta la puerta, que habían dejado entreabierta.

Demian salió antes que yo y, desde el pasillo, comenzó a hacer gestos para que me apresurara. Las prendas de vestir caían como lluvia, y una camisa cubrió mi cabeza bloqueando mi visión. En lugar de perder tiempo quitándomela, seguí gateando sin ver.

A punto de cruzar la puerta, esta se cerró en mi cara.

–Pero ¿qué tenemos aquí? –Alguien quitó la prenda de mis ojos–. ¿Acaso iba a robarse mi camisa de seda italiana, *mademoiselle*?

La lanzó a la cama y se arrodilló ante mí.

El picaporte se movía. Demian trataba de entrar. Golpeaba con fuerza y gritaba mi nombre, pero el hombre había cerrado con llave. Sujetó mi barbilla y me obligó a mirar sus ojos verdes que me dejaban sin aire, enmarcados con un cabello rojo que caía como cascada de sangre sobre su torso de porcelana. Una belleza surrealista y delicada.

El otro tipo apareció en mi espalda, silencioso.

–Parece que tu novio está preocupado –dijo el pelirrojo con voz melosa. Sonrió y de su boca asomaron unos colmillos afilados–. Y con razón.

–¿Quién eres? –pregunté.

El otro habló con voz solemne, sujetándome de los brazos:

–Es mi niñero vampiro playboy, y ahora va a morderte.

–¿Mi vampiro qué?

Los golpes en la puerta cesaron. El fuego de las velas se apagó. En la expresión del vampiro se reflejó una promesa de muerte. Se inclinó hacia mí, y aunque no podía morir, grité.

–¡Corten! –gritó alguien.

Me soltaron. Unos reflectores se encendieron y el vampiro pelirrojo se quitó los dientes y la peluca.

–No aguantaba más esta cosa.

Más allá divisé cámaras y gente que iba y venía.

–¿Un canapé? –El pelirrojo me tendió una bandeja–. Los hice con la receta de mi abuela.

–¿No eras un vampiro? –Tomé uno.

–Dorian, deja de coquetear con las actrices. –Un hombre barbudo y con lentes se nos acercó. Se parecía a Jack Black.

–No soy actriz –dije con la boca llena, feliz de saber que en los sueños podía comer.

–¿Y quién eres? –me interrogó. Algo en sus ojos me resultaba familiar.

–Le diré si me dice quién es usted –repliqué.

–Querida, es el señor Wagner –susurró vampiro falso en mi oreja–. El director de la película.

–¿Tyler? –exclamé anonadada de que se soñara como un adulto.

Su semblante se puso rígido.

–¿Kelly? –Entornó los ojos y me examinó de arriba abajo–. ¿Eres tú?

Un fisicoculturista vestido como guardia de seguridad irrumpió en el escenario, cargando a Demian en su hombro. Lo colocó en el piso.

–Oiga, jefe, ¿qué hacemos con este? Fisgoneaba en el set número cinco. Casi se roba la pata de palo del Capitán pirata.

–No fisgoneaba –aseguró, acomodándose el tapado–. Buscaba algo contundente con qué tirar abajo esa puerta.

–¿Esta puerta? –El guardia le dio un golpecito con los nudillos y se rompió–. Es de papel maché.

Un muchacho le trajo un libreto a mi hermano, y este se metió entre una multitud de extras, maquilladores, camarógrafos y sonidistas. Logré alcanzarlo antes de que desapareciera. Demian iba detrás de mí. Al parecer, no quería quedarse solo con los actores. El que hacía de vampiro le había guiñado un ojo.

–Tyler, ¿podemos hablar?

–Estoy ocupado. ¿Por qué no regresas a las ocho? –Me entregó un sobre cerrado–. ¿Le llevarías este libreto a Matt Lanter?

–No tengo tiempo para esto. –Lo tomé del brazo y lo obligué a que me mirara–. Escucha, necesito un favor. Es importante. Quiero que reveles unas fotos que dejé en mi cámara. ¿Podrías hacerlo por mí, tu hermana muerta?

Me sonrió como si acabara de reconocerme.

–¡Muerta! Pero si sigues viva.



20
Mi propio limbo

Demian y yo aparecimos junto al cuerpo dormido de Ty.

–¿Qué pasó?

–Tal vez cambió de sueño.

–Tenemos que volver –exigí.

–Imposible. –Él meneó la cabeza.

–Pero dijo…

–Kelly, era un sueño. Las cosas no son lo que aparentan allí, por si no lo has notado. La gente dice y hace cosas sin sentido. Lo único que nos queda es esperar que haya captado tu mensaje. –Me empujó suavemente hacia la puerta.

–¿A dónde me llevas?

–Necesitas tomar aire.

Paseamos por el jardín, aunque mi mente se había quedado en el sueño con Ty. Nos quedamos rondándolo durante todo el día. Seguí a mi hermano al colegio, me senté con él mientras jugaba a los videojuegos y traté de recordarle lo importante que era que revelase esa foto. Hacia el final de la tarde, se sentó frente a la computadora y se puso a escribir un capítulo de su novela. Leí: “La joven se escabulló bajo la cama, sin saber que el vampiro la había olido desde el principio”.

Tyler quedó pensativo. Sus ojos se posaron en los míos a través del reflejo del monitor y dio un respingo.

–¿Kelly? –Se dio vuelta a buscarme, pero no me vio.

–Aquí estoy –respondí, sabiendo que no me oiría.

–La casa está muy silenciosa sin ti.

Me dio un vuelco el corazón.

–Anoche soñé contigo, ¿sabes? –continuó–. Querías que revelara una foto que había quedado en tu cámara.

–Creí que te habías olvidado del sueño. –Sonreí.

Se colocó los auriculares y continuó escribiendo.

–¡No! ¿Qué haces, Tyler? ¡Tyler! –grité.

Jalé de su manga, y cayó al piso. Alarmado, se levantó y salió corriendo.

–Bravo. –Demian aplaudió–. Conseguiste asustar al mocoso.

–No era mi intención. –Seguí a mi hermano por el pasillo. Creía que habría ido a contarle a mi madre, pero descarté la suposición al verlo salir de mi habitación con mi cámara en la mano.

–¿Quieres que revele la foto que está aquí dentro? –preguntó en voz baja–. De acuerdo, lo haré. Pero me quedaré con tu tableta.

–Te amo, rata –dije con una sonrisa enorme.

Bajó al sótano.

–¿A dónde vas con la cámara de tu hermana? –Papá lo interceptó en la sala.

–La dejaré en el cuarto oscuro. –Ty siguió caminando.

–Alto ahí, muchacho. –Papá se le aproximó. Lucía diferente de la última vez que lo había visto. Se había dejado crecer la barba–. Ya sabes lo que mamá y yo dijimos al respecto.

–No debo tocar las cosas de Kelly –recitó con apatía.

–Ahora, dame eso.

–Pero…

–Nada de peros. –Papá tendió la mano y Tyler le entregó la cámara de mala gana–. Vete a tu cuarto y haz tu tarea.

–Maldita sea –mascullé cuando mi hermano emprendió el regreso a su habitación arrastrando los pies por las escaleras.

–Solicito permiso para intervenir. –Demian alzó la mano–. Prometo no matar a nadie.

–Concedido –accedí sin pensar.

Antes de que Tyler llegara al piso superior, Demian se metió en el cuerpo de mi padre.

–Espera, hijo –dijo, tambaleándose. El choque lo había hecho perder el equilibrio.

Mi hermano se detuvo y giró a verlo.

–Ya le di de comer al pez –se quejó–. Y barrí. ¿Qué más quieres de mí?

Demian le devolvió la cámara.

–Revela esa foto.

–¿Qué? –Tyler se limitó a inspeccionar el semblante de papá con una ceja levantada.

–Ya me oíste, niño. Revela la foto que tu hermana te pidió en el sueño.

Nada se comparaba a la expresión de sorpresa de Ty.

–¿Cómo sabes…?

–Porque no soy tu padre –dijo en tono grave.

–¡Demian! –Le di un empujón y salió expulsado del cuerpo de papá, que cayó desmayado–. ¿Por qué hiciste eso?

–Oye, no te enojes.

–¿Estará bien?

–Claro. Despertará en un par de horas, tiempo suficiente para que el mocos… –Lo buscó con la mirada. Había desaparecido–. ¿Dónde está tu hermano?

–Debe haber huido despavorido –comenté de mala gana–. Muchas gracias por tu ayuda.

–Fue un placer.

–Lo dije con sarcasmo –aclaré.

–Yo también.

Revisamos la casa en busca de Tyler. Había desaparecido con mi cámara.

–¿Estás segura de que no bajó al sótano? –preguntó Demian.

–Lo dudo. –Sería el último lugar al que Tyler querría ir después de lo ocurrido con papá y de haberme visto reflejada en el monitor de su computadora, pero era el único rincón de la casa que no habíamos revisado–. Lo asusta ir solo.

–Vayamos a ver.

–Bien. Pero no va a estar en el sótano. Tal vez haya ido a la casa de tus padres.

Bajamos las escaleras y encontramos la luz roja encendida.

–¿Decías? –comentó Demian, el sabelotodo.

Tyler sumergía el papel fotográfico en los químicos. Contuve la respiración con orgullo al presenciar cómo, paso a paso, hacía lo que le había enseñado.

Luego de unos minutos, levantó la fotografía y la observó con detenimiento.

–Un retrato –murmuró pensativo–. Debe ser una pintura de Marta.

Colgó la foto húmeda. Hubiera querido acercarme, poder moverme, pero una sensación de frío me paralizó.

–¿Qué pasa? –Demian frotó mi espalda–. Estás temblando.

–Nada.

–¿Quieres que salgamos un rato?

Sacudí la cabeza. Extrañaba bañarme con la luz del sol, acercar mis manos al fuego de la chimenea o fundirme con el calor de alguien. No obstante, me aferré a Demian, cuya helada oscuridad me abrazó de vuelta.

–Si esto llega a funcionar, cambiaré –advirtió.

–¿Qué ocurrirá contigo?

–No lo sé. Solo sé que seré diferente. ¿Estás dispuesta a…?

–¿Y tú? ¿Lo estás?

No respondió. La sensación de frío creció dentro de mí.

–Lo siento, Kelly. –Dio un paso atrás–. Necesito despejarme, antes de... ya sabes. Verme.

–¿Quieres que vaya contigo?

–No será necesario. Regresaré en unos minutos. –Me dejó sola.

Ese sótano había sido mi escape del mundo y mi propio limbo cuando estaba viva. Ahora, no soportaba permanecer allí. Ignoré cuánto tiempo pasó desde que Demian se hubiera marchado, pero me daba la sensación de que las horas se sucedían una tras otra. Y seguía sin volver.

–Solo tenías que mirar la foto –murmuré.

Salí a buscarlo al jardín. Miles de formas fantasmales se dibujaban en el horizonte de la noche cerrada. No les temía porque era una de ellas.

–Demian –grité. El viento me azotaba la piel, pero no sentía frío. Me hubiera gustado–. ¿Dónde estás? ¡Demian!

Él no se hubiera ido, no por propia voluntad. Intentaba convencerme de que no me dejaría a merced de la oscuridad.

–No tengas miedo –me dije–. Nada puede lastimarte aquí. Eres un bicho de luz entre fuegos artificiales.

–Yo no estaría tan segura de eso –manifestó una voz.

Una figura blanca salió a mi encuentro.

–Hola, Kelly. ¿Buscas a Shaw?

–Demian. Su nombre es Demian Krauss.

Ella torció la cabeza. Avanzó con movimientos pausados. Su vestido de bruma parecía flotar.

–Ya veo –dijo clavando sobre mí sus ojos negros.

–¿Quién es usted? ¿Lo ha visto?

Sin la menor expresión se aproximó a mí. Elevó su mano marmórea y la posó en mi frente.

–Te preocupas por él.

–Por supuesto. –Me aparté.

–No lo conoces. No lo has conocido jamás. Lo que hay entre ustedes no sucedió porque él tomó la decisión equivocada –dijo con voz monótona–. ¿Cómo puedes quererlo después de lo que ha hecho? ¿Cómo puedes querer a alguien que no es nada?

–¡Él lo es todo para mí! –exclamé con el pecho a punto de abrírseme en dos–. ¿Qué le hizo?

–Le mostré la verdad. No puede arreglar el pasado, por más que ponga toda su voluntad en ello. No puede reparar lo que te hizo. Tiene que dejarte ir, antes de que corras su mismo destino. Él eligió ser una sombra. Tú no elegiste morir, Kelly. Ni siquiera Átropos lo decidió.

Él no podía ser una sombra. Las sombras olvidaban sus nombres, su pasado, su vida entera. Ni siquiera tenían consciencia de qué les ocurría. Sin embargo, a Demian no le sucedía nada de eso. Tan solo le faltaba su rostro.

–Por favor, dígame dónde está.

Su dedo índice se elevó lentamente y señaló la lejanía, al puente Cook, mi puerta hacia el reino de los muertos.

Transité el camino que se perdía tras una espesa capa de niebla. Los árboles surgían como

espectros de ella, sacudiendo sus ramas muertas al verme pasar. Una mano pequeña se apoyó en el vidrio de una ventana solitaria. Las siluetas empañadas flotaban llorando, aguardando quien las viera. Para desvanecerse. Para seguir creyendo que no estaban muertas.

Seguí de largo.

–¿Demian? –lo llamé al llegar al puente. No dejaría de buscarlo.

Una pálida figura me contemplaba desde el borde, con los pies suspendidos sobre el gemido incesante de las aguas gélidas.

–Whilemina –musité.

Ella reaccionó al oír su nombre, mas no habló.

–¿Lo has visto? ¿Al hombre sin rostro?

Bajó la cabeza, a punto de lanzarse. Tratar de detenerla hubiera sido como intentar parar la caída de la lluvia con las manos.

–¡Espera! No te tires. Contéstame. –Me arrodillé y la sujeté del brazo.

No dijo nada. Se limitó a dirigir la mirada a su derecha en un gesto apenas perceptible. Luego, a pesar de que la sostenía, se liberó de mí y saltó. Entonces reparé en la silueta masculina que miraba fijamente el río, apoyada en el barandal.

–Nunca debí haberlo hecho. Lo siento. Arruiné todo. Pero lo arreglaré.

¿Se arrepentía de haberme salvado?

–Hablemos. –Me acerqué con cautela, temiendo que se lanzara también.

–No hay nada de qué hablar. Láquesis me mostró algo que…

–No importa lo que te haya mostrado.

–No entiendes, Mariposa.

–Entendería si me explicaras –repliqué confundida–. ¿Y qué es esa tontería de que lo arreglarás?

–Te libraré de mí. Estarás bien si me voy. Seguirás tu camino como debió haber sido.

–No te atrevas. –Lo sujeté del brazo con ambas manos–. Jamás te perdonaré si te vas, Demian Krauss. ¿Has oído?

–Si supieras, tú misma me empujarías.

–Jamás. –Tiré de él lejos del borde–. Dijiste que te irías unos minutos y te encuentro a punto de lanzarte de un puente. ¿Qué demonios pasa contigo?

–Te estoy reteniendo. Si te dejo ir, serás…

–La mujer más triste del mundo –continué–. Entiende. Estaba sola, confundida. Y tú apareciste e hiciste del limbo un lugar feliz. No quiero que te vayas. Te quiero conmigo. Y no me estás reteniendo, maldita sea.

La niebla se disipó.

–¿Me perdonas?

–Te perdono –respondí automáticamente.

–Ni siquiera sabes por qué te lo estoy pidiendo.

Verlo triste era peor que encontrar a las sombras y a las Keres. Hubiera hecho lo que fuera para alegrarlo. Cualquier cosa.

–Desapareciendo no vas a solucionar nada.

–¿Y si te hago daño sin que lo sepas?

Parecía un niño indefenso.

–Deja de decir tonterías y vamos a casa –prorrumpí, reprimiendo mis ganas de abrazarlo.

No era capaz de hacerme daño.

Cuando pude pensar con mayor claridad, me di cuenta de que la mujer con la que me había topado había sido una de las Moiras. ¿Qué le habría enseñado a Demian para que se alejara así? Me daba miedo preguntar.

A pesar de negarme a creerlo, la sombra acechante de la duda fue acercándose a mí.

¿Qué tanto daño podía causarme el hombre que me protegía de todo mal?



21
Amarga dulzura

Demian bajó al sótano con pasos cautelosos. La foto que había revelado mi hermano seguía colgada en la soga de mi cuarto oscuro, a la vista y al alcance. Sin embargo, yo me acerqué primero. Sonreí con el corazón acelerado ante la posibilidad de que Demian adquiriera esas hermosas facciones.

Se había quedado al pie de las escaleras.

–¿No quieres verte? –pregunté.

–Sí quiero. Es que… –Suspiró.

–Funcionará –aseguré y le tendí la mano–. Anda, ven. Mírate. Es solo una foto.

La desprendió de la soga y le echó un vistazo.

–Hmm.

¿Hmm? ¿Era lo único que diría?

Se la arrebaté y cayó al piso. Me agaché a recogerla, pero mis dedos la atravesaban. Mientras él dio media vuelta y subió las escaleras.

–¿A dónde vas?

–Ya la vi. –Desapareció en el piso superior.

No tenía que decirme lo decepcionado que estaba. Había visto la foto y nada había cambiado. Yo pensaba que al ver el rostro que había pintado su madre para él, una luz blanca lo envolvería y renacería como un hombre nuevo. ¡Qué ilusa!

Lo encontré en el pórtico, apoyado en la pared.

–¿Estás bien?

–¿Por qué no lo estaría?

–Puedes llorar sobre mi hombro si quieres. –Me colgué de su brazo–. O podemos ir a bailar y empaparnos de la vida nocturna. Te hace falta divertirte.

–No creo que eso…

–Por favor.

Suspiró rindiéndose y lo llevé al club del que le había hablado: Edén. No quedaba lejos. Sin embargo, tardábamos en llegar porque, por momentos, debía empujarlo para que avanzara. Esperaba conseguir que cambiara su actitud. Yo también me había desanimado, pero no se lo demostraría. Nunca le diría cuánto me turbaba enfrentarme a una capucha oscura cada vez que lo miraba o lo mucho que me había ilusionado con la idea de verlo sonreír.

Cuando llegamos, me tomó de la mano y me llevó al edificio que se erguía delante de nosotros. Pasamos de largo junto a quienes hacían la fila para entrar y atravesamos al monigote de la puerta, que se sacudió con un escalofrío. Adentro sonaba una de mis bandas favoritas, por lo que no dudé en ponerme a cantar sin miedo de hacer el ridículo. El único que me oiría sería Demian, que de repente se mostraba fascinado con el humo, las luces y la gente vestida de negro a nuestro alrededor.

Nos internamos en la pista de baile atestada. Seducido por la música, se pegó a mi espalda. Nuestros cuerpos se acoplaban de un modo perfecto, moviéndose a la vez como si fuesen uno. Me estremecí cuando su mano se posó en mi abdomen. La retuve con la mía y me entregué a las sensaciones que me despertaba tocarlo. Cerré los ojos y, exponiendo mi cuello, lo acerqué a mí soñando que me besaría.

Mientras me derretía en sus brazos, el roce de unos labios en mi piel me hizo temblar. No pude seguir bailando. Demian tampoco, aunque seguía sosteniéndome de espaldas contra él. El cuello me hormigueaba, justo ahí donde me había besado.

–Date vuelta, Kel –susurró.

Giré sin saber lo que hallaría, y de pronto me encontré con esa mirada magnética que había soñado para él. Mis piernas se aflojaron cuando se mordió el labio. Miró mi boca y una oleada de calor me dejó sin aire. Me preguntaba si sería real o si había sido arrastrada dentro de algún sueño maravilloso. De ser así, jamás regresaría al limbo. Alcé la mano y la llevé a su cabello, corto y del color del oro. Recorrí su mejilla. No pude evitar pasar los dedos por sus labios, tan perfectos, tan besables que me torturaba cada segundo sin morderlos. Pasé la lengua por los míos y aguardé alguna reacción de su parte.

No tardó en responder a mi pedido silencioso: atrapó mi boca con un ansia desesperada y me arrastró al rincón más oscuro del club.

La gente desapareció. La música dejó de escucharse. El tiempo dejó de correr.

En el mundo que habitábamos, no existía para nosotros nada más que ese beso: la única luz que brillaba en nuestro mundo de sombras y olvido. Me deleité en su sabor, en el golpeteo de su corazón acelerado contra mi pecho y su respiración mezclándose con la mía. Ya no transmitía frío, sino una viva y vibrante calidez que reanimaba mis sentidos con cada uno de sus roces.

No sospechaba que la felicidad huiría tan pronto de nosotros. Poco a poco, la dulzura de sus besos se tornó amarga. Continué apretándome contra él en un intento por retenerlo, a pesar del

dolor que fue expandiéndose por mi boca, por mi rostro, por mi cuello. Lastimaba.

Demian me soltó. Separó sus labios de los míos cuando el calor se volvió gélido y el aliento de vitalidad que nos había hecho resplandecer se convirtió en un hálito de mortífera y oscura decadencia.

–¿Qué he hecho? –musitó, llevándose ambas manos a las sombras de su rostro.

Había vuelto a ser el de antes.

–No hiciste nada malo. –Sonreí con las pocas fuerzas que me quedaban.

Lo abracé. Él me apartó.

–Mejor mantengamos las distancias –dijo con frialdad.

Me costaría después de ese beso.

Un puño invisible golpeó mi pecho y me doblé en dos.

–No puedo… respirar –dije.

–No necesitas respirar. Eres un fantasma.

–¿Y por qué siento que me muero? –Caí de rodillas.

–Maldición –masculló, cargándome en sus brazos–. No se supone que sientas eso.

Salió por la puerta trasera y caminó con celeridad por un corredor estrecho.

–¿A dónde me llevas?

–Voy a llamarla. –Se apoyó contra una pared alta y llena de grietas.

–¿A quién?

–Láquesis. Te ayudará. Yo no puedo. No sé cómo.

Debía ocurrirme algo grave para que quisiera invocar a la que hizo que casi se arrojara del puente.

–Déjame –pedí–. Estoy bien. No la necesito.

Cuando mis pies se apoyaron en el piso, me tambaleé. Se apresuró a sostenerme.

–Con respecto a eso de que te sentías morir… –Carraspeó–. Lo lamento. Perdí la concentración con el beso y volví a transformarme en esta cosa inmunda. Absorbí tu energía mientras te tocaba. Así es la oscuridad. Se alimenta de la luz.

Tenía claro lo peligroso que podía ser para mí, pero no lo culpaba. Lastimarme nunca había sido su intención.

–No llamarás a Láquesis. Solo necesito descansar –dije con un dejo de esperanza.

–O poseer a alguien durante unas horas. Su energía se mezclaría con la tuya. El humano se debilita y tú te haces fuerte. Sé que la idea no te gusta, pero es efectivo, rápido.

Y peligroso. Sin embargo, lo consideré.

–Lo haré con una condición: que lo hagas conmigo.

–Haré lo que tú quieras, Mariposa.

Ya le estaba tomando el gusto a esto de ser fantasma. Ahora entendía por qué Demian había

decidido no nacer. Existía fuera del tiempo. Pasaba inadvertido, pero aun así interactuaba con los objetos. Ningún muro o puerta lo detenía. Entraba en los sueños y viajaba a través de los espejos. ¿Para qué querría vivir, teniendo todo eso? Su ausencia de rostro era un módico precio que pagar.

Me guio de nuevo a la pista de baile y señaló a los jóvenes a nuestra disposición.

–Elige.

Nos paseamos entre ellos. Centré mi atención en una pareja alejada de la pista de baile: una joven de melena negra por la cintura, delgada y pequeña, y un hombre alto con los brazos tatuados. Ambos eran atractivos. Bebían y conversaban. Parecían felices.

–Ellos. –No sentí la menor culpa al señalarlos. Me guiaba la necesidad de experimentar, aunque fuera por unas cuantas horas.

–Tus deseos son órdenes. –Demian se inclinó ante mí.





22
Walter y Sandra

Los seguimos toda la noche. No los poseeríamos en el club, esperaríamos a que salieran. Mientras menos llamáramos la atención, mejor. Según Demian, algunas personas se resistían. Se sacudían, gritaban. A veces se lastimaban a sí mismas. Rogaba que permanecieran tranquilos cuando nos metiéramos en sus cuerpos, ya que no pretendíamos herirlos. Me hubiese gustado pedirles permiso, pero solo los ángeles lo hacían.

La pareja salió, y nosotros, tras ellos. Sus pasos resonaban sobre la acera mojada. Al parecer, había llovido. El hombre miró hacia atrás, como esperando ver a alguien persiguiéndolo.

–Espero que no sea psíquico –comentó Demian deteniéndose ante él.

–No creo que nos haya detectado.

Miró hacia un lado y otro, y apoyó el brazo en el hombro de su acompañante.

–No nos siguen –dijo ella–. Deja ya la paranoia, Walter.

Los dejamos adelantarse un par de metros.

–Yo iré primero –anunció Demian.

Se tronó el cuello, sacudió piernas y brazos y se abalanzó contra el pobre incauto.

–Creí que tu papá me esperaría con sus hom… –El hombre se sacudió de forma violenta.

–¡Walt! –exclamó la joven, que se puso pálida–. ¿Qué te pasa?

Demian se contempló a sí mismo en su nuevo cuerpo y me hizo una seña para que no perdiera tiempo.

–Nada, preciosa. –Le sonrió–. Solo los usaremos durante un rato. Espero que no te moleste.

Corrí hacia la desconocida y me estrellé contra su cuerpo. Ambas caímos por la fuerza del impacto. No me quería allí. Luchaba por echarme, pero yo la necesitaba así que me aferré a ella a pesar de sus gritos. No me importaba más que recuperar la energía perdida, aunque terminara matándola.



Desperté apoyada en el regazo de un desconocido. Me tomó unos segundos recordar lo que habíamos hecho.

–¿Cómo te sientes? –Demian me observaba desde su traje de carne usurpado.

–Me duele la cabeza.

–¿Se encuentra bien? –gritó un hombre desde la puerta del club.

Demian respondió, ayudando a levantarme:

–Sí, no se preocupe. La llevaré a casa. Solo fue un resbalón.

–Nuestras voces suenan extrañas –comenté.

–Es que no son nuestras. –Él metió las manos en los bolsillos de sus jeans y sacó una pequeña llave–. Parece que Walter tiene auto. Nos preguntamos cuál sería de entre la fila de vehículos estacionados. Lo averiguamos cuando desactivó la alarma. Un coche común para un tipo común.

–¿Sabes conducir? –pregunté una vez que se acomodó al volante.

–Yo no, pero Walter sí.

–¿Eso debería tranquilizarme?

Encendió el coche y me coloqué el cinturón de seguridad.

–Si estás en un cuerpo, puedes acceder a las memorias almacenadas en su cerebro. Saber lo que aprendió, lo que vio o escuchó, lo que hizo y con quién. –Puso la reversa y sacó el coche a la calle. Luego, pisó el acelerador–. Los músculos también poseen memoria, ¿sabes? Si repiten una misma acción con frecuencia, después la realizan de forma automática. Como conducir o andar en bicicleta.

–¿A dónde vamos?

–A casa. –Frenó en un semáforo. Aprovechó para recorrer mis piernas desnudas con la mirada–. Walter tiene hambre.

Sentí una punzada de nervios en la boca del estómago.

–Ella también. –Apoyé una mano en su muslo y lo acaricié. Me resultaba tan natural como respirar.

–Por favor, no hagas eso, Kelly. –Demian inspiró hondo y apretó el volante, mientras volvía a acelerar.

–¿Por qué?

–Lo sabes –respondió, sin apartar los ojos del camino.

La chica deseaba a Walter tanto como yo a Demian. Su interior ardía cada vez que lo tocaba. Me había fundido con ella. No imaginaba lo que había ocurrido con su alma. Tal vez rogaba que me saliera de su cuerpo para volver a entrar. Sin embargo, no quería separarme de ella todavía. No cuando con mis caricias le arrancaba a Demian un sonido ronco que me encantaba. Intentaba mantenerse concentrado y yo me divertía provocándolo.

Mi excitación crecía al verlo estremecerse contra mi mano mientras conducía.

–Kelly… –advirtió viéndome de soslayo–. Compórtate.

Me quité el cinturón y posé mis labios en ese cuello tentador. Le di una lamida y se puso rígido. Entonces, metí la mano dentro de su camisa y fui deslizándola hacia abajo. Parecía disfrutarlo. Desabroché sus pantalones y frenó de golpe.

–Ya basta –dijo–. No soporto más.

Apretó mi muñeca y alejó mi mano juguetona de él con los ojos encendidos. Me sujetó de la nuca para acercar mi rostro al suyo y me besó con deseo, levantando la falda de mi vestido. Iba a someterme a la misma deliciosa tortura que yo acababa de infligirle. Eché la cabeza hacia atrás para soltar un gemido cuando sus dedos me asaltaron.

–Me vuelves loco, Kelly –dijo contra mi boca.

–¿Aunque esté en otro cuerpo?

–Tú siempre serás tú. –Me tomó de la cintura y me acomodó sobre él.

Abrí su camisa. Los botones salieron volando. Él respondió ante mi entusiasmo rasgando la tela de mi vestido. Mordisqueándonos los labios, nos deleitamos con el roce constante de nuestra piel.

–Y tú me enloqueces a mí –manifesté, metiendo una mano entre medio de nosotros para hacer a un lado la tela empapada que separaba nuestros cuerpos…, esos que nos habíamos robado.

Sus ojos me atravesaron, vieron dentro de mí tan profundo que el rostro de Walter desapareció. Era Demian quien me amaba, no ese desconocido. Él me besaba con pasión. Él se aferraba a mí con fuerza y hundía los dedos en mi carne. Él desencadenaba en mí las sensaciones más intensas que jamás hubiese experimentado en mi vida.

El ritmo de mi respiración se aceleró con la suya. El golpeteo de mi corazón me retumbaba en los oídos, y sus latidos colisionaban contra mi pecho desnudo. Cada vez más aprisa. Nuestros alientos se mezclaban en agónicos gemidos que empañaban los vidrios. Nos amamos hasta el delirio, hasta que ya no fuimos capaces de respirar. Nos amamos, almas famélicas necesitadas de amor, hasta que aplacamos el más insaciable de los apetitos.

El amanecer nos encontró dormidos y apretujados en el asiento trasero, con la ropa rota y los músculos adoloridos. Un beso me despertó.

–Buenos días, hermosa.

Me tomó un momento recordar dónde estábamos y quién era el hombre que no dejaba de acariciarme la espalda.

–Hola.

–¿Cómo te sientes? –Quitó un mechón rebelde de mi frente con toda la dulzura del mundo.

Me ardían los ojos. Las lágrimas me impedían contemplar su sonrisa, que en realidad no era suya.

–Mejor que nunca –respondí.

–¿Y por qué lloras?

Era la primera vez que alguien me despertaba con un beso y una sonrisa. La primera que un hombre me llamaba “hermosa”.

–Estoy feliz.

–Yo también, Mariposa. –Me abrazó.

No podíamos permanecer en esos cuerpos robados para siempre, aunque nos encantaran. Le estábamos quitando a alguien la posibilidad de vivir, y eso no tenía perdón. Demian aseguró que los usaríamos por un par de días, hasta que mi energía se hubiera restaurado por completo. Luego regresaríamos al limbo.

Encontramos el departamento de Walter y nos instalamos allí. Al lado, vivía un taxista entrado en años con su familia. Descubrimos cómo se llamaba mi anfitriona gracias a él.

–¡Sandra! Es bueno volver a verte –dijo con una sonrisa agradable.

Demian apretó los labios y reprimí una sonrisa.

–Si alguno de ustedes necesita viajar, a la hora que sea, golpeen mi puerta. Mi taxi es suyo.

–Es muy amable –dijo Demian, con la sospecha flotando en su voz.

–Por favor, es lo menos que puedo hacer después del incidente de los duraznos en llamas. –Nos hizo un guiño.

Nunca supimos a qué se refería.

Los días pasaron rápido. Salimos de paseo, comimos lo que quisimos, miramos películas e hicimos el amor a todas horas. No podíamos evitarlo. Aprovechábamos cada minuto, cada segundo de vida. Sabíamos que, en cualquier momento, podían echarnos. No pelearíamos por lo que no nos pertenecía.

Los días se convirtieron en semanas. En ningún momento sugerí que nos fuéramos. Ni siquiera tocaba el tema de nuestra existencia como fantasmas. Prefería conversar sobre otras cosas. Demian me seguía la corriente porque quería verme feliz. Y lo era. Mucho. Le expliqué que debíamos cuidarnos para que Sandra no quedase embarazada. También insistí para que fuésemos a trabajar, así ninguno de los dos perdía el empleo por nuestra culpa. Ella vendía ropa en una tienda. Él era el gerente de un banco. Me preguntaba cómo se las arreglaría Demian.

El principal problema surgía cuando aparecía algún amigo o familiar. No teníamos idea de cómo reaccionar, por lo que decidimos cortar cualquier tipo de relación de forma temporal. El padre de Sandra llamaba cada día. Llegué a sentir lástima por él, pero no podía atenderlo. Se daría cuenta de que algo raro le pasaba a su hija. Tanto Demian como yo apagamos nuestros teléfonos. Ya dejaríamos una nota a nuestros anfitriones explicando lo que hicimos. No teníamos malas intenciones.

Casi sin darnos cuenta, nos apropiamos de esas identidades falsas. Todo el mundo nos llamaba Walter y Sandra, y respondíamos.

Empecé a preocuparme cuando nuestra verdadera apariencia no fue más que un recuerdo lejano. Solía contemplar el alma de Demian en momentos de intimidad. Me sumergía en su mirada y la figura de negro aparecía con nitidez. Walt no era feo, pero la verdadera imagen de Demian, con su sonrisa socarrona, me quitaba el aliento. Encontrar sus ojos detrás de los de Walter me llenaba de alivio. Era lo único que necesitaba para seguir siendo yo misma, para no olvidar nuestra realidad. Pero esa realidad iba desvaneciéndose, confundiéndose con lo que me devolvía el espejo. Tenía que hacer un esfuerzo para recordarme que yo no era esa chica, que esa vida no era mía y que el hombre que dormía junto a mí era un completo extraño. No podía olvidar que, a pesar de cómo nos sintiéramos, éramos fantasmas que jugaban a estar vivos.

–Han pasado tres meses –dije, mirando un calendario.

La noche anterior habíamos paseado por nuestro vecindario. Nos quedamos un buen rato mirando las casas de nuestros padres, sin atrevernos a bajar del auto. ¿Qué íbamos a decirles: "hola, somos Kelly y Demian en cuerpos poseídos"? Él lo hubiera hecho. Sus ojos brillaron con diversión cuando lo sugirió. Le dije que no nos creerían y terminaríamos en la cárcel o, peor, exorcizados por Kasinski. No habría vuelta atrás para nosotros si eso llegaba a suceder. Se puso pálido ante la posibilidad y desistió.

Todos los días, Demian me preguntaba cómo me encontraba. Todos los días, le mentía. Cada vez que mi consciencia oscilaba entre la vigilia y el sueño, en ese instante de vulnerabilidad en el que me quedaba dormida, le pedía perdón a Sandra y prometía: "Nos iremos mañana".

–¿Sabes?, con cada día que pase, nos será más difícil dejar los cuerpos –dijo él, una tarde al llegar del banco.

–Lo sé –contesté con las manos llenas de masa. Preparaba pan.

Ya había probado el sushi, me había colado en una boda y había visto cada película basada en un libro de Nicholas Sparks.

Demian me abrazó por detrás. Lo extrañaría más que a nada: la sonrisa que me dedicaba al despertar, el modo en que me abrazaba, el calor de sus besos… El limbo nos lo quitaría todo. ¿De veras teníamos que irnos?

–Estoy dispuesto a darte el mundo, Mariposa. ¿Quieres quedarte?

Asentí en silencio.

–Entonces, que Dios nos perdone.

–¿Tú también lo quieres? –pregunté.

La duda se reflejó en los ojos grises de Walter. Algo se removió en mi estómago.

Ese no era él. Lo extrañaba.

–Quiero que seas feliz. –Apoyó su frente en la mía.

–No somos estos –murmuré con pesar.

–Podríamos serlo. Después de cierto tiempo, las almas ya no pueden reingresar en su cuerpo.

–¿Cuánto?

–Olvídalos. –Sujetó mis manos contra su pecho–. Preocúpate por ti. Por nosotros.

¿Acaso podía ser tan egoísta? Me sentía mal. Yo no era como él. A Demian no le importaban estas personas. Sin embargo, con un beso suyo borró mis dudas. Me levantó y me sentó en la encimera. Lo envolví con mis piernas, lo sujeté por la nuca y le llené el pelo de masa pegajosa. Después, tomé la punta de su corbata y lo arrastré conmigo hasta la habitación.

–Arrodíllate –pedí. Abrí un cajón y saqué unas esposas. Al parecer, a Walt y Sandra también les gustaba jugar–. Pon las manos en la espalda.

Obedeció y lo esposé. También vendé sus ojos y desabroché su camisa.

–Si quieres provocarme un infarto, vas por buen camino –susurró.

Un golpe en la puerta nos interrumpió. Fui a asomarme por la mirilla y mi corazón se detuvo.

–¿Quién es? –preguntó Demian desde el cuarto.

No conocía a esos hombres, pero Sandra sí. Había visto en su teléfono varias fotos de uno de ellos. Aparecía en la lista de contactos con el nombre de “papá”.

Volvieron a golpear con mayor fuerza.

Corrí hacia Demian, en silencio. Teníamos que salir del departamento antes de que nos vieran. Tal vez no había sido una buena idea cortar las relaciones familiares. Esos sujetos no lucían nada amistosos, en especial, porque portaban armas.

–No hagas ruido. –Revolví el cajón, en busca de la llave de las esposas. No la encontraba–. ¡Maldición!

–¿Qué pasa?

Le quité la venda. Desencarnado, habría notado la oscura presencia que acompañaba a esos hombres. Habría sentido el frío antes de que entraran. Vestir trajes de carne nos quitaba intuición. Ya no percibíamos a los fantasmas que nos rodeaban. Nos habíamos alejado tanto del mundo de las sombras, que ni siquiera hubiéramos notado la presencia de Átropos delante de nuestros ojos.

–Creo que el padre de Sandra es un mafioso –respondí.

–¿Un qué?

La puerta se abrió con un estruendo y me coloqué delante de Demian con ademán protector.

–Conque aquí estás –dijo el padre, un individuo bajito vestido de Armani–. Llevo meses buscándote. Debí sospechar que estarías con este sinvergüenza.

Lo señaló con la pistola.

–Por favor, no lo lastimes.

–Descuida. Solo le meteré una bala entre los ojos y alimentaré a los peces con él.

Uno de los mafiosos me tomó del brazo y me apartó. Otro levantó a Demian del piso. Él se resistió y le dieron un culatazo en la nuca.

–Esto es lo que pasa cuando alguien me roba en mis narices, Walt. ¿Y encima te involucraste con mi hija después de nuestro trato? No debiste jugar con fuego. Métanlo en la cajuela –indicó a sus matones.

–¡No! –grité cuando se lo llevaron–. ¡Él no es quien creen!

Quise ir tras ellos, pero papá mafioso me retuvo.

–Sabemos exactamente quién es y lo que hizo. Fue astuto al no contactarse con nadie estos meses, pero tarde o temprano íbamos a encontrarlo. En especial, si te tenía de rehén. Gracias por esposarlo. Me ahorraste el trabajo. –Besó mi mejilla–. Mejor te preparas para la cena. Tu madre no quiere que llegues tarde. Preparará lasaña con salsa boloñesa.

Cerró la puerta tras de sí.

–Lo van a matar –susurré mordiéndome las uñas.

Salí corriendo del departamento y vi un Mercedes negro alejarse a toda velocidad.

–¡¿Qué hiciste, Walter?! –grité mirando al cielo.

Walter y Sandra parecían la pareja perfecta. Nos habíamos equivocado con ellos. Uno no sabía los horrores que podía llegar a contener una vida, a menos que la viera desde adentro.

Me dormí entre lágrimas esa noche.



23
Negro absoluto

El teléfono sonó a las tres de la madrugada. Atendí conteniendo las náuseas. Seguía preguntándome por qué habíamos seguido viviendo, por qué no dejamos los cuerpos cuando nos dimos cuenta de que llevábamos demasiado tiempo siendo otras personas. Imaginé lo que diría la voz en el teléfono y me eché a llorar antes de oír una palabra. Aunque, si mis temores eran ciertos, ¿por qué Demian no había salido de Walter y acudido a mí? ¿El padre de Sandra lo habría matado? De ser así, ¿dónde estaba su fantasma?

La llamada me aclaró las dudas. Walt había sido ingresado en el hospital. Lo habían encontrado en el muelle, tan golpeado que acabó en terapia intensiva.

Pero aún vivía.

Respiré hondo y sequé mis lágrimas. Me vestí con lo primero que encontré y salí de inmediato a golpear la puerta de Félix, el vecino. En cuanto me vio con el abrigo mal abrochado, supo que algo andaba mal. Tomó las llaves de su vehículo y, sin decir nada, me subió al taxi. Le conté lo ocurrido, pero omití un detalle: la identidad del agresor. No quería ponerlo en peligro. Parecía un buen hombre.

–Estará bien –dijo.

El vidrio polarizado atenuaba las luces de la calle. Pegué la frente a la ventanilla y me sumergí en los más horribles pensamientos. ¿Qué tal si Demian ya no despertaba? ¿Y si despertaba y ya no quería volver a verme? Lo había esposado. Le había quitado toda posibilidad de defenderse. Por mi culpa se había quedado en el cuerpo de ese hombre. Por mí había sufrido.

Me había negado a volver al limbo, pero un viaje en taxi a las cuatro de la madrugada, con el corazón en la mano y el rostro empapado en lágrimas era mucho peor. Ignoraba lo que encontraría en el hospital, lo que sucedería después. Apenas rasgué el silencio con intranquilos sollozos. Los ojos me pesaban, pero me negaba a cerrarlos ante la posibilidad de quedarme dormida. No obstante, cabeceaba.

–Al principio, creí que estaba muerta –dijo alguien junto a mí.

Desde que la había poseído, el alma de Sandra había desaparecido de mi radar. Ni siquiera se había presentado en mis sueños. Giré a verla con la piel de gallina. Me mantenía callada porque no quería alarmar a Félix.

–¿Creíste que me había ido? –preguntó ella.

Quería explicarle, pedirle disculpas. Aunque no había perdón para mi comportamiento.

–Walter se fue. Lo perdí. Por eso, iré contigo al hospital y colocaré una almohada en la cara de ese maldito demonio que robó su cuerpo.

–Lo siento –susurré.

–No te preocupes, linda –contestó Félix, creyendo que le hablaba a él–. Te dije que no me importaba la hora.

–Despídete de mi cuerpo –advirtió Sandra.

Un fuerte empujón me aventó fuera del taxi.

Rodé por la calle. El taxi se alejó y me levanté confundida bajo un farol que nunca se encendió. La expulsión era un brusco despertar. Lo vivido se convertía en un sueño lejano. Ninguna sombra me recibió, ninguna Ker. Nadie. El mundo quedó vacío otra vez, sin sonidos, sin luz, sin vida. Con amargura me vi obligada a degustar de nuevo el olvido mortuorio del que había escapado.

Libre del peso del dolor y del nudo que aprisionaba mi garganta, me desplacé en busca de mi propio reflejo en un charco, pero no hallé ninguna imagen de mí misma. Había vuelto a ser un alma sin cuerpo, una mariposa de la noche en busca del sol. Mi propio sol. Demian.

Una ráfaga me trajo un nombre pronunciado en el viento. En alguna parte, alguien me llamaba. En mis oídos resonó un pitido agudo y doloroso, como cuando acababa de morir. Caí de rodillas con las manos en los oídos, incapacitada por un instante. El ruido no me dejaba pensar. Solo quería que se fuera.

Cuando por fin me levanté, había aparecido sin saber cómo ante una puerta sumida en las penumbras: la del hospital.

Tenía que encontrar a Demian.

Grité su nombre por los pasillos desiertos, una y otra vez, con la esperanza de que me escuchara. Pero en vez de encontrarlo, me topé con un hombre traslúcido al final de uno de los corredores. Iba vestido de blanco. Supuse que se trataba de alguno de los pacientes que morían cada día entre esas paredes. Debía haber cientos.

–Disculpe… –Quizá pudiera comunicarme con él. Los fantasmas locales podían ser una buena fuente de información.

Siguió su camino y desapareció tras un muro.

Ecos de extrañas voces resonaban por el edificio, pero no había nadie además de mí o del hombre que acababa de irse. El hospital dormitaba a oscuras. Sin embargo, las voces persistían.

Los sonidos de la vida atravesaban cada espejo, cada superficie reflectante y llegaban a mí. Busqué la recepción. Una silla de ruedas vacía se movió en un rincón y, por una centésima de segundo, me pareció que me rodeaba una sala llena de personas.

Mis ojos se posaron sobre el reloj que marcaba las cuatro y cinco, en la pared tras el escritorio de la recepcionista. Las agujas temblaban, detenidas. Nada más funcionaba. En un mismo lugar, se superponían múltiples dimensiones; cada una, habitada por distintos seres. Y, mientras que en el mundo real los objetos se echaban a perder a causa del tiempo o se rompían, en el plano de lo eterno nada cambiaba.

Kelly, pronunció una voz. La reconocí: era la de Norma Kasinski. ¿Qué querría esa mujer conmigo? ¿Por qué me llamaba? ¿Estaba invocándome? Decidí ignorarla. Solo quería encontrar a Demian antes de que alguno de los seres que acechaban en el mundo de los muertos percibiera mi presencia y viniese por mí. Él me había dicho que entre los vivos pasaba inadvertida, pero ya no me encontraba allí.

Me senté frente a la computadora y traté de encenderla. Por supuesto, se mantuvo apagada, sin importar cuántas veces presionara el botón. Inspiré hondo y traté de mantener la calma.

–Maldito limbo.

Iba a tener que buscar un espejo lo suficientemente grande como para pasar a través de él, por lo que abandoné la recepción, en pos de un baño. Nunca había ido a ese hospital, así que di varias vueltas antes de encontrar un cartel que indicase su ubicación. No me percaté del descenso de la temperatura ni de la risa infantil más potente que las otras voces. Localicé la puerta del baño y la atravesé.

Sin Demian a mi lado, cualquier espíritu podía verme. Su oscuridad me camuflaba, cubría mi luz que atraía a esas almas perdidas moradoras de las penumbras. Por eso la sensación de ser observada no me sorprendió. Solo le resté importancia para que el miedo no me dominara.

Me coloqué delante del espejo y trepé al lavamanos. Pero mi agilidad dejaba mucho que desear. Lo supe cuando resbalé y caí de espaldas. Me quité los zapatos y trepé de nuevo, con el cuerpo dolorido, repitiendo que el dolor solo existía en mi mente. Ese golpe se había sentido real, como en los sueños. No importaba que no tuviera un cuerpo físico. La mente creaba la realidad. Cualquiera podía tratar de convencer a la conciencia de que el dolor no tenía un origen concreto; pero si algo se percibía como verdadero, terminaba siéndolo.

Mi necesidad de Demian crecía con cada respiro, con cada latido de mi inexistente corazón. Me había acostumbrado tanto a su presencia, que su falta me resultaba insoportable. Necesitaba verlo, tocarlo, fundirme con él en un abrazo y no soltarlo jamás. No podía evitar preguntarme si habitando el cuerpo de Walter se percataría de mi presencia.

Atravesé el espejo y salí al pasillo. Si bien permanecía siendo de noche, en el mundo de los vivos el hospital no asustaba tanto como al otro lado del velo. Allá, la ausencia de sonido era

total, a excepción de los ecos. Aquí, el silencio no existía. Murmullos, pisadas, automóviles lejanos… El mundo estaba lleno de esos ruidos, de movimiento, y las luces de la calle entraban por las ventanas. En el limbo, en cambio, incluso las partículas del aire quedaban suspendidas en el tiempo.

Hubiera revisado la lista de pacientes del hospital, pero no sabía cómo interactuar con el entorno. Pasaba la mano por cada objeto que veía para intentar moverlo: un vaso de café en una mesita, las hojas de una planta, un bolígrafo en un bolsillo… Ni el polvo del suelo fui capaz de sacudir.

Un llanto apenas audible me llegó desde uno de los pasillos. ¿Sería Sandra? ¿Habría encontrado a Walter? Aceleré el paso con una sensación de frío trepando por mis miembros. El tiempo se acababa. Me eché a correr y casi me llevé por delante a una niña que reía por los pasillos. Ese hospital no era un lindo lugar para que los niños jugaran, pensé sin verla con claridad porque se escabullía.

Una luz titiló en una de las habitaciones y me detuve. Entonces reconocí la voz de Sandra. Hablaba con una enfermera en el pasillo:

–Ya le dije, señorita, que debe regresar en horario de visita. No puedo dejarla pasar.

–Pero tengo que verlo. ¡Es mi novio! –gritó ella.

–Lo lamento. El señor Shiver se encuentra muy delicado en este momento.

–¿Qué le ocurrió?

La enfermera leyó el informe que llevaba en la mano:

–Se fracturó tres costillas, una de ellas perforó un pulmón. Tiene la nariz y dos dedos rotos. Una fisura en el cráneo debido a múltiples golpes en la cabeza. Por el momento, logramos estabilizarlo, pero no ha recuperado la conciencia. Seguirá aquí mañana. Mejor vaya a descansar.

Sandra asintió sin ganas y la enfermera continuó su ronda.

–Vete –dije, enfrentándola–. No es tu novio el que está en esa cama.

Se frotó los brazos con un escalofrío.

–¿Qué te han hecho esos demonios, Walt? –murmuró ensimismada.

–No fuimos nosotros –respondí–. Fue tu padre. No somos demonios.

Si tan solo hubiera podido escucharme…

Aguardó un instante y apoyó la mano en el picaporte de la puerta.

–No entres. –La seguí–. Tienes que irte, Sandra. Vete. Ya escuchaste a la enfermera.

Entró. Walter yacía inmóvil en la cama, conectado a los aparatos que monitoreaban sus funciones vitales. Verlo no me produjo nada. Pensé que dolería, pero no reconocí a Demian en él. Solo vi a un sujeto muy herido.

Sandra se le acercó con los ojos empapados. Si pretendía matarlo, volvería a poseerla. Me preparé para saltarle encima como leona al acecho.

–Solo da un paso más –advertí.

Sacó algo de un bolsillo y lo llevó a sus ojos: un pañuelo.

–Mi amor –susurró. Se inclinó y besó su frente–. Vendré a verte mañana. Lo prometo. Y si esa cosa… Si esa cosa sigue en ti, juro que lo sacaré. Como sea.

Dio media vuelta y abandonó la habitación. Nos dejó a solas.

Era mi turno de hablarle, aunque ignoraba si escucharía mis palabras.

–¿Demian, estás ahí?

No había aparecido conmigo, así que contemplé la posibilidad de que hubiera quedado atrapado en ese cuerpo. ¿Y si intentaba meterme en sus sueños como habíamos hecho con Tyler? No perdía nada con probar.

Apoyé la mano en su cabeza y cerré los ojos, esperando que funcionara a pesar de mi falta de experiencia. Me concentré en lo que quería y aguardé, pero nada ocurría. Me preguntaba qué clase de cosas soñaría Demian, si es que alguna vez soñaba. Nunca lo había mencionado durante los meses que pasamos juntos, a diferencia de mí. Él siempre aparecía en mis sueños.

–¿Demian? ¿Me oyes?

El hilo de mi pecho se tensó. Despacio, muy despacio, abrí los ojos. La oscuridad se cernía sobre mí. No había ni arriba, ni abajo. Solo el negro absoluto extendiéndose hacia el infinito.

Di un paso, pero no avancé. Me moviera hacia donde me moviese, permanecía en el mismo sitio.

–¿Hola? –Mi voz se perdió en la nada.

Tal vez, entrar había sido un error. No parecía haber ningún alma habitando este cuerpo. Ese sueño (si así podía llamársele) carecía de sustancia. ¿Qué clase de mente crearía algo así? Un mundo completamente vacío.

–Demian, si estás aquí contesta.

Me negaba a partir sin él. Decidí caminar, sin que me importara no llegar a ninguna parte. Si me encontraba en un sueño, la realidad podía cambiar en cualquier momento. A mis pies apareció un osito de peluche que levanté y sostuve contra mi pecho. Ya lo había visto antes, en la cuna de Demian.

–He venido a buscarte. ¿Dónde estás? –Seguí adelante y encontré los fragmentos de un espejo roto. Un espejo que armé como un rompecabezas. Al terminarlo, descubrí mi cuarto del otro lado y, sobre la cama, lo vi sentado de espaldas. Llevaba su capucha negra.

Crucé a esa realidad y me acerqué. Tomé asiento a su lado.

–Estás aquí –susurró.

–He venido a buscarte.

–Lo siento, corazón. No podré ir contigo. –Suspiró con fuerza–. Estoy encerrado.

–¿Qué puedo hacer para sacarte?

–Nada. Hay que esperar que él despierte o… lo otro.

¿Desde cuándo Demian se refería a la muerte como “lo otro”?

–Tal vez deberías irte –dijo, más siniestro que de costumbre.

–¿Hablas en serio?

–Nunca hablé más en serio en mi *no vida*. Ella llegará en cualquier momento, Kelly. No debe saber que estás aquí. De todos los lugares a los que pudiste haber ido, este es el peor. –Volteó hacia mí y la habitación perdió el color. Lentamente, se fue oscureciendo hasta desaparecer…, hasta que nuestro alrededor se volvió como el negro vacío de su sueño.

–¿Por qué?

No recordaba que la negrura del interior de su capucha fuese tan sombría. Se volvía una con la infinita oscuridad que nos rodeaba.

–Ya está aquí –respondió en un tono grave, muy diferente del habitual. En los últimos días, se había llenado de luz. Ahora ese brillo había desaparecido, absorbido por la sombra que habitaba en él–. Aléjate de este hospital. Y, pase lo que pase, no vuelvas a entrar.

–Me estás asustando.

–Es lo que pretendo.

–¿Y si no quiero irme? –Alcé la mano para tocarlo.

–No, Kelly. –Sujetó mi muñeca–. Sabes lo que ocurrirá si me tocas.

–Estamos en tu sueño. Ocurrirá lo que tú desees.

Me soltó. Entonces, le quité la capucha.



24
No es real

Desperté en mi cama, bañada en sudor.

–¿Qué mier…? –Me levanté de un salto y corrí a la ventana. La luz del sol me encandiló. Los pajaritos cantaban afuera. Papá cortaba el césped, como cada domingo por la mañana. Me saludó con la mano y le devolví el saludo–. ¿Qué está pasando?

La pecera de Jamie burbujeó. Me incliné a verlo. Nadaba. Claro, ¿qué otra cosa haría un pez? Le di de comer. Todo parecía tan normal, tan real, que me hizo dudar de mi cordura. ¿Mi muerte había sido un sueño?

Me paré ante el espejo y descubrí mi propio reflejo. Anonadada, salí corriendo al pasillo y me asomé al cuarto de mi hermano, esperando encontrarlo allí. Vi su cama vacía y revuelta. Bajé las escaleras y fui directo a la cocina de donde venía un aroma familiar: tarta de manzana. Quedé petrificada en la puerta al encontrar a mi madre abriendo la puerta del horno, mientras entonaba una canción de David Bowie.

–No es real –me dije–. Esto no es real.

Mamá se dio vuelta.

–Por fin despiertas. –Sirvió una porción de tarta caliente y la puso frente a mí–. Prueba esto. Es una nueva receta. Quiero saber qué opinas.

–¿Dormí mucho?

–Una eternidad. Tu padre quería despertarte, pero le pedí que te dejara descansar. Seguro que llegaste tarde anoche, ¿no? Espero que no hayan bebido. ¡Tyler, el desayuno! –gritó.

Arrugué el entrecejo y me senté. Mi hermano entró corriendo del jardín y lo miré con la boca abierta.

–¿Qué me ves, fea? –preguntó con la boca llena–. Si no comes tu porción, te la voy a robar. ¿Hoy vendrá Demian? Prometió ayudarme con una tarea.

–¿Quién?

–¿Estás sorda? Si vendrá tu novio.

¿Qué demonios estaba pasando? Me pellizqué el brazo.

–Tenías razón, ma. Creo que tomó algo. –Ty se echó a reír.

–No tomé nada. –Le di un puntapié bajo la mesa.

–¿Así tratarás a tus hijos? –se quejó.

–No tendré hijos. Estoy muer… –Cerré la boca. Para no meter la pata, probé un bocado de la tarta–. Está rica.

Después de desayunar, subí a mi habitación. La luz de mi teléfono titilaba. Había recibido un mensaje:

Demian:
Buenos días, Mariposa. Sé que nos vimos anoche, pero te extraño.

Algo se revolvió en mi estómago. Me apresuré a escribirle:

Yo:
¿Puedo ir a verte?

Mi teléfono vibró al instante.

Demian:
Ven.

Me puse un pantalón vaquero y un suéter negro, y salí de casa sin dar explicaciones. Tal vez debí haberme peinado o maquillado, pero mi confusión no me lo permitió. Apenas era capaz de pensar. Atravesé el jardín y papá me interceptó a mitad de camino.

–¿A dónde vas con tanta prisa, señorita?

–Necesito hablar con Demian.

–¿No se vieron anoche? –Se cruzó de brazos–. Pasas demasiado tiempo con ese chico.

–Es mi novio, ¿no? –repliqué.

–Siempre eres tú la que va a su casa.

–Por algo será –murmuré. Le di un beso y me fui.

El teléfono vibró en mi bolsillo al llegar a la puerta de los Krauss.

Demian:
Sube directamente a mi cuarto. Mis padres no están.

Atravesé el recibidor y me recibió el familiar aroma del óleo. Marta había dejado en la mesa un paisaje y había decorado las paredes con cuadros de flores. Subí las escaleras y me detuve ante la habitación de ese bebé que nunca había nacido. Golpeé despacio. Adentro sonaba Muse.

–Pasa.

Asomé la cabeza. Su dormitorio ya no era el que había quedado grabado en mis retinas. Lo único que conservaba era, escondido en un rincón solitario, aquel viejo osito de peluche. Había pintado las paredes de rojo oscuro y las había cubierto con monstruos trazados en carbonilla. Solo una foto vi entre todos esos dibujos: una en la que yo sonreía.

Él se inclinaba sobre su mesa escritorio. Vestía de negro, pero no usaba capucha ni nada que cubriera su rostro. Llevaba el pelo revuelto. Los mechones dorados caían sobre sus ojos.

Cerré la puerta.

–¿Qué dibujas?

Se dio vuelta en la silla y me derretí ante su sonrisa. Si esto era un sueño, rogaba no despertar nunca.

Se levantó y pegó su cuerpo caliente al mío.

–Me alegra que estés aquí –dijo contra mi boca–. Te extrañé.

–Si no vas a besarme, deja de hacer eso.

–¿Y quién dice que no voy a besarte? –Sus labios con sabor a café juguetearon con los míos. Mis latidos se aceleraron ante sus besos–. Nunca tendré suficiente de ti.

Olvidé el propósito original de mi visita cuando sus dedos se deslizaron dentro de mi suéter.

–¿Qué es esto, Demian?

–¿Qué es qué? –preguntó con los labios contra mi cuello.

Apenas logré balbucear algunas palabras sueltas, ante el cosquilleo que me provocaba.

–Esto. Nosotros. Aquí.

–Un sueño maravilloso –respondió, empujándome con suavidad a la cama.

Me ayudó a liberarme del suéter y los pantalones sin ninguna urgencia. Se detuvo a acariciar mis piernas y besar mi vientre con deleite. Me encendía con su aliento.

–Es la primera vez que haremos esto siendo nosotros mismos –dijo mirándome a los ojos.

Se mordió el labio. Ese solo gesto bastó para derretirme. Lo quería, lo necesitaba con cada célula de mi cuerpo. Le arranqué la camiseta y, sin quitar los ojos de los suyos, pasé las manos por su torso bronceado. Me encantaba que todo su cuerpo reaccionara a mi cercanía y que se estremeciera con mis caricias.

–Del uno al diez, ¿qué tan real es esto? –pregunté, empujándolo a la cama y trepándomele encima.

–Cien –profirió con voz ronca.

Guie sus manos al broche de mi sujetador y su boca a la mía. Nuestra ropa se perdió entre gemidos y suspiros.

No era un sueño. Era real. Estaba sucediendo.

Había perdido la cuenta de cuántas veces habíamos sucumbido a los placeres de la carne con

los cuerpos robados de Walter y Sandra. Pero nada en el mundo se comparaba con amar al verdadero Demian. Me enloquecía la intensidad de su mirada, su forma de tocarme y, en especial, oírlo susurrar en mi oído: “Del uno al diez, esto es mil”.

Juntos, perdimos la noción del tiempo. Acostumbrados a ser solo nosotros dos, nos olvidamos de nuestras familias y nos quedamos enredados entre las sábanas, y uno con el otro. No quería levantarme. Temía que al salir de la cama, ese perfecto mundo se desvaneciera.

–¿Quieres comer algo? –preguntó dibujando pequeños círculos en mi espalda con un dedo, mientras yacía apoyada en su pecho.

Besé su mandíbula y hundí la nariz en su cuello.

–Hueles bien.

–¿Eso es un sí? –Levantó una ceja.

Metí la mano dentro de las sábanas y su respiración se aceleró. No estábamos muertos. No éramos fantasmas. No en ese momento, en esa habitación y en ese sueño hecho realidad. Me lo demostró tantas veces como se lo permitió su cuerpo.

–¿Se puede morir de esto? –inquirió con la respiración entrecortada, luego de caer rendido en el colchón.

–¿De sexo? –reí.

–De felicidad. –Me besó con el corazón, con el alma, con su último aliento–. Creo que estamos en el cielo.

Ojalá hubiera sido cierto, pero sabía que nos estábamos engañando. Ese pequeño trozo de paraíso en la mente del comatoso Walter no duraría. Era cuestión de tiempo para que comenzara a derrumbarse ante nosotros.

–¿Tú controlas todo aquí? –pregunté, un rato después, mirando por la ventana.

El beagle de un vecino hacía pis en una rueda del coche de mi padre.

–Solo monté el escenario. Es como el juego de los Sims o el GTA. –Se puso la camiseta y me abrazó por detrás–. ¿Te gusta?

–¿Hasta dónde llega?

–Hasta donde quieras. Lo construí para ti, Kelly. –Tomó mi mano–. Ven, vamos a comer algo. Muero de hambre.

–Debería vestirme primero. ¿No te parece? –Señalé la sábana que me cubría.

–¿Por qué? Luces preciosa así.

–¿Más que Láquesis?

–Más que ninguna otra.

Preciosa o no, me vestí. También le insistí para que se pusiera los pantalones. No me hubiera gustado que sus padres nos encontrasen desnudos, aunque fuera un sueño.

Bajamos las escaleras y entramos en la cocina.

–Te prepararé el sándwich de pavo más delicioso que hayas probado. –Demian revisó el refrigerador y sacó una pila de ingredientes que depositó en la mesa.

Me acomodé en una silla a observar sus movimientos. No encontraba rastros del ser oscuro que me había recibido en el limbo. Tenía ante mí al chico con el que siempre había soñado, ese con la sonrisa más radiante y hermosa que había visto jamás y cuya luz me había devuelto la alegría de vivir. Solo había necesitado morir para conocerlo.

¿Kelly?, la voz de Kasinski resonó en mi cabeza.

Por unos segundos, me perdí. No sabía exactamente a dónde había ido, pero desaparecí. Y ella estaba mirándome, mientras yo abría los ojos. Tal vez me estaba volviendo loca. ¿Los fantasmas podían enloquecer?

–¿Estás bien? Te pusiste pálida. –Demian me alcanzó el sándwich.

–Es hambre. Podemos tener hambre aquí, ¿no?

–Si lo has vivido, puedes sentirlo. No importa si fue en tu propio cuerpo o en uno prestado. –Me hizo un guiño y cortó al medio un pan para él.

–¿Has… pedido muchos cuerpos prestados?

Sacudió la cabeza.

–Sé lo que estás pensando –dijo cortando un trozo de pavo–. Te preguntas con cuántas mujeres he estado íntimamente. ¿No es cierto?

No negaría que la pregunta había cruzado por mi cabeza un par de veces.

–No tienes que decírmelo, si no quier…

–Eres la única. –Untó mayonesa en el pan y le puso lechuga y tomate encima.

–Bromeas.

Me costaba creer que un ser como él no hubiera experimentado en el mundo humano.

–Antes de ti, nunca me interesé por ningún ser vivo (además de Peluso y mis padres) –afirmó y le dio una mordida a su sándwich–. A esto le falta pepinillos.

Se levantó a hurgar en el refrigerador.

–Lo siento, Demian, pero ¿pretendes que crea que tú nunca has hecho con nadie las cosas que hiciste conmigo?

–Aproveché la experiencia de Walter –explicó, sacando un frasco y volviéndose a sentar–. Había buena información en su cerebro sobre el tema. ¿Sabías que el cuarenta y dos por ciento de las parejas tiene mayor posibilidad de ver a pie grande que experimentar el clímax al mismo tiempo?

–Disculpa, ¿qué? –Estallé en risas.

–Podemos intentar.

–¿Encontrar a pie grande? –pregunté divertida.

–Seguro que lo encontramos. –Me acarició la mano por encima de la mesa–. No quiero que

esto termine.

Su forma de mirarme detenía el mundo y mi corazón.

–No podemos quedarnos aquí para siempre –comenté con un nudo en el estómago.

–¿Por qué no?

–No es real.

–¿Y si lo fuera? ¿Qué tal si todo eso de la muerte no fue más que una pesadilla? ¿Qué tal si esta es nuestra realidad? –preguntó esperanzado.

Nada era tan perfecto. Sin embargo, no me atreví a abrir la boca más que para meterme un trozo de sándwich. No sería yo quien destruyera sus ilusiones y borrara esa preciosa sonrisa de su rostro. Sabía que la felicidad no duraba, los sueños terminaban y el hombre en coma en cuya mente él había construido nuestra vida ideal, tarde o temprano, moriría. No se podía construir un castillo de naipes sobre una cuerda floja, porque la menor brisa lo derrumbaría.

La tormenta se desató en la noche.



–¿Te quedas a cenar? –preguntó Marta–. Prepararé canelones de verdura.

–Mamá, eso ni se pregunta. Por supuesto que se queda –respondió su hijo.

Veíamos *Cómo entrenar a tu dragón* abrazados en el sofá.

–Mis padres van a pensar que me secuestraste –murmuré.

–No estarían muy errados –dijo él, viéndome de soslayo–. Eres mi rehén. Nunca te dejaré ir.

Besó la punta de mi nariz.

–¿Otra vez esa película del dragón? –Milton salió de la cocina con un repasador en el hombro. Se sentó en el apoyabrazos–. ¿Por qué no pones *Los minions*?

–Prefiero esta –contestó Demian–. Y *Frozen*. Pero no tenía ganas de ver esa.

–No, claro. Verte cantar con Elsa haría que ella se replanteara qué está haciendo aquí –dijo riendo el hombre.

Lo había extrañado. Más que a mi propio padre. Saqué mi teléfono y le envié un mensaje para informarle que me quedaría.

Durante la cena, Marta no dejaba de observarme.

–Mamá –murmuró Demian, incómodo–, deja de mirarla así.

–Lo siento. Es que ustedes dos son tan adorables.

Demian se sonrojó y le di la razón. Él lo era.

–¿Y ahora por qué tú me ves así? –inquirió, aún más incómodo que antes. Su expresión de niño chiquito me hacía reír.

–No seas paranoico, mi vida. –Hice silencio en cuanto me oí llamarlo así. Me sentí mal. Por él. Por mí. Por los dos. Me levanté de golpe y fui al baño del segundo piso–. Esto no puede estar pasando. No es real. No es real. No es real. Nada de este maldito mundo es real.

–¿Kelly? –Demian golpeó la puerta–. ¿Te sientes mal?

Abrí el agua caliente y esperé que saliera vapor. Luego, metí la mano debajo del chorro de agua. La quité de inmediato al quemarme.

–¿Kelly?

Le abrí.

–Estás llorando –señaló, entrando conmigo–. ¿Hice algo que te molestara?

Lo abracé sin decir nada.

–Me estás preocupando. ¿Qué tienes?

Inspiré su perfume. Me aferré a él como si, en cualquier momento, algo fuera a arrebatármelo. Nunca había sido feliz. Él me había dado más en un sueño de lo que había tenido en toda mi vida. ¿Estaba mal querer que Walter nunca despertara?

Demian me apretó contra él y besó mi frente.

–Miedo –susurré–. Tengo miedo de perderte.

–Mírame.

Levanté la cabeza con un terrible presentimiento.

–Mientras me quieras a tu lado, seguiré aquí –aseguró–. No me perderás. Te lo prometo.



25
La habitación cerrada

–¿Qué te gustaría hacer ahora? –La voz de Demian sonó ridículamente sexy.

–¿Buscar a pie grande?

–Creo que lo vi por aquí. –Me empujó lentamente con su cuerpo hacia atrás, a la ducha.

–¿Detrás de las cortinas?

Me arrinconó contra los azulejos.

–Ya no tienes a dónde escapar, Mariposa.

Frotó mi nariz con la suya. Al percibir la calidez de su aliento, entreabrí la boca. Mis piernas temblaban ante la inminencia de su beso. Con su lengua me rozó los labios y me maravillé ante la urgencia que me hacía experimentar. Ese hombre me volvía loca de amor y deseo.

Con una sonrisa malvada abrió la ducha, y el vapor nos envolvió.

–Qué hermosa eres cuando te mojas –comentó descendiendo a mi cuello con los labios–. Infinitamente hermosa.

Se presionó contra mí, empapado, y lo rodeé con una de mis piernas.

El grito de su madre desde la sala nos bajó la calentura de golpe:

–¡Milton!

Él se apartó de mí y cruzó la puerta del baño a trompicones, a causa del suelo mojado.

Algo sucedía. Algo malo.

–¿Mamá? –Bajó corriendo las escaleras, chorreando agua de la cabeza a los pies–. ¿Mamá, qué pasa?

Yo me quedé ahí, bajo la ducha, escuchando. No entendía qué podía haber ocurrido en el sueño para que él saliera corriendo de ese modo, si sus padres no eran reales. Una idea descabellada surcó mis pensamientos: ¿qué tal si, al igual que a mí, los había atrapado en la mente de Walter? ¿Y si de verdad fueran ellos?

Cerré la ducha y me precipité a la sala.

Marta lloraba en un rincón, apretando el teléfono contra su pecho. Iba a consolarla, hasta que

vi a Demian arrodillado en la alfombra junto a Milton.

–Papá, por favor, despierta.

Me acerqué despacio, dejando un camino de huellas mojadas.

–¿Qué pasó? –pregunté a Marta.

–Se quejó de que le dolía el brazo y, de pronto, se derrumbó. Ya llamé a la ambulancia –sollozó–. Dios quiera que esté bien. Moriría si él me dejara.

La abracé. Sabía cómo se sentía. No había pasado treinta años con Demian, pero el miedo de perderlo me atenazaba el corazón.

Marta presionó mis manos al oír la voz de su esposo.

–¿Quién…? ¿Qué eres? –preguntó con voz aterrada viendo a Demian.

–Papá, soy yo.

Milton gritó desesperado, haciéndolo retroceder:

–Tú no eres mi hijo. ¡Aléjenlo! Alejen esa cosa de mí.

Marta fue a socorrer a su esposo, que parecía alucinar. Se sacudía como intentando liberarse de garras invisibles.

–Es Demian, Milton. Nuestro bebé.

–Ese monstruo no es mi hijo. –Su rostro enrojeció. Llevó una mano a su pecho y con la otra lo señaló, mientras una espesa niebla negra se apoderaba de la casa–. Esa cosa no tiene rostro.

Demian apretó mi mano. Yo podía verlo; seguía siendo él. Lágrimas de impotencia se acumularon en sus ojos cuando una mano huesuda asomó por encima del hombro de su padre. No se trataba de una Ker, sino de algo más siniestro y poderoso.

–Papá… –Su voz se quebró. Una nube de vapor salía de su boca al respirar. Quería consolarlo, pero no sabía cómo–. Sal de aquí, Kelly.

–No te dejaré.

El manto raído de Átropos, la Moira de la muerte, nos envolvía moviéndose como una serpiente de humo y cenizas. Las luces parpadearon y quedamos en penumbras. Marta se arrodilló ante su esposo y acarició su pecho.

–Milton, no mi Milton. –Lloró–. Ayúdalo, Demian. Por favor. Haz algo.

Los vivos eran incapaces de ver a la muerte, a menos que viniese por ellos. Esta se alzaba ante nosotros y, con la atención puesta en el hombre agonizante, torció la cabeza envuelta en sombras.

Una tijera oxidada apareció en su mano, y Demian me abrazó con fuerza. Trataba de ocultarme de ella.

–No es a mí a quien deberías estar abrazando –dije en voz baja.

–Créeme que sí.

–Tu madre te necesita.

Meneó la cabeza con los ojos enrojecidos. Intentaba no llorar, pero yo sabía que algo se había

quebrado en su interior.

–No me apartaré de ti. Si ella te viera…

–Pero ya estoy muerta. No puede llevarme.

–Mamá estará bien. –Me alejó de la Moira–. Tenemos que irnos.

Eché una última mirada hacia atrás, a la mujer que lloraba desconsolada. Ni siquiera pude despedirme. A su lado, la figura de negro se erguía y levantaba la cabeza en dirección a nosotros.

Una sensación fría se apoderó de mis entrañas.

Átropos me había visto.

Demian me alejó de la casa a toda velocidad.

–Tu padre… –jadeé saliendo a la calle.

–Muerto.

Nos detuvimos en el jardín de mi casa.

–Entonces, ¿eran ellos? ¿Los verdaderos? –respiraba con dificultad. Él también.

Emitió un ruidoso suspiro y se dejó caer junto a la puerta, en el pórtico.

–Sí, Kelly. Eran ellos. –Cubrió su rostro con las manos–. Nunca debí traerlos. ¡Qué estúpido!

–¿Por qué no me lo dijiste? –Me senté con él.

–Lo siento. Tendría que habértelo contado. –Vi el dolor en sus ojos, la impotencia–. Hay algo que necesito decirte, pero lo haré cuando salgamos de aquí. Cuando estés a salvo. Solo espero que me perdones.

–¿Es grave?

Agachó la cabeza. La oscuridad regresaba. Carcomía las casas, los árboles, el cielo. También lo carcomía a él. Su camiseta y pantalones mojados fueron reemplazados por su antiguo tapado y pantalones de cuero. Guantes y botas negras envolvieron sus manos y pies. Cada centímetro de él fue cubierto, incluido su rostro, sobre el que una negra capa de sombra se extendió. Desapareció la sonrisa de la que tanto me había enamorado. Su mirada también se fue.

En medio de la noche que nos envolvía, volví a encontrarme con un ser sin rostro. Yo sabía que su siniestra apariencia ocultaba a un muchacho que lloraba.

Sus lágrimas rompían mi corazón.

–No supe lo que era la felicidad hasta que te conocí –reconoció–. Alguien como yo no la merece. Esto es lo que merezco, Mariposa. Esto es lo que soy: oscuridad.

–Deja de decir tonterías. –Jalé su capucha hacia abajo. Él seguía allí. Parecía sorprendido por mi reacción. Tal vez, porque esperaba que su rostro desapareciera, pero no lo hizo–. Este eres tú. No esa cosa negra detrás de la que te escondes.

Una sonrisa involuntaria se me escapó al encontrarme de nuevo con esa mirada que, originalmente, había sido plasmada sobre un lienzo. Mi alma temblaba ante el anhelo reflejado en sus ojos. Me miraba como si él fuese parte del sueño que estaba a punto de evaporarse.

Sin saber cómo protegerlo de su propio temor, lo besé. Pero no me correspondió como hubiese querido.

–No sabes lo que he hecho. –Se apartó.

¿Cómo lo sabría si no quería decírmelo?

–¿Qué puede ser tan grave para que merezcas el castigo que te has impuesto?

–Me odiarás si te lo digo. –Las lágrimas empaparon sus mejillas y encogieron mi pecho–. Y yo querré morir, aunque nunca haya vivido.

–Te amo, Demian –aseguré.

–No sabes lo que dices. –Me dio la espalda.

Temía que se fundiera con la negrura que nos rodeaba y desapareciera.

–¡Por supuesto que lo sé! –exclamé. Quería gritar, porque no parecía entender que, pasara lo que pasara, seguiría amándolo. Láquesis nos había unido. Nuestro lazo era inquebrantable. Nada en la tierra tenía el poder de separarnos–. ¿Por qué no confías en mí?

La voz de Kasinski apareció de nuevo en mi cabeza:

Kelly, ¿dónde estás? Háblame.

Seguiría ignorándola hasta dejar de oírla.

–Átropos te busca por mi culpa –confesó Demian con voz de ultratumba.

–No entiendo.

Bajo nosotros se formó un sendero de piedra cubierto por una bruma espesa. Árboles otoñales sacudían sus hojas, que caían a nuestros pies. Más allá de los árboles y del camino, una figura negra avanzaba hacia nosotros sin moverse. La niebla salía de ella y se comía el color de las hojas, del cielo, de todo.

Venía por mí.

Demian apretó mis hombros.

–Sal de este hospital. Y ni se te ocurra volver a entrar. Encuentra un lugar seguro y espérame. Te lo explicaré todo.

Abrí los ojos.

Me encontraba parada junto a la cama de Walter, de nuevo. Él seguía inconsciente. Con la intención de hacerle caso a Demian, salí de la habitación y me adentré en los pasillos interminables, en busca de una puerta que me sacara del edificio.

El área de neonatología sucedía a la de terapia intensiva. Al pasar por allí, oí una voz infantil que entonaba una canción de cuna. ¿Qué hacía una niña en el hospital a esa hora? Aún no amanecía.

Me acerqué al origen de la melodía. Ella movía los pies, que no llegaban a tocar el piso. Jugaba con una muñeca, completamente sola.

–Hola. –Me miró con una sonrisa–. ¿Cómo estás?

Me sorprendió que pudiera verme. ¿Se trataría también de un fantasma?

–Bien, ¿y tú? –Me senté con ella, tratando de no asustarla. Quizá, solo era una pequeña que podía percibirnos–. ¿Y tus padres?

–Me gusta tu vestido. –Señaló–. ¿Cómo te llamas?

–Kelly. ¿Y tú?

–Mi muñeca se llama Ariadna. –Me la enseñó.

Algo en su manera de hablarme, sin miedo, me inquietaba.

–¿Qué haces aquí sola? –pregunté, con la sospecha de que no respondería ninguna de mis preguntas.

Peinaba la muñeca con los dedos.

–Me necesitan aquí –dijo seria.

–¿Tus padres?

–Los bebés –rio como si yo no entendiera nada. En realidad, no comprendía. Hasta que soltó la siguiente frase–: Dile a Demian que muy pronto lo veré.

Me levanté y salí corriendo, sin querer saber lo que esa niña era.

–¡Fue un placer conocerte, Kelly! –gritó.

Atravesé corredor tras corredor. Entraba por uno y, al salir, de inmediato me metía por otro exactamente igual. Nunca acababan. Parecía que pasaba ante las mismas puertas una y otra vez. El alivio me invadió al ver un cartel de “salida” aparecer ante mí. Una vez en el hall, empujé la puerta, dispuesta a volver a hundirme en la noche cerrada del exterior. Necesitaba ocultarme. Tal vez buscara cobijo en alguna persona. La posesión me libraría de los espíritus que me seguían. Me mantendría a salvo.

Atravesé el umbral. Pisé la calle y el horror se apoderó de mí.

Aparecí, otra vez, junto a la cama de Walter.

–¿Qué está pasando? –Toqué su brazo gélido y abrió los ojos.

La mueca que se formó en su rostro lo desfiguró.

–Huye –susurró con la voz deformada como si le costara mantenerse despierto, como si luchara contra sí mismo una pelea que jamás ganaría.

Enseguida volvió a caer en las redes de la inconsciencia, con su cuerpo atacado por horribles convulsiones. Estaba casi segura de que Demian usaba el cuerpo de Walter para contener a Átropos mientras yo escapaba. Me preguntaba cuánto resistiría, y cuánto me tomaría abandonar el hospital.

Me fui de la habitación por segunda vez, con la esperanza de salir. En ningún momento me había cruzado con el alma de Walter. ¿Dónde habría ido al verse despojado de sus vestiduras mortales? Supuse que la presencia de Demian era lo único que mantenía ese corazón latiendo.

Las risas de la niña pequeña me seguían a donde fuera. Recorrí los mismos corredores,

traspasé las mismas puertas hasta que llegué nuevamente al hall. Cerré los ojos y atravesé la entrada sin saber qué ocurriría. Solo quedaba confiar. Demian me encontraría más tarde.

No logré escapar. A pesar de haber cruzado la puerta, algo me retenía en el interior del hospital. Una fuerza invisible jalaba de mí e intentaba atraparme, retenerme. Lo comprobé al abrir los ojos. Había aparecido delante de una puerta cerrada.

Dispuesta a irme, emprendí el regreso sobre mis pasos. Atravesé la salida dos, cinco, diez veces más sin éxito alguno. Traté de salir tantas veces que perdí la cuenta. Siempre que ponía un pie en la calle, terminaba de pie en el mismo lugar: ya no junto a la cama de Walter, sino ante aquella misteriosa puerta.

–¡Ya basta! –grité, cansada de corretear como un hámster en una rueda–. Por favor, basta.

Nunca conseguiría salir si seguía por el mismo camino. Sin embargo, no podía detenerme. Caí en la cuenta de que no me diferenciaba de la mujer que se lanzaba del puente o el sujeto al que el tren subterráneo atropellaba sin parar. ¿Acaso pasaría la eternidad corriendo hacia una puerta que jamás sería capaz de atravesar? Cada vez que aparecía ante la habitación cerrada, el ciclo volvía a empezar. Había quedado atrapada.

Grité el nombre de Demian hasta que mi garganta colapsó. Intenté ir con Walter, torcer el rumbo, desplomarme. Nada funcionaba…, nada detenía mi marcha. Solo me quedaba una cosa por hacer: antes de darme la vuelta para comenzar a correr y sumergirme en ese laberinto sin salida posible, tomé el picaporte de la misteriosa habitación cerrada y di un paso al frente.

Como un pez que saltaba fuera del río, salí de la corriente que me obligaba a moverme de la misma manera en ese ciclo sin fin.

–Aquí estás –dijo ella–. Te he estado llamando.

Casi caigo de rodillas ante la escena que se desplegaba ante mis ojos. No podía ser verdad. ¡Tenía que tratarse de un sueño!

–Acércate, pequeña. –Norma Kasinski se levantó de la silla y me hizo una seña con la mano para que me aproximara a la cama donde una joven dormía conectada a varios aparatos.

Apenas logré reconocer ese rostro demacrado, pero de inmediato supe quién era. Y también entendí por qué Átropos y las Keres me perseguían.

Todas las respuestas que había buscado se condensaban en esa cama.

Arrastré los pies sin dejar de verla y pasé la mano por su largo pelo negro. Mi pelo.

Las palabras asomaron de mis labios, tan irreales como lo que presenciaba:

–Estoy viva.



26
Poseído

En esa habitación, donde aparecía cada vez que intentaba salir del hospital, se recuperaba mi cuerpo en coma. Un cuerpo ajeno, extraño, que había dejado de sentir mío.

–No es posible –murmuré, estudiando mi rostro pálido–. Esta no puedo ser yo.

Me sentía engañada, traicionada por Demian.

–Lo eres, querida –dijo Norma con serenidad.

–Pero… me ahogué.

–¿Saltaste del puente, Kelly?

Esa chica dormida no se parecía a mí. Sus dedos alcanzaban la mitad del tamaño de los míos. Los huesos de sus caderas sobresalían. Sus pechos habían empequeñecido. ¿Cómo ella podía ser yo?

Temí despertar en esos despojos vacíos.

–Mi anillo –respondí–. Se me cayó y cuando quise ir por él, resbalé.

Había sido una tontería que nadie creería, pero no mentía.

–Entra a tu cuerpo para que hablemos mejor –indicó–. Tu padre está aquí. Quiere saludarte.

–No lo veo. –Lo busqué por el cuarto.

–Lo verás cuando despiertes.

En el aire flotaba el perfume que papá solía usar: esencia de lavanda.

–Siento haberla poseído. –Agaché la cabeza.

–Lo sé. No fue tu culpa, sino de ese espíritu oscuro que te retenía. Las almas desencarnadas suelen ser peligrosas cuando pasan demasiado tiempo vagando sin rumbo. Me alegra que te hayas liberado de él.

–No me retenía –espeté. La luz de la habitación parpadeó–. Demian me salvó.

–¿De qué? –quiso saber, manteniendo ese escalofriante sosiego que me turbaba.

–De sufrir una muerte horrible.

–No te salvó de nada. Te arrancó de tu cuerpo antes de tiempo –explicó–. Su intención no era

ayudarte, sino ayudarse a sí mismo. Te necesitaba. Por esa razón te hizo creer que habías muerto, cuando aún seguías respirando.

–¿Por qué haría algo como eso?

–Los muertos anhelan la luz de las personas vivas. La siguen como si nada más existiera en el mundo y se aferran a ella con todas sus fuerzas. La necesitan para alimentarse. Sin esa luz, el alma errante se apaga…, se vuelve una sombra sin rostro.

Inspiré hondo, aunque no necesitara oxígeno.

–Demian me ama –susurré.

No había nada de lo que deseara estar más segura.

–Necesidad y amor son dos cosas diferentes. Ese fantasma no te quiere a ti. Quiere tu energía vital. Te usa para seguir existiendo, como quizás haya usado a miles de almas perdidas antes de conocerte. ¿Crees que, si de verdad te quisiera, te habría engañado de este modo? ¿Por qué piensas que te ha mantenido alejada de tu cuerpo?

–Él no me haría eso –repliqué con vértigo.

–Si no despiertas, seguirá alimentándose de ti como un parásito, hasta que te transformes en aquello que más teme ser. Entonces, te hará a un lado y buscará otra fuente de luz. No te ha dejado sola en ningún momento, ¿cierto? –Sonrió compadeciéndome.

–Me ama –repetí, con menor convicción que antes–. No es cualquier fantasma, sino el hijo de Marta. Su destino era estar conmigo.

Las luces volvieron a parpadear.

Kasinski continuó con su interrogatorio:

–¿Cómo escapaste de él?

–¿Quién dice que escapé?

–Estás libre, ¿no? Dudo que te hubiera dejado vagabundear sola por el hospital y, mucho menos, venir aquí si no hubieses huido –reflexionó.

–No hui. Vine aquí por él –contesté sin pensar.

–¿Por él? –inquirió con una voz aterradora.

Apreté los labios. Lo que decía tenía sentido, y mucho. Sin embargo, aunque él no me amara como había asegurado, yo sí a él. No lo lastimaría, por más daño que me hubiera ocasionado.

–Kelly, es importante que respondas. ¿Está Demian Krauss internado en este hospital? ¿Acaso usurpó un cuerpo?

Los latidos de mi corazón físico se aceleraron. Al parecer, mis reacciones repercutían en él.

–Por favor, dime –pidió.

–¿O qué? ¿Qué va a hacerme? –pregunté desafiándola.

Se levantó y salió. Me dejó sola conmigo misma.

La seguí a recepción.

–No lo encontrará. Por más que pregunte, no estaría aquí bajo su verdadero nombre.

Me tapé la boca. Sería mejor que me callara. ¿Quién sabía lo que era capaz de hacerle?

La mujer dejó de caminar a mitad del pasillo y se volvió hacia mí.

–Vuelve a tu cuerpo, Kelly.

–¿Por qué? ¿Porque usted lo dice? –solté exasperada–. ¿Quién es para darme órdenes?

Continuó caminando.

–La luz de los psíquicos es más potente que la de las personas comunes. Eso significa que atraigo más espíritus que la mayoría –dijo con la mirada al frente.

–¿Y?

Nos cruzamos con un hombre vivo que nos miró a ambas. Debajo de su rostro, tenía otro.

–Poseído –señaló.

–¿Así lucen?

–Supongo que a tu *Demian* no lo viste así.

–Por supuesto que no. –Lo seguí con la mirada hasta que desapareció por el pasillo. Me dejó un sabor amargo en la boca.

Llegamos a recepción. Una silueta oscura pasó junto a la recepcionista. Norma la ignoró, pero yo fui incapaz. Se había quedado observándome.

–Disculpe, señorita. ¿Ha ingresado un joven las últimas veinticuatro horas? –preguntó la psíquica.

–Ingresan muchos pacientes todos los días. Si me dice su nombre…

–No lo conozco. Pero sé que está muy mal. Ese chico necesita mi ayuda con urgencia.

–¿Quién es usted?

–Norma Kasinski. Soy médium.

La recepcionista dejó de masticar su chicle y la miró como si hubiese escapado del área psiquiátrica. Su gesto me alivió. Llamaría a seguridad y la haría sacar del hospital. Yo la seguiría y me metería un par de horas en su cuerpo para mantenerme escondida. Por algún motivo, no podía poseerla en el interior del edificio.

–Vengo a ver a Walter Shiver –dijo una voz que reconocí.

Norma y yo nos dimos vuelta a la vez.

–Sandra –musité.

No pensé que Norma me escucharía. En ese momento, me di cuenta de que debí quedarme en mi habitación.

–¿Tu nombre es Sandra? –preguntó la médium.

–¿Cómo supo? –Ella se puso pálida.

–Un fantasma me dijo –respondió haciéndose la interesante.

Sandra miró hacia todas partes.

–¿Puede verlo? ¿A Walt?

–Ni yo puedo verlo –mascullé–. Debe estar en el cielo de los mafiosos.

Por supuesto, nadie más que Kasinski me oiría.

–Me gustaría hacerle una visita, si es posible –dijo–. ¿En qué habitación se encuentra?

–Doscientos cuatro. –Sandra la guio por el corredor.

–No. –Me interpuse en su camino, pero me traspasaron.

No sabía qué planeaba hacerle a Demian, pero no la dejaría acercársele. Ya había estado a punto de dañarlo una vez. Por más que hubiera razón en sus palabras, no me pondría de su lado.

–Un espíritu nos sigue –informó la médium–. Una mujer joven. No quiere que vayamos con él. ¿Conoces a Kelly Wagner?

Sandra sacudió la cabeza con nerviosismo.

–No, pero… –Iba a decirle lo que le habíamos hecho. Solté un improperio–. Hace poco, a mi novio y a mí nos pasó algo.

Norma y ella se detuvieron. Mientras Sandra le narraba su experiencia con nosotros, corrí a la habitación de Walt. Tenía que advertirle a Demian. Quizá, pudiera meterme de nuevo en su sueño.

–Demian –lo llamé.

No me importaba que Átropos me alcanzara. Si tenía que morir de verdad, que así fuera.

El novio de Sandra seguía inconsciente. Toqué su cabeza. Cerré los ojos y me concentré en sumergirme en las profundidades de su mente.

Por favor, Demian. Déjame entrar.

No funcionaba.

–Demian, ¿estás ahí? Kasinski está en el hospital. Ya viene. Sabe lo que hicimos. Si me oyes dame una señal. Parpadea, mueve un dedo, ¡haz algo! Necesito saber que estás bien. No me importa que me hayas mentido. Sí, ya descubrí lo que me ocultabas. Acabo de encontrar mi cuerpo vivo en uno de los cuartos.

Su falta de respuesta me desesperaba.

–No pude irme. –El volumen de mi voz disminuyó–. Quiero que sepas que, aunque no me quieras y solo me hayas usado, no te odio. Te perdono.

Los ojos me ardían. Besé su frente y me asomé al pasillo.

–No creo que él siga aquí –dije, con la intención de que la psíquica me oyera.

Si Demian no hablaba conmigo, mucho menos lo haría con ella. Lo único que encontraría esa mujer sería un cuerpo inhabitado.

–Yo averiguaré eso, querida. –Se sentó al lado de la cama y tomó la mano de Walt. Sacudió la cabeza. Apretó los ojos y emitió un quejido, como si se hubiera metido en una pesadilla. ¿Qué tal si la muerte la mataba como a Milton? Crucé los dedos.

Sandra había desaparecido de mi campo visual. Al igual que mi padre, ya no lograba percibirla. Me preguntaba si se habría quedado. Tal vez ocupaba la silla que estaba al otro lado de la cama. Tal vez, contemplaba asustada a la psíquica. Como yo. Hubiera dado lo que fuera por saber qué veía.

Abrió los ojos.

–Walter se ha ido –dijo. Supuse que se dirigía a Sandra–. Su cuerpo ha sido ocupado por un ente maligno. Su nombre es Shaw.

–Su nombre es Demian Krauss, y no es maligno –farfullé.

–Su novia está aquí. Es la que te poseyó, Sandra. Tú pudiste expulsarla de tu cuerpo, pero Walt… –Suspiró–. Fue vencido. Esa entidad lo mató y se adueñó de su vida.

Posó los ojos en mí.

–Hablé con él, Kelly. Sigue atrapado. Le dije que encontraste tu cuerpo y que has retornado a tu vida…, que lo olvidaste en cuanto despertaste, y no tenías idea de lo que te había pasado.

–¿Por qué hizo eso?

–Para que se rinda. Tengo que sacarlo de ahí antes de que sane y recupere la conciencia o te buscará. La ausencia de Walter le da el poder de hacer lo que quiera con su cuerpo. Se ha adueñado de él. Es un ser oscuro. Marta no me cree porque es su hijo, pero basta con ver lo que le hizo a su padre.

–Demian no lo mató. Átropos vino por él.

–Solo viste lo que él quería. La muerte es un concepto abstracto, no una entidad. Es Shaw quien ejecutó la acción.

Mentía. Él no era un asesino.

–Es todo lo contrario a la vida –aseguró, abriendo su morral. Metió la mano dentro y sacó una pequeña botella plateada.

–¿Qué hará?

Abrió la botella, se mojó los dedos e hizo la señal de la cruz en la cabeza de Walter. Él seguía sin reaccionar. Estaba poseído, pero no por un demonio. Dudaba que lanzarle agua bendita funcionase como ella quería. Cuando nos metíamos en un cuerpo, nos amoldábamos a él como si nos perteneciera, con normalidad. Me preguntaba si alguien que no fuera el dueño original podía expulsarnos. Esa mujer estaba convencida de que Demian no era un alma, sino un ser maligno. Intentaría arrancarlo por todos los medios.

Mi deseo de salvar a Demian se equiparaba con el suyo de destruirlo, así que tomé tanto coraje como pude. No me interesaba si la mataba. La poseería, aunque hubiera odiado cada segundo en su interior. Desde que me había vuelto un fantasma, el mundo de los vivos ya no significaba lo mismo para mí. La muerte se había vuelto más concreta, más real en su eternidad. Y los cuerpos, recipientes de carne descartables, solo servían para experimentar.

¿Quién te amaría si él desapareciera?, decía una voz en mi interior. Sonaba egoísta, y ni siquiera estaba segura de que él realmente me quisiera. Pero necesitaba recordarme a mí misma que una vez, en un lugar, alguien me había sonreído con dulzura. Sabía que nadie más lo haría de nuevo. Si dejaba ir a Demian, me quedaría sola.

Apreté la mandíbula y me lancé sobre ella, dominada por un impulso ciego. No funcionó. Fui repelida hacia atrás por una energía incapaz de definir. Una energía que la rodeaba y la protegía de mí. Negó con su dedo índice y me mostró un rosario de piedra turquesa que colgaba de su cuello. En el centro de la cruz había una medalla con las letras "CSPB". Otras letras la rodeaban.

–Vine preparada esta vez –dijo. La sostuvo contra su pecho y cerró los ojos–. Que la Santa Cruz sea mi luz y que el Demonio no sea mi señor. Retrocede, Satanás. No me sugieras vanidades. Son malas las cosas que tú ofreces. Bebe tú mismo tu veneno.

Con un escalofrío, retrocedí. La habitación perdió luz. Kasinski, en cambio, brillaba. Se aproximó a Walter. De él salía una especie de líquido negruzco que se movía como el humo y se mezclaba con el aire.

–Yo que tú regresaría cuanto antes a mi cuerpo –me advirtió ella con voz queda, dándome la espalda–. No me detendrás si te quedas en tu forma incorpórea. A menos que quieras ser testigo de lo que le hago a tu *amigo*.

La palabra "amigo" fue una patada en el estómago. Demian era mucho más que un amigo para mí. Pero no pensaba aclarárselo.

Sin otra opción, salí corriendo del cuarto y me precipité a toda velocidad hacia la cama donde mi debilitado cuerpo descansaba. Me consideraba capaz de lo que fuera con tal de que no dañasen a Demian; capaz de cualquier cosa con tal de salvar su alma. Aunque, si hubiera podido elegir, habría poseído a cualquier persona en ese hospital antes que volver a ser yo. No obstante, el edificio aparecía vacío ante mis ojos.

Ignoraba si tendría fuerzas para levantarme de la cama, pero de todas formas me precipité sobre mí misma sin medir las consecuencias.



27
Despierta

Una marea de oscuridad me hundió en las profundidades de un mar que había olvidado cómo navegar. De pronto me encontré respirando, sin poder moverme, inmersa en una especie de soporífero trance.

¿Dónde estoy?

Mi cuerpo pesaba. Dolía. Solo quería dormirme y no despertar. Hice un esfuerzo por mantenerme consciente. Trataba de moverme, pero algo me aplastaba, me mantenía tumbada en esa cama. Una imagen me golpeó: aguas negras, heladas, arrastrándome hacia abajo. Nada sentía al recordarlo, como si no hubiese estado allí, sino en otra parte. ¿Cuánto tiempo había pasado desde aquello? No recordaba. O tal vez sí, pero me costaba pensar. La imagen de un hombre sosteniéndome me tomó por sorpresa. Me aferraba a su mano enguantada mientras jalaba de mí hacia arriba.

¿Había caído? ¿O alguien me había rescatado? Estaba confundida.

Lentamente abrí los ojos. La luz que entraba por la ventana me cegaba. Apenas lograba distinguir sombras y siluetas: una silla junto la cama, un aparato y, más allá, la puerta.

Tengo que salir de aquí.

No podía quedarme allí. Una urgencia desconocida me impelía a levantarme. Había algo que necesitaba hacer.

Concentré mi atención en los rígidos músculos de mis brazos y piernas. Apenas conseguía mover los dedos de la mano derecha. Lágrimas de impotencia caían a los costados de mi rostro e inundaban mis oídos. Nada escuchaba; no sabía si por haber perdido la capacidad o por la ausencia de ruidos. Abrí la boca y emití un sonido que no llegó a ser una palabra. Comprendí, entonces, que tampoco podía hablar. Tenía el estómago vacío, la garganta seca. Me costaba meter aire en mis pulmones.

Un nombre apareció en mi mente, junto con unos ojos verdes.

El eco de una voz grave invadió mis recuerdos:

“Me hubiera llamado Demian Krauss”.

Un cosquilleo recorrió mi pecho y se instaló a la altura de mi corazón. El pitido de la máquina que monitoreaba mis latidos se aceleró. Hasta ese momento, no la había oído.

Demian, quise decir.

Un gemido ahogado salió de mi boca. El pecho me dolía. Y la urgencia por abandonar la cama seguía carcomiéndome por dentro. ¿A dónde debía ir? Acababa de despertar; nadie me esperaba. Nadie me extrañaba. Nadie quería verme.

El eco lejano de un sueño que se desvanecía me hizo llorar:

“Mientras me quieras a tu lado, seguiré aquí”.

Me vi a mí misma corriendo por el pasillo, saliendo de una habitación en la que un hombre yacía inconsciente. Alguien atrapado en el rincón más apartado de su mente me necesitaba.

De pronto, la claridad me asaltó y comencé a recordar.

Kasinski. Así se llamaba la mujer que amenazaba su existencia. Armada con un crucifijo y una botella de agua bendita, pretendía exorcizar al espíritu maligno que poseía a ese hombre: un espíritu del que yo me había enamorado mientras me encontraba en coma. Su figura envuelta en sombras parecía extraída de un sueño distante e inalcanzable. Si no había sido real, ¿por qué, al recordar su nombre, se abría un hueco en mi corazón?

Me hubiera gustado seguir soñando con él.

Apenas percibía lo que me rodeaba. Me costaría recuperar las funciones y hacer uso completo de mis sentidos. Algo se había desconectado en mí y dudaba que fuese a repararse.

Miré hacia un costado. Una bolsa de suero colgaba vacía de un soporte. La aguja continuaba clavada en mi brazo, cuya piel se había teñido de manchones violáceos. Marcas de dedos se dibujaban alrededor de mis muñecas. Con esfuerzo, tomé la aguja y me la arranqué. Me sostuve del borde de la cama e intenté incorporarme como un cadáver ambulante. Reía por dentro al darme cuenta de que en mi estado ni siquiera conseguiría detener la puerta para salir. ¿Así pretendía parar a Kasinski?

Tal vez carecía de fuerzas, pero nada vencía a una voluntad inquebrantable.

Inspiré hondo y me quité los cables que me mantenían unida a esa máquina de monitoreo. Luego, me senté. Después de haber pasado meses sin moverme, me daba la sensación de que me quebraría en pedazos. Apoyé los pies descalzos en el piso e intenté incorporarme sujetándome del soporte del suero, pero este se movió y caí al piso. De milagro no me fracturé un hueso.

Necesitaba ayuda.

Balbuceé algo inentendible y busqué el soporte. Intentaba ignorar el dolor que recorría mi espalda, piernas y brazos. Nadie vendría a ayudarme. No sabían que había despertado. Cerré la mano alrededor del tubo de metal y traté en vano de levantarme. Tuve que arrastrarme por la cerámica fría.

Ya voy, Demian.

Avanzaba lentamente, insegura de poder lograr mi propósito. Temía que me descubrieran y me regresaran a la cama, que me sedaran, que llamasen a mis padres. Supuse que una enfermera vendría en cualquier momento para revisarme y cambiarme el suero. Debía apresurarme y llegar lo antes posible a donde mis instintos me llevaban.

Llegué a la puerta. Estiré el brazo y sujeté el picaporte. Cada segundo en mi cuerpo me hacía más consciente de mi entorno. La desorientación iba desapareciendo y los recuerdos de mi experiencia se sucedían uno tras otro. Ya no sentía presencias o fantasmas deambulando. El limbo había desaparecido con la luz del día.

La puerta se abrió, y arrastré mi ser por el corredor vacío. ¿Dónde se habían metido los médicos y las enfermeras? Suponía que esa área con pacientes en coma no era muy frecuentada. La calma me aturdía. Antes de llegar a la habitación que buscaba, una mujer de rostro familiar se acercó a mí con el ceño fruncido. Tardé unos segundos en reconocerla. Se agachó junto a mí y susurró:

–Así que esta eres tú. Ojalá te pudras en el infierno, igual que tu novio.

Le hubiera respondido si las palabras no se me hubiesen atorado en la garganta. Por algún motivo no salían.

–Eres tan patética como te imaginé. –Se levantó–. Agradece que nos encontramos en un lugar público.

Dio unos pasos en la dirección contraria a la que yo me dirigía.

–Es… pera –musité.

Creí que seguiría caminando, pero se detuvo.

–¿Qué quieres? –preguntó apuñalándome con los ojos.

–Walt…

–No te atrevas a pronunciar su nom…

–Fue tu padre –dije.

Una despiadada comprensión se adueñó de su semblante. Sus labios se tornaron blancos y apenas negó con la cabeza. Pero no dijo más. Simplemente se fue. Mis hombros se aligeraron al liberarme de ese peso. Ella necesitaba conocer la verdad

La voz de Kasinski raspó mis oídos desde el otro lado de la puerta entornada:

–… *quod aquae desinunt et omnes daemones eicite vitepretiosa…*

Apoyé la mano en la pared y, empujada por el deseo de ver a Demian, me levanté. El corredor daba vueltas. Caminaba sobre agujas que perforaban mis pies y hacían temblar mis piernas. Pero no dejé de avanzar, un paso a la vez. Me lancé sobre la puerta y, sosteniéndome de ella, entré.

Me recibió el silencio.

Norma, de pie junto a Walter, me miró con lástima.

–Llegas tarde. –Cubrió el rostro de él con la sábana que lo abrigaba–. Falleció.

La bilis subió por mi garganta. Si no me hubiera sujetado de la puerta, habría caído al piso. No supe de dónde saqué las fuerzas para mantenerme en pie.

La médium pasó a mi lado, sin siquiera verme. Ya no brillaba. Y del novio de Sandra no salía ningún humo espectral. Su cuerpo vacío yacía quieto en la cama.

–¿Qué le hizo? –pregunté con un hilo de voz.

–Lo envié donde pertenece. –Posó la mano en mi hombro–. Estarás bien ahora.

La vista se me nubló. ¿Cómo podría estar bien sin él? Esa mujer me había quitado lo único que le había dado sentido a mi vida y a mi muerte.

No pude seguir sosteniéndome.

–Llamaré a tus padres.



Pasé los siguientes días sin pronunciar palabra. No me apetecía hablar con nadie. No quería comer, dormir o hacer ninguna de las cosas que solían hacer los vivos. Solo me quedaba sentada en la cama con los ojos fijos en el vacío.

–Tienes que comer –gruñó mi madre, acercando a mi boca una cucharada de sopa de pescado–. Abre.

No reaccioné.

–Abre la boca. –Me sujetó con fuerza, metió la cuchara y golpeó uno de mis dientes.

Quise quejarme, pero no me salía la voz. El líquido quemó mi lengua.

–Pareces un bebé.

El médico le había explicado que tal vez nunca volvería a ser como antes; que necesitaba tiempo y rehabilitación. Había pasado casi un año en coma. Todos habían creído que quedaría como un vegetal.

Siguió dándome de comer, maldiciendo cada vez que no tragaba porque la sopa estaba demasiado caliente. Esta se derramaba por mi barbilla y ella ni siquiera la limpiaba. Continuaba introduciendo cucharadas en mi boca, ensuciándome y haciendo que me atragantara. Una vez vacío el cuenco, se levantó, me lanzó un trapo encima y salió de mi habitación.

Tengo sed.

A veces olvidaba darme de beber. Pero Tyler aparecía luego de que ella se marchaba y limpiaba los restos de comida, me traía agua y frutas frescas cortadas en trozos pequeños.

–Tienes que ponerte bien, Kelly –decía–. ¿Quieres agua?

Puso un vaso contra mis labios y vertió el líquido en mi boca. No como mamá. Ty era

cuidadoso conmigo, como si fuera a romperme. Tal vez, así era.

Transcurrieron seis meses antes de que volviera a hablar. Pero no caminaba. Mis piernas se negaban a funcionar. Mamá se había cansado de atenderme, pero seguía haciéndolo porque no quería contratar a nadie. Decía que no nos alcanzaba el dinero. Mientras tanto, siempre le descubría algún anillo nuevo de oro o plata. Los usaba junto al que me había quitado. El de mi abuela. Que se lo quedara, si quería. Yo no necesitaba nada.

Un día, Marta decidió visitarme. A partir de entonces, venía cada tarde y se iba al anochecer. Me decía que me había echado de menos. Yo también a ella. Me pregunté cómo se las habría arreglado sin Milton. En ningún momento pronunció su nombre mientras estuvimos juntas.

–¿Sabes? Una vez tuve un sueño extraño –dijo un día en el jardín. Ella tejía una bufanda lila, y yo leía cuentos de Lovecraft.

–¿Qué soñaste?

Ella era la única, además de Tyler, que me hablaba. Papá lo había intentado, pero casi nunca sabía qué decirme. Solo preguntaba si necesitaba algo o si estaba bien, y luego seguía trabajando.

–Soñé con Demian. –Sonrió–. Y contigo.

No me atrevía a preguntarle más. Tampoco era necesario. Estaba dispuesta a contarme, aunque eso la llevara a reabrir una herida que no acababa de sanar del todo.

–Él y tú eran novios. ¡Oh, Kelly! Tendrías que haberlo visto. Se llevaban tan bien… Eran tan lindos juntos.

No imaginaba cómo me rompía cada vez que lo recordaba. Me hubiera gustado confesarle que no se había tratado de un sueño ordinario. Pero no podía decirle que cada mañana despertaba esperando verlo a mi lado. Ella creía que no existía, que era un producto de su mente inconsciente. Cómo la envidiaba.

Varias veces me preguntó si recordaba algo del coma. Siempre le decía que no, aunque guardar el secreto de mi aventura en el limbo me pesaba en el corazón. Suponía que un día lo olvidaría, que mejoraría, que retomaría mi vida desde donde la había dejado. Pero eso jamás ocurrió. Después de volver a casa, mi mundo se volvió gris. Insípido. Sin sentido.

Sin Demian Krauss a mi lado, había olvidado cómo sonreír.

Un año después, seguía albergando la esperanza de que cuando llegara la noche, apareciera la sombra que me había acechado desde que tenía memoria. Había perdido la cuenta de las veces que lo había llamado antes de dormirme en la oscuridad; de las ocasiones en las que había despertado llorando porque lo extrañaba. A veces, me ponía delante del espejo esperando verlo. Lo buscaba en mis sueños y pasaba noches en vela con las luces apagadas, anhelando que apareciera con su capucha negra, dispuesto a llevarme con él.

Había desaparecido de la faz de la tierra. Ya nada me acechaba o, al menos, había perdido la capacidad de ver lo que otros no. Me preguntaba si Átropos seguiría tras de mí, si aquellos seres

oscuros continuarían rodeándome y si Demian estaría a mi lado, invisible. Me hubiera gustado que alguien me dijera que sí.

Le pedí a Marta que me regalara el osito de felpa que había comprado para su hijo, y que seguía sobre la cuna sin usar. Me lo dio sin preguntar nada. Tal vez sospechaba que durante mi coma lo había conocido, y por eso siempre preguntaba al respecto. Coloqué el animalito de peluche sobre mi cama y ahí lo dejé para que me hiciera compañía.



–Tienes visita –anunció mi madre una mañana, abriendo la puerta de mi dormitorio.

Por un segundo me esperancé. Mi vida social se limitaba a Tyler, que me hablaba sobre sus escritos y seguidoras, y a Marta con sus tejidos, pinturas y sueños. Mi cuerpo se tensó al reconocer el rostro de la mujer que me había obligado a volver a la vida.

–¿Qué hace aquí?

Kasinski se sentó a los pies de mi cama. Mamá cerró la puerta y nos dejó a solas, a pesar de mi expresión poco amistosa.

–Quería ver cómo estabas.

–No mienta. Quiere saber si lo he visto.

–¿Lo has visto?

–Usted lo exorcizó –me limité a decir. Me observaba con sus ojos de cuervo, esperando algo de mí que no tendría–. No lo he vuelto a ver.

–Bien. –Sonrió–. Es lo que necesitabas. Liberarte de esa oscura entidad para que pudieras…

–¿Qué? –exclamé irritada–. ¿Seguir con mi vida normal? ¿Ser feliz? Eso nunca va a pasar, señora. Míreme. ¿Usted cree que retomaré una vida que nunca he tenido? Lo único que me ha hecho feliz, aunque usted no lo crea, ha sido conocer a Demian.

Sus cejas se arrugaron. ¿Acaso pretendía que le diera las gracias por habernos separado? Lo había enviado a quién sabía dónde. A mí me había confinado de nuevo en mi cuerpo. Tenía ganas de hacerle daño por el sufrimiento que nos había ocasionado. Porque no todo en la vida se reducía a “blanco” o “negro”. Los tonos de gris existían, y Demian y yo estábamos parados sobre ellos.

–Ya habrá alguien más –dijo, como si sus palabras me consolaran–. Hay muchos peces en el mar, Kelly. Peces de colores. No necesitas ir a las profundidades de un abismo para buscar el más peligroso de todos.

Me palmeó una pierna. Deseé arrancarle la mano.

–No me toque –siseé, posando los ojos en mi pececito, que nadaba alegremente en su pecera–.

Yo no soy un lindo pez dorado. Soy una barracuda.

–Querida…

–No me llame “querida”. Tal vez no debimos poseer a Walter y Sandra, pero jamás los dañamos. Solo queríamos amarnos como las personas reales, aunque fuese una vez. No sabía que seguía viva, pero, de haberlo sabido, nunca hubiera vuelto a mi cuerpo y dejado a Demian.

–Lamento oír eso. Sabes que mi intención fue buena. Quería liberar a Walter, limpiar la casa de Marta de la energía negativa y… ayudarte a ti.

–Ha hecho un estupendo trabajo –contesté con sarcasmo.

Se levantó.

–Tal vez pueda ayudarte, si me lo permites.

–¿Va a hacerme un exorcismo? –La idea no me pareció mala. Así, quizá, pudiera ir donde lo había enviado a él y rescatarlo.

–¡¿Qué dices?! No, criatura. Eso es imposible. Impensable. –Sacudió la cabeza–. No puedo exorcizar un alma de su propio vehículo carnal. Además, si funcionara, sería asesinato. Solo existe una criatura que puede separarte definitivamente de tu cuerpo, y lo sabes. Sin embargo, hay otra cosa que puedo intentar –agregó–. Trataré de comunicarme con él. Con Demian.

–¿En serio lo haría?

Noté un ligero temor en su expresión. Pero no de Demian, sino de lo que yo podría hacer si no me ayudaba.

–Necesitaré algo suyo para entablar el contacto.

–Él no nació. Nunca tuvo nada.

–¿Estás segura? –preguntó tomándome de las manos.



28
Desesperación

–¿Se refiere a mí?

–Creí que te olvidarías de él en cuanto despertaras del coma. Por lo general, esas experiencias fuera del cuerpo no se recuerdan. Pero cuando apareciste en la habitación de Walter, me di cuenta del profundo vínculo que compartías con el hijo de Marta. Algo los une más allá de la vida, ¿no es así?

–Un hilo rojo que ata nuestros corazones.

Ella asintió con entendimiento. Tal vez, quería reparar el mal que nos había causado.

–Ve esta noche a la casa de Marta. Contactaremos a Demian.



Esa tarde me puse un vestido negro y me maquillé ante el espejo de mi habitación, cosa que no hacía desde antes del coma. Al terminar de arreglarme, sentí un jalón en el pecho. ¿Demian tiraría del hilo que nos unía? Deseando verlo, apoyé mi mano en la fría superficie donde solo aparecía mi reflejo. Pero él no apareció ni aparecería.

–Demian, ¿dónde estás?

El espejo se resquebrajó debajo de mi mano.

–¿Quién se murió? –preguntó Tyler en tono de broma, entrando en mi cuarto–. Parece que fueras a un funeral.

–Sabes que me gusta vestir así.

–¿Qué le pasó al espejo? –Lo señaló–. ¿Se rompió cuando te viste en él?

–Muy gracioso. Acompáñame a la cocina. –Salí de la habitación, preguntándome si el espejo roto sería una señal.

Mamá se alegraba de que yo saliera de casa. Incluso había horneado una tarta de manzana. Le pedí un cuchillo para probarla y, sin querer, me corté un dedo al tomarlo.

–Estuviste en coma casi un año. Un poquito de sangre no es nada, ¿verdad? –Sonrió mientras yo me llevaba el dedo a la boca–. Por suerte no manchaste la tarta.

Ty me colocó una venda, y ella me trenzó el cabello para que luciera presentable, a pesar de que yo ya me había peinado.

–Te hará bien tomar aire –dijo colocando la tarta en mi regazo–. ¿Puedes ir sola?

–Supongo. –Me encogí de hombros, sin esperar nada más de su parte. No le expliqué para qué visitaría a la vecina. Nunca lo hubiese entendido.

Cerró la puerta una vez que salí al jardín. Una ligera brisa me hacía llegar el perfume de las rosas. El sol no se había ocultado, pero los faroles ya iluminaban la calle, bajo el cielo teñido de rosa y anaranjado. A pesar de que no existía mucha distancia entre las casas, tardaría unos minutos en llegar, porque mis brazos se cansaban pronto de empujar el peso de la silla de ruedas. Aún no caminaba. No tenía voluntad para volver a levantarme. Además, ya no sabía cómo lidiar con la vida ni me importaba hacerlo.

En cuanto Marta abrió la puerta, el gato se escabulló entre sus piernas.

–¡Peluso! –Lo atrapó y trató de volver a meterlo en la casa. Sin embargo, el animal se sacudió, la mordió y salió corriendo–. Estuvo todo el día tratando de escaparse. No sé qué le pasa. Él no es así.

–Debe haber gatas en celo.

Durante la cena, al fin me atreví a contarle que había visto a su hijo mientras estaba en coma. Tal vez debí haber escogido otro momento, pero esa noche Kasinski lo mencionaría. Prefería ser yo quien se lo dijera. Le relaté cómo me había ayudado y que se había quedado conmigo todo el tiempo. Fue lindo ver la emoción en los ojos de Marta. En especial cuando mencioné cuánto extrañaba a Demian. Por supuesto, omití algunos detalles. No hacía falta que ella supiera sobre su falta de rostro, las posesiones, la muerte de Milton o el hecho de que su hijo me sacara de mi cuerpo antes de tiempo. Tampoco hablé de las Keres, las sombras, las Moiras o el exorcismo.

–¿Cómo es él? –preguntó con curiosidad.

–Adorable, aunque le gusta exasperarme.

–¿Está aquí ahora con nosotras? ¿Puedes verlo?

–No, él…

El timbre me interrumpió. Marta corrió a abrirle a su amiga con el entusiasmo de una adolescente, y uno de los portarretratos que adornaban la repisa junto a la puerta del comedor salió volando y se estrelló contra el piso. Me acerqué. Con dificultad, lo levanté sin darme cuenta de que la sangre había traspasado la venda de mi dedo y manchaba el vidrio roto. Tras este, reconocí dos rostros ensangrentados y distorsionados por las rajaduras: el de Marta y el de Kasinski. Sonreían.

–¿Están listas? –preguntó la médium, sin preámbulos, cuando entró. Sus palabras me

provocaron un escalofrío.

Por lo general, le resultaba sencillo entablar contacto con los espíritus. Pero, según nos informó, Demian se había alejado demasiado y necesitábamos unirnos para llamarlo o no respondería. Me hubiera encantado delatarla con Marta, pero esa mujer era la única que podía ayudarme a encontrarlo.

–Dame la mano, Kelly –solicitó cuando nos sentamos ante la mesa–. Marta, tú también. Necesito tocarlas a ambas. Ustedes son lo único que une a Demian a este mundo.

Marta me dirigió una mirada extraña. Al parecer, era la primera vez que se lo pedía.

–Marta –dijo Kasinski con voz grave–. Alguien quiere hablar contigo. No es tu hijo.

–¿Milton, eres tú? –susurró, tocándose el pecho.

–No lo invoquen –dijo la médium con dificultad–. No lo llamen. No hablen con él.

Las tres nos miramos en silencio, esperando que dijera algo más. Sabíamos que Milton seguía con nosotras. Su perfume flotaba en el ambiente. Lo que no entendíamos era por qué nos prohibía llamar a su hijo.

Marta se atrevió a romper el silencio luego de diez minutos:

–¿Por qué no quieres que lo llamemos? Kelly necesita hablar con él, y yo también. Es nuestro hijo, Milton.

Kasinski se sacudió en la silla como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

–¿Estás bien? –preguntó Marta.

La médium torció la cabeza y una voz grave, inhumana, resonó a través de su garganta:

–*Eso* no es mi hijo. No es mi hijo. No es mi hijo.

Espantada, Marta se cubrió la boca. Enseguida, su amiga se recompuso. Inspiró profundamente y bebió un sorbo de agua como si no hubiera pasado nada.

–No te alteres. En el mundo espiritual, no todas las almas se ven como nosotros. Milton jamás había visto a su hijo. Lo asustó que Demian no tuviera…

–Rostro. Nunca tuvo rostro –añadí–. Lo siento. Debí mencionarlo antes. Él nunca llegó a nacer, por lo que jamás tuvo un cuerpo ni un rostro con el cual identificarse. Ese chico que tú pintaste… Se lo mostré. Y le gustó. Así se muestra ahora.

–Mi niño –musitó mi vecina al borde de las lágrimas.

–Milton no está feliz –comentó la médium–. Tal vez deberíamos terminar por hoy. Es obvio que Demian no será fácil de contactar.

–Porque usted lo expulsó –la acusé, poniéndome de pie a pesar de mi debilidad. Me acerqué a las escaleras con pasos tambaleantes–. Deberíamos ir a su cuarto.

Marta me siguió de cerca. Preguntó en voz baja cómo sabía de la existencia de esa habitación.

–Demian me la enseñó cuando me reveló su identidad. Es un poco dramático.

Entramos y cerramos la puerta con llave.

–Milton no vendrá –aseguró Marta–. Siempre se negó a pisar este cuarto.

–Bien, entonces, comencemos. –Kasinski nos tomó nuevamente de las manos–. Invocaremos a Demian.



Sesenta años después

–¿Qué pasó en esa habitación, Kelly? –preguntó el psiquiatra.

Durante años me habían interrogado sobre lo ocurrido en la casa de Marta aquella noche. Mi respuesta fue la de siempre: ninguna. Me quedé observando una mancha de tinta en el bolsillo de su guardapolvo. Mechones grises caían apelmazados sobre mi rostro. No recordaba la última vez que me había cepillado el pelo o había usado perfume. Ya no caminaba y apenas balbuceaba. No había vuelto a ver a mis padres ni a mi hermano desde aquella noche. Ni siquiera me habían dejado ir por mis cosas a casa.

–*Necesito ayuda. Creo que están muertas* –le grité a mi padre cuando atendió el teléfono.

Tuvo que tirar abajo la puerta de la habitación, porque seguía cerrada con llave y yo no me atrevía a tomarla del bolsillo de Marta.

Se arrodilló ante mí y me zamarreó fuerte.

–*¡Qué hiciste! ¡Qué les hiciste, Kelly!*

Yo no podía dejar de ver sus cuerpos retorcidos, sus bocas abiertas en expresión horrorizada. Sesenta años después, aún continuaba viéndolas en mi mente.

Nada. No les había hecho nada. Pero nadie me creería, así que solo guardé silencio.

–Te encontraron encerrada en un cuarto con Norma Kasinski y Marta Krauss –leyó el psiquiatra–. Las dos, muertas. El forense determinó que habían sido atacadas por un animal salvaje, pero el único animal que encontraron cerca de la casa fue ese gato viejo. Tú fuiste la única que salió de allí con vida y sin un solo rasguño. Estuviste con ellas cuando murieron. ¿Qué les pasó, Kelly? ¿Qué les hiciste a esas mujeres? Porque si de algo estoy seguro es de que las asesinaste tú. ¿Quién más pudo haberlo hecho? Lo que no comprendo es cómo. Tampoco encontraron el arma homicida. Por el tipo de heridas, supongo que fue un guante con cuchillas, como ese que usa Freddy Krueger. ¿Me equivoco?

Ningún ser vivo podía entrar en contacto con Demian. Cualquiera que lo intentara sería detectado por las criaturas que lo vigilaban. Norma no sabía. Ninguna de nosotras tenía idea del peligro que corríamos al tratar de conectarnos con él. Pero ¿de qué servía contárselo a este hombre o a cualquier otro? Durante años había intentado que alguien me creyera. Ni mi propio

padre me había escuchado cuando había intentado decírselo.

Loca. Así me llamaban todos.

Rasqué la cicatriz de mi muñeca. Picaba. No dejaba de rascarme a pesar de la sangre. Con las vendas se hacía más difícil. Siempre las arrancaba con los dientes; así conseguía quitármela para seguir haciéndome surcos en la piel. Surcos profundos que los médicos se empeñaban en sanar.

–Si no dejas de lastimarte, tendré que atarte de nuevo, Kelly. ¿Eso quieres? –masculló una enfermera de pelo naranja, sujetando con fuerza mis muñecas. Con la misma violencia las soltó. Hizo que me golpeara las manos contra la silla de ruedas.

El hombre de la mancha de tinta en el bolsillo se agachó ante mí. Apoyó una mano en mi pierna, como si tocarme hiciera una diferencia.

–¿Por qué no me cuentas lo que pasó el día del incidente? –Sonrió.

Tenía mal aliento.

–Es inútil. Esta vieja no hablará –dijo la enfermera–. Ni siquiera se queja cuando la toco con el cigarrillo.

Apoyó la punta de su cigarrillo recién encendido sobre mi antebrazo. En mi delgada piel se formó una marca redonda y roja. Dolía, pero no podía demostrarlo. Ya ni siquiera era capaz de llorar.

–¿Qué hace? –inquirió el loquero–. No se puede fumar aquí. Apague eso.

–Solo le demuestro que no vale la pena hablar con ella. –Tiró el cigarrillo al piso y lo apagó con la zapatilla–. Se ha ido lejos, muy lejos, doctor. Puede hacerle lo que quiera. Nunca lo delatará.

Le dirigí una mirada rencorosa y volví a rascar mi muñeca.

–Te dije que no hicieras eso. –La mujer golpeó mi mano–. Me volverá loca. ¿No tiene algo para que deje de rascarse? Mire lo que hace.

Elevó mi brazo y le mostró la sangre que traspasaba la venda. Él la quitó y me examinó con cuidado, sin tocar. Siempre imaginaba que mis venas se salían de mi brazo y formaban una extensa red que me mantenía atada a este mundo. Necesitaba librarme de ella para ser libre.

–¿Se hizo esto con las uñas? –preguntó él.

Una lapicera dorada sobresalía del bolsillo de su bata. La observé con detenimiento mientras hablaban de mí.

–Uñas, dientes, cualquier objeto cortante –contestó la enfermera–. Tiene una compulsión. Ha tratado de cortarse las venas con lo que sea desde que ingresó al hospital. Por eso ha pasado mucho tiempo atada.

Le arrebaté la lapicera al médico y la clavé en mi muñeca.

La enfermera gritó.

–¡Dios! –escapó de la boca del psiquiatra. Me la quitó y la arrojó al piso.

Sangre. Había mucha sangre. En mi brazo. En mis piernas. En todas partes.

–¿Ahora ve con lo que debo lidiar a diario? –se quejó la mujer.

Déjenme irme. No quiero estar aquí.

El doctor abrió su armario y hurgó dentro. Se acercó con una jeringa y me inyectó en el brazo. De inmediato, la habitación y todo cuanto había en ella se nubló.

No me gustaba que me sedaran. La realidad se desdibujaba y las personas dejaban de serlo. En ocasiones, notaba sombras pegadas a ellos como parásitos o gente pálida siguiéndolos de cerca. Caminaban sin hacer ruido. Sin hablar. A veces, me miraban y ponían el dedo índice sobre sus labios, en un pedido de silencio. Se movían entre los vivos como si formaran parte de ellos, pero ya habían sido devorados por las sombras. Muchos habían perdido la voluntad. Se desplazaban por inercia, porque eso habían hecho cuando vivían. Yo solo me limitaba a observar, no interactuaba con ellos. Y ellos se mantenían alejados de mí.

Bajo el efecto de las drogas, percibía cosas que durante el día permanecían invisibles para los ojos comunes; casi siempre, aterradoras. En un par de ocasiones, me había movido sin moverme en realidad. A veces me sacudía o gritaba, sin llegar a desprenderme del cuerpo físico. Quería salir. Cuando aprendí que eso llamaba la atención de las sombras, dejé de hacerlo y me mantuve quieta para que no me vieran. Quería pasar desapercibida para ellas. Así, mis músculos no tardaron en atrofiarse. Me mantenían demasiado tiempo atada o sedada como para volver a ser la de antes.

Desde que estaba en la clínica, había perdido la noción del tiempo. Las horas, los días, los años se iban, uno tras otro; y cada uno me parecía exactamente idéntico que el anterior. Mi único entretenimiento consistía en mirar un árbol que crecía detrás de los barrotes de la ventana de mi cuarto. El cambio de color en sus hojas iba indicándome la época del año. Cuando quedaba desnudo me ponía triste, porque recordaba mis paseos por el parque con la cámara de fotos en la mano, antes de caer del puente. Antes de conocer a Demian. ¿Algún día volvería a verlo o solo había sido una creación de mi mente enferma, como me habían dicho? ¿Algún día sería libre?

Me desesperaba no poder hablar, no poder levantarme, no poder morir. Apenas me respondía el cuerpo. No soportaba el encierro dentro de esas paredes descascaradas, viendo cómo las cucarachas trepaban por mis piernas inútiles. Tampoco los maltratos a los que me veía sometida. A veces, las ganas de orinar me despertaban a mitad de la noche, pero no podía llamar a nadie, tampoco ir al baño sola. La mujer que me cuidaba recién venía a verme al amanecer y me llamaba “sucia” cada vez que me encontraba orinada. A veces me dejaba mojada durante todo el día para que aprendiera la lección. Se reía de mí. Decía que una asesina como yo merecía lo que me estaba pasando.

La historia de que yo había matado a Marta y a Kasinski se había propagado por los muros del hospital. Pocos se atrevían a hablarme, a pesar de mi edad y deterioro. Casi nadie me trataba

bien, ni siquiera yo misma. Cada dos o tres años, cambiaban a la persona que me cuidaba. Enviaban a alguien joven, con energía y ganas de ayudarme. Alguien que no conociera la historia de mi pasado. Pero pronto les contaban lo que yo había hecho, y ya no seguían tratándome igual.

Una tarde, en el consultorio del médico, una silueta vaporosa se formó detrás de mi nueva enfermera. La chica se había puesto a limpiar mi herida mientras hablaba con el doctor. Acababan de inyectarme porque me había vuelto a lastimar. De un momento a otro, dejé de comprender sus palabras. Los sonidos que salían de su boca viajaban por el aire, entremezclándose difusos. Fue entonces que vi en su espalda una sombra. Atrapaba los finos hilos de luz que, aunque poco intensos, salían de ella. Los succionaba y extinguía igual que una sanguijuela hacía con la sangre. Me preguntaba si eso había estado haciendo Demian conmigo cada vez que me tocaba. Kasinski me había dicho que se alimentaba de mí.

La figura vaporosa cobró densidad. Su delgado brazo se alzó hacia delante y me señaló, sin producir sonido. Era a mí a quien buscaba. No necesitaba estar drogada para notar su presencia. Había empezado a sentir el frío desde hacía días. Despertaba a mitad de la noche y encontraba una punta del manto raído apoyado a los pies de mi cama. La figura siniestra aparecía en el vacío del cuarto cuando las luces se apagaban. No se comunicaba conmigo, porque Átropos no hablaba como las otras Moiras. Pero yo sabía lo que quería.

El médico le pidió a la enfermera que me llevara a mi habitación. Después de la inyección, el cuerpo me pesaba, me quedaba dormida. Mi cabeza caía hacia delante y el pelo me cubría el rostro. Sabía que mis párpados estaban cerrados, no obstante, veía. Y podía dirigir la mirada a la derecha, izquierda, incluso hacia atrás; mas no era capaz de abandonar la silla.

La enfermera me dejó en mi habitación y cerró la puerta. La luz del día se desvaneció y el cuarto fue poseído por la penumbra. La presencia que me seguía se mantuvo de pie junto a la puerta, igual que un perro hambriento espera que su amo acabe de comer para que le aviente un hueso. Alcé la cabeza y, por primera vez en muchos años, sonreí.

Ninguna sombra había entrado. Todas se apartaban de la muerte.

Si estaba aquí era porque había respondido mi llamado.



29
El beso de Thánatos

Una figura encapuchada de grandes alas negras iba cobrando nitidez a medida que el sol se ocultaba. La oscuridad de su manto extendió sus hilos alrededor de mí, y ya no hubo rincón del cuarto que no estuviese dominado por la noche. Todo desapareció. La muerte se arrastró hacia mí, rotunda. Jamás la había tenido tan cerca. Había algo hermoso en su forma de moverse y confundirse con las sombras. Se asemejaba a una medusa.

Extendió una de sus manos invitándome a ir con ella. Pero aún no había cortado el hilo que me mantenía unida a mi cuerpo. No vi tijeras u hoz. Suponía que aguardaba una respuesta de mi parte. Me parecía extraño que no se mostrara como cuando me cazaba en el limbo. Esta figura amortajada y taciturna no parecía tener ninguna prisa por llevarme.

–Hace tiempo que te espero, Átropos –dije para romper el silencio.

Por alguna razón, no le temía. Ansiaba ir con ella y liberarme de todo el sufrimiento que cargaba. La vida a la que había regresado ya no era la mía. La mujer de la silla no era yo. Me desconocía.

–¿Puedes llevarme con Demian?

Su cabeza se torció hacia un costado. En ningún momento vi su rostro, cubierto por una oscura capa de tinieblas. Me recordaba a Demian cuando acababa de conocerlo; cuando se hacía llamar “Shaw”. A pesar de los años que habían transcurrido desde la última vez que nos vimos, no dejaba de recordarlo cada día.

–Debí haber muerto en aquel hospital, ¿no? Mientras estaba en coma. Por eso me perseguías. Sé que no se trataba de una Ker. Ellas asustan. En cambio, tú…

Demian no la había dejado acercarse a mí. La había retenido en su sueño.

–¿Puedes matarme ahora?

Su cabeza se movió hacia la derecha, luego a la izquierda. Decía que no.

–¿Por qué no? Mírame. Estoy destrozada. Solo tendrías que cortar el hilo de plata con tus tijeras. –Me levanté. Mi cuerpo permaneció sentado, con el rostro vuelto hacia abajo. Mis piernas

habían adelgazado tanto que no hubieran sido capaces de sostener mi peso. Mis brazos daban lástima, llenos de moretones y heridas. La bata blanca estaba sucia. El pelo canoso, enredado–. Eso no soy yo. En lo que a mí respecta, fallecí a los diecinueve años.

Avancé hacia Átropos. Sus ojos brillaban bajo el manto, estudiándome. Cuando acerqué mi mano, no hizo nada. Ni siquiera se movió. Necesitaba verla. ¿Sería como Demian, una presencia oscura? Aparentaba ser una figura de piel y huesos, un cadáver ambulante.

Sin pensar si realmente estaba lista para enfrentarme a su verdadero rostro, le quité la capucha.

–Demian –jadeé al encontrar su rostro sonriente.

No podía ser él. Era imposible que Demian Krauss fuese la muerte, por muchas razones. Aunque cada una de ellas se desvaneció de mi mente. En los segundos que siguieron, fui incapaz de pensar. Jamás lo había visto tan hermoso. Un atisbo de la eternidad se reflejaba en sus ojos. No sabía qué sentir.

Su voz grave me sacó de mi trance:

–La muerte luce diferente para cada persona.

Arrugué el entrecejo mientras intentaba descifrar su frase, y la decepción se adueñó de mí.

–¿No eres él?

¡Por supuesto que no lo era! Pero quería soñar, ilusionarme de nuevo.

–Cuando la hora se aproxima, quien está a punto de morir ve en mí lo que espera encontrar en el más allá –respondió, contemplando mi cáscara vacía.

–¿Estoy muriendo?

–Pronto.

Se aproximó a mi cuerpo y posó la mano en mi cabeza con una expresión de ternura que me anudó la garganta.

Mi cuerpo cayó al suelo. Convulsionaba. Mis ojos se voltearon hacia atrás. Mordí mi lengua y mi boca se llenó de sangre. Me ahogaba. No podía respirar.

–¿Qué me estás haciendo?

–Nada. No fui yo quien te hizo esto. –Se apartó de mí–. Es hora, Kelly Wagner.

–¿Y tus tijeras? –No podía dejar de mirarme.

–No tengo. El hilo que te une a tu cuerpo se desintegrará cuando te toque. –Se acercó a mi yo fantasmal y sostuvo mi rostro con ambas manos–. Te prometo que no dolerá.

Fijé mi atención en sus labios entreabiertos. No era Demian, pero lucía igual a él. Solo Dios sabía lo mucho que me atraía. Cerré los ojos. Extrañaba su calor, la corriente que me transmitía cada vez que me tocaba. No sentí eso con el gélido beso de la muerte.

No sentí nada.

Cuando nos separamos, la certeza de que mi vida había acabado me golpeó con fuerza. Esbocé una sonrisa al darme cuenta de que había rejuvenecido. Había vuelto a ser yo misma.

–Gracias.

–¿Deseas ver a alguien antes de irte? –preguntó.

–Solo a una persona.

No necesité decir su nombre. Él ya sabía.

–Ven conmigo.

Viajar con la muerte no era como viajar con un fantasma. Ni siquiera noté el cambio de locación, hasta que me encontré frente a un hombre mayor que escribía en su computadora.

–Esto no me gusta. Mejor me tomo un descanso –dijo frotándose la nuca.

Se desperezó y se puso de pie.

El Tyler que yo había conocido, ese niño pequeño, ya solo existía en mi memoria. Me despedí de él con nostalgia, sabiendo que no volvería a verlo nunca, y de nuevo centré mi atención en la presencia que me acompañaba.

–¿Estás bien? –preguntó.

Asentí sin mirarlo a los ojos, porque persistía mi impresión de hallarme ante Demian. Incluso me daban ganas de abrazarlo. Me hubiera gustado decirle lo feliz que me hacía ver ese rostro que tanto amaba.

–No puedo creer que esté hablando contigo. Te tenía tanto miedo…

–Todos se asustan al verme, hasta que me acerco lo suficiente. Entonces, dejan de temer. Pero esta apariencia es solo una ilusión.

–¿Cómo eres?

–Será mejor que no lo sepas. –Sonrió–. Este lindo rostro es lo que impide que huyas de mí.

Azúcar para las moscas. Eso era. Usaba las ilusiones como trampa para que las almas a punto de morir se le acercaran.

–No escaparé.

La imagen fugaz de su verdadero aspecto me hizo caer sentada. Volvió a ser Demian antes de que llegase a gritar; antes, incluso, de que llegara a comprender lo que había visto. ¿Qué era esta criatura tan aterradoramente hermosa?

–Sabía que no era buena idea –comentó mirando por la ventana.

–Creía que las Moiras eran mujeres.

–No soy una de las Moiras. Mi nombre es Thánatos.

Thánatos. El dios de la muerte pacífica. Agradecía que fuera él quien viniera a buscarme, y no una de esas horrendas criaturas de dientes afilados que se devoraban a los muertos.

–¿Te has enamorado alguna vez? –solté de pronto, con la intención de expresarle lo que Demian significaba para mí y entendiera por qué quería ir a buscarlo.

–Kelly, la muerte no puede enamorarse –aseguró con una expresión de nostalgia que no supe si imaginaba.

–Tengo que ir por Demian. Lo amo. ¿Puedes llevarme con él?

Necesitaba saber qué le había ocurrido. Llevaba años tratando de morir con el único objetivo de encontrarlo. Imaginaba que Kasinski no lo habría enviado al paraíso.

–Nadie puede llevarte con él –susurró con voz ronca–. Ni siquiera yo.

Me decepcioné. Si la muerte no podía llevarme, entonces, ¿quién?

–Pero puedo explicarte cómo entrar –agregó.

–¿Dónde está?

–El inframundo.

–Supongo que debe haber muchas almas allá –sugerí.

–Más de las que seas capaz de contar.

–¿Cómo voy a encontrarlo?

–Láquesis los ha unido, así que no te será difícil. Solo debes seguir el hilo. –Señaló mi pecho–. Lo complicado será sacarlo.

–Haré lo que sea.

–No lo dudo. –Me sonrió–. Aunque hay un pequeño detalle.

Guardé silencio y lo miré fijo, como si pudiera indagar en su mente con solo verlo y descubrir lo que no decía. Pero no encontré nada más allá de su máscara. Aunque se pareciera a Demian, detrás de su apariencia seductora seguía siendo una criatura temible.

–No depende de ti –explicó–, depende de él. De que quiera ser salvado. Para sacar a tu novio del infierno, Kelly, tendrás que convencerlo de nacer. No existe otra manera.

–¿Cómo se supone que voy a hacer eso?

Mi idea no era que él naciera, sino que pasara la eternidad conmigo.

–Solo así quedarán libres –informó, sin responder mi interrogante–. Cloto los enviaría a sus nuevos cuerpos, una vez que se lancen al río. Es la única capaz de ayudarlos a salir. Ella es la más poderosa de las Moiras: la que hila la hebra de la vida.

–¿No existe alguna puerta oculta hacia el limbo que podamos cruzar?

Nadie nos aseguraba que continuaríamos juntos si aceptábamos la ayuda de Cloto. Existía la posibilidad de que nunca volviéramos a encontrarnos.

–Lo siento. No hay otra salida.

–Tiene que haber alguna manera de liberarlo sin que nazca.

–No para quien durante tanto tiempo se hizo llamar Shaw. Ha robado demasiadas almas como para que las Moiras decidan dejarlo en libertad en el limbo. Si no acepta las condiciones, la sombra deberá quedarse en el inframundo para siempre.

–¡Pero lo envió Kasinski! –me quejé–. Y él no es una sombra. Es un alma. Se llama Demian. No *Shaw*.

–Kelly… –Thánatos apoyó la mano en mi hombro. Su toque me congeló al igual que sus

palabras–. Hace mucho que dejó de ser un alma.

No era cierto. Mentía. Por un instante, algo dentro de mí preguntó si realmente valía la pena que me arriesgara por él, cuando ni siquiera estaba segura de que me amara.

–No es malo –susurré, en parte, para convencerme a mí misma.

¿Y si me equivoco? ¿Si siempre estuve equivocada?

Seguiría mi camino sin mirar atrás. Me olvidaría de él, de que alguna vez lo conocí, y nacería de nuevo.

Me preguntaba por qué Láquesis nos había atado el uno al otro con su hilo rojo si nuestro amor estaba destinado al fracaso. Quizá, no todas las historias debían acabar bien, y no todas las almas merecían ser felices. Quizá, yo era una de ellas. Suponía que Thánatos no conocería la respuesta. ¿Qué podía saber la muerte acerca del amor? Me mordí el labio en un intento por mantener la boca cerrada ante mis pensamientos caóticos. No obstante, el ser delante de mí se dio cuenta de mi preocupación. Nada pasaba inadvertido para él. Los ojos de la muerte lo contemplaban todo.

–¿Qué pasa?

–Me estaba preguntando… –dije pensativa– por qué la Moira del destino me habría unido a Demian. Sé que probablemente no tengas idea de la razón. Es que me resulta raro que Láquesis me haya emparejado con alguien que no es como yo.

Su expresión de sorpresa me dejó perpleja. Abrió la boca un par de veces, pero se abstuvo de contestar. Parecía tan confundido como yo.

–Está bien, no tienes que decirme nada –comenté.

Su pregunta me descolocó:

–¿Por qué dices que no es como tú?

–Porque él… –Me quedé pensando un rato–. Dijiste que era una sombra. Que no era humano. Y yo lo soy.

Esperé que soltara alguna gran frase significativa, un pensamiento profundo y difícil de entender. En cambio, dijo:

–A Láquesis le falta un tornillo. No soy quién para juzgarla, pero algunas de las almas que ella quiere ver juntas terminan mal. No digo que este sea el caso. Solo te advierto. Todo este asunto de las llamas gemelas es complicado. Pueden pasar vidas sin encontrarse, y pueden perderse el uno al otro tantas veces como sea posible. He visto tantas vidas perdidas por su causa…

–¿Como la mía?

Meneó la cabeza.

–No eres suicida, Kelly, sin importar cuántas veces hayas llamado a Átropos ni cuánto desearas morir. Jamás te arrojaste de ese puente. Tu intención era recuperar algo valioso para ti. –Sacó el anillo de mi abuela de su manto y lo depositó en mi palma, sin tocarme.

–¿De dónde lo sacaste? –Lo puse en mi dedo.

–Se te cayó por ahí. –Su sonrisa enigmática me turbaba.

¿Demian? ¿Eres tú? Lo interrogué con la mirada. No se dio por aludido.

Si de verdad fuera él me lo haría saber, ¿cierto?, pensé buscando un gesto, una palabra que lo delatara. Esperaba que me llamara "Mariposa", pero no lo hizo.

–¿Quieres una prueba de que no soy él? –preguntó de pronto–. Por cómo me ves, juraría que mueres por besarme.

–Eso es algo que él diría.

–Lo sé. –Colocó la mano helada en el centro de mi pecho–. Hay una manera infalible de demostrarte que no soy tu… amado.

–¿Qué vas a hacerme? –No me atrevía a respirar siquiera. No es que lo necesitara, pero continuaba haciéndolo. También percibía los erráticos latidos de mi corazón, ahora inexistente.

–Tranquila. –Localizó el punto exacto y sacó el fino hilo–. ¿Ves esto?

Asentí con nerviosismo mientras se colocaba tan cerca de mí que ya no quedaba el mínimo espacio entre ambos.

–Busca el mío –pidió.

–¿Q-qué?

Tomó mi mano y la apoyó sobre su pecho.

–El hilo. Búscalo.

En ese momento, el terror de encontrarlo me invadió. Un nudo se formó en mi estómago, provocado por su cercanía. No respiraba como yo. No había latidos en su pecho ni nada que evocase la vida. Su belleza sobrenatural me mareaba. En el fondo de mi ser, sabía quién era. Sin embargo, necesitaba una prueba tangible de ello para que mis emociones no se desbocaran.

Hice lo que me indicó: busqué un hilo rojo en el centro de su pecho.

Y lo encontré.



30
Inframundo

–Nunca dejes que el amor nuble tu buen juicio –sentenció Thánatos con la cabeza gacha.

Seguí con los dedos el hilo que salía de su pecho. Estaba cortado. El mío, en cambio, continuaba y se volvía invisible. En el otro extremo se encontraba Demian.

–Ahora lo sabes –dijo–. Aquel tipo no soy yo, aunque me gustaría serlo.

¿Thánatos me coqueteaba? ¿Cómo esperaba que reaccionara? No me dio tiempo de responder.

–Ningún alma está unida a mí –continuó–, porque no existe nadie capaz de soportar el peso de mi oscuridad. Ya no. Si la hubo en un tiempo pretérito, su hilo también ha sido cortado. Por mi propia mano. Nunca dejaré que Láquesis controle mi destino.

Me dio la espalda. Pensé que se iría, que me abandonaría. En cambio, murmuró:

–Espero que no te cruces con ella.

–¿Con Láquesis?

–Con la que antes estuvo atada a mí. Se quedó con mi hoz. Si llegas a verla, huye –advirtió.

–¿Por qué debería huir?

–Los últimos milenios, desarrolló cierto gusto por la sangre. Pero no te preocupes, está dormida. Con respecto a Shaw…

–Demian –lo corregí–. Lo encontraré.

Un reloj de arena se materializó en su mano.

–¿Estás segura de que quieres hacerlo? Las almas que moran en la oscuridad serán atraídas por la luz que irradias. Lo más seguro para ti sería continuar tu camino; darme la mano y olvidar que una vez conociste a Shaw. –Extendió la mano hacia mí–. Ven conmigo, Kelly. A una nueva vida, lejos de todo lo que te duele. Déjame acompañarte, consentirte, complacerte.

Su oferta me tentaba, pero no más que la idea de reunirme de nuevo con ese ser encapuchado que me había conquistado en el limbo, en la tierra y en los sueños.

–Por más encantador que seas, no me convencerás, Thánatos. Iré al inframundo. Así que, si eres tan amable… –me suavicé–. ¿Me ayudarías a entrar?

Nuestro entorno cambió. El tiempo y el espacio parecieron fracturarse. Primero percibí el fluir del agua bajo la madera que pisábamos. Había muerto al amanecer, sin embargo, los últimos rayos de luz provenientes del sol ya habían desaparecido del cielo. Apenas vislumbraba un poco de claridad, la necesaria para reconocer el puente de las lágrimas.

–Cuando estés del otro lado, daré vuelta el reloj. Una vez que las arenas dejen de caer, deberás regresar o te convertirás en sombra. Si no logras convencer a Shaw, si no quiere ser salvado, no te quedes ahí. Vuelve a mi lado.

–¿Ni siquiera en el inframundo podríamos estar juntos él y yo?

La palidez de su rostro se intensificó.

–El inframundo no es como el limbo. Las almas se degradan con rapidez, se convierten en monstruos o en seres que solo habitan en las pesadillas. No hay lugar para el amor allí. Las memorias de la vida se evaporan. Todo desaparece, hasta la propia identidad. –Levantó el reloj a la altura de mis ojos. Los granos de arena blanca refulgieron–. Este es todo el tiempo del que dispones. Cuando el último grano caiga, ya no habrá vuelta atrás para ti. La luz que irradias se apagará y quedarás atrapada para siempre.

–¿No puedes darme más tiempo?

–Me encantaría, pero este reloj marca lo que un alma es capaz de resistir en aquel lugar antes de ser devorada por la oscuridad.

Inspiré hondo. Thánatos comenzaba a asustarme.

–¿Cómo sabré cuánto me queda? No creo que vaya a llevarme esa cosa. –Señalé el reloj.

Con un movimiento de su mano, hizo aparecer en mi cuello una cadena dorada de la que pendía un reloj diminuto, una réplica exacta del que sostenía.

–Listo –dijo sonriéndome–. Ahora, a lo importante: para entrar en el inframundo, lo único que debes hacer es zambullirte.

Ambos miramos hacia abajo. Suspiré, sosteniéndome de la barandilla. Aunque ya estuviera muerta, el irracional miedo de ahogarme persistía.

–¿Y para salir? –No me lanzaría sin saber cómo regresar.

–Cloto aguardará en el río. Una vez que se lancen, los guiará a sus nuevas vidas. Si no logras llegar a ella, no podrá ir a buscarte. ¿Entiendes? Por más cerca que estés, Cloto no saldrá del agua. Si lo hiciera, dejaría la vía libre para que miles de almas oscuras renacieran.

Asentí con un escalofrío y me preparé para saltar al río.

Miré a Thánatos por última vez. El tiempo empezaría a correr en mi contra ni bien me arrojara del puente. Podía hacerlo. Fijé mi atención en las violentas aguas negras. Cerré la mano en torno al pequeño reloj de arena, pero mi cuerpo no se movió. Lo último que quería era hacer el ridículo ante la presencia que me vigilaba cruzada de brazos. Se preguntaría qué andaba mal conmigo y pensaría que era una cobarde.

Tendría razón.

Di un paso atrás con la angustia atorada en mi garganta.

–No puedo.

–Déjame ayudarte. –Se acercó con una mirada dulce y se colocó detrás de mí.

Todos mis músculos se tensaron. Apreté los párpados, la mandíbula y temblé esperando que en cualquier momento me lanzara por el aire. Me sorprendí al sentir su abrazo protector.

–Relájate –susurró en mi oído–. No voy a lastimarte.

Caminó conmigo hasta el borde del puente. Por un momento, me pareció oír el llanto de Whilemina Cook.

–Ahora, te pediré una cosa más –dijo.

–¿Sí? –Giré la cabeza para ver el rostro de Demian muy cerca del mío.

¿Un beso? ¿Me pediría un beso? De ser así, estaba dispuesta a dárselo.

–Vuela, Mariposa.

Me empujó.



Hay muchas muertes en la muerte, dijo una voz en mi cabeza.

Una voz que no era la mía.

También hay muchas vidas en la vida, agregué.

El tiempo se detenía cuando se traspasaba el velo entre vivos y muertos. Las distancias desaparecían. Solo existía el aquí y ahora. Siempre se trataba del mismo lugar en diferentes dimensiones.

Siempre se trata de ti.

Mi conciencia flotaba en una marea de pensamientos que no alcanzaba a comprender. El agua se llevó mi alma a las profundidades y, por un segundo, lo olvidé todo: quién era, qué buscaba, qué acababa de hacer. Emerger fue como despertar de un largo sueño en el que ignoraba haber caído. El río seguía siendo el mismo, pero el puente estaba roto. Además, ya no usaba la bata de la clínica, sino un largo y vaporoso vestido negro. Iba descalza.

Las piedras se clavaban en mi piel. Caminar dolía.

–¡Demian! –grité con todas mis fuerzas.

Las arenas del reloj se habían puesto en movimiento. La escasa claridad se había ido y oscuros nubarrones negros se formaban en el cielo. Rayos permanentes lo surcaban de punta a punta, pero nunca caían en la tierra yerma. Nada luminoso o vivo se hubiera atrevido a tocarla.

Tomé el sendero que me llevaría a casa, bordeado por árboles muertos. El viento aullaba con

voz de lobo y rasgaba mi piel con sus garras heladas. Las violentas ráfagas jalaban la tela de mi vestido, tiraban de mi cabellera suelta y me empujaban hacia el camino opuesto. De nada servía gritar. Ni yo misma oía mi voz. Corrí por la calle, sosteniendo el pequeño reloj que golpeteaba contra mi pecho, con la esperanza de encontrar a Demian refugiado en su habitación. Aminoré la marcha al divisar nuestras viviendas. Mejor dicho, lo que quedaba de ellas: estructuras de madera carbonizada, sin techo, puertas o ventanas. Habían sido quemadas hasta sus cimientos.

Caminé hasta la entrada de la casa de los Krauss y me apoyé en el marco. Mis dedos quedaron negros a causa del hollín. Nada había quedado de lo que una vez había sido una hermosa residencia. Tenía que recordarme a mí misma que la verdadera continuaba en pie. Esto no era más que un reflejo distorsionado ubicado en una dimensión oscura y terrible. No detectaba ninguna presencia allí, pero decidí recorrerla.

Pisé con cuidado las tablas que crujían y fijé mi atención en las pilas de cenizas acumuladas en el suelo, donde supuestamente habían estado los muebles. Algo brilló cuando un relámpago iluminó el cielo. Hundí los dedos en la ceniza y saqué de ella una pequeña placa metálica con letras grabadas. Las limpié y leí: “Peluso”. Con un escalofrío, la dejé caer.

Noté un sonido proveniente de lo que quedaba del piso de arriba, y me aproximé a las escaleras que en cualquier momento podían desmoronarse.

–¿Demian? ¿Estás aquí? –Subí con cuidado.

¿Por qué él se quedaría en una casa hecha pedazos?

Crucé el pasillo y me detuve ante la única puerta que había quedado intacta. Apoyé la oreja y presté atención. Un rasguño en la madera me hizo saltar hacia atrás. Había algo encerrado en ese cuarto, pero dudaba que se tratara de Demian.

Di un paso atrás y el piso crujió. Los rasguños se intensificaron.

Sería mejor que saliera de la casa antes de que esa puerta se abriera. Bajé corriendo las escaleras, con el sonido de la madera resquebrajándose tras de mí, bajo mis pies, en todas partes. Antes de llegar al piso, el último escalón se quebró bajo el peso de uno de mis pies y me atrapó.

Intenté sacarlo, pero no podía.

Me sostuve del barandal y me impulsé hacia arriba, un grito brotó de mi interior cuando el dolor lacerante me atravesó la pierna. Un trozo de madera se había clavado en mi carne y la sangre bañaba mi pie y el piso. Me quité la madera con manos temblorosas y la arrojé lejos. Arranqué un trozo de la falda de mi vestido y lo enrosqué alrededor de la herida. No sabía que en el inframundo un muerto podía sangrar. Tampoco que pudiera sentir tanto dolor.

Me puse de pie dispuesta a irme, y una sombra en lo alto de las escaleras aceleró mi pulso. No me quedaría a averiguar qué era. Atravesé el umbral y crucé el jardín rumbo a las ruinas de mi casa. Respiraba con agitación el aire polvoriento y con olor a humo. En mi pecho los latidos de un corazón retumbaban. El viento congelaba la piel desnuda de mis hombros; y los pies,

castigados con piedras puntiagudas, dejaban huellas rojas en el camino. Thánatos se había olvidado de decirme que en el inframundo un fantasma podía sentir. Salir de ese río había sido como volver a la vida.

Empujé la puerta, pero no se abría. Tenía que apresurarme, antes de que la figura sombría que había visto en la casa de los Krauss viniera por mí. Seguramente, se habría detenido a inspeccionar la sangre derramada al pie de las escaleras. Eso me daría unos segundos de ventaja. Se me ocurrió golpear la puerta con el hombro, así que retrocedí y embestí contra ella con todas mis fuerzas. Tuve que morderme un dedo para no gritar. Tal vez me disloqué. En vano, porque la puerta seguía atrancada.

Oí un ruido y corrí a ocultarme detrás de la casa, esperando que la criatura no me viera. Me acurruqué en un hueco y, cuando estuve segura de que ya no me seguía, rompí una de las ventanas y me colé dentro sin saber qué esperar. Me sorprendí al hallar mi casa intacta. Parecía destruida por fuera, pero en el interior nada faltaba. Todo seguía en su lugar.

Renqueando, busqué unos zapatos en mi habitación y luego revisé cada cuarto, cada rincón. La desilusión se llevó la poca esperanza que me quedaba: no había nadie. Apreté el reloj en mi puño y me asomé por la ventana. Nada verde crecía en la tierra agrietada y cubierta de cenizas que se esparcían en el viento. Cada sensación que experimentaba, por pequeña que fuera, se intensificaba en ese maldito agujero olvidado por Dios.

Miré la arena. No se detenía, aunque volteara el reloj.

Debía ponerme en movimiento. Según Thánatos, era la única que podía encontrar a Demian. Se me ocurrió entonces hurgar en mi pecho y tomar el hilo invisible entre mis dedos. Sin certeza alguna, me atreví a tirar de él. No una, sino varias veces consecutivas. Si él lo sentía, respondería. Tiraría del hilo de la misma forma que yo y me guiaría a su ubicación.

Nada sucedió la primera vez que lo hice, así que volví a jalar del hilo, pero más fuerte. Este se tensó por un segundo, pero no tiró de mí. La posibilidad de que él no deseara ser encontrado y de que nunca contestara, me hizo rabiar.

Abrí una ventana y grité:

–¡Maldito seas! Vine aquí por ti y no me iré sin haberte encontrado.

A riesgo de que algo indeseable me oyera, llené mis pulmones y lancé un alarido cuyo eco se extendió por la noche eterna:

–¡Shaaaw!

¿Por qué no pronuncié su nombre? Así era como las Moiras lo llamaban. Tardé en darme cuenta de que las almas no poseían identidades terrenales a menos que nacieran. Él jamás había llegado al mundo de los mortales en un cuerpo propio. Por lo tanto, el nombre “Demian” nunca había sido suyo. Tal vez, ni siquiera lo recordaba.

Gritar en el inframundo era una mala idea, pero necesitaba que me oyera. Volvería a hacerlo

mil veces si con ello lograba que él notara mi presencia. Ignoraba si habría funcionado, pero pronto tuve la certeza de que otros habían oído mi voz. Siniestras formas humanoides surgieron más allá de las casas hechas pedazos y de los árboles muertos. Se abrían paso por la oscuridad, avanzando en pos de la única luminiscencia que no provenía del cielo tormentoso.

¿Cómo ocultar una luz en la sombra? Rezaba para que aquellos seres no me atraparan antes de que Demian me viera. Me apresuré a trabar todas las puertas y ventanas. Empujé el sofá contra la entrada y la mesa contra la puerta trasera. No dejé espacio abierto sin cubrir, a excepción de un agujero en el techo que supuse que no encontrarían. Pronto, rodearon la casa cientos de negras siluetas que se desplazaban sin hacer ruido. Moría de miedo, pero no me atraparían sin luchar. Corrí al garaje y tomé un martillo de una de las cajas de herramientas de mi padre.

Las garras de las criaturas arañaban los muros, chocaban con los cristales de las ventanas cerradas y se clavaban en la madera de la puerta. Regresé a la sala y los vi entrando por el agujero del techo. Habían trepado las paredes y, como arañas, se movían por el cielorraso encima de mí. Se desplazaban arrastrándose, abriendo sus bocas con desesperación, sin emitir sonido alguno.

Subí a mi habitación y cerré la puerta con llave.

–Esto no está pasando, no está pasando, no está pasando –mascullé.

No había soltado el martillo. Lo sujetaba contra mi pecho, lista para enfrentarme a cualquier criatura que consiguiera derribar la puerta. Estaba tan atenta a la puerta, que no noté la sombra que se acercaba, sigilosa, por detrás. Se lanzó sobre mí y rodamos por el piso. Me sujetó del cuello y acercó el horrible agujero negro que era su boca a la mía. Quería pelear, pero no podía moverme. Me había inmovilizado. Succionaba algo fuera de mi cuerpo; supuse que se trataría de mi luz. Se alimentaba de ella como una sanguijuela. Si no la detenía, me vaciaría y las arenas del reloj dejarían de correr antes de que mi tiempo se hubiera terminado.

Miré el martillo a mi derecha. Se me había caído de las manos cuando la sombra me atacó. Si conseguía alcanzarlo, quizá me salvaría. Lentamente, moví el brazo y lo estiré. Pero el martillo estaba demasiado lejos y no lo alcanzaba. Así que cerré los ojos y me concentré en moverlo tal como Demian me había enseñado. Esperaba que funcionara antes de que la sombra consiguiera arrebatarme toda mi luz, toda mi esencia.

Mis deseos de ver a Demian me habían traído a este horrible lugar, no obstante, apelé a mis ganas de vivir para salvarme. No me convertiría en sombra. Escaparía del inframundo y volvería a nacer, con o sin él.

El martillo se acercó a mi mano y mis dedos se cerraron alrededor del mango. Inspiré hondo y golpeé la sombra. Esta se deshizo igual que un castillo de arena alcanzado por las olas.

Me levanté limpiándome la boca con asco. Había quedado cubierta de cenizas de la cabeza a los pies. También el suelo, la cama y toda superficie de la habitación. El martillo tembló en mi

mano cuando, de pronto, la ceniza desparramada volvió a juntarse y formó de nuevo a la criatura que casi había acabado conmigo.

Le daría otro golpe. Y otro. Y tantos como requiriera, hasta que ya no fuera capaz de unirse más.

No me dejó atacar. Demasiado rápido se abalanzó hacia mí y me empujó con violencia contra el espejo de pie. Sin embargo, el cristal no se rompió.

Lo atravesé.



31
El lugar al que perteneces

Caí de espaldas al otro lado. La sombra quedó en mi habitación, golpeaba desesperada el espejo. Trataba de quebrarlo en pedazos, de romperlo con furia. Enseguida, más sombras se le unieron, y temí que consiguieran destrozarlo. Se comportaban como animales enjaulados, tratando de salir de su encierro.

Aunque la atrapada parecía ser yo. Desde el limbo, el espejo llevaba al mundo de los vivos. Pero la sala negra en la que había aparecido no se asemejaba ni al limbo ni al mundo que conocía; más bien me recordaba al sueño de Demian: un espacio vacío e infinito sin suelo ni paredes y totalmente negro. Un lugar que no estaba en ningún lugar y cuya única salida había sido bloqueada por esos seres que trataban de alcanzarme.

–No pueden pasar –me di cuenta.

Las arenas del reloj se habían reducido a la mitad, y Demian aún seguía sin aparecer. Solo existía un camino posible para mí: seguir adelante, rumbo a la nada.

Una vez más, busqué el hilo en mi pecho y tiré de él, mientras el eco de mis pasos se perdía en las tinieblas. Sospechaba que algo mucho peor que las sombras se resguardaba en ese enorme vacío desconocido y sin forma. No me atrevía a llamarlo en voz alta. Si no tiraba del hilo, buscaría el modo de regresar. Tal vez había sido un error zambullirme al río. Quizá, nunca debí haber ido al inframundo.

El hilo se tensó.

–Demian –musité, aumentando la velocidad.

Algo se enredó en mi tobillo y me hizo tropezar. Bajé la mirada y descubrí un hilo tan delgado como una telaraña. Otro se enredó en mi mano. Un par de metros más adelante, distinguí una maraña de hilos que se entrecruzaban por todas partes y en todas direcciones, sin principio ni fin. Se perdían en la lejana oscuridad. Intenté pasar a través de ellos, abriéndolos. Cambié de idea cuando alcé la cabeza y lo vi: un cuerpo que colgaba inerte, enredado. Más arriba, otro. Y otro.

La sangre abandonó mi cuerpo al percatarme de las alas.

–Oh, por Dios.

En esas redes había cientos de cuerpos enganchados; todos desnudos y alados. Algunos estaban incinerados. Otros parecían haber quedado congelados en el tiempo. Con los ojos cerrados, se asemejaban a esculturas de mármol. Un líquido viscoso de color negro salía del interior de sus plumas quebradas y goteaba manchando los delgados filamentos que los apresaban. Algunas plumas se desprendían como hojas en otoño, pero nunca llegaban a tocar el suelo. Quedaban atoradas en los hilos. Los seres de más arriba se sacudían con debilidad, gimiendo. Mientras más lo hacían, más los constreñían los hilos.

El hilo en mi pecho cobró vida, en medio de aquel caos de ángeles muertos. Tres tirones me guiaron más allá de la red, pero no podía dejar de observarlos a medida que caminaba. Un cuerpo arrodillado en el suelo atrajo mi atención inmediata. No era como los otros. Un manto negro lo cubría de la cabeza a los pies. Me acerqué a él, temiendo que su rostro fuera el del hombre que amaba.

Mi corazón estallaba. Me detuve en seco al visualizar la silueta de unas enormes alas sujetas sobre su cabeza con el mismo hilo que lo aprisionaba. Extendidas en toda su envergadura, medirían más de tres metros. No vi plumas. Solo una sustancia negra semejante al alquitrán, que chorreaba igual que cera de vela y alargaba esas alas de un modo que helaba mi sangre. Algo sobresalía de su pecho: una hoz cubierta de óxido. No quise descubrir su cabeza. Había cosas en las tinieblas que jamás debían ser perturbadas.

–Ey, niña linda –dijo alguien con suavidad–. Por aquí.

Sentí que el tiempo se paraba. Había viajado a través del miedo para que esa voz acariciara mi alma.

–¿Dónde estás? –pregunté, buscando su origen entre ese laberinto de hilos, cadáveres y plumas–. ¡Demian!

No soporté el silencio que siguió a mi grito. Duró una eternidad.

–Shaw –susurró.

Apenas lo oí.

–¿Qué?

–Mi nombre no es Demian. Es Shaw.

Traté de no desmoronarme.

–Vete a la mierda, Demian Krauss. Dime ya mismo dónde estás, porque se me acaba el tiempo y me estoy desesperando.

–Atrás.

Me di vuelta y, a varios metros, lo encontré de pie, atado igual que esos ángeles. Su cuerpo desnudo, surcado por millones de hilos ensangrentados. Lo primero que hice fue tomar su bello rostro entre mis manos y darle un beso cargado de alivio.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con el ceño fruncido.

No parecía feliz de verme.

–Vine a salvarte.

Inexpresivo, estudió mi rostro como si yo no fuese real.

–Kelly, ¿qué has hecho?

Creí que se alegraría, que sonreiría.

–Morí y vine por ti. Eso hice.

Tragó saliva y meneó la cabeza de un lado a otro, con la atención puesta en cualquier parte, menos en mí.

–No debiste. Aquí es donde pertenezco.

Estuve a punto de abofetearlo, pero me contuve.

–Perteneces a mi lado. No con ese montón de ángeles muertos. –Toqué el centro de su pecho, de donde salía su hilo.

Las lágrimas se amontonaron en sus ojos cuando lo sujeté.

–No son ángeles, Kel.

–Pero tienen alas.

–Cayeron en el inframundo luego de ser exorcizados. Hace mucho que han dejado de ser criaturas celestiales.

–No perteneces aquí –repetí, sin que me importara lo que fueran–. Voy a sacarte.

–Tal vez no merezca ser salvado.

–No me importa lo que hayas hecho. Y no mereces pudrirte en este horrible sitio. No eres como ellos.

–Tienes razón –replicó–. Soy peor.

–Nada de lo que pudieras haber hecho te pone a su altura. No eres un demonio.

–¿Acaso importa? –Su mirada se apagó.

–¡Por supuesto que sí!

–Las sombras del limbo, esas que te han asustado durante toda tu vida…, esas sombras que te persiguieron y atacaron son mi creación –confesó con pesar–. Son el remanente de todas las almas que se cruzaron en mi camino todos estos siglos. Por eso merezco esta condena. Por eso las Moiras me enviaron aquí. Sé que no fue solo Kasinski. Ellas la guiaron a mí para que me castigara por lo que hice. Mejor vete, Kelly, antes de que sea tarde para ti también.

–¿Cómo las creaste? –indagué.

No me iría. No lo dejaría solo.

Respondió con una seriedad que pocas veces había visto en él:

–Cuando alguien estaba por morir, lo arrancaba de su cuerpo antes de que la verdadera muerte llegara. Lo llevaba conmigo al limbo, y ahí… –Se detuvo un momento para ver mi reacción, pero

yo me mantenía impasible–. Ahí me alimentaba de su luz hasta que ya no quedaba nada. He hecho más daño del que puedes imaginar. Estuve a punto de hacértelo a ti. –Su voz se quebró.

–¿Qué te detuvo?

–Láquesis. No nos unió porque estuviéramos destinados a estar juntos, sino porque era la única forma de pararme. ¿Entiendes? –Lloró–. Nuestra relación no es más que un montón de mentiras. Todo lo que me había mostrado Láquesis sobre nuestra vida era un engaño. Tú, yo… Nada de eso hubiera existido. Jamás.

–¿Mentiras? –exclamé airada.

–No supe la verdad hasta que Kasinski me exorcizó. Al caer en el inframundo, vi mi verdadero destino como hombre. Tuviste suerte de que me arrepintiera de nacer, Mariposa.

–¿Qué destino?

–Yo iba a ser quien te asesinara.

No le creí. No sería capaz de creerle nunca.

–Nunca hubiéramos sido amigos –continuó–. Mis padres lo hubieran intentado, pero habrían fracasado estrepitosamente. Yo me habría sentido atraído hacia ti, pero no de una buena manera. Ese chico que te amaba solo formaba parte de nuestra imaginación. ¿Quieres saber lo que Láquesis había planeado para nosotros, para nuestra hermosa vida juntos?

–Dime –pedí, aunque me daba miedo averiguarlo.

–El día de tu cumpleaños, luego de que ese idiota se hubiera peleado contigo, no me habrías llamado para que fuera a buscarte. ¿Por qué lo harías, si apenas nos hablábamos? Sin embargo, yo sí te hubiera recogido a mitad de la carretera.

Como la primera vez que me contó su visión, me metí en su mente y lo viví:

–¿Te llevo a casa? –preguntó mi vecino.

Sorprendida de verlo en mitad de la carretera, le respondí que sí mientras limpiaba mi rostro con disimulo para que no pensara que había estado llorando. Entré en el coche y me coloqué el cinturón de seguridad.

–Gracias. Me salvaste la vida.

No solíamos hablar. De hecho, él y yo casi nunca nos veíamos. Se lo pasaba encerrado en su cuarto. Sus padres decían que era más raro que yo. Ellos siempre habían querido que nos hiciéramos amigos.

–¿Puedo encender la radio? –pregunté.

–Seguro. –Conducía sin verme.

Me pareció que giraba en otra dirección, pero no le di importancia. Tal vez me llevaba por un camino alternativo.

Diez minutos después, inspeccioné la carretera.

–¿A dónde vamos?

–Quería mostrarte algo antes de llevarte a casa. Es tu cumpleaños, ¿no?

–Sí –dije con timidez, preguntándome si yo le gustaría.

Entró por un camino de tierra y se detuvo en el bosque. Apagó el vehículo y se quitó el cinturón de seguridad para girar a verme.

–Hay algo que siempre he querido hacer, pero nunca me atreví. Si mis padres se enteraran, no sé cómo podrían reaccionar. Yo nunca… –Suspiró y se quedó callado.

Las rodillas me temblaron cuando me tomó de la barbilla. Sentí el calor propagándose por mi piel.

–Hazlo –le aconsejé, pensando que se refería a besarme.

–¿Tú crees? –Levantó la ceja y pasó un dedo por mi mejilla, muy despacio.

–Estoy segura de que tus padres lo entenderán. Quiero decir, si tienes muchas ganas de hacer algo, ¿por qué reprimirte?

Se mordió el labio.

–No creo que vaya a gustarte.

–¿Bromeas? Estoy pensando que, tal vez, yo quiera lo mismo que tú.

–No es posible, Kelly.

–¿Por qué no?

–Porque quiero hacerte algo que te hará gritar. Muy fuerte.

Mis manos se aferraron al asiento. Tragué saliva.

–¿En serio? –susurré con voz trémula.

Se acercó a mi oído.

–¿Me das permiso? –preguntó contra mi piel.

Dije que sí con la cabeza.

–No puedo creerlo. –Me dirigió una sonrisa angelical–. ¿De verdad puedo?

–Puedes hacerme lo que quieras, Demian Krauss –respondí.

Abrió la guantera, metió la mano y sacó un cuchillo.

–¿Qué es eso?

–No puedo matarte sin esto. Bueno, sí podría, pero me gusta la sangre. Además, quiero saber si te retuerces como el gato de mamá.

Me desabroché el cinturón. Él trabó la puerta.

–Dime que es una broma –dije temblando–. Creí que ibas a besarme.

Sonrió de una manera siniestra.

–Basta. No quiero saber más.

–Pero no llegué a la mejor parte –se quejó Demian.

Lo miré con mi peor cara. En el inframundo, el dolor se incrementaba igual que el temor. Abrumaban nuestros sentidos y jugaban con nuestras mentes hasta un punto imposible de soportar, con el fin de desesperarnos, de lograr que dejáramos de luchar y nos rindiéramos ante la fuerza que quería apoderarse de nuestras almas. Nos ponían en modo de supervivencia para que no pensáramos en nada más, para que no recordáramos que este no era el mundo real, sino una dimensión de tantas. Nos hacían olvidarnos de quiénes éramos para robarnos la luz que llevábamos dentro, para apagarnos y que nos volviéramos como ellos.

–Ese no eres tú. –Detrás de su expresión angustiosa descubrí un hombre que se desconocía a sí mismo–. ¿De verdad crees que serías capaz de matarme?

–No lo sería ahora. Pero si hubiese nacido…

–Lo que acabas de contarme es pura mierda –espeté–. Y lo sabes. Por favor, dime que lo sabes.

–Lo siento. –Sacudió la cabeza–. No lo sé.

–Yo sí –dije con más seguridad de la que había tenido en toda mi vida–. Así que olvidaré cada palabra. Ese hombre que describes no existe. Ni existirá. Y aunque hubieras nacido, no habrías siquiera pensado en hacer algo así. Ahora, si me lo permites, buscaré una forma de soltarte.

Revisé los hilos que lo atrapaban.

–Me quieres –susurró al cabo de un rato.

–¿Acaso lo dudabas? –Me molesté–. Vine hasta el inframundo por ti.

Enredé un hilo entre mis dedos y traté de quebrarlo, pero casi pierdo una falange.

–Querida mía, tus esfuerzos son inútiles.

–Cierra la boca. Voy a desenredarte, aunque pierda todos mis dedos en el proceso.

Lo había extrañado. No se lo dije, pero sospeché que se había dado cuenta. Se mordió el labio cuando pasé mis manos por su torso. Ese simple gesto hizo que me quedara sin respiración.

–¿Podrías ayudarme? –pedí.

Se sacudió y los hilos se ajustaron alrededor de su cuello y torso.

–Ya ves que no –dijo con voz ahogada.

Me tragué una grosería.

–Sabes… –Carraspeó–. No puedo moverme.

–Lo he notado.

–Y estoy algo desnudo –agregó.

–Lo he notado también –dije, con miedo de que esos hilos lastimaran su delicada piel.

–¿No te gustaría…? –sugirió con voz grave, alzando una ceja.

Me alejé sin escucharlo. Necesitaba encontrar un cuchillo, un trozo de vidrio, algo afilado que me sirviera. Recordé haber visto una hoz clavada en el pecho de una criatura muerta encapuchada.

–Oye, ¿a dónde vas? –preguntó–. Solo bromeaba.

–Lo sé. Ahora vuelvo. No te vayas a mover de ahí. –Señalé.

–Ja, ja. Qué chistosa. En serio, ¿a dónde vas? –Sonaba preocupado. Si creía que lo abandonaría, se había vuelto loco.

–Voy por algo con que cortar esos hilos. –Me acerqué a ese ser siniestro.

Por un instante, imaginé que quitaba el arma de su pecho y una mano huesuda aprisionaba mi muñeca. No quería tocarlo. Si llegaba a moverse, me cagaría del miedo.

–¿Tomarás la hoz?

–Así es –respondí, armándome de valor.

Debía tratarse de la hoz de Thánatos. Él había mencionado que la que estuvo atada a él se la había quedado.

–Por favor, ten cuidado. Nunca se sabe qué puedes despertar.

–¡No me hagas pensar en eso! –exclamé–. Es la única forma de liberarte.

–También existe el desmembramiento. Pero necesitarías la hoz de todas maneras.

–No es gracioso –mascullé.

–¿Me ves riendo?

No sabía si una hoz oxidada serviría para cortar un hilo que *supuestamente* no se rompía, pero no perdíamos nada con probar.

Además, era nuestra única alternativa.



32
Sangre fresca

Me ubiqué delante del cuerpo amortajado con una sensación de frío en la base de mi columna. Thánatos me había dicho que la que una vez estuvo atada a él dormía. Esperaba no despertarla cuando extrajera la hoz de su corazón. Incluso ahora parecía observarme, mientras aguardaba con una paciencia infinita que me decidiera a poner mis manos sobre ella. Él me había advertido que huyera si llegaba a verla, pero ¿qué hacía yo?, exactamente lo contrario.

Ya había llegado hasta ese rincón olvidado del inframundo. No retrocedería. No cuando Demian dependía de mí. Di un paso adelante y pisé la cosa negra y viscosa que chorreaba de sus alas. Se pegaba a las suelas de mis zapatos y me dificultaba caminar.

–¿Quieres que te cante una canción para infundirte valor? –preguntó Demian.

–Como quieras. –Nada me daría el valor que necesitaba.

–Era de noche y el chinito… tenía miedo, miedo tenía de estar solito…

–¿Es una canción para niños? –pregunté sin atreverme a tocar la hoz que sobresalía de ese pecho petrificado.

–¿Conoces la de los gatitos? –Se puso a cantarla–: *Había dos gatitos junto al fuego del salón: el blanco Pirulín y el negro Pirulón. Pirulín. Pirulón. Pirulín Chispón.*

Dejé de prestarle atención. Este sitio debía volver locas a las almas. Lo cierto era que, por más miedo que tuviera, sería incapaz de dejar a Demian amarrado para toda la eternidad. A juzgar por la apariencia de esos ángeles caídos, las almas sí morían en el inframundo. ¿Y qué sucedía entonces con ellas? ¿A dónde iban? Tal vez desaparecían, como si nunca hubiesen existido.

La cercanía del ser oscuro provocaba en mí una sensación que muy pocas veces había experimentado: quería gritar. Quería escapar de allí y esconderme donde nadie me encontrara jamás. Aguanté la respiración y aproximé la mano al mango de la hoz. Cerré mis dedos temblorosos en torno a él. Lo tenía. Solo debía jalar.

Lo hice rápido y con fuerza.

Antes de ver lo que ocurría con la criatura, salí corriendo de vuelta con Demian. No me

quedaría. Especialmente, después de que Thánatos me hubiera dicho que, los últimos milenios, este ser había desarrollado cierto gusto por la sangre.

–Terminemos con esto. –Me posicioné ante Demian con la hoz en alto.

–Cariño, me asustas.

–No te muevas. –Situé el filo cerca de su garganta.

–¿Es normal que esto me excite?

Apreté los labios. Necesitaba precisión quirúrgica para cortar los hilos que se enroscaban alrededor de su cuello y del resto de su cuerpo. Ni siquiera podía tomarlos para separarlos un milímetro de la piel. Ya lo había intentado. Cuanto más los movíamos, más se tensaban.

–No hables. Me desconcentras –murmuré.

–Hazlo. Sin miedo.

Corté uno.

–Vas bien.

–¿Qué pasa si uno muere aquí? –pregunté.

–Qué linda. –Sonrió con ternura–. Siempre tratando de tranquilizarme.

–Lo digo en serio. –Corté otro.

–Te mueres y ya –respondió despreocupado, viendo cómo lentamente lo liberaba.

–¿A dónde fueron ellos? –Señalé los cientos de ángeles caídos suspendidos sobre nuestras cabezas.

–¿Ellos? A ninguna parte. Siguen aquí.

–Pero…

Estaban muertos.

–No le des tantas vueltas.

Me preguntaba cómo se tomaría la condición que había puesto Thánatos. ¿Aceptaría renacer? Primero, lo primero. Después de cortar los hilos más difíciles, apoyé el filo oxidado sobre la maraña que mantenía su cuello inmovilizado y, apenas los toqué, se desintegraron.

Demian emitió un sonoro suspiro de alivio.

–Al fin puedo respirar.

Quedaban unos quinientos mil hilos más, y habría acabado. A pesar del estado corroído de la hoja, esta no había perdido su eficacia. Así que logré, sin interrupciones, liberar de la cruel trampa cada centímetro de su cuerpo herido. Tuve cuidado de no cortar el hilo que nos unía. Era el único que dejaría intacto.

Cuando el último se desintegró, Demian cayó de rodillas en el suelo.

–¿Estás bien? –Me agaché con él.

–Mejor que nunca. –Apoyó la cabeza en mi pecho. Entonces notó el reloj de arena–. ¿Qué es esto?

–El tiempo que me queda para salir de aquí.

–¿Quién te lo dio? –Se apartó de mí con los ojos enrojecidos.

–Thánatos.

–¿Por qué te arriesgaste así?

–Te necesito. –Me acurruqué en sus brazos, aunque fuera por unos segundos–. No soporto estar sin ti. Si supieras todo lo que he pasado…

–Cuéntame.

–No tenemos tiempo para eso.

–¿Y para qué sí tenemos tiempo? –Quitó un mechón de mi despeinado cabello de mi cara.

Acaricié su mejilla, y no dudó en apoderarse de mi boca con un beso desesperado. El deseo se mezclaba con el miedo, con la urgencia, inspirando en mí un grito silencioso cuya fuerza aturdiría a los moribundos ángeles caídos.

–Te amo –dijo Demian con tristeza.

Lo abracé, como si bastara para mantenerlo conmigo. Si nos quedábamos, nos volveríamos sombras. Si nos íbamos, renaceríamos. Como fuera, lo perdería. Sin embargo, lo último que quería era irme sin él y que su alma quedara condenada. Debía convencerlo para que se lanzara al río. Para renacer. No había forma de que siguiéramos siendo nosotros mismos y, a pesar de que el hilo nos mantendría unidos, si él decidía quedarse y yo me iba, no nos cruzaríamos de nuevo. Ni en un millón de vidas.

–Acabo de darme cuenta… –dije observando con culpa los miles de hilos rotos que habían estado aprisionándolo–. Corté los hilos de otras personas.

–Láquesis los reparará si su destino era estar juntos. –Acarició mis hombros con sus manos enguantadas. De pronto, llevaba puesta su ropa habitual. Levantó la hoz que yo había tirado al suelo y la enganchó en su cinturón–. Será mejor que nos llevemos esto. Podríamos necesitarlo para volver a casa.

Un estremecimiento me sacudió. Debía hacerle saber que las Moiras nunca lo dejarían volver al limbo.

Tomó mi mano y me llevó hacia el espejo, la única puerta de salida.

–Demian, debo decirte alg…

Un chillido agudo me interrumpió. Antes de que lográramos cruzar al otro lado, el reflejo del espejo se invirtió. Ya no mostraba mi habitación ni las sombras que intentaban traspasarlo. Nos devolvía una imagen de la oscuridad.

Lo toqué. La superficie se había vuelto sólida.

–No te muevas –advirtió Demian en voz baja, sacando la hoz de su cinturón.

La abominable criatura a la que le había arrancado la hoz del pecho había despertado de su letargo. Alcanzaba a verla a través del reflejo del cristal: su desgarbada figura cubierta por un

manto negro trepaba por los hilos y se detenía ante los cadáveres de los ángeles para olerlos. No prestaba atención a los incinerados. En cambio, aquellos cuyos cuerpos cubría la sustancia viscosa oscura parecían atraerle más. Los dejaba de lado al percatarse de que estaban muertos, como si buscase algo en especial, algo que encontraría más arriba, con uno de los que se retorcían.

Un grito desgarró la noche y sobre nosotros cayó una lluvia de plumas ensangrentadas.

Se alimentaba.

–Tenemos que salir de aquí –susurré.

La criatura dejaba a su paso un montón de cuerpos resecos. Se había liberado de la maraña de hilos que la sujetaban arrancándose sus propias alas, que seguían enredadas.

Demian tomó mi mano y me llevó hasta ellas.

–Ocúltate de la Ker –indicó apretando la empuñadura de la hoz.

–¿Y dejarte enfrentarla solo?

–Déjame protegerte. –Me abrazó–. Es lo único que puedo hacer por ti.

Se posicionó junto al espejo, se quitó un guante y, con la punta de la hoz, se hizo un tajo en la palma de la mano. La alzó en alto y gritó:

–¿Quieres sangre fresca, monstruo?

La Ker dejó de alimentarse y giró la cabeza en su dirección. Nadie que se acercara demasiado a una de esas criaturas vivía para contarlo. Aun así, Demian la enfrentó sin miedo, dispuesto a regresar la hoz a donde pertenecía: su muerto corazón. Mientras tanto, yo sostenía el reloj de arena en mi puño, en un fallido intento por retener el poco tiempo que me quedaba.

El grito de la Ker me aturdió. Se lanzó desde las alturas y aterrizó delante de Demian. Me negué a mirar el instante en el que se enderezó. Con cobardía, cubrí mis ojos e imploré la ayuda de Dios, de las Moiras o de la dulce muerte que me había enviado a ese agujero infernal. Alguno de ellos tenía que escucharme.

Ninguno respondió.

–¡Kelly!

El grito de Demian me obligó a mirar. La criatura lo había ignorado y avanzaba hacia mí olisqueando el aire. Había abierto su repugnante boca, de la que sobresalían, encimados, unos afilados dientes de color negro. Llevaba los ojos tapados con un vendaje. No me veía, pero sentía el olor de mi sangre. Manaba de la herida abierta de mi pierna, y la había atraído como a una piraña.

Me eché atrás justo cuando ella extendía las garras directo a mi pecho. De milagro evité que las clavara en mi piel, pero el reloj de arena no se salvó: me lo arrancó y se hizo añicos contra el suelo. Los granos se dispersaron y el tiempo se detuvo lo suficiente para que un arma con forma de medialuna cercenara esa mano antes de que volviera a levantarse contra mí.

Demian se interpuso entre la criatura y yo, sosteniendo en alto la hoz oxidada de Thánatos, el dios de la muerte. Tal vez debí salir corriendo, huir sin mirar atrás. No obstante, me quedé, porque había ido al inframundo a rescatar a Demian. Así que lo llevaría conmigo o no regresaría. Ya lo había decidido. Solo me hubiera gustado saber qué hacer.

El filo de la hoz apenas rozó el pecho de la Ker cuando Demian intentó volver a clavársela con un veloz movimiento de su brazo. Ella no lo dejaría acercarse. Lanzó un zarpazo y él rodó por el suelo, esquivando el ataque. Entonces la criatura se volvió hacia mí. Su movimiento fue tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Fue Demian quien lo hizo. Se lanzó sobre la criatura y la sujetó del cuello.

La Ker gritaba sacudiéndose con furia. Intentaba sacarse a Demian de la espalda con una violencia aterradora, rasgándole la piel de las piernas y los brazos con sus garras. Yo temía que lo matara, porque solo así él se rendiría. Incluso después de que ella logró arrancarle de la mano la hoz, él seguía luchando.

El arma cayó a mis pies, y supe de inmediato lo que tenía que hacer. No dudé ni un segundo en levantarla y acariciar el filo de su hoja curvada.

Las Keres no temían a la muerte; ellas lo eran. Pero esta ignoraba algo que yo sabía: solo existían dos armas capaces de cortar los hilos que unían a las almas. Una de ellas pertenecía a Átropos. La otra se encontraba justo en mis manos. Si cortaba los hilos, significaba que podía cortarlo todo.

En ese instante, el temor se desvaneció de mí igual que la incertidumbre. Me acerqué a ella fundiéndome con la oscuridad. Tal vez el tiempo se me estuviera acabando y comenzaba a transformarme en una sombra. No me importó. En mi mente solo cabía un pensamiento: salvarlo. Esperaba que la poca luz que me quedaba alcanzara para lograr mi cometido.

El manto negro de la muerte violenta se confundía con la falda de mi vestido. Yo misma me volví una con las sombras, mientras ponía todo lo que quedaba de mí en la palma de mi mano, donde la hoz refulgía.

Un movimiento preciso. Solo eso bastó. Y la hoz, sedienta de almas, dividió las tinieblas y cortó la cabeza de la Ker de un golpe.

El manto se diluyó a mis pies. Su cuerpo, hecho de humo, cenizas y sangre, fue absorbido por las hambrientas bocas de los cuerpos inertes que colgaban de los hilos. Me estremecí al ver que, uno por uno, los ángeles caídos fueron abriendo los ojos. Me había equivocado al creerlos muertos. Sus alaridos me ensordecían. Cientos de ángeles exorcizados cobraban vida ante mí, y ahora sacudían las alas con violencia, tratando de escapar; de desenredarse.

–Vámonos. –La mano de Demian se cerró en la mía y tiró de mí hasta el espejo, que había vuelto a abrirse tras la muerte de la Ker, sin sombras a la vista.

Lo atravesamos y, aturdida, dejé caer la hoz ensangrentada. Ya nada parecía real. Ni Demian

ni yo ni la habitación en la que acabábamos de entrar, cuyos colores y nitidez se difuminaban. Pronto mi mundo entero se desvanecería y yo junto con él. Demian movía los labios, pero yo no entendía lo que trataba de decirme. Me sujetó por los hombros y, despacio, me guio a la cama donde me senté intentando salir de mi estupor. Tomó la silla de mi escritorio y con ella destrozó el espejo para que nada ni nadie nos siguiera. Los ángeles caídos quedaron atrapados del otro lado, y yo me sobresalté al oír el estrépito de los vidrios rotos.

Demian se sentó junto a mí.

–¿Estás bien? ¿Puedes oírme? –Acariciaba mi cara. Miró mis manos y se levantó de golpe–. Mierda, Kelly.

Gotas de sangre negra y espesa las cubrían. También a mi ropa.

Retrocedió. Se alejó de mí. ¿A dónde iba? Mi visión se nubló. Era incapaz de hablar, de pedirle que se quedara conmigo.

Abrió la puerta y se fue por el pasillo.

No te vayas, quería pedirle.

Sus pasos resonaron por las escaleras.

¡Vuelve!

Sin razón aparente, el hombre por el que había dado todo se iba.

Me abandonaba.



33
La mejor forma de amar

En la muerte no se puede soñar. El sueño es la muerte.

¿Y la vida? ¿Qué era? El pasado. El futuro. Algo que desaparecía al cerrar los ojos y volvía a aparecer una vez que nos zambullíamos en el río del olvido. ¿Qué sucedía si un alma decidía seguir soñando y no despertar nunca de la noche eterna? Yo me negaba a despertar sin Demian. Prefería tenerlo cerca y danzar con los demonios en el inframundo, que cantar junto a los ángeles sin él.

En mi repentino rapto de debilidad, distinguí una sombra en la puerta. Su silueta me recordaba a la Ker que acababa de decapitar. ¿Y si había revivido? ¿Si nos había seguido a este lado del espejo? Demian me había dejado a su merced.

La sed de sangre brillaba en sus ojos. Su silueta se movía, borrosa y amenazante, por el cuarto en busca de algo: la hoz olvidada. La levantó y se me acercó con paso decidido. Apenas lograba distinguirla. Quería llamar a Demian, pero la maldita voz no me salía. Me levantó en sus brazos y, emitiendo sonidos que no comprendía, atravesó el pasillo. Parecía que trataba de decirme algo, pero las sombras no se comunicaban.

Nos perdimos en medio de una densa nube de vapor caliente.

–Déjame –balbuceé intentando soltarme de su agarre, mientras la negra figura me depositaba en un líquido caliente que cubrió por entero mi cuerpo. Apenas mi cabeza quedó afuera.

Bramé, me sacudí, salpiqué líquido por todas partes. La sombra me sujetaba con fuerza. No me soltaba. Creí que me ahogaría, que colocaría sus manos alrededor de mi cuello y me empujaría bajo el agua. Sin embargo, no lo hizo. Y yo me tranquilicé luego de un par de minutos, cuando finalmente comprendí lo que ocurría.

Demian me había depositado en una bañera, y el agua se había tornado negra. Había limpiado de mí la sangre de Ker con la que me había salpicado.

–Pensé que me habías abandonado –dije con sorpresa, al verlo a mi lado–. Y que eras una sombra.

–Con razón me golpeaste.

–Perdona –susurré avergonzada.

–¿Puedes levantarte?

No esperó mi respuesta. Se inclinó y me sacó del agua.

–Vamos a quitarte esa ropa mojada, ¿de acuerdo? –Regresó a mi habitación.

–No te fuiste. –Me aferré a él.

–¿Por qué abandonaría a la única persona que amo? –Me dejó en la cama y posó su mano en mi mejilla. La tomé para examinar el corte que se había hecho con la hoz–. Nunca sanará. Igual que mi corazón si llegara a perderte. Me asustaste, Mariposa.

Apoyó la frente en la mía y cerró los ojos. Ese solo gesto significaba mucho más para mí que todos los besos y caricias que hubiera podido darme.

–¿Me ayudas con el vestido?

Se puso detrás de mí y bajó el cierre. El pequeño reloj de arena se había roto, y yo no tenía manera de saber cuánto tiempo me quedaba, pero calculaba que serían un par de horas. No estaba preparada para despedirme de Demian, para que lleváramos nombres diferentes y distintos rostros, para que olvidáramos todo lo que habíamos vivido el uno con el otro. Esperaba compartir con él unos minutos antes de que las arenas de la muerte dejasen de correr, porque ignoraba lo que nos depararía el destino. Sin embargo, estaba segura de que ya no volveríamos a ser Kelly y Demian.

Acercó los labios a mi cuello y me besó despacio, deslizando la tela empapada por mi piel.

–Estás fría –susurró envolviéndome entre sus brazos–. Déjame ayudarte a entrar en calor.

Con un estremecimiento, apoyé la espalda contra su pecho.

–Estaré contigo para siempre –prometió.

“Yo también” hubiera sido una mentira. Él merecía la verdad, esa verdad dolorosa que me atenazaba la garganta y hacía arder mis ojos. Tal vez la adivinó al ver mis lágrimas. Sin embargo, no dejaba de sonreírme.

–Demian, debo decirte algo.

–Por favor, no –dijo con voz angustiada–. Todavía no estoy listo.

Desde la muerte de la Ker algo había cambiado dentro de mí. No por su sangre. La oscuridad me llamaba.

–El tiempo se agota –anuncié con pesar–. Ya lo siento en mí… el frío.

–Te daré calor. Te daré mi luz. Te daré todo lo que pidas. –Sonó desesperado.

–No es así como funciona. Tengo que irme o seré como ellos. Por favor, ven conmigo. Cloto nos espera en el río.

Se puso rígido al escuchar ese nombre.

–¿Para renacer?

–Thánatos dijo que no te permitirán regresar al limbo. Pero podemos renacer juntos.

–No puedo. Lo siento, Kelly. Te llevaré al río, pero me quedaré aquí donde pertenezco.

Algo se rompió en mi interior al escucharlo. Había mentido. No me daría lo que yo pidiera. No estaría conmigo para siempre. Prefería pasar la eternidad solo en el inframundo que acompañarme a una nueva existencia. Yo había estado dispuesta a sacrificarlo todo por él. Había entrado en el inframundo para salvar su alma a costa de perder la mía. Y él… me rechazaba. Las promesas no significaban nada para Demian. Yo no significaba nada.

Salí de la cama y me vestí con lo primero que encontré: una sudadera y unos pantalones grises.

–Cuando te conocí, dijiste que eras un egoísta. Tenías razón. –Salí del cuarto.

–Kel, espera –gritó.

No me quedaría porque sabía que una mirada suya podría hacerme cambiar de opinión. A pesar de que me había propuesto permanecer con él si se negaba a renacer conmigo, su decisión me había lastimado. ¿Quién se creía para hacerme la mujer más feliz del mundo y después pisotear mi corazón?

Bajé las escaleras.

Que me hubiera destripado en una vida paralela hubiera sido más piadoso que haberme hecho creer que sentía lo mismo que yo. Odiaba haberme enamorado. Odiaba sentirme vulnerable. Lo odiaba y esperaba olvidarlo pronto.

El pecho me dolía. El hilo que nos unía tiraba de mí con tanta fuerza que ignorarlo se hacía cada vez más difícil.

Demian me alcanzó en la puerta. Llevaba la hoz en el cinturón.

–Me voy –dije, tomando el picaporte–. Puedes quedarte si eso te hace feliz.

–No me hace feliz. Lo sabes bien.

–¿Qué quieres de mí?

–Que te quedes conmigo –pidió–. Por favor.

¿Acaso pensaba que me iba del inframundo por capricho?

–Si me quedo, me convertiré en sombra. ¿Eso quieres? Porque soy capaz de hacerlo si me lo pides. Soy capaz de cualquier cosa por ti, Demian. –Sostuve el hilo que nos unía–. Es lo que hace esto, ¿no? Atar nuestros destinos..., nuestras almas. Necesitarnos el uno al otro. Seguirnos, aunque eso nos destruya.

–No te pediría que sacrificaras tu alma por mí.

–Entonces, ¿qué me pides?

No veía salida. Él no iría conmigo. Yo no me quedaría. Si nos separábamos, el hilo tiraría con tanta fuerza de nosotros que haría un hueco en nuestras almas.

–Láquesis nunca debió unirnos. Era su artimaña para hacerme salir del limbo, pero no funcionó. Solo te condenó. –Acarició un mechón de mi cabello con añoranza. No se atrevió a más–. Por una vez voy a hacer lo correcto. Espero que algún día me perdones.

Sacó la hoz de su cinturón y, antes de que yo reaccionara, cortó el hilo en cuyos extremos se encontraban nuestros corazones.

Me sorprendió que mi mundo no se derrumbara. Bajé la mirada al trozo de hilo que me sobresalía del pecho. Lo toqué. No sentía nada. Como si no formara parte de mí. Se volvió invisible en cuanto lo solté y ya no pude volver a encontrarlo. Si renacíamos, no habría manera de que nos encontráramos. No sin ayuda de Láquesis.

–A veces, la mejor forma de amar a alguien es dejarlo ir –sentenció, esbozando una sonrisa dulce–. Ahora podrás irte. Ya no me extrañarás. Olvidarás que una vez me conociste y serás feliz. Eso es lo que realmente deseo.

Me obligué a sonreírle cuando lo único que deseaba era llorar.

–Vamos. –Tomó mi mano–. Te llevaré al puente.

–¿Me extrañarás? –pregunté, antes de que nos pusiéramos en marcha.

Suspiró.

–Me sorprende que preguntes, Mariposa. Te extrañaré hasta que amanezca.

Jamás amanecería en el inframundo.

Me esforcé para mantenerme entera, para parecer fuerte. Respiré hondo, convencida de que Láquesis no nos había unido para castigarlo. Él era mi destino. Era mi alma gemela o llama gemela, como nos había llamado Thánatos.

Volveremos a vernos, Demian. Si no es en esta vida, será en la siguiente, quise creer. Porque, por más que hubiese cortado esa pequeña hebra, lo que nos unía seguiría intacto. Hasta que el sol saliera en el inframundo.

Un fuerte golpe en la puerta nos sobresaltó.

–¿Qué fue eso?

Él hizo una seña para que guardara silencio y se asomó por la ventana. La puerta se sacudió.

–¿Demian?

–Sombras. Percibieron tu luz. No te preocupes. Estás conmigo. En tanto te mantengas cerca de mí, no te verán. –Me abrazó por la espalda.

–¿No que haciendo el amor contigo me volvía invisible para ellos?

–Tal vez en el limbo, pero no aquí. Y… técnicamente, no lo hemos hecho.

Golpeaban con tanta fuerza que en cualquier momento tirarían la puerta abajo.

–¿Son muchas? –pregunté.

–No pienses en eso. Mejor piensa en gatitos.

–¡¿Cómo quieres que pien…?!

Me cubrió la boca.

–Son demasiadas –respondió en voz baja, arrastrándome hacia atrás.

Nos pegamos contra la pared y esperamos. Tanto él como yo sabíamos que esconderse no

serviría. Nos encontrarían. Se comportaban como hienas. Yo era la única presa que podían conseguir en esa dimensión estéril, una luciérnaga moribunda que emitía sus últimos destellos de luz. Confiaba que la oscuridad de Demian ocultara mi rastro de esos carroñeros.

Thánatos ya me había advertido acerca del peligro. Sin embargo, habría tomado la misma decisión cientos de veces si ello implicaba ver a Demian una última vez.

–No pensaré en gatitos –musité–. Prefiero pensar en ti.

–Creo que esto no funciona –dijo abrazándome.

Una sensación de alarma me invadió, justo cuando los goznes de la puerta cedieron. La puerta cayó y una multitud de sombras entró en la casa. No obstante, pasaron ante nosotros sin detenerse. ¿Qué había querido decir con que no funcionaba? Sí lo hacía. No me detectaban.

Rezaba para que no notaran mi presencia. Cualquier sonido, cualquier movimiento de mi parte llamaría su atención. Latidos erráticos retumbaron en mi pecho, pero no eran los míos. Por cómo me sostenía me daba cuenta de cada movimiento, cada cambio en el cuerpo de Demian, por mínimo que fuera.

Las sombras recorrían la sala. Algunas se arrastraban por las escaleras. Demian dio un pequeño paso en dirección a la puerta, y me moví por inercia. Su proximidad no me dejaba pensar con claridad. Había cortado el hilo, pero seguía amándolo. Deseándolo. Dudaba que fuera a olvidarlo en lo que durase mi existencia.

Dimos otro paso. Un metro y medio nos separaba de la salida. El abrazo funcionaba, me había hecho invisible. Hubiera permanecido quieta un rato más, pero Demian nos puso en acción. Parecía ansioso por liberarse de mí. No le demostré cuánto me destrozaba tener que dejarlo y lo seguí al exterior cuando los seres oscuros se alejaron.

Me relajé apenas atravesamos el umbral y cerramos la puerta tras nosotros. Tal vez no debí dar por hecho que nos encontrábamos a salvo, porque las sombras seguían buscándome. Tal vez, Demian no debió haberme soltado, ya que la puerta se abrió de golpe. Una nube oscura envolvió mis tobillos y fui jalada de nuevo hacia adentro.

La puerta se cerró.

–¡Kelly! –Oí el grito desde afuera. Sonaba lejano, amortiguado por la distancia.

Algo me arrastraba escaleras arriba, de vuelta a mi habitación. Me sujeté de la barandilla, pero la madera podrida se partió en mis manos. Por más que opusiera resistencia, seguían subiéndome. Los escalones golpeaban mis costillas, magullaban mis pechos y mi rostro, y yo no encontraba nada a lo cual asirme.

Demian vendría por mí. Me rescataría.

Fui arrojada con violencia sobre mi cama, de donde salían unas manos que sujetaron mis brazos y piernas. Me inmovilizaron. Sus uñas se clavaban en mi piel. Apretaban mi garganta. Las sombras rodeaban la cama y se inclinaban sobre mí como en una horrible pesadilla.

No quería terminar devorada por la oscuridad.

–Demian –grité–. ¡Demian! ¡Demiaaan!

Mis cuerdas vocales se desgarraron y ya no salió una sola palabra de mí. La oscuridad, que salía en finos hilos de los cuerpos de las sombras, se propagó en forma de niebla por cada rincón de la casa. Llenaba el aire que respiraba. Me negaba a aspirarlo, pero poco pude aguantar. Se metió por mi boca y heló mis pulmones, que enseguida se volvieron pesados como piedras. Dejé de moverme. Dejé de sentir. Y fui incapaz de escapar.

Mis ojos se cerraron y perdí la conciencia.

Un soplo de aire caliente me hizo reaccionar. Alguien me estrechaba con fuerza.

–¿Y las sombras? –fue lo primero que pregunté, paseando los ojos por el cuarto vacío.

–Ya no están. –Demian me mecía con suavidad contra su pecho. Acariciaba mi cabello.

Apoyó los labios en mi frente.

–¿Qué pasó con ellas?

–Las maté –dijo con naturalidad.

–¿A todas?

–Todas. –Su calor me confortaba. El mío desaparecía.

Había dejado la hoz sobre la cama, justo al lado de mis piernas.

–¿Con eso? –La señalé.

Dijo que sí sin soltarme. Entonces sujeté su rostro y le di un beso en la boca. No se resistió. Tampoco se mostró efusivo. Me dejó explorarlo, sentirlo, mordisquearlo, como si fuese la primera vez. Le besé el cuello y soltó un gemido.

–Kelly, no tenemos tiempo para esto. –Me apartó con suavidad–. Tienes que irte.

–¿No quieres estar conmigo?

–Más que nada. –Salió de la cama–. Pero no voy a ponerte en riesgo. Nunca más.

Me cargó en brazos por las escaleras y salió a la calle.

–Puedo caminar –le hice saber.

Me depositó en el suelo con recelo y se pegó a mi espalda. Pretendía que camináramos así. Pegados.

–Te divierte esto –comenté, estremeciéndome contra su cuerpo.

–¿A ti no? –Tomó mis brazos y los estiró, los flexionó, los cruzó por delante de mi cara mientras avanzábamos por la calle vacía–. Eres mi marioneta. Completamente mía hasta que lleguemos al río. Aprovechemos el tiempo que nos queda.

Enroscó mis brazos alrededor de su cuello y deslizó sus manos por mis pechos.

–¿Es en lo único que piensas? ¿Sexo?

–Es una distracción. –Besó mi cuello–. Si te dijera lo que pienso, te haría llorar. No sé cómo enfrentar el hecho de que te pierdo, Kelly. Te pierdo y no puedo hacer nada.

–Nace conmigo –propuse, llenándome con esperanzas.

–Aunque aceptara ir, no nos encontraríamos de nuevo. No quiero olvidarte. No quiero vivir. Y no merezco ser salvado.

–Suéltame. –Me liberé de su agarre. Estuve a punto de caerme, pero me mantuve en pie–. Tú no me amas. Nunca me amaste.

–¿Cómo puedes decir eso? –Me miró como si lo hubiera pateado en las pelotas. Bien, así me sentía yo.

–Si lo hicieras, vendrías conmigo a donde fuera –dije dolida–. Solo me das promesas vacías. Si me ayudas con las sombras es porque no pueden lastimarte, pero no amas a nadie más que a ti mismo. Solo te interesa lo que hay entre mis piernas y la luz que has estado robándome desde que te conozco. Admítelo: cortaste el hilo que nos mantenía unidos porque te molestaba; porque yo te pedía más de lo que estabas dispuesto a darme. No porque te interesaras por mí. No porque me amaras. Jamás te importó lo que pudiera sucederme. Quizá seas buen amante, pero no tienes idea de lo que es el amor.

Le había dado todo lo que tenía: mi cuerpo, mi corazón, mi alma. ¿Y él qué me había dado a mí? ¿Qué había arriesgado para estar conmigo?

Di media vuelta y, tragándome la amargura del dolor, me fui.

No vino tras de mí. Se quedó viendo cómo, poco a poco, mis pasos me llevaban a un sitio donde no podría alcanzarme. De haberme amado como decía, me habría seguido. Acepté su silencio como una confirmación de mis propias palabras.

–Estúpido Demian –mascullé impulsada por la rabia.

Me concentraba en dar un paso a la vez. El camino se tornó borroso y apenas me respondía el cuerpo, por lo que mi velocidad fue disminuyendo una vez que me apacigüé. Descansé contra un tronco seco mientras me arrepentía por cada mala decisión que había tomado. No valía la pena que me angustiara por algo que pronto quedaría en el olvido. No valía la pena derramar lágrimas por alguien para quien mañana yo no sería nadie.

Junté fuerzas de donde no tenía para continuar y encontrar una nueva vida en la que Kelly Wagner y Demian Krauss no fuesen más que un sueño olvidado. Cuando volviera a abrir los ojos, seríamos dos granos de arena perdidos entre las olas. Ese era nuestro final predestinado, y lo acepté resignada.

A veces, las almas se desencontraban o, simplemente, decidían seguir caminos separados. A veces, tenían que separarse para encontrar la felicidad por su cuenta. No todas las historias de amor terminaban bien y no todos los que se amaban debían permanecer juntos.



34
En sus brazos

El árbol en el que me había apoyado tenía flores rosadas. A veces, cuando soplaba el viento, pétalos se desprendían y adornaban la calle.

Acaricié el tronco muerto. La corteza se desintegraba al contacto con mis manos; se volvía ceniza y me manchaba de negro. Me limpié con la sudadera, pero mi palma seguía sucia. La de mi otra mano también se había manchado, a pesar de no haber tocado el tronco con ella. Las froté con fuerza contra la tela, pero la mugre no salía; parecía haber sido absorbida por mis poros…, tatuada. Se extendía por mi piel igual que una gota de tinta sobre una hoja de papel.

Oí el suave murmullo de la muerte en el viento:

El tiempo se acabó, tesoro. Es hora.

–No, no… –Observé mis brazos. La cosa negra crecía, imparable, por mi cuerpo–. Por favor, no todavía.

"Cuando el último grano caiga, ya no habrá vuelta atrás para ti. La luz que irradias se apagará y quedarás atrapada", habían sido sus palabras.

El reloj se había quedado sin arena, y yo no había llegado al puente.

La mano de Demian se posó en mi hombro.

–No me toques –grité temblando.

Quería quitármelo, deshacerme de la oscuridad que crecía en mi interior. Arañé mis brazos y solo conseguí lastimarme. El color negro continuaba expandiéndose en mí. No pararía hasta consumirme. Hasta destruirme.

–Es tarde. –Caí al suelo rendida.

Demian me levantó, a pesar de mi rechazo.

–Nunca es tarde –farfulló, continuando mi marcha.

La luz del cielo tormentoso me cegaba. Tuve que entrecerrar mis ojos ante el brillo de los rayos.

–Me estoy convirtiendo en sombra.

–No lo permitiré.

Le convenía dejarme a un costado del camino y marcharse.

–¿Por qué haces esto? –pregunté confundida–. No ganarás nada. Me iré de todas formas; ya sea a otra vida o a…

–Me dueles, Mariposa –admitió acelerando el paso–. Por eso quiero dejarte algo en claro: cuando dije que te daría lo que pidieras, no mentía.

Ojalá hubiera podido sonreír. Un manantial de lágrimas se abrió paso por cada una de sus palabras. Temía caer en la trampa de la ilusión de nuevo y enredarme en sus redes como los ángeles malditos al otro lado del espejo. Era tan bueno para hablar como para besar.

A medida que nos acercábamos al puente Cook, el árido paisaje que nos rodeaba se iba desdibujando. O tal vez, la que se desdibujaba era yo. El humo negro que había entrado por mi boca salía de la punta de mis dedos. Si me movía, se desprendía de mi piel. Estiré el brazo y dibujé formas en el aire que se desvanecían. Al contemplar mis manos, me di cuenta de que me resquebrajaba y el humo salía de las grietas que se habían formado en mi piel.

Mi alma se deshacía en pedazos.

Al llegar al puente, nos aguardaba una siniestra congregación de siluetas humanas, delgadas, descoloridas. Ninguna se movía. Simplemente se quedaban ahí, viéndonos acercarnos.

Demian se detuvo a varios metros. Bajó la mirada a la hoz. Conmigo en sus brazos, no podría usarla. Tendría que dejarme en el suelo, pero se negaba a soltarme.

–¿Por qué no vienen? –pregunté–. Antes se desesperaban por atraparme.

–Ya no perciben ninguna luz en ti. –La mirada triste de Demian se posó en la mía.

–¿Y tú? ¿Ves algo?

Sacudió la cabeza.

–¿Y cómo es que sigo siendo yo? –Me costaba pensar, pero todavía mi identidad no se había perdido.

–Creo que estás alimentándote de mí.

Un escalofrío me recorrió. En el limbo, él absorbía la luz de las almas recién llegadas. En el inframundo, dicha luz no existía. ¿Cuánto pasaría antes de que desapareciera, de que su propia luz se agotara? Nunca me lo había preguntado. Tarde o temprano, él también se fundiría con las sombras que había creado. Porque en el inframundo, todo desaparecía. Incluso Shaw.

Si sus manos se alejaban de mi piel, si se cansaba de sostenerme, si decidía luchar contra las sombras, dejaría de darme su luz.

Si me soltaba, yo moriría.

–No te dejaré –susurró, respondiendo la pregunta que no había formulado en voz alta.

–Pero…

–¿Crees que dejaré que desaparezcas? No hay manera de que eso pase. –Apoyó los labios en

los míos. Los separó un poco con su lengua y, al exhalar en mi boca, sentí una corriente cálida invadiéndome y despertando cada uno de mis sentidos.

–Detente. –Rompí el beso–. No quiero que tú…

–Está bien, corazón. No hay razón por la que debas preocuparte. Sé lo que hago. –Me guiñó el ojo.

–Ahora me asustas.

Rio. Solo un loco se hubiera reído en nuestra situación de mierda. Rodeé su cuello y lo abracé.

–Te amo.

Esperaba un "te amo", un "yo también". No fue eso lo que dijo.

–Lo sé.

Agaché la cabeza. Sabía que no me correspondía. Cada reafirmación de su *no amor* me partía por dentro. Intenté que sus palabras me resbalaran como a él le resbalaba lo que yo sentía, pero no funcionaba.

–No llores –murmuró contra mi sien.

–Duele –dije–. Que no me quieras duele.

Señalé mi pecho, de donde colgaba un trozo de hilo con la punta ennegrecida.

–Kelly…

–Ya sé. No es necesario que digas nada. Pronto lo olvidaré todo. ¿No? Me olvidaré de ti.

Suspiró y apenas se limitó a menear la cabeza mientras me derrumbaba frente a él. Ni siquiera me contradijo. Volvió a besarme, esta vez, en la cabeza. ¿Acaso le divertía verme sufrir?

Bordeó el puente para evitar a las sombras. El panorama resultó peor en la orilla: del río asomaban cabezas y cuerpos sumergidos hasta la mitad. Se mecían como algas empujadas por la corriente. Tenían sus rostros vueltos hacia mí, incluso los que me daban la espalda, y estiraban sus brazos tratando de alcanzarme.

Demian hizo una mueca de asco.

–Será mejor seguir con el plan original. –Se alejó de esos seres grotescos.

–¿Cuál era? –pregunté, ajena a sus pensamientos.

En ningún momento comentó lo que planeaba. Probablemente, me arrojaría desde el puente igual que Thánatos.

–Accederemos al río desde arriba –dijo examinando las siluetas oscuras que permanecían atentas a nuestros movimientos–. Quiero que tomes la hoz en caso de que la necesitemos. Tómala. Yo no puedo. No con mis manos ocupadas.

Me preguntaba cuántas ganas tendría de cargarme, de darme su energía. En su expresión no se evidenciaba ni alegría ni tristeza ni enojo. Ni siquiera fastidio.

Saqué el arma de su cinturón.

–Ahora escucha –prosiguió–: no nos atacarán, a menos que nosotros lo hagamos primero. Pero

debemos ser cuidadosos. Ignoramos cómo reaccionarán cuando nos acerquemos. Esas almas han estado atrapadas aquí desde quién sabe cuánto tiempo. Han perdido la conciencia y la cordura.

–Y quieres quedarte con ellos –lo acusé.

–Jamás he dicho semejante cosa.

Lo que menos deseaba era pasar mis últimos momentos peleada con él, así que callé. De nada valía hacerle reproches cuando lo único que me hacía feliz era que me abrazara.

–Tenemos que acercarnos –dije–. No podemos quedarnos aquí para siempre.

–¿Por qué no?

–En algún momento tendrás que soltarme. Y, cuando lo hagas, la energía que me anima dejará de correr por mi cuerpo.

–¿Quién dice que voy a soltarte? –susurró contra mi boca.

–No soy tonta. ¿Cómo vas a arrojarme al agua si no me sueltas?

–¿Quién dice que te arrojaré? –preguntó con el ceño fruncido mirando esas sombras, estatuas de humo del inframundo.

Caminó entre ellas con seguridad, y yo me acurruqué contra él abrazando la hoz y tratando de no escuchar las voces que resonaban en mi cabeza:

No confíes en lo que dice.

Va a empujarte.

No te dijo que te amaba porque nada siente.

¿Quién podría quererte?

Ni siquiera la muerte quiso llevarte cuando caíste al agua.

–Basta –sollocé.

Las sombras, que hasta ese momento nos habían ignorado, volvieron sus cabezas hacia nosotros. Me habían oído. Un frío malestar me atenazó el corazón cuando las vi moverse. A veces yo era mi peor enemiga.

Demian dejó de caminar. Sus músculos se tensaron.

–¿Puedes mantenerte en pie? –preguntó.

–Creo que sí. ¿Por qué?

Me bajó con cuidado y colocó mis brazos alrededor de su cintura.

–Voy a necesitar las manos. –Tomó la hoz que yo sostenía y me sonrió con una dulzura escalofriante–. Será mejor que cierres los ojos. No los abras hasta que te lo diga. ¿De acuerdo?

Decidí ignorar a mi voz interior (esa que trataba de boicotearme) y confiar en él. Sabía que ellos habían notado el destello mortecino de mi alma. No tardarían en atacarme igual que en la casa. Apreté los párpados y quedé a oscuras en mi propio mundo.

Me aferré a Demian con fuerza mientras él se movía. Sin música, dábamos vueltas sobre el puente de las lágrimas. Yo, imaginando que danzábamos. Él, haciendo de cuenta que no mataba.

Los acelerados latidos de su corazón golpeaban contra mi pecho. Respiraba de forma entrecortada. El aroma de la carne quemada penetraba mis fosas nasales. Los gemidos me mareaban. Una lluvia de cenizas heladas cayó sobre nosotros, pero no miré porque él me lo había pedido.

De pronto, paró.

–Ya puedes abrirlos –dijo acariciando mi pelo.

Sin saber lo que encontraría, espié con cautela a nuestro alrededor. No había quedado una sola sombra en el puente.

–¿Estás bien? –preguntó.

Asentí. Entonces me abrazó fuerte, muy fuerte, como intentando unir nuestras almas de nuevo. Me hubiera gustado decirle que nada podía romper el lazo, ni siquiera el arma de la muerte, pero ambos sabíamos que no era cierto.

–Supongo que es el momento de decirte adiós –dije, sin querer soltarlo.

Me obligué a retroceder un paso. Aún lo sujetaba.

Él avanzó conmigo.

–Lamento haber cortado el hilo. –Apoyó su frente en la mía.

–Lo hecho, hecho está. –Di otro paso atrás, hacia el borde del puente.

–Eres la única luz en mi mundo de tinieblas. –No se apartó de mí.

Estaba segura de que no me soltaría hasta el último segundo. Pensarlo me aterraba, porque no tenía idea de lo que ocurriría conmigo. ¿Bastaría su energía para mantenerme *viva* hasta que mi cuerpo tocara el agua? ¿O dejaría de ser yo antes de llegar con Cloto? Demian avanzó lo suficiente para ubicarnos en el borde del puente, donde la barandilla estaba rota. Abajo, el río de almas se sacudía con furia. Mi atención se fijó más allá de las sombras atrapadas por la corriente hambrienta. Suspendida en las profundidades, una Moira acariciaba la superficie del agua, esperando que cayera directo a sus brazos.

No quería lanzarme.

–Tengo miedo –confesé.

–Tranquila. Estoy contigo. –Demian se inclinó para besarme por última vez.

Antes de que nuestros labios se tocaran, algo nos embistió con fuerza y rompió nuestro abrazo. Nos separó.

La sombra que se había lanzado hacia nosotros cayó al río, y fue atrapada y despedazada por aquellas que rodeaban a Cloto. Era lo que me ocurriría si mi luz se extinguía antes de tocar el agua.

Yo también caí. Pero la mano de Demian me sujetó antes de que me precipitara al río, y quedé suspendida en el aire.

–Resiste –gritó.

Al igual que yo, él había sido arrojado del puente. Con una mano asía la mía y con la otra se aferraba al borde. Si no me soltaba, caería conmigo. Tal vez, era hora de rendirme y dejarme arrastrar a las aguas negras, aunque Cloto solo me recibiría si mi luz no se apagaba. La única forma de saber si me había convertido en sombra era separarme de él.

–Suéltame –exclamé–. Solo así podrás subir.

–Nunca.

Cabía una mínima posibilidad de que esas criaturas no me destrozaran y de que Cloto me llevara a una nueva vida. Si me preguntaban, valía la pena correr el riesgo.

–Demian, debes soltarme. No resistirás. Y yo tampoco. –Mi mano se resbalaba de la suya.

Me preparé para caer, para morir por última vez.

–Te amo demasiado como para dejarte ir, Kelly Wagner –expresó, soltándose.



Epílogo
Más allá de la muerte y de los sueños

Veinte años después

A veces soñaba que era una mariposa negra. Volaba entre delgados hilos rojos, pero ninguno llegaba a tocarme. Otras mariposas se enredaban en ellos y eran devoradas por las arañas. Yo no. Volaba libre. Sin embargo, cada vez que lograba escapar, caía al agua y moría ahogada. De nada me servían mis alas. Otras veces, en mis sueños veía a un hombre sin rostro. Me sujetaba la mano mientras yo colgaba de un puente bajo el que corrían aguas turbulentas.

"Si no puedes quedarte, me arrojaré contigo, Mariposa", decía.

Entonces despertaba.

Su voz permanecía conmigo todo el día, así como la sensación de su mano en la mía.

Mamá decía que debía haberlo visto en alguna película y se había quedado grabado en mi subconsciente.

Yo sabía que no lo había visto en ninguna parte.



–¿Por qué no vas a un psicólogo? –dijo mi amiga Eli esa tarde, asomándose por sobre mi hombro, para contemplar mi pintura–. Mi madre conoce a uno muy bueno. Tal vez pueda ayudarte a interpretar esos sueños raros que tienes.

–¿Tú crees? –Pintaba las alas de mi mariposa de un azul ultramar y los hilos finísimos que la rodeaban y se entrecruzaban sobre ella, de rojo cadmio. Opté por un fondo negro pleno. Me pareció que la mariposa debía volar en la oscuridad. Aunque, a veces, me gustaba pintar un espejo roto detrás y multiplicar su reflejo.

–La mariposa apenas se nota. ¿Por qué usaste ese color para el fondo?

–Tenía que ser negro. –Opté por aclarar la mariposa un poco en los bordes–. Le daré un efecto tornasolado, aunque la de mis sueños sea negra.

–Si fuera negra, no se vería. Igual me gusta. Es muy metafórico. ¿Qué opinas del mío?

Le eché un ojo. Había hecho un conejito muy mono rodeado de flores.

–Adorable.

La profesora paseaba revisando las obras de los demás alumnos con mirada inquisitiva. Se paró detrás de nosotras con los brazos cruzados.

–¿Qué tenemos aquí, señoritas? ¿Otro conejo, Elisa?

–No es mi culpa. Me acosan en mis pesadillas desde que ese perro mató a Rabito.

Enseguida, la profesora de pintura se volvió hacia mi lienzo. Suspiró.

–¿Sucede algo? –pregunté.

No me agradaba su cara. Lucía peor que de costumbre.

–Permíteme recordarte la consigna, Ari: un sueño.

–Y eso es –respondí con indignación.

¿Cómo se atrevía a decirme que no había soñado lo que cada noche aparecía en mi mente?

–No es tuyo. –Meneó la cabeza con desagrado–. Lo sacaste de una fotografía.

–¿Cómo dice?

Sacó el teléfono de su bolsillo.

–Dame un minuto. –Buscó una imagen de su galería y me tendió el aparato. Efectivamente, allí estaba mi pintura. En una foto.

–¿Qué carajo es…?

–Ari, el lenguaje –me reprendió.

–Lo siento. Es que… sí lo soñé, señora Graham. Vengo soñando esto desde hace años.

Chasqueó la lengua.

–Bien, lo dejaré pasar esta vez, porque es bueno. Espero, por tu bien, que el próximo de tus trabajos salga de tu imaginación, y no de la de alguien más. Tienes talento. No lo desperdicies copiando.

–Pero yo no…

Me quitó su teléfono de la mano y siguió paseándose por el aula.

–Tramposa –masculló mi mejor amiga.

La ignoré y seguí a mi profesora de pintura.

–Disculpe, ¿de quién es esa foto?

–De un estudiante del señor Davis. Está expuesta en la galería donde habríamos colocado tu pintura si hubiera sido original.

–Sí es original –mascullé.

Al salir de la clase, me dirigí a la galería del primer piso. Necesitaba saber quién había tomado esa foto, para preguntarle de dónde había sacado la imagen. La encontré enseguida. Una obra fantástica dominada por luces y sombras. La mariposa no era azul como la que había pintado, sino negra sobre un fondo blanco. Los hilos de un tono escarlata formaban una red a su alrededor. Como en mi sueño.

–Tal vez vi esto sin darme cuenta hace años, y mi mente lo registró. –Torcí la cabeza y busqué la fecha de la foto–. No puede ser.

Databa de hacía tres semanas. Había sido imposible que me copiara. Debía haber otra explicación.

Busqué el nombre del autor.

–B.S. –leí.

Maldición. ¿Cómo encontraría al fotógrafo si no figuraba su nombre?

Me quedé mirando la mariposa durante quince minutos, y le saqué una foto. Ya me disponía a irme cuando alguien carraspeó detrás de mí: un chico de esos que jamás le presentaría a mi madre. Llevaba tatuajes escalofriantes por todas partes, excepto en el rostro. Figuras encapuchadas, un reloj de arena, una hoz en una mano esquelética… Me impresionó ver la mariposa negra de mis sueños sobre el lienzo de su piel.

–¿Tratas de robar mi trabajo? –preguntó con una ceja levantada.

–¿Qué? ¡No! –Algo en sus ojos me obligó a bajar la mirada. Intimidaba–. Solo me preguntaba: ¿de dónde has sacado la idea?

–De por ahí. –Se encogió de hombros.

–¿Puedo enseñarte algo?

–Si no son tus pechos, no me interesa. –Esbozó una sonrisa torcida.

Si existía una palabra para describirlo era “desagradable”. Lo perdoné por mi curiosidad y porque me gustaban sus ojos, de un azul *ftalo*. ¿Usaría lentes de contacto?

Abrí mi mochila y saqué un dibujo. Se lo tendí.

–¿Así que, además de fotografiar también haces copias en lápiz? –dijo, observándolo–. Impresionante.

–Mira la fecha, idiota.

Buscó los pequeños números bajo la imagen. Esperaba que no se hubieran borrado.

–¿Es una broma?

Negué con la cabeza. Había dibujado esa mariposa hacía más de un año. Tenía otras en casa. Había empapelado mi habitación con ellas.

Señalé su tatuaje.

–He estado soñando con eso toda mi vida. ¿De dónde sacaste la imagen? –volví a preguntar.

–De un sueño –respondió, provocándome un escalofrío.

Nos quedamos viéndonos sin entender nada.

–Lo siento, disculpa. Fui grosero. –Se llevó la mano a la nuca y se sacudió el pelo castaño que le llegaba a los hombros–. Soy Shaw. Brendan Shaw.

–Ariadna –me presenté–. Pero todos me llaman Ari.

–Bien, *Ari*, sé que no nos conocemos, pero ¿te gustaría ir a tomar un café, un té o lo que sea que te guste? Así podemos hablar sobre eso. –Señaló mi dibujo con las cejas enarcadas.

–Claro. Me encantaría. –Sonreí.

–¿En serio? Pensé que dirías que no. –Me devolvió la sonrisa–. Eres tan…

–¿Mojigata?

–Linda.

Mis mejillas se acaloraron. Algo en mi pecho se encendió.

–¿No nos hemos visto antes? –preguntó.

–Creo que te recordaría.

Salimos juntos del edificio. La luz del sol apenas alcanzaba a iluminar el cielo, en ese instante breve en el que el día y la noche se fusionan. Ignorábamos que, en ese preciso instante, una Moira llamada Láquesis reparaba un hilo invisible: un hilo rojo que unía dos almas separadas en otro mundo y en otro tiempo; dos almas predestinadas a encontrarse, más allá de la muerte y de los sueños.



Agradecimientos

Me gustaría agradecer a Las locas de las letras por su apoyo constante. Andrea, Karina y Majo, muchas gracias por confiar en mis proyectos, alentarme y acompañarme siempre. También quiero agradecer a Melisa Corbetto por darle una oportunidad a Shaw, y a todo el equipo de VRYA por hacer realidad este precioso sueño. Por último, me gustaría darle las gracias a cada uno de ustedes por atreverse a sumergirse en la oscuridad de estas páginas. ¡Los abrazo!

Índice

Playlist
Prefacio
1. Sombras
2. El hombre del túnel
3. No te detengas
4. El accidente
5. Los Krauss
6. El puente de las lágrimas
7. Desaparecidos
8. Shaw
9. Muerta
10. Tren fantasma
11. Almas perdidas
12. Solo tocarte
13. Cosas de vivos
14. Seremos fantasmas
15. La luz en mi mundo de tinieblas
16. La casa de al lado
17. Kasinski
18. Lo que ves
19. Mi niñero vampiro playboy
20. Mi propio limbo
21. Amarga dulzura
22. Walter y Sandra
23. Negro absoluto

24. No es real
25. La habitación cerrada
26. Poseído
27. Despierta
28. Desesperación
29. El beso de Thánatos
30. Inframundo
31. El lugar al que perteneces
32. Sangre fresca
33. La mejor forma de amar
34. En sus brazos
Epílogo. Más allá de la muerte y de los sueños
Agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

www.tiktok.com/@vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Delorbe, Karen
Un minuto antes del amanecer / Karen Delorbe. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-300-331-0

1. Narrativa Juvenil. 2. Experiencias Paranormales. 3. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A860.9282

Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto
Corrección: Ailén García
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Ilustración de tapa: @lulybot
Diseño de interior: Florencia Amenedo
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2025 Karen Delorbe
© 2025 V&R Editoras
www.vreditoras.com

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ISBN 978-631-300-331-0

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



Seguinos en tu red favorita



VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Karen Delorbe
Portada
Epígrafe
Dedicatoria
Playlist
Prefacio
1. Sombras
2. El hombre del túnel
3. No te detengas
4. El accidente
5. Los Krauss
6. El puente de las lágrimas
7. Desaparecidos
8. Shaw
9. Muerta
10. Tren fantasma
11. Almas perdidas
12. Solo tocarte
13. Cosas de vivos
14. Seremos fantasmas
15. La luz en mi mundo de tinieblas
16. La casa de al lado
17. Kasinski
18. Lo que ves
19. Mi niñero vampiro playboy
20. Mi propio limbo
21. Amarga dulzura
22. Walter y Sandra
23. Negro absoluto
24. No es real
25. La habitación cerrada
26. Poseído
27. Despierta
28. Desesperación

29. El beso de Thánatos
30. Inframundo
31. El lugar al que perteneces
32. Sangre fresca
33. La mejor forma de amar
34. En sus brazos
Epílogo. Más allá de la muerte y de los sueños
Agradecimientos
Índice
Créditos